Carrera hacia el Sol

Nut



CARRERA HACIA EL SOL

NUT



Advertencia:

Este libro está destinado a un público adulto. Contiene situaciones y temáticas propias de adultos, por ello, no está recomendado a menores de 18 años.

Esta es una obra de ficción. Aunque en ella se haga referencia a hechos históricos, personas públicas, lugares, empresas existentes y/o eventos conocidos, los nombres, personajes y situaciones son fruto de la imaginación de la autora y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas es pura coincidencia.

© 2025, *Carrera hacia el sol*

© 2025, Nut

© 2025, Diseño de portada: Laura S.B

© 2025, Corrección: Hermione Drake, Encarni Monge

© 2025, Maquetación: Nut

Esta es una obra autopublicada.

Todos los derechos de la misma pertenecen a su autora.

Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como su distribución sin el permiso por escrito de la autora.

ÍNDICE

Noche en Berlín
Uno
Dos
Nueva etapa
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Bajo rendimiento
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Trabajo duro
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Resultados
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Periodo de transición
Uno
Dos
París-Niza

Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Recta final
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Epílogo
Agradecimientos
Un poco de Nut
Otros título publicados
Notas

NOCHE EN BERLÍN

UNO

El sol se había ocultado hacía un par de horas, pero Berlín no dormía. Berlineses y turistas transitaban por sus vibrantes e iluminadas calles, unos ajetreados, embebidos en sus pensamientos y rutinas con el único objetivo de llegar pronto a sus destinos; los otros fascinados ante las sobrias fachadas de los edificios cargados de historia, las variopintas galerías de arte y el acogedor resplandor de los escaparates de las tiendas con su promesa de lujo desmedido.

Mateo, sentado en la terraza del Café Berio, encogido de frío dentro de su cazadora de cuero, se entretenía en contemplar el ir y venir de los viandantes y de los ciclistas que, haciendo sonar timbres y bocinas, los esquivaban. No era una noche especialmente gélida al menos para un berlinés, en cambio, a Mateo los nueve grados que marcaban los termómetros no le resultaban nada agradables. Antes de tener que permanecer a la intemperie habría preferido regresar al hotel, a la calidez de su diminuta, deslucida y costosa habitación. Sin embargo, al llegar al café después de todo un día admirando monumentos, visitando museos y pateando mercadillos a cual más extravagante, y tras comprobar que las únicas mesas libres estaban en la terraza, sus dos amigas habían protestado e incluso suplicado ante su propuesta de poner fin a la jornada, afirmando que no podían irse de Berlín sin degustar los maravillosos dulces del Café Berio.

—Dale un bocado. —Merche empujó su plato hacia el joven y le tendió el tenedor—. Esto sí que es una autentica Selva Negra, no has probado nada igual.

Mateo examinó el trozo de tarta a medio comer, con sus múltiples capas de bizcocho y chocolate y las cerezas que parecían delicadas perlas rojas hundidas en la nata, y se contuvo para no relamerse.

—No seas mala —protestó, notando que la boca se le hacía agua ante el delicioso y tentador aroma a cacao—. Sabes que no puedo.

—¡Claro que puedes! —intervino Valeria. Inclinada sobre su *strudel* de manzana miró a Mateo por encima de las gafas con expresión severa—. ¿Cuándo comienzas a entrenar otra vez para el tour ese en Hungría? ¿Dentro de dos semanas? ¿Crees que tu cuerpo va a notar un poco de chocolate y azúcar?

Merche sujetó entre el pulgar y el índice una de las cerezas, y la aproximó a los labios del chico.

—Venga, Mati. —Sonrió traviesa y se le formaron dos hoyuelos en las mejillas—. Cae en la tentación.

Mateo notó cómo se le acaloraba el rostro y ladeó la cabeza.

—Está bien, pero ya la cojo yo.

—¿Ahora te has vuelto escrupuloso? —se extrañó Valeria.

—No es eso. —Merche se metió la cereza en la boca vigilando cómo Mateo hacía lo mismo con la que acababa de coger—. Te ha parecido erótico, ¿verdad?

—¿En serio? —Valeria cortó un trozo de *strudel* que fue directo a su boca.

Mateo se removió incómodo en la silla y el ardor de sus mejillas se acrecentó. Merche apoyó la barbilla en la palma de la mano y se inclinó hacia él con coquetería.

—Creo que Mati lleva tanto tiempo sin echar un polvo que hasta yo le pongo cachondo.

—¡Vale ya! —Mateo, con el rostro encendido, le plantó la mano en la cara y empujó un poco para apartarla—. ¿Por qué siempre acabamos hablando de sexo?

—Porque sabe que te fastidia —afirmó Valeria, mucho más interesada en su pastel que en lo que sus dos amigos hacían—. Con

veintidós añitos no se puede ser tan vergonzoso, Mati.

—Cualquiera diría que todavía es virgen —comentó Merche en tono burlón.

—No lo es. Se acuesta de cuando en cuando con Jon, ¿recuerdas? Y cuando estuvimos en Praga se lo montó con el compañero de piso de Paula.

—Es cierto. —Merche arrugó la frente como si en verdad se tuviera que esforzar por recordar—. ¿En Amsterdam no estuvo con un tipo australiano el día de la fiesta en el barco?

—Con ese solo hubo manoseo.

Mateo las miró a ambas con sus carnosos labios apretados. Ya no sentía frío, más bien todo lo contrario.

—No os vuelvo a contar nada —refunfuñó.

Valeria se echó a reír con la boca llena. Merche rodeó el cuello de Mateo en un amoroso abrazo y le atrajo hasta conseguir que sus rostros estuvieran enfrentados y muy cerca el uno del otro.

—¡Qué guapo estás cuando te sonrojas!

Mateo, con embarazo, esquivó sus castaños ojos. Quiso sonreír cuando Merche le plantó un sonoro beso en la mejilla y solo logró curvar un poco los labios y enfadarse consigo mismo por esa timidez suya que le impedía responder con naturalidad a los gestos espontáneos de cariño, aunque, como aquel, vinieran de una de sus mejores amigas. Precisamente, esa naturalidad, esa despreocupada sencillez con la que ambas chicas enfrentaban el mundo, era uno de los aspectos de su personalidad que más le había cautivado de ellas cuando las conoció durante su segundo año de carrera.

Una mañana, mientras desayunaba en la cafetería de la facultad, Valeria y Merche le habían abordado. Aparecieron empujando una destartalada bicicleta y, ante la mirada atónita de los estudiantes, caminaron entre las mesas en su dirección como si las atrajera un imán.

—¿Eres Mateo Luna, el ciclista? —le había preguntado la chica que sostenía la bici, pequeña, redondeada y mofletuda, toda ella envuelta en un largo abrigo rojo y coronada por un gorro de lana azul.

—¿El que hace carreras? —intervino la que más tarde se presentaría como Merche.

Era algo más alta que su amiga y lucía una estética punk —cazadora de cuero negro, sienes rapadas y cresta violeta—, un poco trasnochada.

—Nos ha dicho un compañero de clase que entiendes de bicis —añadió sin esperar su respuesta.

Mateo, que a aquellas alturas las miraba a ellas y a la bici sin entender si alguien le estaba gastando una broma, dejó la taza de café que se estaba tomando y asintió despacio un tanto cohibido.

—¿Puedes arreglarla?

Merche señaló la bicicleta, una Gacela azul cielo con su cesta y su trasportín que había vivido mejores momentos.

Antes de que Mateo pudiera responder, un camarero se les acercó con gesto malhumorado.

—¿Pero os habéis pensado que esto es un aparcamiento? Andando a la calle, hombre. Que me tenéis harto con vuestras idioteces.

—Tranquilo, guapetón. —Merche le pellizcó la mejilla al camarero, que bizqueó sorprendido, agarró a Mateo por el brazo y tiró de él—. Nos vamos por donde hemos venido.

Una vez en los jardines de la facultad, Mateo alcanzó a entender por las desmañadas explicaciones de ambas chicas, que su bicicleta sufría algún terrible problema en los pedales.

—Tiene la pedalier holgada —dictaminó tras examinarla con detalle.

—¿Y eso es malo? —preguntó Valeria.

Mateo se encogió de hombros.

—Tanto como malo, no. La pedalier se puede cambiar. Pero teniendo en cuenta lo cara que puede resultar la pieza y lo vieja que es la bici, casi os compensa más compraros otra de segunda mano.

—Pero esta es mi bici —se lamentó Valeria dedicándole una mirada triste.

Merche soltó un resoplido.

—Después de pagar el alquiler del piso, no nos queda ni para comprar una rueda. —Arrugó los labios en un puchero infantil que le

daba a su rostro un aire malicioso—. ¿No nos la puedes arreglar tú?

—No soy mecánico. Y de todos modos, lo realmente caro es la pieza.

Valeria se colocó a un lado de la bicicleta y abrazó la cesta.

—Mi pobre bici —gimoteó—. No quiero perderla, le tengo mucho cariño.

Mateo creyó que su melodramático gesto no era más que una broma, pero al ver el destello de las lágrimas en sus ojos se sintió incómodo. Aunque esa incomodidad se diluyó pronto en un sentimiento de nostalgia al recordad la primera bicicleta de carreras que le regalaron, que un poco herrumbrosa y con más de una magulladura, aún guardaba en el garaje de sus padres.

—A ver… —Se pasó la mano por sus oscuros y alborotados cabellos dudando si era o no una buena idea implicarse con aquellas dos extrañas chicas—. Podría preguntarle al mecánico de mi equipo. A lo mejor puede buscar una pedalier usada que le sirva y hacerme el favor de que os la monte…

Sin dejarle terminar, Valeria se lanzó sobre él, le rodeó los brazos con los suyos inmovilizándolo, y se estrechó con fuerza contra su pecho.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!

Mateo enrojeció hasta la raíz del pelo y tan abochornado se sintió que no acertó a liberarse.

—Suéltalo, Valeria —intervino Merche con una sonrisa ladeada—. O se nos va a morir de la vergüenza antes de arreglar la bici. Por cierto. —Se acercó a Mateo, aún presa del abrazo de la otra chica, y le dio una palmadita en el hombro—. Que sepas que ya tienes dos amigas más.

Teniendo en cuenta que Mateo, en el tiempo que llevaba en la facultad, solo había logrado tener una relación funcional con algunos compañeros, nada a lo que se le pudiera llamar una verdadera amistad, no puso demasiadas esperanzas en aquella afirmación. Tardó muy poco en descubrir que Merche nunca hablaba por hablar.

Observó cómo su amiga cogía de nuevo el tenedor y, tras cortar un pedazo de Selva Negra, se lo tendía a Valeria quien, mostrándose entusiasmada, se lo comió de un solo bocado.

Casi tres años después de su primer encuentro, aquellas dos chicas no habían cambiado demasiado: Valeria usaba ahora gafas, unas de estilo vintage que recordaban a las de Woody Allen, Merche llevaba el pelo largo y teñido de azul y ambas habían terminado la carrera mientras que a él aún le quedaban asignaturas sueltas que aprobar. Por lo demás, continuaban siendo igual de cariñosas, de imprevisibles y extrovertidas, en la misma medida que él no había conseguido sacudirse su timidez, esa que le dificultaba hacer nuevas amistades y le volvía torpe e inseguro al relacionarse con personas fuera de su círculo de confianza.

Valeria pellizcó con los dedos el *strudel* y se lo ofreció Merche. Esta abrió la boca, tomó el dulce y chupó despacio el pulgar y el índice de su amiga.

—Te ha quedado un poco de relleno aquí —dijo con tono juguetón Valeria.

Se inclinó sobre Merche y le lamió con la punta de la lengua los labios.

Mateo, tensándose de forma inconsciente, lanzó un rápido vistazo de soslayo buscando las típicas reacciones a las que la gente le tenía acostumbrado en situaciones semejantes: miradas desaprobadoras, gestos de incomodidad, comentarios a media voz. Sin embargo, nadie en la terraza mostraba ni un mínimo interés en las demostraciones de cariño que se prodigaban las dos chicas. El Café Berio era *gay friendly,* como muchos otros establecimientos de la ciudad —como aseguraban los berlineses que era la propia Berlín —, y la clientela del café actuaba en consecuencia.

Aun así, no logró desprenderse de esa sempiterna sensación de inquietud que afloraba cuando la orientación de sus amigas quedaba patente. Una inquietud que sentía no por ellas, que vivían despreocupadas de todo lo que tenía que ver con su condición sexual y eran abiertamente lesbianas y orgullosas de serlo en cualquier lugar del mundo, sino por él mismo, que no estaba preparado para que la suya pudiera ser cuestionada públicamente.

Sabía quién era y hacía mucho tiempo que no se lo cuestionaba ni lo lamentaba; siendo un adolescente había entendido su condición sin que ello le supusiera demasiados quebraderos de cabeza. El

miedo al rechazo, a los prejuicios y al desprecio injustificado habían venido después, aunque sin llegar a hacer mella en su amor propio. Aun así, solo había salido del armario dentro de su núcleo familiar y entre sus amigos más íntimos, prefiriendo que el resto de su mundo, el del deporte, en el que poco a poco se estaba abriendo camino como ciclista profesional, le considerara heterosexual, la orientación que, aun estando en el siglo XXI, se esperaba de cualquier deportista.

—Algún día tendrás que concederte la libertad de ser quien eres, Mati —solía decirle Merche entre irritada y triste—. No sé cómo lo soportas. ¿Qué pasará cuando te enamores? ¿Cuando conozcas a alguien y quieras compartir la vida con él?

Mateo era consciente de que su amiga tenía razón. Pero sabía que alcanzar su sueño de convertirse en un ciclista de élite pasaba por hacer ciertos sacrificios, como el de vivir fingiendo ser lo que no era y renunciar, llegado el momento, a una relación sentimental estable, al menos de forma pública. Cuando se permitía pensar en ello, le consolaba la idea de que, en el futuro, con una carrera bien asentada, tendría más posibilidades de poder disfrutar de una pareja, de querer y dejar que le quisiesen. Quizás para entonces, el mundo del deporte habría evolucionado dando un paso adelante hacia la aceptación de las personas como él y podría saberse y sentirse libre de mostrarse tal y cómo era.

—¿En qué piensas? —preguntó Valeria.

Mateo se percató de que llevaba un rato mirándolas fijamente mientras ellas se besaban, y se apresuró a apartar la vista.

—En serio, Mati. ¿Cuánto hace que no follas? —preguntó Merche, dedicándole una mueca socarrona.

—A ti te lo voy a contar —gruñó.

Sus amigas se echaron a reír y él optó por recostarse en el respaldar de la silla y cruzar los brazos con aire ofendido.

El sonido estentóreo y quejumbroso de una bocina le hizo dar un respingo. Torció la cabeza a tiempo de ver cómo una bicicleta, cuyo ocupante seguía presionando la vieja bocina de su manillar, esquivaba en el último momento a un hombre alto y algo desgarbado que caminaba por el centro de la acera con las manos

en los bolsillos de su abrigo. El tipo se paró en seco y con total indiferencia observó al ciclista que, mientras se alejaba, iba soltando al aire una retahíla de lo que sin duda debían de ser exabruptos en alemán.

Algo en aquel hombre llamó su atención. Se fijó en su delgado rostro, que una farola próxima iluminaba directamente, y de inmediato reconoció los pómulos altos, la nariz recta y perfilada, la profundidad de su mirada bajo la amplia frente, su característica barba de tres días, del mismo rubio tostado que sus cortos cabellos.

—No puede ser —musitó, enderezándose en la silla.

—¿Qué no es? —preguntó Valeria mirando en su misma dirección.

El tipo reanudó la marcha con el andar cansino que le había llevado hasta allí. Mateo se quedó un instante indeciso y de repente se puso en pie.

—Creo que he visto a alguien conocido —dijo. Miró a sus amigas y después hacia el hombre que se alejaba calle abajo entre los viandantes—. Voy a ver si… —Creyó que lo había perdido de vista y echó a andar con precipitación—. Nos vemos en el hotel.

Las dos chicas, con los ojos muy abiertos, lo vieron alejarse a toda prisa.

—¿Va tras un tío? —inquirió Merche, sorprendida.

—Eso parece.

—¿Con la intención de ligárselo?

—Ojalá. —Valeria arrugó el entrecejo—. ¿Vamos con él?

—Para una vez que toma la iniciativa…

Valeria negó con la cabeza.

—Yo nunca le he visto tomar la iniciativa. Lo intentó aquella vez que le dio una calada a un porro, pero no le salió demasiado bien.

Merche tuvo que alargar el cuello para alcanzar a verlo a lo lejos caminando a buen ritmo.

—Bueno, ya es mayorcito, ¿no?

—Espero que triunfe.

Merche torció la boca en una sonrisa al tiempo que pinchaba con el tenedor su porción de tarta.

—Ese sería un buen recuerdo que llevarse de Berlín.

DOS

Dobló la esquina con celeridad para no perderle la pista a Bernhard Maier, porque no le cabía dudas de que aquel tipo era el mismísimo Maier, el ciclista austriaco que, además de otros muchos logros, había llegado a ser campeón en la Vuelta a España de 2015. A pesar de que nunca había tenido la oportunidad de coincidir con él, habría reconocido su rostro entre cientos, incluso su larguirucha figura. De lo que no estaba tan seguro era de por qué había decidido seguirlo.

De ser un mitómano, uno de esos aficionados al ciclismo que coleccionan autógrafos y selfis de sus ídolos, o alguien menos tímido, no habría dudado de su motivación para perseguir a Maier por las calles de Berlín. Pero no era ni una cosa ni otra. De hecho, solo pensar en la posibilidad de abordarle, de entablar una conversación con él, de siquiera saludarlo como a cualquier compañero de profesión, ya le provocaba una vergüenza apabullante. Y sin embargo allí estaba, esquivando transeúntes, alargando el cuello y acelerando el paso para no extraviarlo en la distancia.

Concentrado en no confundir su espalda con la de otros viandantes, cruzó una calle sin atender al tráfico y el claxon de un coche que casi se le echa encima, además de pararle el corazón durante una milésima de segundo, le hizo trotar de forma desmañada. Aún con el pulso precipitado, pasó ante una *trattoria* y

el aroma a pizza recién hecha que escapaba de su interior consiguió que las tripas le rugieran, aunque no con la suficiente insistencia como para distraerlo de su objetivo.

Unos metros más allá vio a Maier detenerse delante de un bar. El austriaco se tomó unos segundos para contemplar la fachada antes de entrar. Una vez lo hizo, Mateo se aproximó dubitativo, valorando si no había llegado la hora de dejar de actuar como un acosador y regresar a su hotel.

Al igual que había hecho Maier, se quedó inmóvil frente a la fila de mesas y bancos, de un intenso color rojo, que constituían la terraza del bar, y en la que una docena de hombres bebían y charlaban despreocupados de las bajas temperaturas. A través de los dos ventanales situados a cada lado de la puerta de entrada, echó una ojeada al interior del local. Era espacioso, con un mostrador cuadrado y paredes de ladrillo visto, y no estaba muy concurrido. La mayoría de la clientela, todos hombres por lo que pudo apreciar a primera vista, permanecía de pie bajo una iluminación de luces azules, violetas y ámbar; algunos bailaban de forma apacible al ritmo de una música que Mateo no podía oír. Sobre uno de los ventanales, en un rótulo luminoso de color verde fijado a la fachada, unas luces de neón blancas perfilaban el nombre del local: Prinzknecht.

Al apartar la vista del cartel, la mirada de Mateo se cruzó con la de un hombre maduro con una abundante cabellera blanca y una barba recortada, sentado con otros en una de las mesas. El tipo le dedicó una sonrisa apreciativa y le preguntó:

—*Willst du ein Bier?*[1].

Mateo hablaba inglés con fluidez, pero en alemán solo sabía decir las pocas frases que había aprendido en los cuatro días que las chicas y él llevaban en Berlín, y ninguna le servía para entender lo que aquel tipo le había dicho. El hombre le guiñó un ojo y, desplazándose en el banco que ocupaba, palmeó el espacio que había quedado libre animándole a ocuparlo.

—*Komm hierher, Hübscher, ich lade dich ein*[2].

De repente, aun sin entender el idioma, supo lo que aquel hombre quería y un inoportuno calor le quemó las mejillas. Nervioso, examinó con mayor atención el local buscando las señales que, a pesar de ser obvias, hasta entonces había pasado por alto, como los letreros de mediano tamaño pegados en los ventanales que rezaban: Man's Bar y las dos llamativas banderas arcoíris que pendían de sendos mástiles desde las alturas, una a cada lado de la fachada del establecimiento.

Sin casi darse cuenta volvió sobre sus pasos hasta llegar a la altura de la *trattoria*, donde se detuvo con el corazón bombeando con ímpetu. Tras recuperar un poco la compostura perdida, recordó, porque casi se le había borrado de la mente, que acababa de ser testigo de cómo Bernhard Maier entraba en un bar de ambiente, y aquello le hizo dejar a un lado su sonrojo y qué lo había provocado.

Confuso, se preguntó cómo debía interpretar la situación. Considerar que Maier podía ser homosexual por frecuentar un bar gay era una idea sesgada y quiso sacarla de su cabeza. Sin embargo, tal posibilidad le suscitó un turbador entusiasmo. Si no estaba juzgando lo sucedido de forma precipitada, significaba que un deportista como él, un ciclista y además su ídolo, se acababa de convertir, de repente, en alguien que podía entenderle. La imaginación se le disparó y se vio intercambiando confidencias con Maier como haría con un camarada: sin temor a ser juzgado o a poner en peligro su intimidad, compartiendo por fin sus dudas, sus miedos, sus inseguridades con alguien que era capaz de entenderlas. Pensó, incluso, que tal vez el propio Maier podía estar también deseoso de conocer a otro deportista con quien poder desahogarse.

Dejándose llevar por un impulso y una emoción que de pronto le desbordaba la mente de optimismo, regresó al Prinzknecht y, evitando cruzar la mirada con el hombre de los cabellos canos, entró en el establecimiento. Las notas de una melodía pop no excesivamente alta y una agradable temperatura le recibieron. Enseguida se sintió acalorado y se bajó la cremallera de la cazadora al tiempo que inspeccionaba el lugar. Con una primera ojeada no fue

capaz de localizar a Maier y temió que el ciclista hubiera abandonado el bar en su ausencia.

Notó que algunos hombres se giraban a su paso para dedicarle miradas intensas e insinuantes y se dirigió hacia el mostrador evitando acercarse demasiado a alguno de ellos. No estaba acostumbrado a frecuentar bares de ambiente ni a llamar de esa forma la atención de otros hombres. La primera vez que entró en uno lo hizo de la mano de Jon, cuando fue a visitarlo a Praga, donde su amigo llevaba varios meses de Erasmus. Después de aquella ocasión, que no tuvo nada de extraordinaria, podía contar con los dedos de una mano las veces que había vuelto a pisar uno, siempre acompañado de Jon o las chicas, que solían escoger bares mixtos, y nunca dentro de los límites del territorio español.

Sintiéndose por completo fuera de lugar, llegó hasta la barra y se acomodó en ella aprovechando que había un espacio libre entre dos tipos. Un camarero con pequeños dilatadores en los lóbulos de las orejas y un arnés de cuero enmarcando su velludo pecho desnudo, se le aproximó.

—*Was trinkst du?* —dijo elevando el tono de voz por encima de la música.

Fue capaz de deducir que le estaba preguntando si quería tomar algo y le contestó con un escueto:

—Coca-cola, *bitte*.

El camarero se hizo a un lado para prepararle la bebida y fue cuando Mateo vio a Maier. Estaba sentado casi frente a él, en la esquina contraria de la barra, sujetando con una mano una botella de cerveza. Se había quitado el abrigo y vestía un jersey de cuello alto, de color azul oscuro, que se le ajustaba a los hombros y al torso. Apoyaba la barbilla en la palma de la mano, observando su entorno con un distanciamiento que más bien era desidia.

A pesar de haber entrado precisamente para localizarlo, Mateo se sorprendió al verlo y se quedó rígido observándolo sin parpadear hasta que el camarero reapareció interponiéndose entre Maier y él.

—*Drei Euro* —dijo, depositando el vaso sobre un posavasos que colocó en la barra.

Rebuscó con urgencia en los bolsillos de su cazadora y dejó sobre el mostrador tres monedas. El camarero farfulló algunas palabras antes de recogerlas y retirarse a atender a otros clientes. Maier apareció de nuevo en su campo de visión; bebía de la botella con expresión hastiada, sin dejar de mirar a su alrededor. En un momento dado volvió el rostro en su dirección y Mateo se apresuró a inclinar la cabeza y clavar los ojos en su refresco.

Un inesperado desánimo se apoderó de él y la loca idea que le había animado a entrar en el local, que le había llevado a pensar que tenía alguna oportunidad de entablar amistad con Maier, se diluyó. ¿A quién quería engañar? Daba igual si aquel hombre era gay o no; le admiraba tanto y su timidez era tan limitante, que hasta le resultaba difícil mirarlo, ¿cómo iba siquiera a iniciar una conversación con él? Le habría gustado tanto poder presentarse con la misma naturalidad y confianza que habría demostrado cualquier otro colega ciclista; ser capaz de tener con él una charla en la que expresarle lo mucho que le admiraba desde que lo viera correr el Giro de Italia en 2014 y que a partir de ese momento le había considerado un referente, un ejemplo a seguir como deportista; contarle que soñaba con llegar a ser tan buen profesional como él y que a pesar de los altibajos en su carrera, seguía considerándolo uno de los mejores ciclistas de la historia.

Sintiéndose frustrado, bebió un poco de su refresco sin alzar la vista. El hombre de su derecha desplazó su fornido cuerpo y se inclinó hacía él. Señalando su vaso le dijo algo en alemán. Mateo ni intentó traducir mentalmente sus palabras. Sonrió con incomodidad y sacudió la cabeza. El tipo se encogió de hombros y le dio la espalda.

Tratando de que su gesto resultara natural, Mateo alzó el rostro y recorrió con la mirada el local, fingiendo estar interesado en los cuadros de hombres uniformados al estilo de Tom of Finland, que servían de decoración. Cuando sus ojos buscaron a Maier, descubrió que este le estaba observando; se hallaban lo suficientemente cerca como para poder apreciar las arrugas que se habían formado en su frente al fruncir el entrecejo y la mueca, un tanto burlona, que torcía sus labios. Aquella expresión, difícil de interpretar, le descolocó.

«¿Me ha reconocido?», se preguntó con asombro.

No parecía posible, y no solo porque jamás habían coincidido.

Hacía tres años que se había iniciado como profesional en el Agaro Team, un reconocido equipo de los Circuitos Continentales UCI del que su padre, Javier Luna, era director deportivo, y su madre, Petra, doctora, y aunque su trayectoria estaba resultando prometedora, no dejaba de ser uno entre miles en la última división del ciclismo internacional. En cambio, Bernhard Maier había desarrollado casi toda su carrera en equipos de la UCI WorldTour, lo que hacía que las órbitas profesionales de ambos estuvieran en diferentes niveles y demasiado alejadas la una de la otra. Pensar que alguien de la categoría del austriaco podía haber oído hablar de él y tener referencias de su persona hasta el punto de reconocerle entre la clientela de un bar berlinés, era pecar de ingenuo. No obstante, semejante posibilidad despertó en él un grato sentimiento de orgullo y, sin darse cuenta, le devolvió la sonrisa.

Maier se llevó despacio la botella de cerveza a la boca, bebió un par de buenos tragos y se levantó. Mateo le siguió con la mirada mientras se abría paso entre la clientela hasta que, tras unos segundos que le parecieron eternos, se detuvo a su lado.

La presencia del austriaco le hizo sentir pequeño; de cerca tenía una apariencia imponente y superaba su metro setenta en casi diez centímetros. Quiso saludarlo con una actitud distendida, pero las palabras no terminaron de salir de su boca. Maier recorrió su cuerpo con una mirada lenta y apreciativa y, al alcanzar sus ojos, le hizo un gesto con la cabeza para que le siguiera. Lo interpretó como una invitación para ir a algún lugar tranquilo donde poder hablar y sin hacer preguntas le siguió con el vaso en la mano.

Maier caminó sin prisas con Mateo unos pasos por detrás de él. Al fondo del local, una angosta plataforma con barandilla, a la que se llegaba salvando cuatro escalones, permitía el acceso a un pasillo. Subieron y Maier depositó su botella sobre una mesa alta situada a un lado de la entrada.

—*Lass dein Glas hier*[3] —le indicó.

—No hablo… —Mateo se esforzó por encontrar las palabras correctas en alemán sin recordar que su colega ciclista entendía perfectamente el español—. *Nicht Deutsch sprechen*[4].

Maier apretó los labios y se le quedó mirando con severidad, como si su deficiente utilización del idioma le hubiera molestado.

—¿Español? —inquirió, en un tono que hizo sonar la palabra como un reproche.

Al escuchar su pregunta, la desilusión le corrió a Mateo por las venas como agua helada, y una desagradable sensación de pesadumbre se alojó en sus entrañas. Maier no le conocía, no tenía ni idea de quién era.

—Sí —respondió—. Creí que…

La frase se le quedó entre los labios al ver que el austriaco le contemplaba con una mezcla de contrariedad e indecisión. Tras unos instantes, este soltó un resoplido y dijo:

—*Egal!*[5] —Dio un par de golpecitos a la mesa con un dedo antes de cruzar la puerta—. Deja la bebida aquí.

Con gesto lento, Mateo abandonó su vaso y, casi como un autómata, le siguió por el pasillo. Era estrecho y estaba iluminado por unas lámparas a media altura atornilladas a las paredes. Su luz, amarilla y brillante, iba haciéndose más tenue a medida que avanzaban. Al cabo de un corto trayecto, Maier se detuvo a la entrada de una sala por la que se diseminaban algunas personas que la penumbra no permitía distinguir con detalle. Mateo escudriñó la oscuridad y prestó atención a los sonidos que escapaban de ella. Gracias a que la música del bar apenas llegaba hasta allí, logró captar los susurros, las palabras entrecortadas, los gemidos y jadeos que parecían brotar de los rincones. Perplejo, vio a Maier alargar el brazo hacia un pequeño estante que sobresalía de la pared y sobre el que reposaba una caja de clínex. De ella extrajo un puñado que se metió en el bolsillo del pantalón para, a continuación, animarle con la mano a seguirle.

Mateo se quedó clavado al suelo como una estaca al comprender dónde se encontraba, al entender, por fin, qué quería Maier de él y qué era aquel olor denso y acerbo que exhalaba la sala.

Una vergüenza abrumadora que nacía de su ignorancia, de sus prejuicios, de su humillante falta de experiencia, le fulminó. Una vergüenza que le gritaba que aquel no era lugar para él, que tenía que salir de allí y que, tan rápida como emergió, se esfumó engullida por el pánico que sintió nada más notar en la entrepierna los primeros indicios de una pujante excitación.

—¿Vienes?

Ante su inmovilidad, Maier se le había acercado, tanto que podía oler el leve aroma a eucalipto que emanaba de su cuerpo. Desde su altura le contemplaba con una serena expresión y un destello de curiosidad en sus grises y profundos ojos. Mateo pensó que su propio semblante, en el que sin duda podía leerse el temor y la vergüenza que le acometían, debía de resultarle grotesco.

—Tú decides —dijo, con ese leve acento que le hacía alargar algunas sílabas.

No había nada que decidir. No era capaz de enrollarse en el cuarto oscuro de un bar con aquel hombre, con ninguno en realidad. A parte de ciertos prejuicios que le hacían imaginar que lo que solía ocurrir en un lugar de ese tipo era sórdido y degradante, sabía que no contaba con la suficiente experiencia sexual y mucho menos con la seguridad en sí mismo que suponía necesaria, para colarse en un cuarto oscuro y montárselo con un desconocido. Y no mejoraba la situación el hecho de que fuera Bernhard Maier, su ídolo, quien le había hecho entrar en un sitio así por primera vez.

—¿Y bien? —insistió Maier.

La escasa luz del final del corredor caía sobre su rostro perfilando la nariz y los pómulos, permitiendo distinguir la intensidad de su mirada, la sombra de su rubia barba. Era un tipo atractivo y maduro que exudaba masculinidad, justo como le gustaban a Mateo los hombres y, sin embargo, nunca se había sentido atraído sexualmente hacia él, o al menos así lo había creído hasta aquel momento.

Maier torció la boca, se encogió un poco de hombros e hizo ademán de marcharse en dirección a la salida. Mateo le puso la mano en el pecho con un movimiento brusco y al instante la retiró. Sorprendido por su gesto y por sus propios pensamientos, abrió

mucho los ojos. ¿Y si lo que siempre había considerado simple admiración, era en realidad algo más?

—Voy, sí —se apresuró a decir desviando la mirada y sintiendo un sofocante calor subir desde su vientre.

Maier volvió a encogerse de hombros. Con unos dedos calientes y firmes le tomó la misma mano que había puesto sobre su pecho y tiró de él hacia el interior del cuarto oscuro. Mateo se dejó llevar con el corazón tan acelerado que creyó que le latía en la garganta. Como en una ensoñación, pasó entre los cuerpos que se movían en las tinieblas siguiendo un ritmo silencioso de caricias, besos y gestos apresurados. Mientras Maier le guiaba hacia el lado contrario de la sala, vislumbró torsos desnudos, pantalones bajados por debajo de las rodillas, nalgas al aire, brazos que se enlazaban con otros brazos en una lucha lúbrica.

Al detenerse, Maier se recostó contra la pared y, ávido, lo atrajo estrechándolo contra su pecho. Lo besó sin mediar palabra, con unos labios vehementes y una lengua implacable que, lujuriosa y hábil, invadió su boca. Mateo jadeó contra aquellos labios queriendo seguir el ritmo que marcaban, sintiéndose espoleado por un deseo que se le desbordaba desde las entrañas y le volvía atrevido, impaciente; un deseo que nublaba su mente como nunca antes le había sucedido. Sus manos, tan codiciosas como su boca, asieron la cintura de Maier, y las de este le agarraron las nalgas con dedos hirientes, atrayendo sus caderas hacia su entrepierna. Mateo notó la erección del otro apretada contra su pene tumefacto y gimió con fuerza.

Maier le sujetó por el cuello y acercando la boca a su oído, susurró con voz ronca y un acento aún más marcado:

—Si que la tienes dura, chaval.

Su aliento caliente le erizó el vello de la nuca y un escalofrío repentino le bajó por la columna vertebral. La dureza de su miembro se le hizo dolorosa y el anhelo que se desencadenó por sus venas le llevó a desabrocharle el pantalón con gestos urgentes mientras se arrodillaba frente a él.

Maier lo agarró de inmediato por el cuello de la cazadora y lo obligó a incorporarse, sobresaltándolo.

—En un cuarto oscuro ni se folla ni se mama sin condón.

Pronunció aquella frase rozándole los labios con los suyos, en un tono grave, clavando en sus ojos una mirada febril y hambrienta que hizo que las piernas le flaquearan.

Advirtió que le desabrochaba el pantalón. Miró hacia abajo y le vio abrir la cremallera. El sonido lento y metálico llegó hasta sus oídos y se mordió los labios para no dejar escapar un gemido de anticipación. Maier le cogió la mano y se la acercó a la boca. Le escupió en la palma y aproximó su propia mano a la boca de Mateo para que le imitara.

—Te voy a hacer la paja de tu vida.

Mateo sintió que su rostro, ya de por sí acalorado, se prendía como una antorcha. Obediente, escupió la poca saliva que tenía en la boca y se lanzó sobre los labios de Maier. Los dedos de este se colaron por la bragueta, apartaron el slip y se apresaron de su pene con la naturalidad que da la experiencia. Mateo se quedó unos instantes petrificado, sin resuello, y cuando aquella mano comenzó a masturbarle, se dejó deleitar por su fuego, por el tacto suave de la piel, por la forma firme y a la vez considerada con la que le sobaba el miembro. Despacio, sus caderas comenzaron a moverse al compás, acomodándose al movimiento, empujando hacia delante cada vez con más vehemencia. El austriaco le agarró por la muñeca y le guio la mano dentro de su pantalón. No llevaba ropa interior y Mateo advirtió la aspereza de su vello púbico antes de alcanzar el pene, nervudo y enhiesto. Lo tomó con celeridad y comenzó a masajearlo tratando de seguir el intenso ritmo que marcaba Maier dentro de su slip. Este le agarró con la mano libre la nuca y le mordió los labios y el mentón, y siguió bajando por su cuello lamiendo, pellizcando con los dientes la carne hasta lograr arrancarle cortos gemidos de placer.

—Con fuerza —masculló con un acento gutural y vibrante—. Dale con más fuerza.

Mateo, perdido en su propio placer, aceleró el bombeo con el que masturbaba a Maier y este dejó escapar un ronco gruñido de satisfacción.

—Bien, chaval —dijo entre dientes. Le rodeó la cintura con el brazo y lo atrajo posesivo, mordiendo de nuevo su cuello—. Sigue así —musitó en su oído.

Su voz volvió a estremecerle la piel y, sin esperarlo, tan repentino que le sobresaltó, un latigazo de placer le sacudió el vientre cuando el chorro de semen brotó de su pene. El orgasmo que le acometió le recorrió el cuerpo igual que una descarga eléctrica, dejando a su paso un delicioso temblor y un aturdimiento que apenas le permitía ser consciente de otra cosa que no fuera su mano empuñando con desesperación el miembro de Maier.

Cerró los ojos y apoyó la frente en el hombro de este, que le mantenía preso ciñendo su cintura y su pegajoso pene, y volcó todas las brasas de su pasión en los dedos que recorrían la carne de extremo a extremo con una fogosidad que rozaba la fiereza. Maier arqueó la espalda y pronunció unas palabras ásperas en alemán. Mateo sintió palpitar el pene contra la palma de su mano y a continuación una sustancia caliente y espesa entre los dedos.

Ambos, sin soltar al otro, estuvieron unos instantes recuperando en resuello. Maier fue el primero en separarse. Sacó del bolsillo de su pantalón los clínex, le puso en la mano a Mateo un puñado y utilizó el resto para asearse el miembro con gestos rápidos y precisos.

Mateo, aún aturdido, tardó unos segundos en darse cuenta de su propio pene, abotargado y pegajoso, asomando por encima del slip. Se apresuró a limpiarlo y con algo de torpeza por las prisas, logró regresarlo al interior de los pantalones.

Maier se subió la cremallera y se dirigió a la salida con una indiferencia que le dejó perplejo. Sin saber muy bien qué hacer, fue tras él, más por inercia que siguiendo una orden directa de su cerebro. El austriaco se detuvo a la entrada del corredor para tirar en una papelera los pañuelos usados y al mirar sobre su hombro, pareció percatarse de su presencia.

—No ha estado mal, chaval —le dijo mirándole con extrañeza, como si le sorprendiera verlo aún allí.

—Me llamo…

—¡Eh! —le interrumpió con expresión adusta—. Los cuartos oscuros están para no tener que saber cómo se llama el otro.

Mateo se quedó paralizado viéndolo alejarse por el corredor. Por segunda vez en esa noche, Bernhard Maier le había hecho sentir el amargo sabor de la desilusión.

NUEVA ETAPA

UNO

Aquella era la primera vez que Mateo ponía los pies en Mallorca. Durante el vuelo, más para calmar su nerviosismo que por un interés real, había leído el folleto publicitario sobre las Baleares que proporcionaba la aerolínea. Gracias al él ahora sabía que la ciudad de Palma tenía una catedral gótica de renombre, un barrio judío, unos baños árabes del siglo XI y un hermoso paseo marítimo. No estaba allí para hacer turismo, las siguiente dos semanas las iba a pasar entrenando duro con su nuevo equipo en vistas a la primera cita deportiva de la temporada; sin embargo, el folleto turístico, aunque poco detallado y nada vistoso, había logrado despertar su curiosidad, y la idea de contar con alguna hora libre, para visitar al menos el puerto y la playa, le estimulaba.

Cuando comenzaron a circular paralelos al paseo marítimo, pegó el rostro a la ventanilla de la furgoneta y se quedó absorto contemplando las aguas de la Bahía de Palma.

La superficie del mar, erizada por la brisa y salpicada de veleros con el velamen arriado, destellaba bajo un cielo frío que anunciaba el atardecer. A lo lejos se divisaba un yate de considerable calado y aspecto lujoso enfilando el puerto, con algunas embarcaciones de recreo a la saga. Lo perdió de vista cuando la furgoneta giró para adentrarse en el corazón de la ciudad por una calle de una sola dirección, estrecha y atestada de tiendas de recuerdos. Numerosos

viandantes, la mayoría con la apariencia habitual del turista desubicado, ocupaban las aceras, se distraían con los escaparates o, aprovechando el lento tráfico rodado, cruzaban la calle con despreocupación.

—Parece mentira que estemos a principio de febrero. —David Buenafuente, sentado en el asiento del copiloto, también miraba por la ventanilla. Movió a un lado y a otro la cabeza con desaprobación —. Temporada baja, dicen que es. No quiero ni imaginarme la locura en la que tiene que convertirse esta ciudad en pleno agosto. Yo propuse realizar la concentración en el CAR[1] de Sierra Nevada, pero es verdad que allí hace ahora mismo un frío de pelotas. Aquí, al menos, no se os helará el culo cuando entrenéis en carretera. Y el velódromo del CEAR[2] es cubierto, así que vais a estar como Dios.

Se inclinó a su izquierda, para poder mirar a Mateo, sentado en la parte de atrás de la furgoneta, y preguntó:

—¿Todo bien por ahí? Vas muy callado.

Mateo sonrió a medias y asintió. Buenafuente arqueó una de sus pobladas cejas; las tenía rectas y anchas y daban a su rostro un aspecto severo.

—Tú no eres muy hablador.

«Y tú hablas por los dos», pensó, incómodo.

David Buenafuente le había recogido en el aeropuerto y, desde que se estrecharon las manos, no había parado de parlotear.

Lo había conocido hacía nueve meses, el día que ganó la contrarreloj del Tour de Hungría de 2023. El entrenador del Global-Ventura había estado presenciando la etapa junto a los periodistas que la retransmitían para el canal Duna de la televisión húngara, y una vez se hizo oficial la clasificación, se le había acercado para felicitarlo. Su conversación fue corta y formal, y aunque Mateo se sintió halagado y agradecido por su cordialidad, no le dio mayor importancia al encuentro. Para cuando, casi siete meses después, en plenas Navidades, llegó la sorpresiva oferta de fichaje por parte del Global-Ventura, ni recordaba haber coincidido con aquel entrenador. Pero, según llegó a saber por su padre, había sido el propio David Buenafuente quien le había propuesto a su director, insistiendo en

que Mateo debía formar parte del equipo para la siguiente temporada.

—Ha visto tu potencial —le había dicho su padre, cuando ambos se sentaron en el despacho de este a estudiar la oferta—. No desaproveches la oportunidad que te está brindando.

Mateo se había quedado callado y cabizbajo, un poco hundido en el sofá que ocupaba. Javier Luna, que no solía dejar pasar la oportunidad de demostrarle a su hijo lo bien que lo conocía, se había sentado a su lado con un profundo suspiro.

—Lo sé, Mati, sé que la idea de abandonar el Agaro Team te asusta y te entristece, y lo entiendo. No solo es el equipo dónde has comenzado tu carrera, también es tu hogar, y todos los que lo integramos tu familia. Pero sabes que nunca vamos a salir de los Circuitos Continentales UCI, lo que significa que te será casi imposible acceder a las grandes vueltas. —Le agarró la barbilla y se la alzó con un gesto delicado para que Mateo le mirara a los ojos—. Y eso es algo que, como director de este equipo y tu padre, no puedo permitir. Acepta la oferta. El Global-Ventura está bien situado en la UCI ProSeries, tiene posibilidades de ascender en los próximos años a la WorldTour donde podrás competir con los grandes y demostrar tu valía.

Mateo le asió la mano y la apartó de su barbilla.

—¿Y si no llego a ser nunca tan bueno como crees? —le preguntó mirándole con aprensión—. Como cree Buenafuente. —Le estrechó los dedos con fuerza—. ¿Y si no consigo ser más que un ciclista mediocre? ¿Qué pasará si fracaso?

—Al menos lo habrás intentado —le había dicho, dedicándole una bondadosa sonrisa y unas cariñosas palmadas en el dorso de la mano—. La vida es algo más que alcanzar triunfos, Mati. Es un camino, y recorrerlo es el verdadero logro.

—¿Verdad? —insistió Buenafuente.

La voz del entrenador devolvió a Mateo al presente. Le contemplaba con una expresión circunspecta y no supo deducir si esperaba de él una réplica a su afirmación sobre ser parco en palabras o un silencio tácito. Se le quedó mirando y ensanchó la sonrisa con la esperanza de que el gesto le resultara satisfactorio. El

claxon de la furgoneta sonó de repente varias veces y tanto Buenafuente como Mateo dieron un respingo.

—¡Por Dios, Jacinto! —protestó el entrenador—. ¿Quieres que se nos pare el corazón?

El chófer, tan ancho de espaldas que sobresalía por los lados de asiento, señaló con ambas manos hacia la carretera.

—Son estos paletos, jefe. Mira cómo conducen los muy burros. Se frenan en todos los puñeteros pasos de cebra.

—Relájate que no tenemos prisa. —Aprovechó que la furgoneta estaba detenida para quitarse el cinturón de seguridad—. Y no empieces a insultar a los conductores que no queremos que ocurra lo de Huesca.

Colándose entre los dos asientos —tenía un cuerpo menudo y pequeño como el de un yóquey—, se pasó a la parte de atrás y se sentó junto a Mateo.

—Es un excelente chofer —afirmó señalando la nuca de Jacinto —. Nadie como él para llevar el coche del equipo detrás del pelotón en un puerto de montaña. Aunque tiene un carácter de mierda.

—Te estoy escuchando, jefe —gruñó.

—Lo sé. —Se acomodó en el asiento y se puso el cinturón—. ¿Estás nervioso? —le preguntó a Mateo.

—¿Yo? No —mintió—. No tengo motivos para estarlo.

Buenafuente bajó la vista. Mateo, al advertir que la dirigía hacia su pierna derecha que subía y bajaba con cortos y rítmicos espasmos, paró el movimiento en seco.

—No hay motivos, pero es normal. —El entrenador sonrió de lado, amigable—. Nuevos compañeros, nuevos retos, es un cambio importante en tu vida y en tu carrera, pero te aseguro que todo va a ir como la seda.

La furgoneta avanzó dando un ruidoso acelerón y Buenafuente se asomó a la ventanilla con desconfianza.

—El equipo ya se halla instalado en el hotel. —Consultó su reloj de pulsera—. Tus compañeros están ahora en una reunión con Velazco, el director deportivo, ultimando el plan de la semana. Para cuando lleguemos, si aún no han terminado, aprovecho y te los presento a todos juntos. Creo que conoces a Fontanilla, ¿no es así?

Mateo quiso responderle, pero Buenafuente se le adelantó.

—Sí, sí que lo conoces. Tu padre me dijo que estuvo con vosotros la temporada 2021. ¡Por cierto! —exclamó, con expresión sorprendida—. No te he dicho cuándo será tu presentación oficial. La tuya y la de los otros dos fichajes. Hemos convocado una rueda de prensa para…

La furgoneta frenó con brusquedad y ambos fueron impelidos hacia delante.

—¡Pedazo de bestia! —gritó el chófer sacando el torso por la ventanilla para encararse con un peatón paralizado al borde de la acera—. ¡Que te vas a meter debajo de las ruedas! ¡Cenutrio!

—¡Coño, Jacinto! —Buenafuente soltó el cinturón y volvió a pasar al asiento del copiloto—. Si no lo mata la furgoneta lo matas tú de un susto. ¿Te quieres relajar?

Jacinto aceleró de nuevo, no sin antes enseñarle el dedo corazón al aturdido viandante. Buenafuente criticó su comportamiento y comenzó a encadenar reproches a los que el otro respondía con gruñidos y aspavientos.

Mateo, asido con ambas manos al cinturón de seguridad y con las palabras del entrenador dando vueltas en su cabeza, se olvidó pronto de ellos. No le gustaba la idea de una presentación grupal —le incomodaba ser el centro de atención aunque fuera durante unos minutos—, formar parte de una rueda de prensa le espantaba.

«Tranquilo», se dijo. «Eres un profesional. Los profesionales no le tienen miedo a la prensa y menos a sus compañeros».

La pierna comenzó a temblarle de nuevo sin que se percatara de ello.

DOS

Para su asombro, llegaron al hotel de una pieza y sin atropellar a ningún peatón. Jacinto se ocupó del equipaje: dos maletas y una bolsa de deporte, y Buenafuente le sirvió de guía por un hotel donde abundaban los grandes ventanales y cuya decoración de líneas rectas y blancos impolutos, le recordó la foto de portada de un catálogo de interiorismo.

Subieron a la segunda planta por las escaleras y caminaron por un corto y solitario pasillo mientras el entrenador parloteaba sobre horarios, programas de entrenamientos y pruebas físicas. Solo dio descanso a su lengua cuando se detuvieron ante una puerta rotulada con el nombre de «Sala Europa». Llamó con los nudillos y, sin esperar respuesta, la abrió.

—¡Buenos días! —saludó al entrar. Se echó a un lado para dejar pasar a Mateo y exclamó con entusiasmo—. ¡Ya tenemos aquí al que faltaba!

Los dieciséis miembros ciclistas del equipo Global-Ventura volvieron sus rostros al unísono hacia ellos. Se hallaban sentados en unas sillas distribuidas en hileras, formando como disciplinados alumnos ante una pantalla digital situada en la pared del fondo. El hombre alto y entrado en años que se encontraba junto a ella, sosteniendo entre las manos una *tablet*, captó por completo la atención de Mateo. La expresión grave de su rostro, su abundante y

alba cabellera, y la solemnidad con la que presidía el aula, lo dotaban de una apariencia bíblica.

—Bienvenido —saludó, con una voz ronca y bien modulada—. Soy Tomás Velazco, el director deportivo. Pasa, por favor.

Buenafuente le puso la mano en la espalda y lo empujó para animarlo a andar. Uno de los ciclistas se levantó resuelto y evitando las sillas de un par de compañeros, le salió al paso.

—Hombre, Mateo. ¡Qué de tiempo sin vernos! ¿Qué tal tu padre?

El tipo le estrechó la mano y le dio unas palmadas en el hombro. En un primer momento Mateo no supo de quién se trataba hasta que recordó que aquel atezado rostro de ojos saltones y el marcado acento gallego pertenecían a Fermín Fontanilla, quien había sido gregario del equipo Agaro Team durante un año, una sola temporada en la que deportivamente no demostró gran cosa. Tal vez por ello Mateo no tenía demasiados recuerdos de él, ni buenos ni malos, salvo que no perdía oportunidad de alardear de sus méritos.

—Hola, Fontanilla. —Intentó que su apretón de manos fuera igual de enérgico y decidido—. Mi padre bien, gracias, trabajando mucho, como siempre.

Fontanilla le echó el brazo por los hombros, como si alguna vez hubieran compartido esa familiaridad, y le hizo girar hacia el resto de ciclistas.

—Os lo digo ahora, igual que en su día se lo dije a su padre. Este chico va a llegar muy lejos. Como nos descuidemos nos llevará pronto a todos con el gancho[1].

Mateo lo miró de reojo sin saber muy bien si aquel comentario pretendía ser un halago o una advertencia malintencionada a los otros ciclistas. Escuchó algún resoplido y alguna risa seca y prefirió bajar la vista.

—Gracias, Fontanilla —intervino Velazco—. Si no te importa, me gustaría estrecharle yo también la mano.

Con cierto alivio, Mateo se deshizo de su brazo y se aproximó al director. Este le recibió con una amable sonrisa y un firme apretón.

—Muchachos —dijo, dirigiéndose a los ciclistas—, os presento a Mateo Luna, hijo de Javier Luna, director del equipo Agaro Team, de

quien seguro habéis oído hablar. Como os dije en el desayuno, es nuestro último fichaje de la temporada y ocupará el puesto de escalador. Espero de vosotros que le ayudéis a integrarse en el equipo lo antes posible.

Se escucharon algunos «hola» y «bienvenido» y se levantaron manos en señal de saludo. Mateo, sonriente a pesar de sentirse un poco fuera de lugar, recorrió con la mirada el grupo, saludando a su vez con un leve cabeceo hasta que descubrió al hombre que, sentado al final del aula, con los brazos cruzados y las largas piernas extendidas, le contemplaba con unos ojos gélidos.

Igual que una liebre sorprendida por los faros de un coche, se quedó petrificado, con la mirada clavada en la de él, incapaz de apartarla o de moverse, seguro de que su imaginación le estaba jugando una mala pasada, o al menos esperanzado en que fuera así.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Velazco, extrañado.

Mateo reaccionó a sus palabras volviéndose hacia él con sus pardos ojos muy abiertos, la boca seca y el pulso latiendo en sus sienes con dolorosa intensidad.

—¡Vaya, Mateo! —exclamó Fontanilla luciendo una burlona mueca—. ¿No me digas que sigues siendo igual de cortado? —Se volvió hacia el compañero que tenía a la derecha y comentó—. De rapaz se ponía colorado por cualquier chorrada.

Aquel comentario actuó como un detonante. Mateo notó una oleada de calor subir por su cuello y prenderle el rostro, que de inmediato se volvió incandescente. Fue tan visible su reacción que hubo risas y comentarios burlones que se dejaron oír con claridad en el aula.

—¿Mateo? —insistió Velazco.

—Perdón —se disculpó—. Yo…

«Acabo de flipar al ver al protagonista de mis sueños guarros», se confesó a sí mismo con el cosquilleo de una risa histérica en la garganta.

—No se me da demasiado bien esto de… —intentó explicar.

Se encogió un poco de hombros confiando en que Velazco infiriera el resto de la frase. El sobrio rostro del director se tornó indulgente.

—No te disculpes. Lo entiendo. Buenafuente —llamó—. Lleva a Mateo con Álvaro. Me comentó que necesita con urgencia sus medidas para prepararle la bicicleta.

El aludido, que había permanecido junto a la puerta, hizo el saludo militar como respuesta.

—Ve con él —le indicó Velazco—. Ya tendrás tiempo de conocer al equipo al completo de uno en uno.

Con la cabeza gacha y el paso ágil, se apresuró a seguir sus instrucciones.

—¡Espera un momento, Mateo! —exclamó el director de repente cuando le faltaba un metro para alcanzar la ansiada salida—. Se me olvidaba… Maier.

Hubiera querido escapar de allí a la carrera pero, escuchar aquel nombre, el de la persona que no era capaz de apartar de sus pensamientos desde hacía casi un año, le hizo detenerse de golpe rígido como una tabla y con una desagradable sensación mordiéndole las entrañas que identificó como puro pánico. Casi sin atreverse a mirar, giró la cabeza hacia Bernhard Maier, que continuaba sentado en la misma actitud displicente.

—Mateo compartirá la habitación contigo —le informó Velazco.

Mateo apretó los labios para que no se le escapara una palabrota. Hasta hacía unos segundos había creído que estaba viviendo el peor día de su vida. Velazco acababa de demostrarle que las cosas siempre podían ir a peor.

—¿Por qué será que no me sorprende? —comentó Bernhard con un matiz de sarcasmo en su voz.

—Por una cuestión de lógica. Eres el único que aún no tiene compañero.

Bernhard soltó un bufido mientras se levantaba de la silla mostrando una evidente desgana.

—¿Lo de tener la habitación para mí solo no era un privilegio por ser el más veterano del equipo? —pregunto, encaminándose hacia un paralizado Mateo.

—Nada que ver —intervino uno de los ciclistas. Llevaba la cabeza afeitada, tenía un rostro aguileño y cobrizo y un pronunciado acento

colombiano—. Es porque nadie soporta el caos en el que conviertes el cuarto.

Algunos compañeros le dieron la razón con burlones comentarios.

—Cierra la boca, Otero —le soltó en tono perezoso.

Llegó hasta Mateo y le tendió la mano con el rostro vuelto hacia el grupo. La repentina cercanía de Bernhard le dejó sin respiración y sin capacidad para reaccionar.

—Al menos a mis pies no hay que hacerles un funeral —añadió.

Las risas brotaron espontáneas y varias voces se alzaron confirmando que Maier padecía del síndrome de Diógenes y que a Otero se le habían muerto los pies.

Mateo tardó unos segundos en decidirse a estrecharle la mano; la suya le sudaba tanto que se la limpió con disimulo en el pantalón antes de tendérsela. Cuando ambos se saludaron, Bernhard volvió por fin el rostro hacia él.

—Bienvenido —dijo, contemplándole sin demasiado interés—. No te creas nada de lo que dicen estos descerebrados. Soy un excelente compañero de habitación, limpio y ordenado, ya lo comprobarás.

—¿Qué dices, loco? —exclamó divertido Otero—. ¿Ordenado?

Bernhard le soltó la mano y, despreocupándose de él, se volvió hacia el grupo para unirse a sus comentarios jocosos y a lo que, de repente, se había convertido en una competición por ver quién sacaba a relucir más defectos de los otros.

Durante unos instantes Mateo experimentó un enorme sentimiento de alivio. Por como le había estrechado la mano y dirigido la palabra, no parecía probable que Bernhard le hubiera reconocido, lo cual, en vista de la situación, era una suerte descomunal; enfrentarse a la convivencia y el trabajo diario con aquel hombre después de lo que había habido entre ellos le parecía menos embarazoso y traumático si al menos no le recordaba.

Le observó bromear con sus compañeros: las manos en los bolsillos del pantalón, la sonrisa torcida, la réplica mordaz y rápida en la punta de la lengua; y el alivio que con tanta celeridad le había embargado, se fue diluyendo en una triste sensación de pérdida al comprender lo que en realidad significaba que no le recordara.

—¡Vamos, espabila! —le exhortó Buenafuente—. Yo también tengo cosas que hacer.

Mateo le siguió por el pasillo en una especie de sonambulismo.

Le habría gustado pensar que la desmemoria del austriaco se debía a que aquella noche en Berlín, que él no era capaz de sacarse de la cabeza, Bernhard no había podido ver bien su rostro en la penumbra del cuarto oscuro. Sin embargo, lo acertado era suponer que la experiencia le había resultado irrelevante, tanto como para que no quedara vestigio de ella en su mente.

—No sabía que Bernhand Maier estaba en el equipo —comentó casi sin darse cuenta.

—Normal. Como tu fichaje, el suyo y el de Thierry Gachet aún no se han hecho oficiales.

—Creía que le iba bien en el Sparta-Gavere.

—Así es —Buenafuente lo miró de reojo—. A Maier aún le quedan dos o tres años buenos como gregario y los va a pasar con nosotros porque… —Inclinó la cabeza con aire confidencial—. Entre tú y yo, los del Sparta-Gavere son gilipollas. —Llegaron hasta la escalera y le indicó que bajara—. Están con el agua al cuello. Problemas de financiación. Si no se ponen las pilas tendrán que abandonar este año la UCI WorldTour. Así que han decidido deshacerse de algunos de sus activos para hacer caja. Pero, si no tienes buenos corredores que te consigan victorias, ¿de qué te sirve el dinero? Sin puntos por carreras ganadas igualmente te echan de la UCI WorldTour.

—¿Gregario? —repitió Mateo, que no había prestado mucha atención al discurso de Buenafuente después de haber escuchado esa palabra—. Maier es escalador, uno de los mejores. Utilizarlo de gregario es desperdiciar su talento.

Llegaron al vestíbulo y siguieron bajando hasta el semisótano del hotel.

—A ver. —Buenafuente torció un poco el gesto—. Maier tiene treinta y dos años y mucha carretera a las espaldas. Sabes bien lo que significa eso.

Mateo arrugó la frente. Claro que lo sabía, como cualquier otro profesional, lo cual no significaba que le gustase. Los años buenos de un ciclista pasaban pronto, a partir de los treinta años ya se le

consideraba en una ladera descendente camino de la jubilación y ello, a menudo, daba lugar a que buenos profesionales fueran descartados antes de tiempo.

—He seguido su trayectoria —dijo Mateo, con aspereza.

Su voz sonó disgustada, lo que no pasó desapercibido para Buenafuente que lo miró desconcertado, como si aquel tono no le resultara propio del joven.

—Ha sido uno de los mejores escaladores de la UCI WorldTour —continuó—. Más de uno mataríamos por tener su experiencia y conocimientos, su talento. Relegarlo a gregario es injusto.

—Nadie niega sus méritos. —Buenafuente se detuvo al pie de la escalera—. Por eso le hemos fichado, sabemos que su aportación al equipo será muy valiosa. Pero todos somos conscientes, y él más que nadie, de que su tiempo como líder ya pasó.

—Pero…

—Mateo. —Le puso la mano en el hombro y le miró a los ojos con afabilidad—. Te entiendo. Ver que la carrera de un compañero está próxima a concluir, le hace pensar a uno en su propio final. No caigas en ello, solo conseguirás deprimirte antes de tiempo. Venga —le animó empujándole para que caminara delante de él—. Vamos a por tu bicicleta.

Mateo se dejó llevar con una sensación de pesadumbre en el corazón que nada tenía que ver con su carrera ni su futuro.

TRES

Después de que los mecánicos le hubieran tomado medidas para adaptar su bicicleta, de conocer a Carmen, la nutricionista, y a los dos fisioterapeutas del equipo, Buenafuente consideró que ya podía ir a su habitación a deshacer las maletas, algo que Mateo habría preferido que siguiera retrasándose indefinidamente.

—La 312 —le informó el entrenador entregándole la tarjeta llave que acababa de recoger en la recepción del hotel—. Te hemos dejado en la habitación una carpeta a tu nombre con horarios y demás información; la misma que encontrarás en un email que te ha enviado Velazco. —Señaló su reloj de pulsera mientras se alejaba de él caminando de espaldas—. Son casi las seis. A las ocho se abre el comedor para el equipo. Sé puntual.

Le guiñó un ojo y se marchó escaleras arriba, dejando a Mateo en mitad del vestíbulo del hotel contemplando la tarjeta que sostenía entre los dedos como lo que sentía que era, el emblema del inicio de sus problemas. Así permaneció un rato, hasta que se percató de que los clientes del hotel que entraban y salían se le quedaban mirando con curiosidad.

Despacio, casi arrastrando los pies, se dirigió al ascensor.

En su cabeza las ideas iban y venían incansables, disparando su nerviosismo. Había sido consciente desde el momento en que acepto la oferta de fichar por el Global-Ventura que enfrentar solo una

nueva etapa deportiva —sin sus padres, sin sus fraternales compañeros de equipo—, con todos los cambios que eso suponía para él, iba a resultar difícil e intimidante. Contaba con ello, confiado en que podría gestionarlo. La inesperada presencia en el equipo de Bernhard Maier desbarataba por completo sus esperanzas.

Subió en el ascensor hasta la tercera planta manoseando la tarjeta. La situación era complicada y no solo por lo perturbador que le resultaba haberse reencontrado con Bernhard y tenerlo como compañero; su futuro en aquel equipo y quizás como profesional del ciclismo, podía trastocarse si se llegaba a saber lo sucedido en Berlín y su orientación se hacía pública.

—¡Mierda! —masculló.

Sonó una campanilla y las puertas del ascensor se abrieron. Giró a la izquierda siguiendo las indicaciones de un cartel y caminó por el enmoquetado pasillo rumiando su ansiedad.

Siempre había confiado en que pasados algunos años se vería libre de vivir con naturalidad su condición, y ansiaba la llegada de ese momento, pero no podía ser justo cuando su carrera había comenzado a despegar, cuando por fin tanto esfuerzo y dedicación al ciclismo, tantas esperanzas, tantos años moderando sus sentimientos y deseos en aras de un protector secretismo, estaban dando sus frutos. Ofuscado, se pasó la mano por la frente. Lo único práctico que se le ocurría hacer a partir de ese momento, era tratar de actuar con normalidad cuando él y Bernhard estuvieran juntos, aunque para ello su mente —y sobre todo su cuerpo—, tendrían que hacer un esfuerzo titánico para olvidar lo vivido con aquel hombre en el cuarto oscuro.

Recordó el número de veces que se había masturbado evocando el momento y no supo si echarse a reír o a llorar.

«Dios», se lamentó en silencio. «Es imposible».

Se detuvo ante la habitación 312 y pasó la tarjeta por el lector de la cerradura. La puerta se abrió con un chasquido y entró cabizbajo.

Ni siquiera lo vio venir. De repente tenía unas manos vehementes aferrando la solapa de su cazadora, la espalda contra la puerta cerrada y el rostro pálido y rabioso de Bernhard pegado al suyo. Sus

acerados ojos, que le taladraban con un brillo belicoso, le asustaron más que el hecho de haber sido inmovilizado por sorpresa.

—Tú y yo no nos conocemos —afirmó Bernhard con un acento más notorio de lo que Mateo recordaba.

Pudo oler su aliento a café y también un aroma a eucalipto que reconoció de inmediato, y que provocó que una avalancha de sensaciones se abatiera sobre él.

—¿Me entiendes? —inquirió retorciendo la solapa de la cazadora entre sus dedos—. No nos hemos visto nunca.

Mateo, con una mezcolanza de miedo y fascinación en sus desorbitados ojos, y los labios apretados rehuyendo la cercanía, asintió varias veces con un cabeceo veloz.

—¡Dilo!

—Nunca —balbuceó—. No nos hemos visto nunca.

Bernhard le observó unos segundos con la mandíbula tensa y los párpados entornados, como si pretendiera escarbar hasta lo profundo de su mente y así descubrir si mentía o no. Dijo algo entre dientes que sonó como una palabra en alemán y lo soltó con un gesto desdeñoso. Agarró el picaporte y abrió la puerta obligándole a moverse, y, dando un portazo, salió de la habitación.

Mateo, aturdido y descolocado, permaneció inmóvil sintiendo el corazón rebotando en su pecho como una pelota de goma, el rostro encendido y una tremenda y humillante erección bajo los pantalones.

CUATRO

Desde el terrado donde se emplazaba la maquinaria del sistema de climatización del hotel y dos hileras de placas solares, no se podía apreciar gran cosa de la ciudad de Palma, y menos a la luz mortecina del atardecer. Con sus cinco plantas y ubicado en las entrañas del barrio de Bons Aires, el edificio sobresalía entre el resto lo justo para que alguien curioso con buena vista pudiera intuir el mar entre el perfil de las fachadas y los huecos que dejaban las azoteas.

A Bernhard la falta de una panorámica turística no le preocupaba. El motivo para subir al terrado, ignorando el cartel de «solo personal autorizado» de la puerta, era porque sabía que nadie, y menos algún integrante del equipo, le iba a encontrar allí.

Se había sentado en el suelo a pesar de la frialdad de las losas, en un rincón discreto alejado de la puerta, con la espalda apoyada en la carcasa de un ventilador. Su botín, obtenido en la expendedora de aperitivos de la zona de empleados, descansaba entre sus piernas cruzadas.

El día que llegó al hotel había dado con aquella máquina y no por casualidad; acostumbraba a realizar una búsqueda exhaustiva de expendedoras nada más instalarse en un nuevo alojamiento. No lo hacía por una necesidad apremiante —tenía controlada su dependencia del azúcar desde el último atracón dos años atrás, el

día que había concluido su relación con Jakob, quien sin haber llegado a ser su pareja, había sido lo más parecido a una—, sino porque saber con antelación dónde encontrar suministros para casos de emergencia calmaba su ansiedad.

Rompió el envoltorio de un Snickers de chocolate y cacahuete mientras contemplaba ceñudo el muestrario de chocolatinas —entre Mars, Kit Kat, Huesitos y Twix, podía haber una docena—, que aún quedaban por abrir. No se sentía orgulloso de lo que estaba haciendo; encontrar sosiego y desahogo en atiborrarse de azúcar echando a perder la dieta y el entrenamiento le resultaba humillante y una debilidad —una más entre tantas—, aunque siempre había considerado el chocolate una alternativa al tabaco, el alcohol o las pastillas, menos dañina.

Mordió con rabia el trozo del Snickers que sobresalía del envoltorio y lo masticó maldiciendo su mala fortuna. Que una noche como otra cualquiera en su ciudad fetiche se hubiera torcido tanto, solo podía ser el resultado de esa vieja mala suerte que tenía pegada al culo.

Cuando buscaba sexo siempre era cuidadoso hasta la obsesión, incluso en Berlín, la urbe en la que era un individuo más entre millones, donde nunca lo habían parado por la calle para pedirle un selfi o demostrado, con gestos o comentarios, que sabían quién era. En ella sentía que podía relajar sus precauciones y, aun así, rara vez bajaba del todo la guardia. La discreción y la prudencia le habían mantenido a salvo desde el momento que decidió que su homosexualidad no podía ser pública al tiempo que asumía que la vida sin sexo tenía poco sentido; y de repente, tan solo por relajar un poco su cautela, existía, por primera vez en años, un peligro manifiesto de que lo sacaran a patadas del armario.

Le quitó el envoltorio a la chocolatina y se lo guardó en el bolsillo del pantalón, donde ya debía de tener, si no había perdido la cuenta, unos seis más. Cerró los ojos e intentó abandonarse al placer culpable que le proporcionaba la mezcla de turrón, caramelo y cacahuetes.

A pesar de lo comprometida que era la situación, de la enorme alarma que le provocaba —la prueba era la cantidad de calorías

nocivas que llevaba consumidas—, esperaba haber conseguido contener, al menos de momento, el alud que amenazaba con desbaratar lo que le quedaba de carrera.

No haber perdido la compostura cuando el maldito Mateo Luna apareció en la sala de reuniones se lo debía a Velazco y su decisión de informarles de la llegada del chaval. De casualidad y por puro aburrimiento, había buscado su fotografía en Internet mientras durante el desayuno el director alababa las virtudes deportivas del tal Mateo y lo calificaba de «gran promesa». Casi se le cae el móvil en el cuenco de los cereales al ver recogiendo el trofeo de la contrarreloj del Tour de Hungría al mismo chaval, tan atractivo como inexperto, que se la había meneado en el Prinzknecht el invierno anterior.

Contemplándole con alegría desde la pantalla del móvil, estaban aquellos ojos pardos, enormes y bellos, que había visto refulgir en las sombras del cuarto oscuro; la misma boca de labios jugosos, curvada ahora en una sonrisa de triunfo, el mismo cuerpo nervudo y recio que había temblado entre sus brazos. No solía recordar con tanto detalle a los tipos con los que se magreaba, de hecho, la mayoría se desdibujaban pronto de su memoria, pero el rostro y el cuerpo de aquel chaval resultaban demasiado estimulantes como para querer olvidarlos; aunque de haber sabido la que se le venía encima, se habría quedado sentado en la barra del Prinzknecht limitándose a disfrutar de las vistas.

Aquella foto, y lo que significaba, le habían aterrado y cabreado al mismo tiempo. Y aunque seguía estándolo cuando horas después Mateo Luna hizo acto de presencia en carne y hueso, no pudo evitar deleitarse con su rostro perfectamente afeitado y la forma en que sus negros cabellos le caían en ondas sobre la frente desdibujando un poco su mirada, ni posar los ojos en sus manos de dedos largos e inquietos, en sus caderas estrechas; fijarse sin pudor en cómo se le marcaba el paquete.

«Te lo habrías follado allí mismo», se reprochó, chupando los restos de caramelo y chocolate pegados a su pulgar.

El encantamiento se había roto cuando los ojos de ambos se encontraron. Fue obvio, por cómo se le descompuso el rostro al

chaval, que le había reconocido, y también que acababa de llevarse una desagradable sorpresa. Eso le aportó una momentánea tranquilidad. Ambos tenían mucho que perder si se llegaba a saber lo sucedido en Berlín, y por su reacción dedujo que el chaval lo sabía tan bien como él. Sin embargo, había querido estar por completo seguro de que Mateo Luna no iba a terminar yéndose de la lengua por un desliz, de ahí que decidiera actuar con contundencia; si por casualidad el chaval no era capaz de mantener la boca cerrada en su propio beneficio, esperaba que el miedo le convenciera de ello.

Agarró un Kit Kat y lo manoseó indeciso. Tenía el estómago lleno, si continuaba tragando de aquella manera terminaría por vomitar, pero la conciencia le pesaba demasiado y necesitaba seguir acallándola.

La escenita que le había montado al chaval en la habitación le había dejado un desagradable regusto a remordimientos. Él no era una persona violenta ni tampoco un matón, pero se negaba a que una estúpida casualidad como aquella pudiera arruinarle la existencia después de tantos años esforzándose hasta la paranoia para mantener el secreto.

Sin demasiado cuidado rasgó el envoltorio rojo chillón, separó una barrita y se la metió en la boca. Tal vez si se terminaba todo aquel montón de calorías conseguiría apartar de su mente la expresión aterrorizada que le había dirigido el maldito chaval y la forma desvalida en la que su cuerpo temblaba inmovilizado contra la puerta.

—*Scheiße!*[1] —soltó, escupiendo trozos de chocolate.

Escuchó el sonido de unas bisagras y cerró la boca de golpe. Prestó atención y pudo percibir unos pasos avanzando. Desde donde se encontraba no podía ver la puerta del terrado y si no hacia ningún movimiento, tampoco le verían a él, así que se quedó completamente inmóvil.

—Me busqué un lugar discreto —dijo una voz que reconoció como la de su compañero Otero—. Háblame.

«La jodimos», pensó Bernhard con fastidio.

El colofón para aquel maldito día iba a ser tener que soportar las burlas de Otero cuando le descubriera atiborrándose de porquerías.

Los pasos se detuvieron y durante unos minutos el ciclista se mantuvo en silencio.

—Entonces, ¿está cerrado?

Al escucharle de nuevo hablar, tuvo la seguridad de que se estaba comunicando por teléfono y que, por el lugar que había escogido para hacerlo, pretendía que la charla fuera privada.

—¿Sin letra pequeña? —Otero soltó un resoplido de satisfacción antes de volver a hablar—. Sí que eres bueno, cabrón. Te has ganado hasta el último euro de tu comisión. Les habrás dicho que se anden con ojo con las filtraciones, ¿no? A ninguno nos conviene que se destape la olla antes de tiempo.

Los pasos de Otero volvieron a dejarse oír, en esta ocasión alejándose.

—Ok. Confío en ti.

La puerta del terrado chirrió y se cerró con un sonoro portazo. Bernhard asomó la cabeza por el lateral del ventilador para asegurarse de que Otero se había marchado. Separó otra barrita de chocolate y pensó, con cierto regodeo, que en el equipo había más de uno con secretos que guardar.

CINCO

Mateo se detuvo un momento en lo alto de la escalerilla de la entrada principal del hotel. Examinando su entorno con curiosidad, se subió la cremallera de la cazadora y metió las manos en los bolsillos. La noche era fresca sin llegar a ser desapacible, aunque de haberlo sido habría optado igualmente por salir a pasear; necesitaba despejar la mente y calmar los nervios, o más bien reunir el valor necesario para regresar a su habitación, donde el reencuentro con Bernhard sería inevitable.

Hasta el momento había tenido suerte en ese sentido. A pesar de haber coincidido en la misma mesa durante la cena, ninguno de los dos había cruzado la mirada con el otro y mucho menos hablado. El veterano ciclista había llegado tarde y marchado pronto alegando falta de apetito, sin que ningún compañero diera muestras de haberse percatado del evidente distanciamiento entre ambos. Mateo, no sin cierto alivio, lo achacaba a que pocos parecían darse cuenta de que él estaba también allí.

A su llegada al salón reservado para las comidas del equipo, se había quedado de pie en la entrada examinando, con incertidumbre y apuro, las sillas libres en las mesas ya ocupadas por la mayoría de sus nuevos compañeros, preguntándose si sería bienvenido o su presencia se consideraría una intromisión. Fontanilla fue quien se le aproximó insistiendo en que se sentara a su lado para, de inmediato,

pasar a monopolizar la conversación centrándola en su trayectoria desde su salida del Agaro Team. Una vez hubo desgranado los pormenores de su periplo, que no eran muchos ni demasiado interesantes, pasó a charlar con otros ciclistas, olvidándose de Mateo por completo. Durante toda la cena, las conversaciones fueron y vinieron a lo largo de la mesa; los comensales bromeaban, intercambiaban opiniones sobre los entrenamientos, el tiempo en la isla o los resultados futbolísticos. Mateo trató de engancharse a alguna, sin embargo, sus escuetos comentarios, indecisos y a destiempo, solo lograron captar alguna mirada o cabeceo desinteresado, y algún que otro monosílabo. Al final, él también, como Bernhard, había preferido retirarse antes de llegar a la sobremesa.

Descendió los escalones y echó a caminar despacio. El tráfico por la estrecha calle era intenso y ruidoso, aunque los transeúntes escaseaban. A la luz de las farolas, los edificios de viviendas que la jalonaban, carentes de atractivo arquitectónico, necesitaban en su mayoría una buena reforma o, al menos, una mano de pintura. Pasó ante los escaparates apagados de varios comercios y al doblar una esquina se encontró en una calle con un par de bares abiertos. La clientela disfrutaba de las copas y la compañía de pie en la acera, entorpeciendo el paso. Dejando atrás las voces de unos y otros, siguió durante un tiempo caminando sin rumbo por el corazón del barrio de Bons Aires, hasta que notó vibrar el móvil que guardaba en el bolsillo del pantalón y escuchó el tintineo metálico que tenía asociado al chat de WhatsApp de Jon. Sacó el teléfono y se apresuró a aceptar la invitación de videollamada que parpadeaba en la pantalla. De inmediato, el rostro malicioso de su amigo apareció en primer plano.

—¿Qué pasa, tío? —gritó Jon; la sonrisa en su moreno rostro le llegaba de oreja a oreja. Lucía su ensortijado y negro cabello domeñado con una banda estrecha y roja, y en el lóbulo de la oreja izquierda un pequeño aro de plata—. ¿Cómo se respira por ahí? ¿Le has demostrado ya a todos esos que eres el ciclista más cojonudo que hay?

Antes de poder pedirle que dejara de gritarle, la pantalla se dividió en dos, y Merche y Valeria, los rostros de ambas muy juntos, se unieron a la videollamada.

—¡Mati! —exclamó Valeria—. ¡Felicidades, cariño! ¿Qué tal el nuevo equipo?

—Felicidades. —Merche, menos exaltada que su amiga, le mandó un beso con la mano—. ¿Cómo estás?

Mateo respiró hondo y, por primera vez en todo el día, sintió que el aire le llegaba por fin hasta el último rincón de sus pulmones. Las voces de sus amigos, su cercanía, aunque en aquella ocasión fuera a través de una pantalla, conseguían siempre calmar sus inseguridades, le proporcionaban ese sosiego que tan a menudo se le escapaba y que tanto necesitaba para sentirse cómodo consigo mismo.

—No me libro de vosotros ni largándome de la península —bromeó con una media sonrisa.

—¿Librarte? ¡Venga, ya! —Jon le enseñó burlón la punta de la lengua entre los dientes—. Si no puedes vivir sin nosotros. Al menos sin mí.

Mateo vio de reojo un pequeño parque infantil ubicado en una plazoleta entre dos bloques de pisos, desierto y bien iluminado por cuatro farolas, y se encaminó hacia él.

—¿Quién se acuerda de ti, memo? —inquirió Valeria.

—No empecéis. —Merche apartó un poco la cabeza de su amiga con un gesto de la mano—. Cuenta, Mati. ¿Cómo ha ido todo?

Mateo se sentó en un columpio; el asiento le venía un poco pequeño pero fue capaz de acomodar el trasero. La pregunta era sencilla y, sin embargo, la respuesta, si quería ser sincero con sus amigos, iba a resultar embarazosa. Se agarró con una mano a la cadena y comenzó a balancearse despacio.

—Ha ido bien —dijo, asintiendo con toda la convicción que fue capaz de reunir.

Sus tres amigos le contemplaron desde la pantalla, expectantes.

—¿Bien y ya está? —preguntó Jon.

—Llevo aquí unas cuantas horas y no han dado para hacer demasiadas cosas. Me han tomado medidas para la bicicleta, una

Canyon. Una autentica máquina de la velocidad, ya os mandaré fotos. Y el plan de entrenamiento es exigente pero no me preocupa. Mañana me hacen un chequeo completo en el velódromo y si todo va bien, ya podré salir a la carretera con el equipo. El hotel es cómodo y la comida buena, al menos no tengo queja. Así que poco más.

Merche arrugó un poco el entrecejo.

—¿Y tus compañeros? Háblanos de ellos. ¿O es que aún no los conoces?

Mateo se tomó unos segundos antes de responder; no tenía nada que contar sobre sus nuevos compañeros y prefería no pensar en el único del que podría haber referido algo.

—Sí, claro. Me los han presentado a todos. Da la casualidad de que un antiguo miembro del Agaro Team está en el equipo. Fermín Fontanilla.

—Un amigo. ¡Genial! —se animó Valeria—. Te ayudará a integrarte en el grupo.

—Bueno… —Se encogió un poco de hombros—. Fontanilla no es un amigo. Es un tipo que siempre ha ido a lo suyo, no creo que me preste demasiada atención.

—¡Bah! Da igual —intervino Jon—. Con o sin el Fontanilla ese, no vas a tardar en ser uno más. En cuanto los conozcas un poco mejor y ellos a ti, te vas a sentir tan cómodo como en tu antiguo equipo.

«Eso lo dudo», pensó, esgrimiendo una sonrisa que notó demasiado tensa y falsa.

—Mateo. —Merche pronunció su nombre con evidente cariño—. ¿Qué pasa?

Dejó de balancearse y contempló un instante a sus tres amigos con una desagradable inquietud bailándole en el estómago. Podía decirles que nada, mentirles asegurándoles que todo marchaba bien y cruzar los dedos para que Jon y Merche, sobre todo Merche, que parecía conocerle mejor de lo que él se conocía así mismo, no intuyeran la mentira. Podía, simplemente, fingir que se sentía feliz, aunque mentir no era lo que necesitaba en ese momento.

Echó un vistazo rápido a su alrededor y tras constatar que nadie más rondaba por la plazoleta, dijo:

—Conozco en persona a otro de los miembros del equipo.

—Pues mejor. —Jon, al ver que la expresión de su amigo se volvía esquiva, añadió—: ¿No lo es?

—¿Os acordáis de lo que os conté que me pasó en Berlín? —Notó que se le acaloraba el rostro y bajó la mirada—. Lo del bar Prinzknecht.

—¡Y tanto que me acuerdo! —profirió Jon—. ¡Menudo estreno tuviste en…!

—Frena, Jon —le pidió Merche.

—Bernhard Maier, el del cuarto oscuro —continuó Mateo a media voz y sin levantar la vista—, forma parte también del equipo.

—¿No me jodas? —exclamó Jon, sus claros ojos azules centellearon con picardía—. ¡Polvo asegurado! ¡O más de uno! ¡Menuda suerte, cabrón!

—Creo que te equivocas —murmuró Valeria con expresión preocupada.

—¿Qué te inquieta, Mateo? —preguntó Merche—. ¿No te gusta haber coincidido con él?

—Es a Maier a quien no le ha gustado. —Mateo cerró los ojos un instante. Al expresarlo en voz alta se percató por primera vez de lo mucho que le molestaba la reacción del ciclista—. En realidad se lo ha tomado mal. Me ha dejado bastante claro que no quiere que nadie sepa que nos conocemos de antes.

—¿Cómo de mal?

—Muy mal. Se ha puesto… —Torció los labios en una mueca irritada—. Se ha puesto un poco brusco.

—¿Qué es eso de brusco? —gritó Jon, con tanto ímpetu que su imagen en la pantalla se desenfocó—. ¿Se ha pasado contigo? ¿Te ha hecho algo?

Las voces de sus tres amigos escaparon del móvil altas, alteradas, solapándose unas a otras. Le pareció escuchar una retahíla de insultos provenientes de Valeria, cuya expresión se había vuelto iracunda, y a Jon amenazando con partirle la cara al «hijo puta del alemán» mientras Merche trataba de poner orden.

—Tranquilos. Estoy bien —alzó la voz al ver que no le escuchaban —. No ha pasado nada malo. Estoy bien —reiteró. Cuando logró que

sus amigos se calmaran, les explicó—: Solo ha querido que entienda que nadie puede saber lo que él y yo hicimos… —Sacudió la cabeza y los hombros—. El equipo no debe enterarse de nuestra orientación, y estoy de acuerdo con ello.

—Pero esas cosas se hablan con tranquilidad —se indignó Valeria.

Mateo volvió a encogerse de hombros.

—Menudo capullo —profirió Jon.

—No es eso. —Se quedó un momento pensativo—. Creo que le entiendo. Le cogió por sorpresa mi presencia y reaccionó así.

—¿Y tú? —inquirió Merche, había pegado aún más el rostro al móvil, dejando en un segundo plano a Valeria, y se podía distinguir con claridad las arrugas que se le habían formado en la frente y la expresión preocupada de sus ojos—. ¿Estás bien? Si esta situación te alarma o, incluso, si sientes miedo de que ese tío…

—¿Miedo de Maier? —la interrumpió Mateo, sorprendido—. Claro que no.

—Sin embargo, algo te preocupa. ¿Es el equipo? ¿Temes que se lleguen a enterar?

—Mierda de homófobos —gruñó Jon.

—Es verdad que esa posibilidad me angustia un poco, pero…

Se quedó callado contemplando la intranquilidad en los rostros de sus amigas y de Jon, sin saber cómo explicarles, sin morirse de vergüenza en el intento, qué era lo que en aquellos instantes en realidad estaba a la cabeza de sus preocupaciones.

—Hay algo más —le ayudó Merche.

Mateo se dio cuenta de que sacudía la pierna izquierda con un rítmico nerviosismo y puso la mano encima para detener el movimiento. Con el semblante tenso, miró directamente a Merche a través de la pantalla y esta le sonrió.

—¿Prefieres contárselo a Jon?

—¡Oye! —protestó Valeria—. ¿Por qué solo a él? —Y al ver que Mateo asentía, esbozó con los labios una mueca infantil de decepción—. ¡Venga ya! ¿Quién mejor que nosotras para ayudarle? Somos las sensatas aquí. Jon solo sabe usar el cerebro para echar polvos.

—Soy joven y guapo —afirmó el aludido alzando una ceja con el aire seductor de un actor trasnochado—. No lo necesito para nada más.

—De acuerdo, Mati, habla con él —dijo Merche ignorando las protestas de su pareja—. Cuando estés más tranquilo nos llamas, ¿vale?

Le guiñó un ojo y le lanzó un beso. Mateo le devolvió una sonrisa y alcanzó a escuchar las quejas de Valeria antes de que el rostro de Jon ocupara toda la pantalla.

—Solos por fin —suspiró este con aire dramático—. Vamos, dime que te carcome —le animó, componiendo una expresión seria.

—No te vayas a burlar —le pidió.

—¿Cuándo he hecho yo eso? —soltó fingiendo indignación.

—Por favor.

—Habla ya que me estoy empezando a preocupar de verdad.

—Cuando Maier se ha puesto brusco…

—Ha sido algo más que brusco, ¿verdad? —inquirió en un tono grave.

—Me agarró por la cazadora y… —musitó.

—¿Y?

Mateo desvió la vista hacia la carretera por la que en ese momento circulaba un coche.

—Se me puso dura.

El silencio que siguió a sus palabras le hizo mirar de nuevo a la pantalla. El rostro de Jon se mostraba congelado en una expresión asombrada, como si la conexión estuviera fallando.

—¿Me has escuchado?

De pronto su amigo estalló en carcajadas tan vehementes, que durante unos segundos no pudo mantener el móvil estático y su imagen fue una distorsión de colores y formas.

—¡No me lo puedo creer! —oyó que decía—. ¿Estás agobiado porque te pusiste palote? ¡Tío! ¡Ni que fuera la primera vez!

—¡Joder, Jon! —se irritó Mateo—. El tío se me echa encima cabreado y en plan amenazante, y yo, en vez de morirme de miedo, tengo una erección. Debo de estar enfermo —se lamentó.

—A ver, gilipollas —Jon reapareció en la pantalla limpiándose con el dorso de la mano las lágrimas que asomaban a sus ojos—. El alemán ese está bueno de cojones, ¿no?

—Austriaco —replicó con sequedad.

—Lo que sea. El tío está bueno y a ti te funcionan las pelotas, y encima os lo montasteis en plan peli porno en un cuarto oscuro. Pues normal que tu polla reaccione. —Compuso una expresión severa, que resultó ridícula—. Me alarmaría que no hubiera sido así.

Mateo bajó el teléfono y sacudió la cabeza con pesadez.

—No me entiendes.

—Pues explícamelo. Y mueve el móvil que no te veo.

Encaró de nuevo la pantalla.

—Maier es mi compañero de equipo, vamos a pasar mucho tiempo juntos. Entrenamientos, reuniones, comidas. ¡Dormimos en la misma habitación! ¿Te imaginas que me empalme cada vez que se me acerque?

—No estás tan necesitado, ¿o sí?

Mateo sacudió dubitativo la cabeza.

—Pensaba que no.

—¿Por qué no echáis un pol…?

—¡No! —le cortó, vehemente—. ¿Ves como no me entiendes?

—Relájate, que sí que te entiendo.

Mateo apretó los labios. Jon le contemplaba con un semblante amigable y sereno, y eso le hizo soltar el aire que retenía en el pecho.

—No quiero que Maier se entere de lo que me ha pasado —se lamentó—, de lo mucho que me pone. Me moriría de vergüenza. Y me aterra la posibilidad de meter la pata con alguna mirada o algún gesto y que los miembros del equipo sospechen de mí o peor aún, de él. —Soltó un fatigado suspiro—. Estoy jodido —masculló.

—No. Para nada. Si el problema es que no quieres ir por ahí empalmado, yo te voy a dar la solución. ¿Te acuerdas del profesor buenorro que en segundo de bachillerato vino a sustituir a la de biología durante su baja maternal?

Mateo le dirigió una mirada de desconfianza y asintió.

—Recordarás, entonces, cómo me ponía el tío. Hasta soñaba con él. La situación llegó al extremo de que, si se dirigía a mí en clase, se me ponía dura. ¿Y cómo lo solucioné?

—Te mataste a pajas durante todo el trimestre —respondió con desgana Mateo.

—¡Exacto!

—¿Esa es tu solución?

—No la hay mejor. —Los finos labios de Jon se curvaron en una mueca maliciosa—. Así controlas tu lujuria mientras disfrutas.

Mateo sacudió la cabeza en silencio mostrando una mueca obstinada.

—A ver, Mateo. Entre el entrenamiento y las pajas que te hagas, te recomendaría un par al día, dudo que se te vuelva a empinar aunque ese tío te manosee. Y si sucede me lo dices, me agarro un vuelo hasta allí y te doy un repaso con esta. —Abrió la boca y le mostró la lengua, roja y carnosa, perforada en su centro con un piercing en forma de esfera—, que se que te gusta.

Jon le guiñó un ojo y Mateo no pudo contener la risa.

—Eres un salido.

—Esa suerte que tienes.

«Sí», pensó Mateo, sintiendo que la añoranza le crecía en el pecho como un llanto. «De que seas mi amigo».

SEIS

Regresó al hotel pensando en Jon, en cómo se habían conocido el tercer año de instituto, cuando coincidieron en el mismo curso.

Aquel chico extrovertido y algo granuja le había caído bien desde el mismo momento en que lo vio entrar en el aula y dirigirse a sus futuros compañeros como si los conociera de toda la vida. No sabía cómo fue que Jon se dio cuenta de que existía —para el resto de la clase era invisible o simplemente prescindible—, por qué quiso convertirse en su amigo cuando a nadie más le interesaba serlo. Siempre que se lo preguntaba, la respuesta solía ser alguna tontada tipo «brillabas con una luz especial» o «me embrujaste con tu mirada», a la que sabía que no debía de dar ningún crédito.

Fuera cual fuera el motivo, una semana después de haber comenzado las clases, Jon se le había acercado con una sonrisa ladina y la pretensión de que le dejara los apuntes de matemáticas que casi no llegaban a una página. No mucho después de aquello ya quedaban para estudiar juntos, se hacían compañía en el camino de ida y vuelta al instituto, se saltaban las clases para vagabundear y se miraban con disimulo preguntándose si el otro se habría dado cuenta de las emociones que comenzaban a experimentar sus cuerpos y sus corazones.

En algún momento de aquel curso ambos fueron capaces de reconocerse y de entender lo que deseaban el uno del otro, y con

ese entendimiento llegaron los besos, que Jon le robaba tras las estanterías de la biblioteca, en algún rincón solitario de un parque o aprovechando la repentina oscuridad de un portal. Después fueron las caricias y toqueteos furtivos e irreprimibles en los baños del instituto o tras la puerta de sus propios cuartos, donde, para sus familias, preparaban los exámenes finales pero en realidad se dedicaban a explorar sus cuerpos para descubrirse a sí mismo en el otro. Y por fin el sexo pleno y desinhibido, deseado hasta la locura, la entrega solícita dentro de un saco de dormir en una gélida tienda de campaña en mitad de un camping.

Todas sus primeras veces habían sido con Jon, y esa era una de las mejores cosas que le habían pasado en la vida.

Por aquel entonces se preguntó en más de una ocasión si estaría enamorado de Jon. Cuando fue consciente de que este no lo estaba de él, sufrió algo parecido a una pérdida, una tristeza que, sin embargo, le sirvió para entender que la relación que les unía era ante todo la de dos amigos cuya amistad se hallaba por encima de enamoramientos, una amistad, eso sí, con ciertos privilegios que lejos de separarles o ser motivo de conflictos, estrechaban aún más los lazos que los unían.

No se había enamorado de Jon, no lo había estado nunca, lo supo con certeza el día que conoció a un chico en el cumpleaños de una compañera de clase y el amor, ese que llega de repente sin justificación y sin juicio, que es capaz de convertir la existencia, la vida misma, en un ir y venir de felicidad y amargura, le golpeó de lleno el corazón. Aquel chico fue su primer gran amor imposible —después vendrían algunos más, igual de inalcanzables—, alguien que jamás supo de sus sentimientos y de cuyo desamor se curó —como ocurriría otras tantas veces—, entre los brazos de Jon.

Llegó al hotel suspirando por el recuerdo de aquellos años de instituto que, aunque con sus claros y oscuros, ahora, ante su peliaguda situación, se le presentaban idílicos.

Al empujar las puertas del vestíbulo su móvil vibró y emitió un sonido semejante al de una gota de agua. Consultó el WhatsApp y comprobó que Buenafuente le había enviado un mensaje en el que le recordaba que a las ocho de la mañana le recogería para llevarle

al velódromo y que no debía trasnochar. Le contestó con el icono del dedo pulgar hacia arriba y un escueto «gracias».

Cruzó por el vestíbulo saludando con la cabeza a la conserje sentada tras la recepción, y al pasar ante la puerta doble del bar, alcanzó a ver sentados en los cómodos sillones que había en un rincón del local, a algunos de sus compañeros disfrutando de un programa televisivo. Advirtió que la rubia cabeza de Bernhard destacaba entre el resto y apresuró el paso pensando que si se daba prisa, podría estar metido en la cama antes de que a Maier decidiera dar por concluida la jornada.

Subió las escaleras de dos en dos y llegó a su habitación casi a la carrera. Entró y al encender la lámpara del techo y quedar la estancia por completo iluminada, no pudo evitar volver a maravillarse del incomprensible caos que reinaba en ella.

Después del perturbador encuentro con Bernhard y tras conseguir sosegar mente y entrepierna, había comprobado con sus propios ojos y un creciente estupor, cuánto de verdad había en las bromas de los otros ciclistas sobre la tendencia al desorden de su nuevo compañero de habitación.

De un solo vistazo fue capaz de deducir que, por algún motivo desconocido, a Bernhard no parecían gustarle los armarios. Toda su ropa, la de diario y la de ciclista —sucia o limpia, no lo supo a ciencia cierta—, se hallaba desparramada por encima de los muebles o escapaba de macutos y maletas como si algo hubiera estallado en el interior de estas. Una consola de videojuegos, un pequeño portátil, varios cargadores de batería y un número indeterminado de cables ocultaban casi por completo la superficie del pequeño escritorio que había en un lateral. Abandonados por el suelo, como si hubieran caído allí desde el techo y a nadie le hubiera importado, había cómics y revistas deportivas, folletos publicitarios y una libreta. Un tubo de protector solar asomaba bajo la almohada de una cama revuelta, y una solitaria zapatilla descansaba en el antepecho de la ventana. Le había admirado que Maier, en poco más de veinticuatro horas en el hotel, hubiera podido montar semejante caos, pero aún más que el personal de la limpieza accediera a realizar su trabajo en aquella habitación.

Prefirió no perder el tiempo contemplando de nuevo el caótico *collage*. No se consideraba un maniático del orden, pero no había que serlo para que la estancia consiguiera desquiciarle los nervios a quién, como él, ya los tenía desatados.

Cogió del armario su bolsa de aseo, una camiseta y un pantalón corto, y entró en el cuarto de baño. Aunque no tenía la intención de seguir el estúpido consejo de Jon de masturbarse, cerró la puerta con pestillo; se sentía menos tenso si la posibilidad de una irrupción por parte del veterano ciclista, intencionada o no, era nula.

Tuvo que colocar la bolsa sobre la tapa del váter porque la encimera del lavabo había sido tomada por un batallón de productos y objetos para la higiene corporal, el pelo y el aseo bucal. Se lavó los dientes entretenido en examinar las etiquetas de los envases sin llegar a tocarlos, convencido de que todo aquello tenía que pertenecer a más de una persona, y unos minutos después ya estaba vestido para meterse en la cama.

Sin más preparativos dejó su móvil sobre la pequeña mesa de noche que separaba las dos camas y se metió bajo el nórdico de la que se hallaba próxima a la puerta. Cuando apagó la lámpara, la habitación no quedó por completo a oscuras; la luz de las farolas de la calle, que se colaba entre las cortinas a medio descorrer de la única ventana de la estancia, permitía distinguir los contornos del mobiliario.

Mateo cerró los ojos y, de espaldas sobre el colchón, con el nórdico cubriéndole hasta la barbilla, una mano en el pecho y la otra en el abdomen, comenzó a respirar despacio.

Desde muy niño le había resultado difícil conciliar el sueño si se sentía inquieto por algún motivo, aunque fuera tan banal como la cercanía del cumpleaños de un amigo. La respiración abdominal, que llevaba ejercitando desde que comenzó a entrenar como ciclista, siempre le había dado buenos resultados y esperaba que aquella noche no fuera una excepción. Sin embargo, pasado un buen rato, durante el cual su agitada mente no fue capaz de coordinarse con su respiración, comprendió que no iba a funcionar. Estaba demasiado alterado por la incertidumbre que le causaba el verse de nuevo frente a Bernhard.

Cuando escuchó el chasquido de la cerradura, había perdido la noción del tiempo y las vueltas dadas en la cama sin haber encontrar la postura que le hiciera sentir cómodo. Antes de que la puerta se abriera se cubrió la cabeza con el nórdico, encogido como si quisiera desaparecer. Escuchó el clic del interruptor de la lámpara y a continuación un gruñido gutural. El clic se dejó oír de nuevo y supuso que Bernhard había apagado la luz. Durante los siguientes minutos lo oyó ir y venir por la habitación, entrar en el baño, lavarse los dientes tras la puerta cerrada, orinar, tirar de la cisterna, mascullar cada dos por tres y pronunciar a media voz palabras en alemán que sonaban a maldiciones y, por fin, meterse en la cama.

Al poco tiempo el austriaco respiraba de forma acompasada, dejando escapar de cuando en cuando un leve ronquido. Mateo supuso que, habiendo evitado, al menos por esa noche, el temido reencuentro con Bernhard, por fin el sueño llegaría también para él.

No podía estar más equivocado.

BAJO RENDIMIENTO

UNO

Bernhard tenía sentimientos encontrados con respecto a la terapia manual que aplicaban los fisioterapeutas. Por un lado entendía los beneficios a corto y largo plazo que proporcionaba a los deportistas como él, lo necesaria que era para tratar lesiones y el bienestar que deparaba tras un duro entrenamiento como el que había tenido aquella tarde en el velódromo. Por otro, detestaba el dolor que las manos de los fisios, bien entrenadas y desprovistas de compasión, eran capaces de infligirle.

Después de cuatro días de concentración, los fisioterapeutas del equipo, dos hombres de espaldas robustas, con brazos largos y fibrosos y unos dedos, en opinión de Bernhard, dañinos como garfios, estaban más que acostumbrados a las quejas en alemán de este, sus movimientos espasmódicos tratando de rehuir el contacto y sus juramentos sobre no dejarse tocar de nuevo por ellos.

—Escúchame, Carlos. Me da igual lo que diga Buenafuente. —Bernhard se bajó de la camilla. Tiró al interior de un cesto la toalla con la que se había cubierto la entrepierna durante la sesión y de un manotazo agarró los pantalones de deporte que descansaban en el respaldo de una silla—. No vuelves a ponerme una mano encima. Disfrutas demasiado con esa tortura que llamáis masaje.

El aludido quitó la sábana que cubría la camilla y la echó también al cesto.

—Anda, ve a tumbarte y pon las piernas en alto. —Le dedicó una sonrisa cordial mientras se limpiaba las manos en un trapo—. Ya verás como dentro de un rato te sientes mucho más relajado.

Bernhard se colocó los pantalones con un par de tirones y después la camiseta. Fue hacia la puerta de la pequeña sala que el hotel les había proporcionado para la terapia y, tras abrirla con algo de teatralidad, se volvió hacia el fisio.

—Mírame bien y quédate con mi cara, porque no me volverás a ver.

—Sí, lo sé. —Carlos movió la mano en el aire sin perder la sonrisa —. Me lo recuerdas todos los días. Si te cruzas con Perea, mándamelo.

Bernhard salió y cerró la puerta e inmediatamente alargó los brazos hacia el techo y estiró la espalda.

—*Was für ein Mistkerl! Er hat es echt übertrieben*[1] —protestó, torciendo la cabeza a un lado y a otro con un sonoro crujir de huesos.

Refunfuñando, echó a andar por el pasillo. Unos metros por delante, la puerta de la Sala Europa se abrió y Velazco asomó la cabeza.

—Qué bien que andas por aquí —dijo el director deportivo, animándole con un gesto de los dedos a acompañarle—. Quería hablar contigo.

—No fue adrede. —Bernhard le siguió al interior de la sala—. No volverá a suceder.

Velazco cerró la puerta y se dirigió hacia el ventanal junto al que había improvisado, con una mesa, un portátil y una impresora, un pequeño despacho.

—¿De qué hablas?

Se sentó en una silla de oficina y le indicó que ocupara la que había al otro lado de la mesa. Bernhard le obedeció mostrando una exagerada desgana.

—De lo que sea que me vas a echar en cara.

—Mira que te gusta protestar. —Velazco sacudió la cabeza con una sonrisa torcida—. No tengo nada que echarte en cara. De

momento. Aunque conociéndote, ya habrá ocasión.

—Vale. —Se encogió un poco de hombros y, alargando las piernas para acomodarse en la silla, cruzó los brazos sobre el pecho —. ¿Y qué quieres de mí?

—Quería hablar contigo de Mateo.

A pesar del desagradable vuelco que le dio el estómago, Bernhard logró mantener su pose indolente y la expresión apática que lucía en el rostro.

—¿Conmigo? —preguntó, escrutando el afable semblante del director. No le pareció que estuviera a un par de palabras de acusarlo de ser homosexual, y eso sirvió para que su estómago dejara de contraerse—. ¿Por qué?

—Eres su compañero de habitación. Pasáis cierto tiempo juntos.

—¿Y?

—¿Has notado algo raro en su comportamiento? ¿Te ha comentado si tiene problemas, si se siente estresado, intranquilo por algún motivo?

Bernhard estrechó un poco más los brazos y apretó los puños. Aunque prácticamente Mateo y él no habían cruzado más de un par de palabras desde su primer encuentro a solas, se sentía capacitado para responder a aquellas preguntas sin temor a equivocarse, aunque no lo iba a hacer.

—¿Qué te preocupa?

—Me preocupa Mateo. No se está adaptando.

—¿Lo dices por lo de esta tarde?

La imagen del chaval en el velódromo le vino a la mente. Antes de concluir las vueltas estipuladas por el entrenador, se había bajado de la bicicleta para abandonar la pista con los hombros hundidos y el semblante desolado. No había podido seguir el ritmo del equipo durante el entrenamiento ni las directrices de Buenafuente, y su pedaleo había sido como el de un aficionado al que le faltasen ganas y experiencia.

—Lo digo por hoy, por ayer y anteayer. No rinde, no se concentra, no se alimenta bien.

«Y no duerme», pensó Bernhard.

El maldito chaval no pegaba ojo. Se pasaba gran parte de la noche dando vueltas en la cama y conseguía que él, que siempre había tenido el sueño ligero, tampoco pudiera descansar como necesitaba.

La primera noche achacó su desvelo no solo a las tensiones entre ellos dos, sino también a los nervios que cualquiera sufriría al enfrentar importantes cambios en su vida y en su carrera. Que dos días después continuase sin lograr conciliar el sueño a pesar de lo agotado que debía de encontrarse, unido al hecho de que cuando ambos coincidían en la habitación ni se atrevía a mirarle, le hizo comprender que su vehemente advertencia de mantener la boca cerrada había resultado excesiva.

«Le metiste bien el miedo en el cuerpo», se reprochó con una punzada de culpabilidad que llevaba varios días molestándole y que cada vez que reaparecía, se esforzaba por hundir en lo más recóndito de su conciencia.

—Además, no socializa con sus compañeros —siguió enumerando Velazco.

—Es tímido.

—¿Crees que ese es el problema?

«Joder, el problema es que me teme tanto que no es capaz de quedarse dormido conmigo al lado».

—¿Piensas que el motivo de su bajo rendimiento es que no conecta con sus compañeros?

—¡Qué se yo! —Torció la boca, molesto—. ¿Soy acaso psicólogo?

Velazco cogió un bolígrafo de la mesa y se recostó en el respaldo de la silla.

—¿Por qué crees que compartes habitación con él? —preguntó, haciendo girar el boli alrededor del dedo pulgar.

Bernhard soltó un resoplido y metió las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Porque no tengo caché suficiente para que me asignéis una individual.

—Porque se te dan bien los novatos.

—¿A mí? —espetó, malhumorado.

—Vamos, Bern, nos conocemos hace años. Hemos coincidido… ¿en cuántos equipos?

—No llevo la cuenta.

—En dos, lo sabes bien. Y en todos has trabajado con veteranos, estrellas del momento, fracasos anunciados y alguna futura promesa. Pero tu relación con los nuevos siempre ha sido especial. Has sabido guiarles, les has apoyado y protegido, has sido un maestro para ellos. Algunos consiguieron encauzar sus carreras gracias a ti.

—Al grano —gruñó.

—Échale una mano. Ayúdale a centrarse. Si continúa por el camino que lleva… —Dejó el bolígrafo sobre la mesa y estrechó las manos con un gesto cansado—, no voy a poder convocarlo para la próxima carrera, incluso me será difícil mantenerlo en el equipo.

—No dramatices. —Cerró los ojos y se frotó la frente con unos dedos rígidos—. Sabes que el chaval es bueno. He visto en internet algunas de las carreras que ha ganado. Con un poco más de experiencia puede llegar a sobresalir entre los mejores.

—Lo sé, pero no es suficiente con que yo lo sepa. Tiene que demostrarlo y ahora, no dentro de un par de años en cualquier otro equipo.

Bernhard se enderezó en la silla.

—¿Recuerdas por qué te dije que aceptaba fichar con vosotros?

—Porque querías acabar tu carrera en un buen equipo.

—En un buen equipo donde no me complicaran la existencia —puntualizó—. No me la compliques, por favor.

Velazco dejó escapar entre sus labios una leve risa.

—¿Quién está dramatizando ahora? Solo te pido que intentes tenderle una mano a Mateo. Su padre ya me advirtió que el cambio de ambiente le afectaría, aunque no creí que llegará a necesitar tanto a alguien en quien apoyarse.

—*Scheiße* —masculló. Apoyando las manos en los muslos como si le pesaran enormemente los hombros, se levantó—. De acuerdo, veré qué puedo hacer. —Y antes de salir de la sala, añadió dedicándole a Velazco una mirada huraña—. Solo recuerda que nunca se me han dado bien los milagros.

DOS

Se dirigió a su habitación para ducharse con la seguridad de que no coincidiría en ella con Mateo; de una forma tácita habían cuadrado los horarios. Tras los entrenamientos Bernhard se duchaba primero y se vestía para bajar al comedor, después era el turno de Mateo, por lo que este siempre terminaba llegando tarde a comer.

Con el firme propósito de despejar su mente de pensamientos incómodos, en especial de aquellos que incluían al maldito chaval y al engorroso encargo de Velazco, se metió en la ducha, el momento del día que más disfrutaba, y se tomó su tiempo bajo el placentero chorro de agua caliente. Una vez seco también dedicó un buen rato a peinarse con ese toque descuidado que consideraba que, junto con la barba de pocos días, le hacía ganar atractivo.

Vistiendo unos viejos vaqueros y un chaleco de punto blanco, bajó en el ascensor hasta el vestíbulo del hotel. Al abrirse las puertas se encontró de frente con Otero que, haciéndose a un lado para dejarlo pasar, le preguntó:

—¿Estás ocupado?

—Depende. ¿Qué quieres?

—Subo por una baraja de cartas para echar una partida en el bar, ¿te apuntas?

—Al póker. Paso de los juegos esos que te inventas.

—¿Qué dices de inventar, loco? —protestó—. El 51 es un juego muy popular en Colombia.

Bernhard notó movimiento a la espalda de Otero y al desviar la mirada vio a Mateo atravesando el vestíbulo. Caminaba despacio en dirección a la escalera, con aire taciturno, ajeno a lo que le rodeaba. Con una desagradable sensación de fastidio, se instó a apartar los ojos. Aquella patética imagen le molestaba, sobre todo porque se sabía en parte —o quizás del todo—, responsable de ella, y conseguía que los malditos remordimientos le mordieran de nuevo la conciencia.

—¿Juegas o no? —se impacientó Otero.

Bernhard apoyo las manos en las caderas y chasqueó la lengua con pesadez.

—Oye, que no te estoy obligando.

—¡Chaval! —llamó, ignorando al colombiano—. Ven aquí un momento.

Otero se giró para ver a quién se estaba dirigiendo. Mateo se quedó inmóvil con un pie en el primer peldaño de la escalera, mirando a sus dos compañeros con curiosidad.

—Vamos, ven —insistió Bernhard sin cruzar la mirada con él.

«No me tengas tanto miedo, joder», le entraron ganas de gritarle.

Mateo, con cierta reticencia, se les aproximó.

—Aquí lo tienes —dijo Bernhard señalando a Otero.

Este contempló a Mateo con extrañeza, quien a su vez le devolvió una mirada de perplejidad.

—El otro día, el chaval me preguntaba por el ciclista del equipo que más probabilidades tiene de ganar un Tour. —Bernhard le pasó el brazo a Otero por encima de los hombros, obviando como los párpados de Mateo se abrían desmesuradamente por el asombro—. Lo tienes delante. —Señaló con el dedo al colombiano—. Sebastián Otero, capitán del Global-Ventura. Este hombre es el futuro del ciclismo.

—¡Vale, loco! —exclamó Otero entre risas—. ¿Qué te dio?

—¿Estoy mintiendo? —Bernhard se hizo el sorprendido—. ¿Sabías que este hombre tiene el récord de etapas ganadas en la Vuelta a

Colombia? —Antes de que Mateo pudiera siquiera pensar en responder, continuó hablando—. Su experiencia es oro, chaval. Oro. ¿Te ha contado cómo logró remontar en la etapa que disputó en el Giro hace cuatro años?

—¿Ahora soy un viejo que cuenta batallitas? —preguntó Otero con una mueca entre presuntuosa y divertida. Le echó una calculadora mirada al aturdido Mateo—. Además, el chico tiene cosas más interesantes que hacer que escuchar historias.

—Te equivocas. —Pulsó el botón de llamada de ascensor y las puertas se abrieron con un toque de campana—. Lo está deseando.

Bernhard agarró con la mano libre el brazo de Mateo y les hizo entrar a los dos.

—Solo que, como es tímido, le cuesta expresarlo. Cuéntale lo de tu primera bicicleta —lo animó—. ¡Qué mejor ejemplo de superación!

Lo último que captó Bernhard cuando las puertas del ascensor se volvieron a cerrar, fue a Otero observando con interés a un Mateo tan sorprendido, que no era capaz ni de parpadear.

«Velazco no podrá decir que no lo intento», pensó.

Se dio la vuelta y sacudiendo con satisfacción un polvo imaginario de sus manos, dirigió sus pasos hacia el bar del hotel.

TRES

Mateo no llegó tarde a la cena y, para mayor sorpresa de Bernhard, lo hizo acompañado de Otero. Después de que ambos se sirvieran los platos del aparador del bufé, se sentaron juntos a su misma mesa, y aunque no tuvieron una conversación demasiado animada —enseguida Otero se enzarzó en una discusión con Perea sobre si Radamel Falcao era mejor futbolista que James Rodríguez—, Bernhard consideró que su pantomima ante el ascensor no había resultado del todo inútil.

Se desentendió de ellos y del resto de compañeros, y comió despacio, como hacía todas las noches. No tenía prisa por terminar. Continuando con la rutina establecida entre ellos por sobreentendidos, Mateo sería el primero en regresar a la habitación y él demoraría todo lo posible el momento de subir para darle tiempo a meterse en la cama y fingir que dormía. Era una situación que no le suponía un especial esfuerzo. Durante las concentraciones, una vez concluida la cena, le gustaba dedicar un rato a conversar con los compañeros o ver la televisión en su compañía. Incluso disfrutaba sentado en la barra del bar charlando con el camarero de turno mientras se tomaba una insípida infusión, un pobre sustituto del wiski que la nutricionista le tenía terminantemente prohibido y que tanto echaba de menos mientras duraban los entrenamientos.

Ensimismado en sus pensamientos —unos pensamientos que se esforzó en que estuvieran en las antípodas de todo lo que le preocupaba—, disfrutó del primer y segundo plato y, tras terminarse un yogur de frutas, se levantó de la mesa, en la que aún permanecían un par de compañeros degustando sus postres, y se dirigió al bar. Alrededor del billar, jugando una partida, se hallaban el pequeño Parisse, Campese luciendo con naturalidad uno de sus sombreros australianos y Mulder, que le saludó con un gesto de la cabeza. En el sofá situado frente al televisor, en el que retransmitían un partido de futbol, encontró a Fontanilla y al entrenador.

—¿Tú con qué equipo vas? —le preguntó el primero cuando le vio acercarse.

—Con el que gane —respondió, dejándose caer en un extremo del sofá.

Nada más sentarse, notó que un cansancio pesado y cálido se apoderaba de sus miembros, y añoró la comodidad de su cama y la suavidad del nórdico que la cubría.

—A los austriacos os tira más el esquí, ¿no Maier? —comentó Buenafuente, que sostenía una taza de café y seguía con atención el desarrollo del partido.

—Nos tira más la cerveza —contestó, provocando la risa en los otros dos.

Bostezando apoyó el codo en el brazo del sofá y reclinó la cabeza en la mano. El fútbol no le inspiraba demasiado interés, más allá del hecho de contemplar a una veintena de tipos atléticos que además de correr de un lado a otro se daban empujones, se agarraban de las camisetas a la primera oportunidad y celebraban los goles con un gozoso despliegue de abrazos y achuchones.

Aún no había logrado enterarse de que dos equipos se estaban enfrentando, cuando los párpados se le cerraron. No los volvió a abrir hasta que un par de palmadas en el muslo le despertaron.

—Espabila, que te quedas solo —le dijo Fontanilla.

Soñoliento, vio que en la pantalla los futbolistas habían sido sustituidos por un repeinado presentador con tupé y sonrisa histriónica. Comprobó que algunas mesas del bar estaban ocupadas por clientes del hotel y que, salvo Fontanilla, que desperezándose

iba camino del vestíbulo, no quedaba nadie más del equipo. En su móvil consultó la hora. Al ver que eran más de las once se apresuró a seguir los pasos de su compañero.

Una vez estuvo ante la puerta de su habitación, escuchó unos segundos con la oreja pegada antes de abrirla. Como había supuesto, la estancia se hallaba a oscuras y la cama de Mateo ocupada por un bulto que se cobijaba bajo el nórdico. Gracias a la claridad que entraba por la ventana sorteó un par de obstáculos hasta llegar a su propia cama y encendió la pequeña lampara situada sobre el cabecero. Se entretuvo unos pocos minutos en el baño y, de nuevo en el dormitorio, se desnudó con un par de gestos. Vistiendo solo el bóxer, estiró cómo pudo la arrugada sábana, ahuecó la almohada y, con un gruñido placentero, se coló debajo del nórdico. Antes de apagar la luz comprobó que el móvil tenía la alarma activada a las siete y lo dejó sobre la mesita de noche.

Cerró los párpados y la voz de Mateo le hizo abrirlos de nuevo con un sobresalto.

—Gracias.

Bernhard miró por encima de su hombro hacia la otra cama. La silueta de Mateo, cubierto hasta la coronilla por el nórdico, se distinguía con claridad en la penumbra. Le pareció que estaba más encogido sobre sí mismo que cuando lo vio al entrar en la habitación.

—¿Cómo dices?

—Gracias por mediar para que conversara con Otero.

Su voz sonaba amortiguada por la ropa de cama y, aun así, podía percibirse la inseguridad que asomaba tras cada palabra.

No le sorprendió que el chaval se hubiera percatado de su burda maniobra con el colombiano, de lo contrario significaría que era más cándido de lo que imaginaba pero, teniendo en cuenta el miedo que le tenía, sí le descolocaba que le diera las gracias y más que lo hiciera con los dos metidos en la cama.

—¿Tanto se nota lo mal que se me da socializar?

«Eso y que te gustaría que no fuera así», pensó.

Le recordó desayunando, almorzando, cenando en silencio en mitad de las conversaciones de unos y otros ciclistas, mirando con

timidez y tristeza a su alrededor, a la espera de que alguien se acordara de que estaba allí y le dirigiera la palabra invitándole a participar.

—No tanto —mintió, tratando de borrar aquella imagen de su mente que le resultaba irritante. Acomodó la cabeza en la almohada y cerró los ojos—. A veces meto las narices donde no me llaman.

—De todos modos, gracias.

Bernhard apretó más los párpados. Su conciencia comenzaba a martillearle de nuevo con un soniquete de remordimientos que había empezado a odiar.

—Pero te equivocas —añadió Mateo, tan bajo que a Bernhard le costó escucharlo—. Otero no es un buen candidato a ganar un Tour, le sobrevaloras.

Aquella afirmación le arrancó una sonrisa. Al chaval le faltaban años de experiencia, pero no se podía negar que poseía buen criterio.

—¿No se lo habrás dicho?

A Bernhard le pareció escuchar una corta risa escapando del nórdico.

—Aunque hubiera querido habría sido imposible. Fue un monólogo más que una conversación.

Aunque el comentario le hizo gracia, se aguantó las ganas de reír.

—Acostúmbrate. En este deporte nos creemos todos el centro del universo.

«No le des palique», se urgió. «No quieres hacerte amigo de él».

—Buenas noches.

—Buenas noches —replicó Mateo.

A Bernhard no le pasó por alto que había decepción en su tono de voz, como si le apenara que la charla hubiera terminado. Escuchó con atención, a la espera de captar cómo la respiración de Mateo se acompasaba al caer rendido por el sueño. En vez de eso, lo que oyó durante los siguientes minutos fue el susurro de su cuerpo contra las sábanas y las inhalaciones que hacía cada vez que cambiaba de postura, una intranquilidad que vaticinaba otra noche de insomnio.

Se tumbó de espaldas y se cubrió el rostro con el antebrazo.

—Si tienes problemas para dormir, deberías hablar con Carmen —comentó a regañadientes—. Tiene unas infusiones relajantes que te vendrían bien.

Mateo tardó unos segundos en hablar.

—Lo siento… No me había dado cuenta de que te molestaba. Mañana se las pediré. Gracias.

Bernhard apretó tanto los párpados que la frente se le llenó de arrugas. El estúpido chaval le pedía disculpas por algo de lo que él era responsable; y encima le daba otra vez las gracias.

—Oye… —Respiró hondo y soltó el aire con fuerza—. Me pasé, lo admito. No debí de arremeter contra ti de esa forma, se me fue de las manos. Tenía que haberme sentado contigo y hablar del tema con tranquilidad. Los dos somos adultos, ¿no? Y también somos conscientes del grave problema que supone para nosotros que lo sucedido aquella noche se haga público. No hacía falta asustarte, aunque en mi defensa diré que no pretendía que me tuvieras tanto miedo como para quitarte el sueño.

Notó que Mateo se movía y volvió la cabeza hacia él. Se había apoyado en el codo para poder incorporarse un poco en la cama y la claridad procedente de la ventana permitió a Bernhard percibir la extrañeza que se dibujaba en su semblante.

—¿Crees que te tengo miedo? ¿Qué por eso no duermo?

—¿No es así?

Mateo se giró de golpe y se cubrió de nuevo con el nórdico.

—No te tengo miedo —masculló.

Bernhard clavó la mirada en el techo, instándose a ser paciente.

—No lo parece.

—No es miedo —insistió Mateo con brusquedad—. Es otra cosa.

—¿Qué otra cosa? —Se le había despertado la curiosidad y esperó a que el chaval se decidiera a responderle.

—No quiero decírtelo.

Le escuchó mascullar como si estuviera mordiendo la almohada a la vez que intentaba hablar, y creyó entender algo como «me da vergüenza».

Con un suspiro, cerró los ojos. Tal vez se había precipitado al pensar que hablaba con un adulto.

—No lo hagas, no tengo un interés especial en conocer tus movidas. De hecho prefiero quedar al margen. Solo intenta dormir. Prueba a darte una ducha caliente o a escuchar algún podcast sobre política. Hazte una paja, eso suele ayudar cuando…

El golpe de una almohada en pleno rostro le impidió terminar la frase. De un brincó se incorporó en la cama, a mitad de camino entre la sorpresa y la furia, sosteniendo amenazador la almohada con una mano.

—¿Qué coño haces?

Su desconcierto aumentó al ver la insólita expresión airada y resuelta que exhibía el semblante de Mateo. Sentado en la cama, le miraba clavando en él unos ojos muy abiertos, retadores, que destellaban en mitad de la oscuridad.

—¡Es tu culpa! —le espetó antes de tumbarse de nuevo y darle la espalda con un gesto vehemente—. Te acuestas casi en pelotas a medio metro de mí, y yo intento por todos los medios no pensar en ello ni en el cuarto oscuro del Prinzknecht. Pero me paso la noche dándole vueltas a los recuerdos y aunque lucho por sacarte de mi cabeza, cuanto más me esfuerzo más dura se me pone.

Atónito por lo que acababa de escuchar y también por la inesperada muestra de temperamento del chaval, Bernhard bajó despacio la almohada y la dejó sobre su cama.

—¿Ese es el problema? ¿Estás cachondo? —Le entraron unas tremendas ganas de echarse a reír que solo pudo controlar a medias —. *Scheiße*! Con mayor motivo hazte una paja.

Mateo se irguió de nuevo, enfrentándolo.

—¡Qué buena idea! —exclamó con un exagerado tono irónico—. ¿Cómo no se me había ocurrido?

—Chist. —Bernhard se llevó un dedo a los labios, conteniendo las carcajadas a duras penas—. Baja la voz, que te pueden oír.

—¿Me la hago aquí, ahora, contigo al lado?

—Aquí, en el baño… A mí me da igual.

Mateo alzó las manos en un gesto de incredulidad.

—¡A mí no!

Una sonrisa mordaz arqueó los labios de Bernhard.

—En el Prinzknecht no tuviste tantos escrúpulos.

Mateo abrió la boca y la cerró sin que de ella llegara a salir una palabra. Tiró con fuerza del nórdico hasta cubrirse la cabeza y le dio la espalda al tumbarse de golpe.

—Eres un mierda.

«Tiene razón», se dijo sin perder la sonrisa.

El comentario era una pequeña maldad, lo sabía bien, sin embargo, no se arrepentía de haberlo hecho. Contemplar la forma en que el bochorno y la rabia se habían combinado en su semblante le había complacido, y también ver cómo la furia en sus pardos ojos se volvía incendiaria y su cuerpo adoptaba una posición amenazante. Ante él había aparecido un desconocido Mateo Luna que le gustaba mucho más que el otro, de hecho, según estaba reaccionando una parte de su anatomía, le gustaba demasiado.

Observó la encogida silueta durante unos instantes. Su cerebro tenía claro que acostarse y poner todo su empeño en dormir era la decisión lógica además de la apropiada y, sobre todo, la que menos problemas le iba a acarrear. Hacer caso a la carne tórrida de su pene, al deseo que había comenzado a enroscársele en el vientre, a la perversa vocecita que le recordaba que llevaba demasiado tiempo sin darse el gusto de disfrutar de otro cuerpo, era abrirle la puerta de par en par a la catástrofe.

Se reprochó en silencio que no era ningún crío salido, sino un adulto consciente capaz de controlar sus impulsos, y mientras lo hacía, de algún rincón de su mente escapó el recuerdo de las manos del chaval apresando su polla en el Prinzknecht, de su impaciencia de inexperto que resultaba tan sensual; del olor a sexo que exhalaba su fibroso cuerpo. Su traidora memoria fue más allá y evocó el tacto de su miembro robusto y terso, el sonido de sus gemidos escapando de entre los carnosos labios, el instante en que se postró ante él dispuesto a chuparle la polla.

—Bueno, ¿te vas a hacer una paja o no? —se escuchó así mismo preguntar.

—¡Muérete!

La respuesta le hizo soltar un resoplido sardónico. Se levantó sin pensarlo, sin dudarlo, sin que su cerebro se lo ordenara a sus

piernas, y al percatarse de ello comprendió que su sentido común había perdido la batalla contra su lascivia.

—Haré algo más práctico.

Dio un corto paso hacia la cama del joven, apartó el nórdico y con ligereza se metió debajo.

Al sentir el peso del cuerpo de Bernhard en el colchón, Mateo trató de darse la vuelta. El austriaco lo impidió pegándose a su espalda y pasándole con un rápido movimiento el brazo derecho por debajo de la cabeza.

—Calla un momento —le pidió al tiempo que, sin rudeza, le posaba la mano en la boca—. Ya hemos montado demasiado escándalo.

Notó las acaloradas mejillas de Mateo en la punta de los dedos, sus labios calientes y entreabiertos rozándole la palma de la mano, la tensión que emanaba de su cuerpo encorvado contra su torso, cómo se le paralizaba hasta la respiración.

Para poder hablarle cerca del oído, inclinó un poco la cabeza.

—Esta vez voy a ocuparme yo —le susurró. Una deliciosa punzada de placer se le hundió en el vientre al percibir el estremecimiento que recorrió los miembros de Mateo—. Otro día te las arreglas tú solito.

Deslizó los dedos por debajo de la camiseta de Mateo en dirección a la cinturilla del pantalón corto que llevaba puesto, y al instante la mano de este le apresó con fuerza la muñeca, deteniéndole.

—Si no quieres no voy a insistir.

Bernhard intentó apartarse, pero Mateo le retuvo con firmeza. Los dos se quedaron inmóviles y en silencio en una lenta espera en la que podía oír y sentir la respiración rápida e intensa del chaval.

De repente, Mateo empujó despacio su mano guiándolo por debajo del pantalón desde las caderas al pubis, por un camino de piel suave y cálida. En la punta de los dedos sintió el tacto espeso del vello y se dejó llevar hasta alcanzar el envarado pene que, emitiendo un gruñido de complacencia, abarcó con toda la mano. Recorrió su envergadura desde la base hasta la punta sin que Mateo

llegara a soltarle la muñeca, sintiendo su propio miembro palpitar erecto atrapado bajo el bóxer.

—Así de dura la recordaba —musitó sin darse cuenta.

Mateo jadeó contra su mano y torció la cabeza hacia él buscando sus labios. Bernhard, instintivamente, apartó el rostro y con los dedos ejerció un poco más de fuerza sobre su boca.

—Esto es un apaño rápido —dijo—. No perdamos el tiempo.

Alcanzó a distinguir los ojos de Mateo en su desdibujado semblante y reconoció el deseo hirviente en ellos y también, durante una fracción de segundo, antes de que girara el rostro, algo más que no supo identificar.

La mano con la que Mateo aún le apresaba la muñeca le instó a moverse, dirigiéndolo para que subiera y bajara por su pene de una forma diligente y eficaz, con una firmeza que le resultó algo mecánica pero que en aquellos instantes, distraído por su creciente deseo, prefirió obviar. Entrecerró los ojos abandonándose a su inesperado gobierno, excitado por el tacto de aquella carne que se le entregaba dura y pujante y el sutil movimiento de caderas con el que Mateo enterraba aún más el miembro entre sus dedos, por su húmedo aliento quemándole la palma de la mano con cada entrecortada exhalación. De repente, le liberó la muñeca y, colando la mano entre los cuerpos de ambos, le tomó con determinación el pene por encima del bóxer. El gesto, aunque llevara anhelándolo desde que se metiera con él en la cama, le pilló desprevenido, haciéndole perder el ritmo con el que lo masturbaba. Su descuido duró solo unos segundos en los que Mateo reclamó su atención emitiendo un lascivo gemido al tiempo que, colándose con habilidad bajo el bóxer, comenzaba a recorrer su pene con unos dedos ágiles y entregados.

Bernhard enterró el rostro en el cuello de Mateo, allí donde los cabellos húmedos de sudor se le arremolinaban, y pegó el cuerpo al del chaval, buscando anticiparse a los movimientos de su mano, impulsarse con rudeza para sentir aún más profundamente en sus entrañas el placer que le proporcionaba.

En algún momento ambos se acompasaron. El ritmo con el que cada uno sometía al otro se convirtió en uno solo, lúbrico, exigente,

desatado. Mateo encadenaba gemidos que morían en la palma de su mano y él luchaba por no morder el cuello terso contra el que ahogaba los suyos.

Sintió una necesidad pujante, desbocada, de girarlo contra el colchón y penetrarlo. Se imaginó hundiéndose entre sus nalgas, abriéndose camino a golpe de cadera, gozando sin gobierno de la estrechez caliente y soberbia de su trasero mientras Mateo le suplicaba que le embistiera fuerte, rápido y profundo, que le follara hasta volverlo loco de placer.

La fantasía en su cabeza fue tan vívida, tan deliciosamente obscena, que el orgasmo se le desató con una inesperada vehemencia y le hizo emitir un jadeo largo y quejumbroso. Mateo le liberó y con unos dedos pringados de semen le agarró por la nuca con urgencia, como si necesitara sostenerse. Mientras los latigazos de placer se le difuminaban por el vientre, Bernhard percibió como el cuerpo del joven se tensaba al tiempo que inhalaba con fuerza y contenía el aliento. Al instante, notó en la mano con la que lo masturbaba el latido de la eyaculación y el calor del semen derramarse por sus dedos. Mateo le clavó los dedos en la nuca, se estremeció y gimió despacio mientras Bernhard, deleitándose en el momento, continuaba frotándole el pene con un ritmo cadencioso. Solo paró cuando el chaval soltó un gruñido y se apartó un poco de él.

Una sensación de agradable abandono se apoderó de Bernhard. Se tendió de espaldas y por unos segundos valoró la posibilidad de quedarse allí tumbado junto al seductor cuerpo de Mateo. Pero su sentido común, retomando por fin el control de su cerebro, le empujó a levantarse de inmediato.

—Voy primero al aseo —dijo.

No esperó una posible objeción por parte de Mateo, ni siquiera lo miró. Se metió en el baño y cerró la puerta.

Al ver en el espejo su acalorado rostro, la vidriosa mirada, le entraron ganas de abofetearse.

—*Um Himmels Willen, was hast du bloß getan?*[1] —masculló mientras, rehuyendo su reflejo, se lavaba las manos.

Primero amenazaba al chaval para que olvidara lo que había habido entre ellos y después se metía en su cama para hacerle una paja con los miembros del equipo durmiendo al otro lado de las paredes. Podía haber echado a perder años de continuo sacrificio para proteger su carrera, solo por magrearse con un chaval que le era indiferente, por dar rienda suelta a su lujuria, por pensar con la maldita polla.

—*Du hast deinen Verstand verloren*[2] —musitó con rabia.

Se lavó también la nuca, donde los dedos de Mateo habían dejado un rastro pegajoso, y se quitó los bóxer manchados de semen, que tiró dentro de una de las dos cestas para la ropa sucia que había en el baño.

—*Nie wieder*[3].

Terminó de asearse resuelto a dejarle claro al chaval que lo que acababan de hacer nunca iba a repetirse, que ambos debían comprometerse en firme a no cometer estupideces que pudieran poner en peligro sus carreras y a mantener las distancias.

Abrió la puerta y la luz del baño se derramó sobre la cama de Mateo que, despatarrado sobre el colchón, dormía con una mano debajo de la cabeza y la boca entreabierta. Su respiración era acompasada y su posición de absoluto relajo.

Bernhard chasqueó la lengua y suspiró malhumorado. Se acercó a la cama y tras observarle unos instantes con el entrecejo arrugado, le cubrió con el nórdico. Descartó ponerle debajo de la cabeza la almohada, no quería arriesgarse a despertarlo después de lo que había costado que aquel idiota conciliara el sueño.

Se metió en su cama y se acomodó bajo el nórdico, convencido de que, con los remordimientos y la preocupación por lo que acababa de ocurrir entre ellos martilleándole en la cabeza, sería su turno de pasarse la noche en blanco. Unos segundos después, roncaba suavemente.

CUATRO

Mateo llevaba más de veinte minutos pedaleando a buen ritmo en uno de los tres cicloergómetros de la consulta médica del CEAR. Respiraba a través de una mascarilla que permitía calcular su consumo de oxígeno mientras unos electrodos en el pecho monitorizaban el ritmo cardiaco y un sensor, colocado en una banda alrededor del torso, medía la potencia y cadencia de su pedalada.

De pie delante de él, Buenafuente, junto al médico del centro, controlaban los monitores en los que aparecían simultáneamente sus datos y los de Mulder y Perea, que ocupaban los otros dos cicloergómetros. Por las miradas que el entrenador le había dirigido en un par de ocasiones, intuía que se sentía satisfecho con su rendimiento. Él también lo estaba.

Aquella mañana se había levantado descansado y con un enorme apetito, y también con la seguridad de que Bernhard Maier era un gilipollas.

No lo pensaba por cómo le había tratado desde su llegada al equipo —un comportamiento que en realidad entendía—, tampoco porque se hubiera mofado de que le pusiera cachondo dormir cerca de él o por su comentario sobre el Prinzknecht, ni siquiera por haberse metido con tanta suficiencia en su cama para masturbarlo —algo que, ahora lo sabía con certeza, había estado anhelando que ocurriera desde la primera noche—, sino porque no había consentido

que lo besara, como si los besos pudieran convertir aquel desahogo en algo trascendental. Su prepotente «no perdamos el tiempo», le había hecho sentir tan humillado que estuvo a un insignificante segundo de sacudírselo de encima y enviarlo a la mierda, pero el deseo que le desgarraba por dentro, el hambre que le consumía, se impusieron. A esas alturas, con la mano de Bernhard acallando su voz, su cálido torso pegado a su espalda, su respiración en el cuello, sus dedos apresándole con avidez, el orgullo herido tenía poco poder de persuasión; su mente había abandonado el barco y su cuerpo, subyugado por la necesidad de sentir de nuevo aquellas manos expertas poseyéndolo, era quien dirigía el timón.

Se dejó hacer e hizo, se entregó sintiendo un placer urgente y liberador y ningún remordimiento, aunque sin permitirse olvidar lo bochornoso que le había resultado que no quisiera besarlo. Cuando Bernhard se marchó al baño, decidió que iba a dejarle claro lo estúpido que había sido. Podía no tener experiencia en los cuartos oscuros de los bares, no haberse acostado con tantos hombres como sospechaba había hecho el austriaco, pero entendía muy bien lo poco o nada que implicaba un apaño puntual entre dos adultos por muchos besos que pudiera haber de por medio.

No tuvo oportunidad. Ni siquiera se percató de que cerraba los ojos. Lo siguiente que recordaba fue abrirlos poco antes de la siete de la mañana. Había dormido toda la noche, sin tan siquiera soñar o cambiar de postura. Al ver al austriaco durmiendo con placidez abrazado a la que era su almohada, tuvo la tentación de tirarlo de la cama a empujones. Fue una idea pasajera, apenas un vestigio de su enfado. Lo dejó pasar convencido de que lo más saludable para su amor propio era evitar cualquier acción que pudiera dar pie a rememorar juntos lo que había sucedido aquella noche.

Se dio una ducha rápida y se marchó de la habitación antes de que Bernhard despertara. Bajó de los primeros a desayunar y, a diferencia de los días anteriores en los que se había sentido inapetente, tenía tanta hambre que tras las tostadas con aguacate y huevos revueltos y el café, se tomó dos boles de yogur griego con avena, frutos rojos y miel. Los pocos ciclistas que le acompañaban le contemplaron sorprendidos cuando, para rematar el festín, le vieron

coger varios plátanos. Fontanilla pretendió hacer un comentario jocoso sobre sus futuros michelines si seguía comiendo así, que ni siquiera le importunó.

Eligió ir corriendo al velódromo en vez de tomar con el resto de compañeros el microbús que el equipo tenía alquilado para los desplazamientos. Cuando llegó, se acomodó en la escalinata principal a esperarlos. Allí sentado bajo el tibio sol de la mañana, contemplando el intenso tráfico y a los apresurados transeúntes mientras se comía los plátanos, se dio cuenta de que se encontraba bien, mejor que ningún otro día desde que había llegado a la isla, como si se hubiera quitado un peso de encima. Achacar aquel renacido estado de ánimo a una paja rápida —por mucha oxitocina y endorfina que un orgasmo segregara—, le resultaba patético. Sin embargo, era verdad que se sentía despierto, con energía, de buen humor, y decidido a empezar de una vez por todas a demostrar quién era Mateo Luna.

Se había chupado los dedos tras el último trozo de plátano mientras, con una sonrisa en los labios, pensaba que su amigo Jon quizás no estaba tan equivocado al recomendarle que se pajeara mucho y bien.

Buenafuente dio unos pasos hacia su cicloergómetro y se detuvo a su lado.

—¿Cómo vas? —le preguntó tras consultar la *tablet* que sostenía.

Mateo soltó el manillar para mostrarle el dedo pulgar hacia arriba.

—Me gusta lo que veo —comentó el entrenador—. Después de la mierda de entrenamiento que realizaste ayer, me habría apostado la cabeza que hoy no superabas la prueba.

Asintió despacio. Sabía que Buenafuente tenía razón y que, además, no se andaba con rodeos cuando quería dejar las cosas claras. La tarde anterior, tras concluir su deplorable entrenamiento, se lo había demostrado al soltarle una contundente bronca fundamentada en datos irrefutables, y salpicada de exabruptos y advertencias.

—¿Qué ha cambiado de ayer a hoy?

Se habría sonreído y también sonrojado ante aquella pregunta si un repentino temor, que casi le hace perder el ritmo del pedaleo, no se hubiera apoderado de él. Lo que había cambiado era algo que ni Buenafuente ni nadie del equipo, bajo ningún concepto, podían llegar a saber.

Con asombro se dio cuenta de que, hasta ese momento, no había sido del todo consciente del arriesgado error que Bernhard y él habían cometido aquella noche, de lo cerca que podían haber estado, o quizás aún estaban, de que su condición se hiciera pública. El austriaco le había dicho que ambos eran adultos y conscientes del problema que supondría que algo así pasara, y tenía razón. Era tan consciente de ello que él mismo se lo había argumentado días atrás a sus amigas y a Jon, y sin embargo, había actuado como si no le importase.

«Ya es tarde para lloriquear por la leche derrama», le habría dicho Merche con esa mueca burlona suya que tanto le gustaba. «Procura no volver a derramarla».

—He dormido bien esta noche —dijo, la voz entrecortada por el esfuerzo y algo amortiguada por la mascarilla.

—¿Has tenido problemas para dormir? —inquirió Buenafuente.

Mateo movió a un lado y a otro la cabeza dando a entender que más o menos había sido así.

—Esas cosas nos las tienes que decir, joder. No eres ningún novato en estos temas. Sabes lo importante que es el descanso para tu rendimiento. ¿Te enteras?

Asintió repetidas veces mirándolo de reojo.

—¿Te has tomado algún medicamento para conciliar el sueño?

Le respondió sacudiendo la cabeza con vehemencia.

—Nada de químicos, así me gusta. —Apuntó algo en su *tablet* y añadió—: Pero te quiero descansado, así que repite con lo que sea que te ha hecho dormir bien.

Manteo sintió que se sonrojaba y se alegró de que entre el sudor, la mascarilla y el acaloramiento de su rostro por el esfuerzo, Buenafuente no pudiera notarlo.

CINCO

Bernhard entró de los últimos en la zona reservada del comedor. Mientras aguardaba su turno para acceder al bufé, echó un vistazo en torno suyo; la luz del mediodía entraba por los diáfanos ventanales del lateral iluminando a los integrantes del equipo, quienes disfrutaban de la comida en una animada cháchara que subía y bajaba de volumen.

Para cuando terminó de escoger el almuerzo, la única silla que quedaba libre se hallaba en la mesa que ya ocupaba Mateo junto a otros seis compañeros.

Aquella mañana habían entrenado por separado y era la primera vez que coincidían desde la noche anterior. Al sentarse, sus miradas se cruzaron un segundo, y ambos la desviaron de inmediato.

—¿Dónde has estado, Maier? —le preguntó Fontanilla, que ocupaba la cabecera de la mesa.

—Buenafuente me ha tenido dando vueltas al velódromo como un idiota. —Estiró el brazo para alcanzar la botella de aceite de oliva y se sirvió un buen chorreón en el plato de ensalada de macarrones y pollo que había escogido almorzar—. ¿Qué tal han ido las pruebas?

—¡Un éxito! —exclamó, mordiendo un trozo de pan—. Al menos por mi parte. Tengo los niveles como el Ferrari de Carlos Sainz.

Soltó una carcajada con la boca llena, divertido por su propia broma.

—Todo bien —declaró Campese con su arraigado acento australiano, sacudiendo el dedo pulgar con entusiasmo.

A la izquierda de Bernhard, Parisse emitió un resoplido antes de hablar:

—*È stato uno schifo. Era meglio se restavo a letto a grattarmi le palle*[1].

—¿Qué ha dicho? —preguntó Fontanilla dirigiéndose a Bernhard —. Parisse, aprende a hablar español de una vez, coño.

El aludido le dedicó una inocente sonrisa en la que enseñó su dentadura de blancos y enormes dientes, y alzando sus estrechos hombros, dijo con un musical acento:

—Vete a la mierda, Fontanilla.

—Yo diría que no se le da tan mal —rio Otero, sentado a la derecha de Bernhard.

Los otros ciclistas se echaron a reír con ganas mientras Fontanilla le enseñaba el dedo medio al italiano.

—Mañana mejor hoy —intervino Mulder en su deficiente español. Movió la mano en el aire como si la hiciera subir por una cuesta—. Mañana ya ruta por fin.

—Yo no me alegraría tanto. —Bernhard removió la ensalada y antes de probarla, añadió—: La subida al Coll de Reis es jodida. Nos vamos a dejar ahí los riñones.

—¡Qué novedad! —comentó Otero con una mueca burlona—. Maier quejándose.

—Tú ríete. Ya me contarás mañana.

Pinchó un trozo de pollo y se lo llevó a la boca con aire indiferente. Miró de soslayó a Mateo, sentado en la esquina al otro lado de la mesa. Tenía el rostro inclinado sobre el plato y no parecía demasiado interesado en el parloteo de sus compañeros ni en dar su opinión sobre cómo le habían ido las pruebas. Sentía una somera curiosidad por ello, pero no pensaba indagar al respecto.

Durante el largo entrenamiento en el velódromo, había tenido tiempo de sobra para reflexionar y tomar una decisión: iba a evitar relacionarse con Mateo todo lo que fuera posible sin levantar sospechas, y esperaba que el chaval hubiera llegado a la misma

conclusión. Locuras como la de la noche anterior no podían volver a repetirse y la mejor manera de evitar tentaciones era mantener un trato lo más distante posible.

Perea, que ocupaba la otra cabecera de la mesa, a la izquierda de Mateo, chasqueó los dedos en el aire mientras terminaba de masticar la comida que tenía en la boca.

—¿Os habéis enterado de lo de Pablo Vesta? —preguntó una vez hubo tragado—. Me ha saltado la noticia hoy en el móvil.

—¿Ha ganado algo? —se burló Fontanilla.

—Se retira.

Otero soltó un resoplido.

—Bien poco que ha durado. ¿Cuántos años tiene? ¿Veintiocho?

—¡Bah! No se pierde nada. —Fontanilla bebió de su vaso de agua como si degustara vino—. Lo vendieron como el nuevo Valverde, pero se ha quedado en promesa fallida igual que les pasó a Urán y a Hagen.

Bernhard captó por el rabillo del ojo cómo Mateo alzaba la cabeza y volvía el rostro hacia Fontanilla. Había duda en sus ojos, y por la forma en la que tenía levantada una ceja, daba la impresión de no estar conforme con lo que acababa de escuchar. Movió los labios como si fuera a intervenir, sin embargo, tras unos segundos, se concentró en cortar el filete de pollo que estaba comiendo.

—¡Vaya dos fracasos! —continuó Fontanilla, animado—. Sobrevalorados no, lo siguiente. Los periodistas hablaban de ellos como si se fueran a comer el mundo. Y al final un fiasco.

Mateo volvió a levantar la cabeza y esta vez su contrariedad fue evidente. A Bernhard, aquella expresión airada en su rostro le recordó la que le había mostrado la noche anterior segundos después de golpearle con la almohada, una expresión que entonces le había agradado especialmente y que ahora, además, le provocaba curiosidad.

—¿Tú qué opinas, chaval? —le preguntó Bernhard con la mirada en su plato, fingiendo que le era indiferente que le contestara o no —. ¿Estás de acuerdo con Fontanilla?

Seis pares de ojos se volvieron hacia Mateo, que en un primer momento se quedó descolocado.

—No del todo —respondió, cortando con prisas un trozo de pollo.

—¿No del todo? —repitió Fontanilla con sarcasmo—. ¡Vamos! Pero si no sabrás ni de quién estoy hablando.

En la mesa se hizo el silencio, todos a la espera de una reacción por parte de Mateo, que continuó cortando la carne como si el comentario no hubiera ido dirigido a él.

Al cabo de unos segundos, Fontanilla soltó un satisfecho «¡ja!» y Mateo detuvo el cuchillo.

—Edvald Boasson Hagen y Rigoberto Urán —enumeró sin levantar la vista—. Hagen ha estado un poco desaparecido en los últimos años, y es verdad que nunca ganó una de las grandes, pero tras sus diecinueve años como profesional, tiene un palmarés que más de uno querríamos reunir algún día. Y Urán. —Ladeó un poco la cabeza y sonrió a medias, como si algo le hiciera gracia—. Dos veces segundo en el Giro y una en el Tour, plata en los Juegos Olímpicos en Ruta de 2012. Podios en vueltas menores y clásicas: Milan-Turín, Piamonte, Lombardía. Ganador de innumerables etapas y un activo fundamental en todos los equipos con los que ha corrido. —Volvió hacia Fontanilla unos ojos duros y desafiantes—. No consiguieron llegar a la talla de un Pogaçar o un Vingegaard, pero no creo que nadie tenga derecho a menospreciar sus logros.

Un silencio de asombro cayó sobre la mesa, los ojos de todos puestos con incredulidad en un Mateo que había vuelto a clavar la vista en su comida.

—Pues sí que está al día el novato —se admiró Perea.

Bernhard soltó una risilla maliciosa con la boca cerrada y Fontanilla giró la cabeza hacia él, irritado.

—Me gustaría saber tu opinión al respecto —declaró con aspereza—. Al fin y al cabo, de ti como de esos dos, se habló mucho en su día y al final no fue para tanto.

Bernhard contuvo a duras penas una mueca burlona. Mateo había puesto en su sitio a Fontanilla y este creía que podría desahogar su orgullo herido menoscabando el suyo con un argumento que él tenía asumido desde hacía años.

—Sí, es verdad que hubo quien me encumbró antes de tiempo —comentó mirando a Fontanilla con expresión reflexiva, como si

realmente estuviera valorando sus palabras—. Pero, ya sabes como es este mundillo. Hay mucha gente que parlotea sin tener ni idea de lo que dice. Y eso es algo que tú sabes bien.

Se dejaron oír algunas risas que hicieron que Fontanilla mirara a su alrededor con irritación, y Otero, enarbolando una enorme sonrisa, proclamó:

—Déjalo estar, hermano, hoy no es tu día.

Bernhard volvió la cabeza para mirar a Otero y sus ojos recalaron, con asombro, en el rostro crispado de Mateo. El chaval tenía la mirada clavada con rencor en Fontanilla quien, haciendo caso al colombiano, había decidido prestar atención a su ensalada e ignorar al resto de compañeros.

—*Mi piace il ragazzo nuovo*[2] —comentó Parisse a su lado.

Y Bernhard, aún sin comprender el significado de la inesperada expresión de Mateo, estuvo a punto de responder:

«*Anche a me*[3]».

SEIS

Disponían de un poco de tiempo libre antes de tener que tomar el microbús para regresar al velódromo, donde a los compañeros que habían realizado las pruebas por la mañana les tocaría correr en pista, y los que, como él, habían entrenado, tendrían que pasar por el cicloergómetro. Así que decidió ir al bar a tomarse un capuchino. Nada más entrar, se dio cuenta de que la mayoría del equipo había tenido una idea semejante. Unos cuantos veían la televisión y otros conversaban alrededor de una mesa y unas humeantes tazas de café; algunos, como Mateo, habían optado por echar una partida en el billar. Solo le sorprendió a medias verlo allí sujetando el taco. Al terminar el almuerzo se había ido del comedor conversando con Otero que, junto con Perea y Mulder, era otro de los jugadores de la partida.

Se acodó en la barra y le hizo un gesto con la mano al camarero.

—¿Un wiski? —preguntó este.

A Bernhard no se le escapó la pequeña sonrisa burlona que le dirigió; ambos habían coincidido varias noches y en sus conversaciones le había puesto al día de su penosa abstinencia.

—No pretendas tentarme. —Movió un dedo admonitorio en su dirección—. Un capuchino, y a falta de wiski, bien cargadito de espuma.

Notó que alguien se detenía a su espalda y se giró. Velazco, sosteniendo una taza de café en la mano, observaba con detenimiento a los jugadores de billar. Bernhard le dedicó una torcida mueca; en ocasiones, la serenidad que emanaba de aquel hombre conseguía ponerle de los nervios.

—¿Qué haces? —le preguntó.

Velazco movió la taza hacia él sin dejar de mirar a los jugadores.

—Tomo un poco de cafeína para no caer redondo. —Bebió un sorbo y comentó—: Diría que Mateo comienza a abrirse.

Bernhard se fijó en el chaval. Se apoyaba en el taco con una pose relajada mientras Mulder, que movía los brazos con su acostumbrada expresividad, le contaba alguna cosa que, por cómo hacía sonreír a Mateo, o era divertida o solo un batiburrillo de palabras sin sentido en español y neerlandés.

—Parece que al final sí sabes hacer milagros.

Bernhard aprovechó que el camarero dejaba su capuchino sobre el mostrador para ignorar el comentario del director deportivo. Tomó un buen sorbo y se relamió la crema que le pintó de blanco el labio superior.

Velazco se situó a su izquierda, tan cerca que Bernhard se retiró un poco de él con gesto huraño.

—¿Qué quieres? —inquirió en un tono quejoso.

—¿Cómo los has conseguido?

—¿El qué?

Velazco señaló por encima de su hombro hacia el billar. Bernhard siguió la dirección de su dedo justo en el momento en que Mateo se inclinaba sobre la mesa para golpear la bola. La forzada pose tensó el pantalón del chándal que vestía y su redondo y prieto trasero quedó perfectamente perfilado. Notó una tensión nada desagradable en la entrepierna y se conminó a retirar la mirada, sin mucho éxito.

—Esta mañana ha realizado una excelente prueba y ahora parece más relajado y accesible. Un cambio sorprendente en menos de veinticuatro horas. ¿Cómo lo has hecho?

Su mente le traicionó y los recuerdos de la pasada noche regresaron con demasiada nitidez, tensando aún más el contenido de su bragueta.

—Con un poco de mano izquierda —gruñó.

—Pues te agradezco el esfuerzo.

Evitando cruzar la mirada con Velazco, se terminó de un par de buches el capuchino, e, indicando al camarero con una seña que se lo apuntara en su cuenta, salió del bar a toda prisa para no saltar sobre Mateo y follárselo sobre la mesa de billar.

SIETE

Mateo llamó a la puerta antes de pasar la tarjeta por la cerradura electrónica. Era una precaución innecesaria. A aquellas horas Bernhard ya habría terminado de prepararse para la cena y estaría danzando por algún rincón del hotel. Por ello se sobresaltó al abrir la puerta y encontrar al austriaco, que vestía vaqueros y una sudadera gris y aún tenía el cabello mojado, sentado en la cama con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en el cabecero.

Ambos se observaron en silencio unos segundos en los que Mateo, para su desdicha, sintió que el calor ascendía por su cuello y teñía sus mejillas de rojo.

Cerró la puerta rápido, dispuesto a refugiarse en el baño, cuando su olfato captó el aroma a caramelo, almendras y chocolate que flotaba en el ambiente. Desconcertado, se quedó inmóvil mirando a su alrededor con extrañeza, seguro de que su nariz se la estaba jugando.

—¿A qué huele?

Bernhard no respondió. Ni se movió. Lo miró con cierto fastidio hasta que soltó un resoplido y se inclinó hacia la izquierda.

—Menudo olfato tienes.

De debajo de la cama sacó una bolsa de plástico. Metió la mano, rebuscó en su contenido y extrajo una barrita de chocolate Twix que

le lanzó. Mateo la cogió en el aire y la examinó como si fuera un elemento de otra dimensión.

—No podemos comer estas cosas —manifestó, notando cómo la saliva se volvía más fluida y abundante en su boca y las tripas emitían un cavernoso rugido.

Bernhard sacó de debajo de la almohada un Mars a medio comer y comenzó a morderlo sin contemplaciones.

—Si tú no dices nada, yo tampoco —le propuso entre bocado y bocado.

Dubitativo, Mateo hizo girar la chocolatina entre sus dedos camino del baño. Esquivó una chancla de goma que, abandonada en el suelo, parecía haber quedado huérfana, y evitó pisar una revista deportiva. Se detuvo y empujado por una repentina necesidad, dijo, volviendo el rostro hacia Bernhard:

—Fontanilla es un gilipollas.

El austriaco se quedó a mitad de un bocado.

—Lo que te dijo… —titubeó. Frunció el ceño y a sus ojos acudió una expresión contrariada—. No debió hacerlo. Fue un rastrero.

—¿Lo que dijo? —Tiró el envoltorio del Mars a la bolsa y masticó el último trozo—. ¡Ah! No es para tanto. Estaba molesto porque le dejaste en evidencia y pensó que incordiándome a mí se sentiría mejor. Me conoce poco y aún no sabe que tengo demasiado rodaje como para que esas cosas hagan mella en mí.

—Pero es que no tiene razón —insistió. Sentía que la rabia que las palabras de Fontanilla había despertado en él volvía a emerger—. No eres una promesa fallida. Primero en la Vuelta a España de 2015, primero en el Giro de 2016 y segundo en el Tour de ese año, cuatro veces Flecha Valona, dos veces la Vuelta a Cataluña. —Iba enumerando rápido, vehemente, golpeando sus dedos con la chocolatina—. Más de once podios y múltiples etapas. Habrías seguido así muchos años más de no ser por las caídas y por los equipos que te dejaron en la estacada…

Se detuvo en seco cuando el relajado semblante de Bernhard mudó y una desconfiada expresión se manifestó en él.

—¿Te has aprendido de memoria mi palmarés? ¿Por qué?

Mateo se quedó un instante indeciso.

—Sigo tu carrera desde que ganaste la Vuelta a España. —Dejó caer los brazos y apartó los ojos—. Siempre has sido uno de mis ídolos.

Bernhard se enderezó, despacio.

—Sabías quién era cuando nos vimos en el Prinzknecht. Por eso te viniste al cuarto oscuro conmigo. ¿Preferías tener de recuerdo un polvo en vez de un autógrafo? —inquirió con aspereza.

—¡No! —exclamó—. Yo ni siquiera pensaba en que… tú y yo… No se me ocurrió…

La vergüenza hizo que se le atragantaran las palabras y la forma despectiva en que Bernhard le contemplaba no le ayudó. Cerró los párpados y respiró hondo varias veces. Tenía que poder explicarse, necesitaba que Bernhard no se llevara una impresión equivocada de él. La idea de que pudiera pensar que lo sucedido en Berlín, o incluso su encuentro de la noche anterior, fuese la consecuencia de algún tipo de obsesión mitómana, le resultaba insoportable.

—Es verdad que me di cuenta de quién eras, y cuando te acercaste creía que tú también me habías reconocido. —Abrió los ojos y le miró directamente—. Joder —musitó sin poder contener una media sonrisa—. El mismísimo Bernhard Maier sabía quién era yo y quería hablar conmigo. Te seguí porque pensé que te apetecía una charla entre colegas de profesión, una charla conmigo. Pensar eso me hizo sentir tan halagado… —Bajó la vista—. Para cuando me di cuenta de que no me conocías, de lo que de verdad buscabas… Bueno, fue un poco decepcionante. Pero para entonces yo… Yo también quería.

Se quedó callado, contemplando la chocolatina que aún sostenía en la mano.

—*Scheiße* —masculló Bernhard—. Ahora sí que me arrepiento de haberte llevado a ese puto cuarto oscuro.

Mateo sacudió la cabeza con un repentino sentimiento de contrariedad que se deshizo en una triste desilusión.

—Yo no —musitó.

Se volvió hacia el baño dispuesto a entrar y Bernhard lo llamó:

—Espera, chaval. —Se levantó rápido de la cama y guardó la bolsa de chocolatinas debajo—. Si crees que esta noche volverás a

tener problemas para dormir… —Esquivando a Mateo y sin tan siquiera mirarlo, se dirigió a la puerta de la habitación—. Hazte una paja antes de acostarte.

Mateo enrojeció, aunque esta vez no fue de vergüenza.

—Me parece que tú y Fontanilla sois igual de gilipollas —le espetó.

Entró en el baño y quiso cerrar la puerta a su espalda con un contundente portazo que dejara claro lo furioso que se sentía, pero algo la detuvo. Se giró con brusquedad y el corazón le percutió contra el pecho con un par de violentos latidos al encontrarse frente a frente con Bernhard. Este sostenía la puerta con su enorme mano abierta, en una postura un poco encorvada y con el rostro inclinado para eludir mirarle. Estaban los dos tan cerca, que podía oler el aroma a chocolate de su aliento y el de eucalipto que desprendía su piel.

—No he debido hablarte así —admitió en un tono que se arrastraba entre la incomodidad y el arrepentimiento—. Lo que quería decir es… Bueno. Hoy has rendido bien. Buenafuente está satisfecho y Velazco también. Dormir te beneficia y si para descansar necesitas masturbarte, hazlo. Y hazlo con tranquilidad. Me comprometo a no subir antes de las diez para que tengas intimidad. Y no te equivocas. —Le dedicó una mirada fugaz con sus grises y penetrantes ojos antes de apartarse de él—. Demasiadas veces soy un gilipollas.

Salió de la habitación antes de que Mateo supiera si quería o no contradecirle.

TRABAJO DURO

UNO

El pelotón rodaba a buen ritmo por la serpenteante carretera de montaña. Las instrucciones de Buenafuente habían sido sencillas: mantener el grupo unido en formación ordenada, para evitar incidentes con el tráfico de vehículos motorizados, dosificando el ritmo, la hidratación y la alimentación.

—Venimos a tantear la ruta, no a competir —había dicho a la salida de la población de Sa Calobra, cuando ya los dieciséis se hallaban subidos en sus bicicletas, pertrechados con la equipación oficial y todo lo necesario para la ascensión—. Llegamos juntos a Coll de Reis y, sin pararnos, continuamos juntos hasta Escorca, donde nos espera el microbús. ¿Alguna duda?

Alguien había preguntado con socarronería si Escorca tenía un bar donde parar a tomar cervezas, y Buenafuente lo había mandado a la mierda mientras el resto del equipo se echaba a reír.

Antes de iniciar la ruta, que arrancaba con una pendiente abrupta, el equipo había calentado dando un par de vueltas a Sa Calobra. Una vez en la carretera, Bernhard prefirió mantenerse en la cola del pelotón, tratando de cerrar su mente a todo lo que no tuviera que ver con el ritmo de su respiración, la cadencia de pedaleo, el calibrado de las curvas, la espalda del compañero que tenía delante y los coches que les adelantaban sin mantener la distancia de seguridad. Por dolorosas experiencias, sabía bien lo que

podía pasarle si dejaba que su cabeza le diera vueltas a los problemas personales en plena marcha, como dos años atrás en Lourdes, cuando se había luxado el hombro. Si toda la etapa no hubiera ido reviviendo en su mente la desagradable escena en la que Jakob, su amante durante más de un año, rompía con él con la excusa de su incapacidad para sentir algo que no fuera deseo sexual, tal vez habría podido medir mejor su entrada en la curva y no terminar dando contra el tronco de un roble después de volar por encima del quitamiedos.

Los primeros kilómetros del Coll de Reis discurrían por una carretera de curvas que a cada tramo se hacían más frecuentes y cerradas, y en cuyos márgenes crecían pinos y encinas que la mantenían en sombras y daban lugar a que la temperatura fuera más fresca en la zona. En aquella umbría, en la que flotaba una sutil fragancia a resina mezclada con el aroma del salitre que una brisa fresca arrastraba desde el mar, Bernhard optó por quitarse las gafas de sol y sostenerla en el casco introduciendo las patillas en las rejillas de ventilación. Una decena de metros por delante escuchó a Otero maldecir en voz alta contra el frío que hacía, y a varios compañeros burlarse de él por haber elegido vestir para la ocasión un culote corto. Bernhard también había preferido una equipación corta aun a sabiendas de que en las primeras horas de la mañana la temperatura sería baja; a diferencia de Otero, soportaba bien el frío, incluso le revitalizaba.

Al salir de la zona en sombras y alcanzar las primeras pendientes del siete por ciento, notó que el ritmo del pelotón se ralentizaba y aprovechó para contemplar con mayor atención el accidentado paisaje de riscos y matorral bajo por el que se adentraban.

Fontanilla y un par de ciclistas más se dejaron caer hacia la cola del pelotón. Bernhard los fue adelantando sin demasiado esfuerzo, acompasando la respiración al pedaleo, y para cuando llegó a un entorno mucho más abierto, con las pedregosas laderas de la montaña a la izquierda y el mar, de un azul grisáceo, dejándose entrever entre los riscos a la derecha de la carretera, ya se había posicionado en el centro del pelotón.

En un tramo con buena visibilidad, la furgoneta del equipo, conducida por Jacinto y con Buenafuente en el asiento del copiloto, les adelantó. Bernhard la siguió con la vista hasta que desapareció tras una cuerva. Fue entonces cuando advirtió la presencia del chaval a la cabeza del pelotón. No le resultó difícil reconocer su cuerpo delgado y sus caderas estrechas, ni diferenciar su forma fluida de pedalear de la del resto de compañeros.

Lo vio adelantar al ciclista que le precedía sin levantarse del sillín y disponerse a alcanzar al siguiente manteniendo un ritmo constante y progresivo. Aunque Buenafuente no quería que se compitiese, era evidente que el chaval buscaba dar una buena impresión y alcanzar el Coll de Reis de los primeros, si no el primero, y teniendo en cuenta la desidia con la que rodaba el grupo y el propio Otero, que siendo líder del equipo no solía dejar que en los entrenamientos otro le comiese el terreno, podía tener posibilidades.

La cabeza del pelotón tomó una curva y Bernhard perdió de vista la espalda de Mateo. Pensó en lo que no había querido pensar en toda la mañana, en aquello que el chaval le había contado la noche anterior sobre su encuentro en el Prinzknecht, y volvió a sentirse miserable.

Al escuchar su torpe y avergonzada explicación, se había imaginado a sí mismo con su misma edad ante uno de sus ídolos de juventud, un Miguel Induráin o un Vincenzo Nibali, creyendo que se le acercaba porque le reconocía, porque sabía de sus méritos y deseaba entablar una charla con él de igual a igual, e imaginó también, o más bien sintió, la bochornosa decepción que habría sufrido al descubrir que ni conocía su nombre.

No le había mentido al decir que se arrepentía de lo sucedido aquella noche. Se arrepentía de todo, pero especialmente de haberle herido. Sin embargo, no existía ninguna forma de cambiar lo hecho y lamentarse o cavilar demasiado sobre ello, tampoco servía de gran cosa. Lo único que le consolaba era pensar que no había habido mala intención por su parte, solo la habitual desidia que le inspiraban los hombres con los que tenía sexo.

Oyó a su espalda sonar un claxon de forma repetitiva y con manifiesta agresividad, y de inmediato un coche blanco, a

demasiada velocidad para las circunstancias, les adelantó y prosiguió sin frenar hasta la siguiente curva girando en ella sin ninguna precaución. Desde su posición, Bernhard no podía ver a los compañeros que iban a la cabeza del pelotón y un aguijonazo de alarma le pellizcó la boca del estómago cuando vio desaparecer al coche con aquella temeridad mientras algunos ciclistas le dedicaban gestos airados y más de una grosería.

Hizo un cambio de piñón y de plato y, levantándose del sillín, comenzó a pedalear con mayor energía. Al rebasar a Parisse, este le gritó:

—*Dov'è il fuoco?*[1]

Bernhard no le prestó atención. Trazó la curva y al salir de ella, por la forma cerrada en que la carretera rodeaba la peña que tenían a la izquierda, siguió sin poder ver los primeros puestos del grupo. Prosiguió pedaleando de pie hasta que desembocó en una recta y divisó la espalda de Mateo a unos treinta metros. Rodaba a la rueda de Campese, que lideraba el pelotón, manteniéndose en su estela a una distancia y en una posición que a Bernhard le pareció técnicamente perfecta.

Se sentó de nuevo, y aun sin el apremio que había despertado en él la imprudente maniobra del coche blanco, continuó avanzando con la misma cadencia, rebasando a varios compañeros hasta situarse a la rueda del chaval. Este volvió la cabeza por encima del hombro, como si hubiera notado su presencia, y le echó un vistazo que a Bernhard le pareció innecesariamente largo. Las gafas de sol que llevaba Mateo no le permitieron ver sus ojos, pero sí captó, antes de que girara la cabeza al frente, la forma en que torcía la boca con presunción. De pronto, realizó un cambio de desarrollo, abandonó la rueda de Campese y aceleró el ritmo de su ascensión con un pedaleo ágil e insolente, dejando a Bernhard y al australiano atrás en un parpadeo.

«Será capullo», pensó esbozando una mueca sardónica.

Bernhard se colocó las gafas y salió en su persecución. Si con aquella escapada pretendía demostrar que podía dejarlo descolgado

con solo proponérselo o simplemente regodearse llevándolo con el gancho, iba a tener que esforzarse mucho más.

—¿Tanto rápido para qué? —le gritó Campese al rebasarlo.

«Para darle una lección a ese niñato», dijo para sí, sintiendo un repentino entusiasmo.

No tardó en ponerse a su rueda y en acompasar su ritmo al de Mateo, que ascendía con constancia y una buena velocidad volviendo cada poco la cabeza con gestos cortos y algo chulescos. Aquel no le resultaba el mismo chaval tímido que enrojecía por cualquier simpleza, tampoco el que había estado entrenando en el velódromo los anteriores días. Su forma de pedalear denotaba seguridad y coraje, y un evidente espíritu competitivo que, para sorpresa de Bernhard, despertaba en él una rivalidad que no sentía hacía mucho tiempo.

Sin perder de vista a Mateo, consultó con una fugaz mirada su ritmo cardiaco en la pantalla del ciclocomputador del manillar. Suponía que la intención del chaval con aquella fuga era llegar al Coll de Reis antes que él, por lo que, si quería frustrar sus planes, debía cuidarse de no superar su frecuencia máxima, ser conservador con las fuerzas; no administrarlas correctamente podía convertirse en su punto débil frente al chaval, más joven y con un potencial físico excelente. A su favor tenía el haber realizado la ruta con anterioridad en tres ocasiones y saber lo engañosas que eran aquellas rampas, y también que al chaval le faltaba astucia, pulir su técnica y un par de años de experiencia, justo lo que a él le sobraba.

Tras unos quince minutos, Bernhard decidió adelantarlo aprovechando una leve tregua en la inclinación de la pendiente, en un tramo sin curvas y sin tráfico. Se colocó en paralelo con Mateo y mirándole de reojo, le preguntó:

—¿No quieres un relevo? —Y ante su silencio, añadió—. ¿Tan bueno te crees?

No esperó su respuesta. Se levantó del sillín y con unas pocas pedaladas se colocó delante. Aceleró el ritmo, balanceando a un lado y a otro la bicicleta durante un corto tiempo. Al volverse a sentar, miró sobre su hombro y comprobó complacido que el chaval seguía

a su rueda y, por cómo apretaba la mandíbula, no demasiado contento por la posición que ahora ocupaba.

—Hay que saber cuándo pedir ayuda —le gritó.

Como había imaginado, Mateo no reaccionó a su pulla, no intentó sobrepasarlo dejándose llevar por el orgullo. Tal vez fuera inexperto, pero no tanto como para caer en la simplona treta de la provocación, aunque estaba seguro de que iba rumiando su malestar, lo cual le suscitaba un especial regocijo.

Continuaron ascendiendo durante unos quince minutos más, en silencio, muy cerca el uno del otro, tan concentrados que casi no levantaban la vista de la carretera salvo cuando oían aproximarse un vehículo o bebían agua. Al coronar un collado, Bernhard dirigió la mirada hacia abajo, a su derecha. La carretera, como una lenta serpiente, ascendía entre dos escarpadas laderas iluminadas por el sol, con el plácido mar de fondo. Aproximadamente a un kilómetro de distancia, el pelotón, componiendo una larga hilera, escalaba sin prisas.

Recordó los detalles del tramo por el que circulaban y decidió poner en práctica uno de sus viejos trucos. Aprovechando que la pendiente de la carretera iba progresivamente en aumento, redujo la cadencia de su pedaleo de una forma sutil, lo justo para que Mateo pudiera pensar que el esfuerzo de ir tirando le estaba pasando factura. Se puso de pie sobre los pedales, avanzó algunos metros y se volvió a sentar con un resoplido ruidoso.

«Venga», pensó. «Muerde el anzuelo».

Casi al instante Mateo pasó por su lado, relevándolo, con un ritmo que lo distanció un puñado de metros. Bernhard volvió a pegarse a él sin precipitación, como si en verdad le costara alcanzarlo. Aprovecharía la ventaja que proporcionaba ir a su rueda hasta pasar el Nudo de Corbata, la zona en la que la carretera trazaba una curva tan cerrada que, gracias a un puente, cruzaba sobre sí misma, y desde donde apenas quedaba más de medio kilómetro hasta el Coll de Reis.

Mientras remontaban por un cerrado zigzagueo de la carretera, Bernhard notó el picor de los rayos de sol en la espalda y se alegró de llevar la equipación corta. El calor podía ser una ventaja; el

chaval vestía el culote largo y unos manguitos en los brazos que de seguro pronto comenzarían a incomodarle. Y no se equivocaba. Para cuando coronaron el collado, Bernhard sudaba copiosamente y Mateo se había bajado los manguitos hasta las muñecas.

Al aproximarse a una curva, distinguió la parte superior del puente de hormigón del Nudo de Corbata. En menos de un minuto, atravesaron su único ojo. A la derecha, adosado al muro del puente, había una pequeña venta de carreteras, con veladores a la sombra de un chamizo. Estacionado en el aparcamiento, a pocos metros de la carretera, se hallaba la furgoneta del equipo. Buenafuente y Jacinto charlaban apoyados en el capó.

El entrenador fue el primero en verlos pasar.

—¡Bien, muchachos, bien! —les felicitó mientras caminaba hacia el arcén con un cronómetro en la mano—. Muy buen tiempo.

Cuando le rebasaron, Buenafuente miró en la dirección que traían. Bernhard y Mateo se levantaron del sillín para poder tomar la cerrada curva que les dirigía al tramo superior del puente y, al cruzarlo, oyeron gritar a su entrenador desde abajo:

—¿Dónde coño están todos?

Bernhard sonrió con cierta resignación. Montar una fuga cuando las ordenes al pelotón eran las de rodar juntos, solo podía traerles problemas; los entrenadores detestaban, y con razón, que no se siguieran sus directrices. Lo sabía bien porque siempre había tenido cierta tendencia a la indisciplina. Ello solía removerle un poco la conciencia, aunque en aquella ocasión estaba disfrutando demasiado —más que en toda la concentración—, como para preocuparle lo más mínimo la futura bronca de Buenafuente. Dudó de que el chaval fuera consciente de lo que, nada más bajar de las bicicletas, se les vendría encima, y su sonrisa se tornó maliciosa.

Comprobó los datos de su ciclocomputador, examinó su entorno de un vistazo y gritó:

—¡Buenafuente nos va a despellejar por esto!

Mateo giró la cabeza de inmediato con una expresión de sorpresa en su semblante. Bernhard hizo un cambio de piñones, imprimió fuerza a su pedalada y se colocó en paralelo con el chaval.

—No lo habías pensado, ¿eh? —le insinuó.

Antes de rebasarlo, alcanzó a ver cómo la sorpresa de su rostro se trasformaba en angustia. Aguantando la risa, se levantó del sillín y con un rítmico y rápido balanceo avanzó, dejándolo atrás.

—¡Marrullero! —le escuchó gritar cuando por fin reaccionó.

Bernhard se sentó, volvió la cabeza y lo vio levantarse sobre los pedales y forzar el ritmo con rabia; pero sabía, ambos lo sabían, que los pocos segundos de distracción que había provocado con su comentario acababan de ser decisivos. Identificó la curva a la que se aproximaban y volvió a levantarse. Una vez la trazaran, la carretera perdería su inclinación y rodarían los doscientos metros que quedaban hasta la señal del Coll de Reis en llano, así que tenía que conseguir la mayor ventaja posible antes de ese momento.

Al salir de la curva y enfilar la recta, se sentó e hizo un rápido cambio de piñones y plato que le permitió acelerar. Las pulsaciones se dispararon hasta su límite y los pulmones le pidieron más aire, pero continuó manteniendo la respiración bajo control para evitar hiperventilarse. Escuchó a Mateo ganar terreno a su espalda y exigió más potencia a sus piernas. Al distinguir el cartel que señalizaba el collado a menos de treinta metros se supo ganador. Se inclinó aún más sobre el manillar y, al sobrepasar la señal a toda velocidad, se enderezó en el sillín y levantó los brazos como si acabara de cruzar la meta de una autentica carrera. Paró de dar pedales sintiendo una satisfacción casi infantil. Con las manos apoyadas en las caderas, se dejó llevar por la inercia y la leve pendiente de la carretera, disfrutando de la brisa que le enfriaba el sudoroso rostro.

De repente, Mateo pasó por su lado como una exhalación, sentado en el tubo de la bicicleta con el pecho pegado al manillar y la cabeza inclinada hacia delante; y aun en esa complicada posición, acertó a levantar la mano y enseñarle un desafiante dedo corazón.

Bernhard soltó una carcajada que ni él mismo se esperaba. Se agarró de nuevo al manillar, hizo un cambio de marchas y comenzó a dar pedales encogido sobre sí mismo.

—¿Quién es aquí el marrullero? —dejó escapar entre unos sonrientes labios.

La ingenua competitividad de aquel chaval le estimulaba, le hacía pensar en lo diferente que era del Mateo apocado e inseguro con el

que compartía habitación y preguntarse cuál de los dos le gustaba más.

Rodando tras él sin perder de vista su espalda, calculó que le había sacado una decena de metros de ventaja y que posiblemente, con aquel cuerpo espigado tan aerodinámico, lograría raspar algunos más antes de llegar al cruce del acueducto, donde tendría que frenar para poder incorporarse sin peligro a la carretera de Escorca. Ese era el momento en el que Bernhard pensaba atacar, aprovechando que un kilómetro después comenzaba de nuevo la subida.

Llegaron a la primera curva de herradura de la bajada, una de las más peligrosas de toda la ruta, y ambos tuvieron que frenar para no acabar al otro lado del murete que la delimitaba, rodando monte abajo. De la siguiente, igual de cerrada, salieron dando rápidas pedaladas, todavía con Mateo en cabeza aunque con menos ventaja. Siguieron unos minutos por un tramo de curvas suaves hasta que la carretera se ensanchó para desembocar en un cruce amplio.

Bernhard alcanzó a ver el pequeño chiringuito a los pies del acueducto de piedra que salvaba la carretera y media docena de coches estacionados en un rudimentario aparcamiento. Había clientes sentados en los veladores y al escucharles llegar se les quedaron mirando con curiosidad.

Mateo frenó en el *stop* lo preciso para poder lanzar una ojeada a un lado y a otro. Sin detenerse, giró a la izquierda y continuó el descenso pasando bajo el acueducto. Bernhard, apretando los dientes, le siguió, confiando su integridad física a la decisión del chaval de no pararse. Los clientes del chiringuito silbaron y aplaudieron a su paso.

Medio kilómetro después comenzaron a ascender de nuevo. Aunque la pendiente era menor que la que los había subido hasta el Coll de Reis, no dejaba de ser exigente. El chaval parecía decidido a no darle tregua y la encauzó con redobladas fuerzas y la clara intención de no cederle el relevo.

«Eres bueno, chaval», pensó. «Pero el orgullo te va a fundir».

Como al principio de la ruta, la carretera discurrió por un pequeño bosque de pinos y Bernhard, que sudaba copiosamente y tenía la piel recalentada por el sol, agradeció la escasa sombra que

proyectaban los árboles sobre el asfalto. No fue hasta alcanzar el Mirador de s'Entreforc, que logró situarse a la rueda de Mateo. A partir de allí, en el escaso kilómetro que quedaba hasta Escorca, la pendiente se reducía y la subida se hizo para ambos mucho menos exigente.

—¿Vas a pararte en Escorca? —gritó—. ¿O pretendes seguir hasta salirte de la isla?

—¡El microbús! —exclamó Mateo por encima de su hombro—. ¡La meta en el microbús!

Bernhard hizo un rápido cambio de piñones y plato y se lanzó hacia delante abandonando la rueda del chaval.

—Como prefieras —le dijo al pasar por su lado.

Mateo respondió poniéndose en pie sobre los pedales y atacando. Bernhard le dejó ir en cabeza un par de minutos y al salir de la que sabía era la última curva cerrada de la ruta, lo relevó de nuevo. Tras un par de recodos de la carretera, llegó a la recta que desembocaba en Escorca. A la izquierda, a unos cien metros, vio aparcado en un ensanche del arcén el microbús con el remolque de las bicicletas.

«Ahora», pensó.

Justo en ese instante, Mateo salió de su rueda y, de pie en el sillín, trató de rebasarlo. Bernhard también se levantó y ambos, inclinados sobre el manillar, balanceando las bicicletas, casi sincronizados en el veloz pedaleó, volaron uno al lado del otro hasta rebasar el microbús. Al hacerlo, Bernhard vio por el rabillo del ojo a Velazco, cruzado de brazos frente al vehículo.

Llevados por la inercia siguieron pedaleando y unos cien metros más adelante frenaron fuera de la carretera, en una zona amplia y despejada. Mateo se detuvo en seco, puso pie en tierra y lanzando un aullido, levantó ambos brazos al cielo. Bernhard se le aproximó y aún no se había parado cuando el chaval le echó los brazos al cuello, abrazándose a él con tanta fuerza que casi caen los dos al suelo.

—¡Ha sido increíble! —exclamó Mateo—. ¡Increíble!

Bernhard se quedó tan desconcertado por aquel abrazo que durante unos segundos su mente no reaccionó. Por puro instinto se

le fueron las manos a la cintura del chaval y, nada más apresarse de ella, la soltó.

—Tampoco es para tanto —afirmó, sintiéndose perturbado por la irresistible atracción que aquel cuerpo sudoroso y caliente estaba ejerciendo en él. Le dio una leve palmada en el hombro y se apartó con menos determinación de la que hubiera deseado—. He ganado mejores carreras.

—¿Ganado?

Mateo se enderezó en la bicicleta y se quitó las gafas con un gesto de sorpresa. Tenía el rostro sofocado y sudoroso, los ojos muy abiertos y un brillo de euforia en la mirada.

—¡No has ganado! —exclamó en un tono entre divertido e indignado.

—Las dos veces. —Giró la bicicleta hacia la carretera y comenzó a pedalear despacio, moviendo el cuello a un lado y a otro y estirando la espalda—. En el Coll y aquí.

Mateo pedaleó a su lado.

—Mi rueda ha pasado por delante —aseveró—. Ganaste arriba pero aquí he ganado yo. Un empate.

Bernhard soltó un resoplido desdeñoso.

—Que más quisieras, chaval.

Salieron de nuevo a la carretera y se dirigieron hacia el lugar donde se hallaba aparcado el microbús. Mateo hablaba mientras daba vueltas alrededor de Bernhard.

—Eres un tramposo y un mal perdedor —le acusó sin perder la sonrisa—. Me pillaste en el collado con marrullerías y ahora no quieres aceptar tu derrota.

—Y tú sueñas despierto. Mejor harías en ir preparando una buena excusa para Buenafuente.

La felicidad desapareció del rostro de Mateo.

—Mierda. —Dejó de girar y avanzó a su lado con la mirada baja —. Se me había olvidado. ¿Se va a cabrear mucho?

—¿Tú qué crees?

Bernhard vio que Velazco les esperaba aún con los brazos cruzados y una plácida expresión en el rostro, de esas que provocaban más desconfianza que tranquilidad. Se detuvieron

delante de él y Mateo, bajando de la bicicleta, hizo ademán de querer hablar. Velazco levantó una mano y se señaló el auricular que tenía en la oreja derecha. Cerró un ojo, como si el volumen estuviera muy alto.

—No voy a repetir lo que Buenafuente está gritando en estos momentos —comentó en un tono mesurado—. Mejor que os lo diga él cuando llegue aquí.

Las mejillas de Mateo se volvieron rojas incandescentes al tiempo que inclinaba el rostro.

—Hay agua y comida en el microbús —les informó.

Mateo se quitó el casco y, empujando la bicicleta, caminó cabizbajo con el andar inseguro que ocasionaban las calas de sus botas. De repente se detuvo y, sin querer mirar al director deportivo, preguntó en un tono de voz apurado:

—¿Es posible que hayas visto quién ha pasado primero de los dos?

Velazco alzó las cejas y Mateo, viendo de reojo su gesto, musitó apresurando el paso:

—No tiene importancia.

Bernhard tosió para disimular la carcajada que casi se le escapa y Velazco le dedicó una mirada de reproche que al austriaco le fue indiferente.

—Te pedí que le ayudaras un poco —comentó—. No que lo echaras a perder enseñándole tus malos hábitos.

Con un suspiro se quitó las gafas. Apoyó en el manillar ambos antebrazos, dejando caer el peso de su agotado cuerpo sobre ellos.

—Considéralo un daño colateral.

—¿Cómo le has visto?

Bernhard observó a Mateo mientras, sentado en los escalones del microbús, se descalzaba. Pensó en su genuino entusiasmo, en cómo las ganas y el orgullo impulsaban sus piernas, en todo el potencial latente en su cuerpo a la espera de ser explotado, y notó un latigazo de envidia que se desdibujó en un sentimiento que bien podía ser admiración.

—Vendería mi alma al diablo por ser él.

Velazco se volvió lo justo para ver a Mateo subir al vehículo.

—Creía que ya lo habías hecho a cambio de tus triunfos en el ciclismo.

—Pues vaya mierda de trato hice —gruñó esgrimiendo una mueca burlona. Se enderezó y se quitó el casco que ató con las correas al manillar—. ¿Vas a incluirlo en la próxima convocatoria?

—¿Preguntas por él y no por ti? —inquirió contemplándole con curiosidad.

Se encogió de hombros.

—Sabes que a mí ya me da igual quedarme en el banquillo —respondió, y no mentía.

Hacía tiempo que había asumido el lugar que ocupaba en el mundo del ciclismo, que su tiempo de gloria —tan efímero sin lo pensaba con frialdad—, que las oportunidades, habían quedado atrás, que los triunfos ya no eran para él. Había aceptado que ya solo le quedaba mirar como otros ganaban las etapas.

—¿Seguro? —Una leve sonrisa acudió a los labios del director—. ¿No te gustaría ayudarle a ganar una etapa?

Bernhard evitó la mirada perspicaz de Velasco y encajó despacio las calas de las botas en los pedales.

—Demasiado esfuerzo —respondió, avanzando hacia el microbús con un hormigueo nervioso corriéndole por la piel.

DOS

La bronca de Buenafuente no se hizo esperar. Una vez estuvo todo el equipo acomodado en el microbús y este se puso en marcha, el entrenador se situó de pie en el pasillo y micrófono en mano, inició un sermón salpicado de exabruptos dirigidos no solo a Bernhard y Mateo, sino también a todos aquellos a los que «las ordenes les entran por un oído y les salen por el otro», y en el que censuró tanto el comportamiento de ellos dos por «hacer lo que os ha salido de los huevos», como el del equipo por su evidente desgana a la hora de neutralizar una escapada, desgana que calificó de «falta de cojones».

Mientras el entrenador se explayaba en sus recriminaciones, Bernhard no podía ver el rostro de Mateo desde el fondo del vehículo, que era donde había escogido sentarse con la intención, precisamente, de permanecer alejado del chaval, aunque le era fácil imaginar la congoja y el arrepentimiento que debía de reflejar, sobre todo cuando Buenafuente soltaba una de sus groserías. Lo que no se le ocurrió fue que el chaval, en un momento dado, decidiera intervenir.

—La culpa ha sido mía —afirmó, levantándose. Su espalda rígida y los dedos clavados en el reposacabezas del asiento que tenía delante, dejaban traslucir su nerviosismo y el esfuerzo anímico que le suponía ponerse en evidencia—. Yo he dado lugar…

—¡Siéntate, Luna! —le ordenó el entrenador, cosa que Mateo hizo de inmediato—. Aquí todos somos mayores para tomar nuestras propias decisiones, aunque sean unas decisiones de mierda.

—Menuda jodienda —escuchó Bernhard comentar en un susurro a Fontanilla, sentado al otro lado del pasillo. El gallego se inclinó hacia él para decirle—. ¿No podíais estaros quietecitos tú y el zagal?

—Me pudo el hastío —respondió con una mueca beatífica.

—Pues la próxima vez…

—¿Algún problema por ahí detrás? —bramó Buenafuente.

Fontanilla se replegó en su asiento y Bernhard cerró los párpados, decidido a evadirse de aquella perorata dejándose arrastrar por el cansancio y el sueño.

Llegaron al hotel con el tiempo justo para quitarse la equipación y adecentarse un poco antes de acudir al comedor.

Mateo se apresuró a subir a la habitación mientras que Bernhard se hizo el remolón todo el tiempo que pudo; no sabía muy bien qué le daría por hacer o decir al chaval en aquellos momentos, y no tenía ganas de averiguarlo. Para su alivio, cuando se decidió a subir, encontró la habitación vacía. Se cambió y, aunque no se entretuvo, fue de los últimos en llegar al comedor. Al dirigirse a la zona del bufé vio que Mateo se levantaba de su mesa y se quedaba inmóvil junto a la silla, cabizbajo. No entendió qué le pasaba, hasta que lo vio mover los labios como si le costara hacer salir las palabras de su boca.

—Quería… —comenzó, en un tono que no sonó demasiado firme. Carraspeó varias veces y algunos ciclistas volvieron la cabeza—. Por favor —insistió. Las conversaciones se fueron acallando y las miradas se concentraron en él—. Quería pediros disculpas —dijo, rehuyendo mirar directamente a sus compañeros—. Por mi indisciplina el entrenamiento no se ha desarrollado como el entrenador nos pidió y habéis recibido una reprimenda inmerecida. Lo siento.

Bernhard chasqueó la lengua. Muchos de los miembros del equipo ya lo tenían por un blando y un ingenuo, aquella disculpa pública solo iba a conseguir acentuar esa idea, la cual, sin duda, dificultaría su incipiente integración en el equipo. Se recordó que se había propuesto limitar su relación con el chaval a lo indispensable,

un propósito que de momento era obvio que no estaba cumpliendo y, decidido a que eso cambiara, le dio la espalda.

—*Non preoccuparti, Mateo*![1] —exclamó Parisse, ocupado en quitarle la piel a su rodaja de salmón—. *Non era poi così male. Mangia con calma, ragazzo*[2].

Por la expresión de Mateo, sus palabras le habían resultado incomprensibles. Fontanilla, sentado en la misma mesa que el italiano, le preguntó:

—¿Qué dices, tío? Habla en cristiano, joder.

—Dice que te sientes, chaval —intervino Bernhard, y al hacerlo concentró en él todas las miradas. Colocó en su bandeja un plato de pasta con atún antes de volver a hablar—: Que no hagas un drama de lo que ha pasado.

—Tranquilo, Mateo —Otero, ocupado también en recoger su comida, le guiñó un ojo—. Solo es un entrenamiento, y a veces hay que dejarse llevar por el instinto y disfrutar. Además. —Señaló con el pulgar a Bernhard—. Seguro que la idea la tuvo el loco.

El aludido pasó por su lado y al hacerlo, le quitó de la bandeja un plato con una porción de tortilla de patatas. Ocupó una silla en la mesa que se hallaba más alejada de la de Mateo y comentó:

—Al menos yo tengo ideas.

Sonaron algunas risas y las conversaciones volvieron a retomarse. Otero se acomodó junto a Bernhard y recuperó su plato.

—Ninguna buena —replicó.

Bernhard asintió con desgana mientras de soslayo veía cómo Perea le daba unas palmaditas en el hombro a Mateo, que miraba a su alrededor un tanto desconcertado, animándole a sentarse. Quienes compartían mesa con el chaval le dirigieron sonrisas y algún que otro comentario, consiguiendo que al cabo de un rato su expresión se relajara. Cuando Mateo comenzó a comer con aparente tranquilidad, Bernhard soltó un suspiro de alivio que no sabía que había estado reteniendo en los pulmones.

Tras la comida, la tarde avanzó rápida entre la sesión de fisioterapia —que Bernhard intentó rehuir hasta el último momento y de la que salió blasfemando en todos los idiomas que conocía—, y la

reunión técnica para preparar el entrenamiento del día siguiente en el velódromo, durante la cual Velazco aprovechó para recalcar, con su acostumbrado talante moderado pero firme, la importancia de la disciplina en el equipo.

La cena transcurrió tranquila, entre charlas intrascendentes y alguna que otra broma compartida. Bernhard, siguiendo su rutina, comió abstraído, disfrutando de cada bocado. Para no subir a la habitación hasta las diez, tal y como se había comprometido con Mateo, estuvo matando el tiempo jugando a las cartas con Otero y Campese, que como era su costumbre, lucía uno de sus pintorescos sombreros, y también el rubicundo Gachet, que cada vez que ganaba una mano silbaba *La Marsellesa*.

Un poco antes de las diez, Bernhard se retiró del juego dejando a los otros tres enfrascados en una discusión sobre si el Giro de 2023 había sido tan excesivamente duro como ciclistas y medios de comunicación aseveraban. Se plantó delante de la puerta de su habitación bostezando, prestó atención unos instantes y, al escuchar voces dentro, abrió la puerta con precaución. La luz estaba encendida y las voces provenían del televisor. Ambas cosas eran inusuales, aunque no tanto como encontrar al chaval dormido sobre el edredón. Vestía una camiseta y un pantalón corto, que dejaban a la vista sus piernas y brazos bronceados hasta la marca del culote y el maillot. Tenía el mando de la televisión en la mano, que descansaba sobre su abdomen, como si hubiera caído rendido mientras la veía, y el semblante relajado, con los cabellos desordenados sobre su frente y los labios húmedos y entreabiertos, reflejando una calma casi contagiosa.

Bernhard se instó a apartar los ojos de aquel cuerpo fibroso y masculino que exudaba sensualidad, tan deseable que incluso dolía mirarlo, sin conseguirlo. Como un masoquista, permaneció un tiempo indefinible contemplándolo, negándose el placer de acariciarlo, de volver a experimentar el goce de poseerlo, torturándose con el recuerdo de sus besos en el Prinzknecht, de su sexo firme, de su inesperado abrazo, franco y feliz, en Escorca.

«Vas a perder el juicio», se dijo cerrando los párpados con fuerza unos segundos.

Cuando los volvió a abrir desconectó el televisor desde la misma pantalla. Sacó del altillo del armario una manta que echó por encima a Mateo con sumo cuidado, apagó la luz y entró en el baño.

Al final iba a tener que seguir su propio consejo de pajearse antes de meterse en la cama.

TRES

Buenafuente no estaba de humor y Mateo, parado delante de él, daba la impresión de querer hacer un agujero en el suelo con sus propias manos y enterrarse en él. Bernhard podía verlos que no oírlos, mientras, junto a otros cinco compañeros, calentaba en el rodillo situado en el foso del velódromo a la espera de su turno para salir a pista.

Aquella tarde el equipo entrenaba la coordinación del grupo para un esprint final, practicando formaciones y relevos en turnos de cuatro ciclistas. Mateo había salido a pista tres veces, fallando en cada ocasión en su cometido de lanzar a Otero a la meta; llegado el momento se precipitaba o se retrasaba, rompiendo el ritmo del grupo y cortando la escapada del colombiano.

Tras la primera serie, Buenafuente le había indicado qué debía cambiar para obtener mejores resultados, sin embargo, en la segunda y la tercera había repetido el mismo error. El entrenador no entendía por qué Mateo no era capaz de seguir sus consejos, Bernhard, que llevaba observándolo desde que había salido a pista, sí. Sabía que el chaval seguía cargando con los remordimientos de su conducta en el Coll de Reis, que aún se sentía intimidado por Buenafuente. Era capaz de advertirlo en la forma en que rehuía la mirada del entrenador, en cómo encogía un poco los hombros y se

ladeaba cuando el otro le daba indicaciones. Lo percibía tan frustrado que dudaba incluso que pudiera escuchar sus palabras.

Se enderezó en la bicicleta sin dejar de dar pedales y siguió a Mateo con la mirada cuando este se separó de Buenafuente. Como si caminara con una carga invisible sobre sus hombros, el chaval se dirigió a la zona de boxes en busca de su bicicleta.

«La va a cagar otra vez», pensó.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás mascullando una palabrota.

—¿Cansado? —preguntó Campese, que rodaba en el rodillo que tenía a su izquierda.

Bernhard fue reduciendo la velocidad de su pedaleo.

—No te puedes imaginar cuánto.

—¡Venga, Bern! —le gritó Perea, subido en el rodillo situado a su espalda, superponiendo su voz al eco de murmullos que llenaba el velódromo—. ¡Rendirse es de cobardes!

—Y seguir de masoquistas —gruñó, bajando de la bicicleta.

Cogió la toalla que tenía en el manillar y, secándose el sudor del rostro y de los brazos, se fue aproximando despacio a la zona de boxes, haciendo sonar las calas de sus botas con cada paso. Mateo le escuchó acercarse y se volvió hacia él.

—¿Sales otra vez? —le preguntó, echándose la toalla al hombro.

Mateo fingió interesarse en los datos del ciclocomputador que su bicicleta llevaba en el manillar.

—En la siguiente serie —respondió.

—¿Con Otero?

Asintió sin mirarle.

—¿Sabes dónde fallas?

Mateo arrugó un poco la frente y algo de color apareció en sus mejillas.

—Sí —admitió reticente, todavía sin querer dirigirle la mirada—. Y cómo evitarlo. Sin embargo no lo consigo. Voy concentrado y justo cuando llega el momento me entran las dudas y entonces me bloqueo, y ya solo estorbo.

Bernhard se apoyó en la valla de cristal que separaba la zona de boxes de la pista.

—No vas concentrado.

—Sí que… —intentó protestar.

—No —le interrumpió—. Vas pensando en Buenafuente, en que no quieres que te vuelva a bronquear, en que no debiste escaparte en el Coll de Reis, en tu miedo a que los compañeros puedan estar enfadados contigo, en todo eso menos en cuándo debes entrar y salir del relevo a Otero.

Mateo le observó de soslayo sin decir palabra.

—Cuando te quites toda esa mierda de la cabeza, tal vez consigas hacerlo bien. Mientras, yo puedo ayudarte.

—¿A quitarme toda la mierda que tengo en la cabeza?

A Bernhard le pareció que había cierto desafío en su tono y no le disgustó.

—En eso nadie puede. Es cosa tuya. Yo lo que puedo hacer es guiarte.

Bernhard recogió un poco hacia dentro el labio inferior, enseñó los dientes por encima y soltó un silbido agudo y potente, que provocó en el chaval un respingo y logró llamar la atención de los que estaban a su alrededor. Mateo le miró asombrado.

—Mientras ruedes estate atento a mi silbido —le explicó—. Entra al relevo cuando lo escuches y sal cuando lo vuelvas a oír. Sin pensar. Solo reacciona al sonido.

—Eso no va a funcionar.

—¡Luna!

Ambos volvieron la vista hacia la pista desde donde Buenafuente le hacía señales a Mateo.

—¡Deja de remolonear, que te toca!

—Funcionará si confías en mí —garantizó Bernhard.

El chaval le contempló con unos ojos inquietos antes de montarse en la bicicleta.

—¡Muévete, Luna! —gritó el entrenador—. ¿Y tú, Maier? ¿Qué haces que no estás calentando?

—Tengo un tirón en un gemelo —mintió con todo descaro.

Mateo abandonó la zona de boxes y se incorporó a la pista junto con Otero, Gachet y Mulder. Comenzaron rodando despacio durante la primera vuelta, en fila, con el colombiano a la cabeza. Bernhard

los observaba desde la valla, girando sobre sí mismo para no perderlos de vista. Mulder fue el primero en entrar al relevo y dejarse caer al último puesto al concluir la segunda vuelta. En la tercera fue el turno de Gachet, que con su rápido rodaje consiguió que el grupo acelerara. Al pasar a toda velocidad ante Bernhard, el francés cedió el puesto a Otero, quien enseguida volvió la cabeza buscando a Mateo. Bernhard silbó con fuerza y el sonido se convirtió en un eco agudo que se expandió por el velódromo. El chaval dejó la rueda del colombiano y le adelantó en unos segundos. Otero se pegó a él y ambos rodaron veloces y sincronizados. Casi al término de la cuarta vuelta, Bernhard volvió a silbar y, con una fluidez casi elegante, Mateo se dejó caer hasta el final del grupo, cediendo la cabecera a un Otero que atravesó la línea de meta como una flecha.

Bernhard sonrió de lado mientras contemplaba cómo Gachet, Mulder y Mateo, muy por detrás del colombiano, iban decelerando al tiempo que se felicitaban por su actuación con gestos y palmadas amistosas. Advirtió una presencia a su lado y al mirar, se encontró con Buenafuente.

—El mejor tiempo —comentó este, examinando el cronómetro que sostenía en la mano. Le llegaba a Bernhard a la altura del hombro y al dirigirse a él, tuvo que alzar el rostro—. Ese truquito no le va a servir en una carrera.

—En una carrera no lo va a necesitar.

—¿Seguro? —inquirió en un tono molesto.

—Sí. —Observó como el chaval se reunía con Otero y el abrazo que ambos se daban, y se tuvo que esforzar en tragarse el gruñido de contrariedad que le subió por la garganta—. Porque tú ahora le vas a felicitar y eso ayudará a que el miedo a decepcionarte se le vaya pasando. Cuando eso suceda será capaz de escucharte y de aplicar tus enseñanzas, y para cuando llegue el momento de correr, tendrá la suficiente confianza en ti y en él, como para no necesitar «truquitos».

Buenafuente tomó aire y soltó un brusco resoplido.

—¿Te crees mejor entrenador que yo?

Sacudió la cabeza.

—No, simplemente he calado al chaval.

El entrenador le miró las piernas con recelo.

—Yo diría que se te ha pasado el tirón. Sigue calentando. ¡Ah! —Caminó de espaldas unos metros para poder mirarle mientras le hablaba—. No eres mejor que yo, pero apuntas maneras. A lo mejor podrías dedicarte a ello cuando te jubiles.

Bernhard alzó una ceja con desdén.

—Antes me hago adiestrador de pirañas.

Contempló cómo Buenafuente se reunía con Otero y el chaval. Les felicitó a ambos y a Mateo lo agarró por el hombro y lo sacudió con efusividad. Al chaval se le iluminó el semblante y enseguida sus ojos buscaron los de Bernhard. Cuando sus miradas se cruzaron, la sonrisa de Mateo se hizo un poco más pequeña, pero sus ojos se llenaron de un sentido agradecimiento.

CUATRO

Para Bernhard, la partida de cartas después de la cena había estado bien una vez; dos, teniendo de nuevo como contrincantes a Otero, Gachet y Campese, significaba incursionar en el territorio de la tortura. Cuando el colombiano se le acercó y le propuso jugar, bostezó, hizo como si reclinara la cabeza en una almohada y huyó escaleras arriba. Fue justo al abrir la puerta de su habitación y encontrarse a Mateo sentado en la cama con la ropa que usaba para dormir, que se dio cuenta de que no había comprobado la hora que era.

—Perdona —se disculpó reculando—. Vuelvo en un rato.

—No te vayas —le pidió Mateo con celeridad—. Te estaba esperando.

Bernhard se quedó indeciso, con un pie dentro de la habitación y otro fuera, en un silencio inquisitivo.

—Había pensado que podíamos ver una peli juntos. —Señaló con el mando a distancia la televisión que se hallaba encendida—. O una serie.

Mateo esperó su respuesta con una sonrisa pequeña y expectante, y unos ojos que miraban esperanzados.

Bernhard se tragó un reniego. Debería haberlo visto venir, aunque en realidad el problema era más bien que no había querido hacerlo. En su fuero interno siempre había sabido que si seguía

mostrándose amigable con el chaval, aquel momento llegaría tarde o temprano y, tal vez, aún más profundamente enterrado en su conciencia, existía el anhelo de que llegara.

Cerró la puerta despacio y se aproximó a los pies de la cama del chaval. Se detuvo allí con las manos en las caderas y la cabeza un poco ladeada. Vio cómo la sonrisa se desvanecía lentamente del rostro de Mateo y los remordimientos por lo que estaba a punto de salir de su boca se le clavaron en el estómago.

—Hablemos claro de una vez por todas. Sé que la culpa es mía, que te he mandado señales muy contradictorias. —Tomó aire y lo soltó despacio, tratando de controlar la avalancha de recuerdos inoportunos que arribaron a su mente—. Y me refiero a cuando me metí en tu cama.

Mateo parpadeó y un leve rubor apareció en sus mejillas. Apartó la vista un instante y, con un notorio esfuerzo, volvió a mirarle directamente.

—Eso no va a volver a suceder —continuó—. Ni nada que se le parezca. No busco una relación, ni física ni emocional, y aun si remotamente la buscase, no la tendría contigo. —Cerró los ojos y se pasó un par de veces la mano por los cortos cabellos con gesto contrariado—. Entiendes que no es nada personal, ¿verdad, chaval?

Abrió los párpados y comprobó que Mateo continuaba sentado en la cama con la espalda rígida, los labios apretados y unos ojos que intentaban mostrarse indiferentes, sin conseguirlo.

—Soy gay, sí —afirmó, sorprendido de ser capaz de decirlo en voz alta—. Sin embargo, desde que comprendí que el ciclismo sería mi vida, he tenido que dejar demasiado de lo que soy en el camino para evitar que mi orientación arruinase mi carrera, como para ahora echarlo todo a perder por un par de polvos con un compañero de equipo. Sé que mi tiempo pasó, que no volveré a ser el ciclista que ganó la Vuelta, pero me quedan dos o tres años en este deporte, y no estoy dispuesto a salir de él llevando el cartel de homosexual pegado a la espalda, a que se me recuerde como el ciclista maricón. Y tú deberías de aprender de mí. Tienes un futuro de éxitos que se irá a la mierda el día en que alguien te señale y diga «ese es gay». —Chasqueó los dedos—. A la mierda los patrocinadores, a la mierda

los buenos equipos. No quieres eso. Sé que amas este deporte, que aspiras a lo más alto y que puedes conseguirlo, así que piensa con la cabeza. No hagas nada que ponga en evidencia tu orientación y menos intentar liarte con otro ciclista en mitad de unos entrenamientos.

Aquello último lo soltó con más rabia de la que había pretendido, quizás porque sentía que, en realidad, era algo que debería haberse dicho a sí mismo hacía días.

—¿Ya has terminado? —preguntó Mateo después de unos tensos segundos, con la voz un poco insegura—. ¿Puedo hablar yo ahora?

Bernhard se encogió de hombros con cierta impaciencia.

—Solo quería ver una película contigo —dijo sin acritud pero con expresión hosca—. Como dos compañeros cualquiera que comparten habitación. —Se levantó de la cama algo cabizbajo, con el ceño arrugado. Metió los pies en unas chanclas y fue hasta el armario—. Charlar un poco de cómo va la concentración, comentar qué tal nos había ido el día. —Sacó una sudadera del armario y se la puso con gesto diligente—. Darte las gracias por ayudarme en el velódromo. Decirte lo mucho que disfruté compitiendo contigo en el Coll de Reis, lo feliz que me hizo. —Le miró con unos ojos cargados de dolido resentimiento—. Ya sé que no te interesa follar conmigo, que no te gusto más que para un apaño, lo sé porque la noche que te metiste en mi cama ni siquiera quisiste besarme, pero creí que al menos podríamos ser amigos.

Abrió la puerta de la habitación y antes de que Bernhard lograra salir de su sorpresa, se marchó cerrándola a su espalda.

—*Bravo, Bernhard, du hast es super gemacht!*[1] —masculló.

Se quedó mirando el pomo de la puerta confuso y cabreado. Podría haber soltado un discurso mucho más arrogante, pero seguro que no más estúpido.

Se inclinó hacia delante y apoyó las manos en los muslos.

—*Jedes Unglück hat auch sein Gutes*[2] —musitó.

Después de aquello, dudaba que el chaval quisiera saber algo más de él, y eso era lo bueno de su metedura de pata. A partir de ese momento se acabarían las sonrisas, las miradas, los abrazos

espontáneos, y su relación se convertiría en lo que debería haber sido desde un principio: un compañerismo distante, formal y pasajero entre dos personas que no tenían más interés el uno en el otro que el puramente profesional.

Se dirigió al baño, se detuvo antes de entrar y retrocediendo, se plantó de nuevo ante la puerta de la habitación.

«Ni se te ocurra», se advirtió, tajante.

El chaval se sentía herido y confuso, no podía ir detrás de él y confundirlo aún más. La situación estaba zanjada, no había razón para volverla a enredar actuando como si le preocupara lo que podía estar haciendo, como si le doliera su desilusión y su bochorno, como si le importara más allá del simple compañerismo.

Se rascó la barba con demasiada fuerza.

No le importaba, claro que no, pero la cuestión tampoco era desentenderse de él. Si a aquellas horas le daba por salir del hotel para despejarse y Buenafuente se enteraba, iba a ganarse una nueva bronca, y ya había demostrado cómo le afectaba eso. Menos aún resultaba tranquilizador, que le diera por deambular por las instalaciones o bajar al bar; algún compañero podía echarle la vista encima y advertir que algo no iba bien, y lo último que necesitaban ambos era que comenzaran a correr rumores extraños.

—*Scheiße.*

Abrió la puerta y salió al pasillo, tratando de no pensar demasiado en lo que estaba haciendo. Miró a un lado y a otro del iluminado corredor con el oído atento: desde las diferentes habitaciones llegaba el bisbiseo de voces, la sintonía de algún programa de televisión o la música repetitiva de un videojuego. Caminó hacia los ascensores y se asomó al hueco de las escaleras. Las lámparas automáticas de las plantas inferiores y superiores estaban apagadas. Escuchó el sonido de una puerta al cerrarse y al mirar hacia arriba, vio la luz que se proyectaba en el hueco de la escalera desde el descansillo que daba acceso al terrado.

Subió los escalones de dos en dos hasta que llegó al último tramo, encendiendo con su presencia las luces. Mateo estaba arriba, en el rellano, apoyado en la pared, contemplando la calle a través de una ventana situada junto a la puerta de metal que permitía la salida

al terrado. Volvió la cabeza por encima del hombro y se le quedó mirando; su triste perfil recortado contra la oscuridad de la ventana era hermoso, demasiado para obviarlo.

La luz se apagó y Bernhard se quedó inmóvil. Ya no tenía excusa para estar allí. El chaval se encontraba bien y nadie se toparía con él porque nadie, excepto él mismo, lo buscaba. Podía volver tranquilo a su habitación, debía hacerlo.

Subió un par de escalones y la lámpara se encendió iluminando el descansillo. Mateo miraba de nuevo por la ventana y daba la impresión de que había decidido ignorarlo. Llegó hasta el rellano y se sentó en el último y frío escalón, dándole la espalda al chaval. Al cabo de un par de minutos en los que ninguno de los dos habló ni se movió, la luz volvió a apagarse.

Los ojos de Bernhard se acostumbraron pronto a la penumbra que la claridad de la calle apenas lograba diluir. Hasta allí no llegaban los sonidos del hotel ni de la urbe y aquel silencio le provocó una inesperada calma. Dirigió la vista hacia Mateo y al verlo envuelto en su melancólica soledad, sintió la necesidad de decirle que sí lo deseaba, como nunca había imaginado que podía llegar a desearlo; que claro que le gustaba, tanto que besarle le habría hecho perder el control más de lo que ya lo había perdido aquella noche, que si no fuera un cobarde, que si se lo permitiera a sí mismo, le estaría besando en aquel momento.

—Llevaba tiempo sin hacer tanto el ridículo —confesó en voz baja —. Habrás pensado que soy el tipo más arrogante que te has echado en cara.

Esperó un comentario, una palabra, acaso un gesto, incluso un resoplido habría estado bien. Pero Mateo permaneció encerrado en su mutismo.

—Siento mucho haberte malinterpretado.

Se desplazó en el escalón para apoyar la espalda en la pared y la luz se encendió haciéndole parpadear incómodo. Esperó hasta que la oscuridad regresó y entonces dijo:

—Yo también disfruté en el Coll de Reis. Valió la pena a pesar de la bronca de Buenafuente. Y sí —Sus labios se curvaron en una

dulce sonrisa. Apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos—, tu rueda pasó primero.

A través de los párpados percibió que la luz se encendía. Escuchó el chasquido de las chanclas del chaval al caminar y notó que se sentaba en el suelo junto a él. Esperó a que la lámpara se apagara y abrió los ojos. Mateo estaba muy cerca, su codo casi le tocaba.

—Lo sabía —le oyó decir en un susurro.

Apretó los labios para no reír y un agradable calor se extendió por su pecho.

—Lo de la película… —dijo Mateo—. No era una propuesta tan inocente.

Bernhard buscó su rostro en la oscuridad. Distinguió sus ojos, su nariz y sus labios, y por cómo inclinaba la cabeza, se imaginó el rubor de sus mejillas.

—Esperaba que termináramos viéndola en la misma cama.

Bernhard soltó un resoplido que era una risa mal contenida y advirtió que Mateo también sonreía aguantándose las ganas de reír. Se quedaron callados un buen rato, arropados por la oscuridad, hasta que Bernhard dijo:

—Sí me gustas. De no ser así, no te habría llevado al cuarto oscuro. Y de no ser quien somos, tal vez… —Torció la boca y se encogió de hombros—. El mundo del ciclismo, la realidad en la que vivimos, es la que es y no la podemos cambiar. Pero, como dijiste, al menos podríamos ser amigos. —Le tendió la mano—. Bernhard Maier, encantado.

Mateo le miró la mano un instante, desconcertado, hasta que entendió el gesto y se la estrechó.

—Mateo Luna, igualmente.

Ambos mantuvieron unidas las manos unos instantes lentos y silenciosos, hasta que Bernhard, sintiendo que el calor y la suavidad de aquellos dedos podían hacerle olvidar todo lo que acababa de decir, deshizo el contacto.

—Se me está quedando el culo helado —gruñó—. Vamos a ver esa película, pero tú en tu cama y yo en la mía.

—Vale —aceptó Mateo—. Pero la peli la escojo yo.

Y su voz sonó afable, casi tierna.

RESULTADOS

UNO

La mañana estaba despejada. Un sol tibio coronaba el cielo y la brisa que venía del mar, cargada de olor a salitre, contribuía a que hiciera fresco. A pesar de ello, Mateo, sentado en la arena a pocos pasos de la orilla, se había quitado la camiseta y remangado las perneras de las bermudas. Siempre que tenía la oportunidad tomaba el sol con el difícil objetivo de compensar la palidez de su torso con el intenso broceado de piernas y brazos tan habitual entre los ciclistas. En su caso, la diferencia de color no era extrema, aunque seguía resultando llamativa.

Escuchó una explosión de risas a su espalda y miró hacia el chiringuito que se hallaba a una decena de metros y que, como le sucedía a la playa, estaba poco concurrido. En una esquina, Perea, Parisse y Mulder ocupaban una mesa. Sobre ella había latas de refrescos y un par de platos y, debajo, medio enterrado en la arena en un burdo intento de camuflaje, un cubo de zinc del que sobresalían los cuellos de varias medianas de cerveza. Los tres reían a carcajada limpia, Parisse incluso se golpeaba el muslo con una mano. Mateo se sintió contagiado de su alegría y no pudo contener una sonrisa.

Después del desayuno, durante la sesión técnica, Velazco había anunciado que por ser el último día de la concentración, el equipo podía tomarse el resto de la mañana libre. Aquellos tres habían

respondido a la noticia como los típicos adolescentes que, en pleno viaje de fin de curso, por fin logran zafarse de sus profesores. Fueron de los primeros en subir a sus habitaciones a prepararse y de los primeros en bajar, aunque antes pasaron a recogerle, con tanta prisa que casi ni le dejaron coger la cartera y el móvil.

—No tiempo perdido —había dicho Mulder mientras tiraba de Mateo por el pasillo del hotel—. Irnos churungo.

No entendió a qué se refería con «churungo» hasta que llegaron a la playa de Can Pere Antoni y, como atraídos por una fuerza superior, los tres se dirigieron a la edificación de madera rodeada de veladores que se levantaba a la sombra del paseo marítimo. Ocuparon una mesa y sin importar que aún no fueran ni las once de la mañana, pidieron un cubo de medianas de cerveza bien frías y un *variat*[1].

Se levantó despacio y un grupo de gaviotas que picoteaban en la arena cerca de él remontaron el vuelo con airadas protestas. Mientras se sacudía la arena de las piernas observó a sus compañeros.

En aquellas dos semanas su relación se había ido estrechando y la sensación de los primeros días de ser un extraño en el equipo, de no encajar, el temor a que su timidez, como otras veces, consiguiera aislarlo del resto, había terminado por esfumase gracias a su camaradería, a su comprensión. La naturalidad con la que lo trataban, el carácter relajado y afable de los tres, le hacían sentir cómodo, uno más entre ellos; Parisse incluso aparcaba su italiano por un rato para hablarle en español, deferencia que, había observado, tenía con muy pocos compañeros. Otros como Campese y Gachet, también le habían ayudado con su trato amistoso, incluso Otero, aunque entendía que, en su caso, siendo el capitán del equipo, estaba casi obligado a mostrarle su apoyo.

Recogió del suelo las deportivas y, enganchando la camiseta en la cinturilla de las bermudas, se dirigió al chiringuito, hundiendo los pies en la arena a cada paso.

No sabía si la relación que existía entre ellos perduraría en el tiempo, si se terminaría convirtiendo en una verdadera amistad o

solo subsistiría como el habitual compañerismo durante las carreras y los entrenamientos; tampoco le importaba demasiado en aquellos momentos. Le bastaba con saberse apreciado, y no sentirse desdeñado por su timidez, por su juventud o por su inexperiencia.

Perea lo vio llegar y le animó con la mano a sentarse en la silla que había a su lado.

—Olvídate del sol, Mateo —le dijo, elevando la voz—. Jamás conseguirás unificar el color de tu cuerpo. —Se levantó la camiseta para mostrar un torso lechoso—. Es la maldición de los ciclistas. Moriremos sin conseguir la piel bronceada de un surfista.

—*Che importa?*[2] —intervino Parisse flexionando su delgado brazo para mostrar un bíceps níveo y poco desarrollado—. *Bianco ma scultoreo*[3].

Mulder se echó a reír y Perea sacudió la cabeza con pesar.

—¿Cuántas cervezas lleváis? —inquirió Mateo contemplándolos con desconfianza.

—¿Cerveza quieres? —Mulder agarró una del cubo y se la tendió.

Mateo la rechazó con un gesto de la mano.

—No bebo alcohol, gracias.

—*Ma cosa stai dicendo?*[4] —exclamó Parisse manoteando en el aire—. *Non bevi alcolici?*[5] —Miró a los otros con falso sufrimiento—. *La gioventù d'oggi è rovinata*[6].

—Yo soy joven y bebo —dijo Perea—. No está todo perdido.

—*Ventisei anni*.

Parisse mostró el pulgar hacia abajo y soltó una pedorreta.

—¿Con veintiséis ya no soy joven? ¡Venga ya! —protestó Perea—. Si tú tienes uno más que yo.

Mateo, que durante aquellos días había vivido suficientes conversaciones parecidas como para saber que podían alargarse eternamente sin llegar a ningún lugar, les interrumpió:

—Voy a dar una vuelta. ¿Vais a estar mucho más tiempo aquí?

Mulder le dio una patada sin fuerza al cubo de zinc y asintió con un mohín de satisfacción.

—Entonces, os veo dentro de un rato.

Se alejó dejando atrás la voz de Perea convertida en un soliloquio en defensa de su, según él, patente juventud. Subió por una escalerilla que daba acceso al paseo marítimo y una vez en él, se calzó las deportivas. Echó a caminar con el plácido mar a su derecha y una larga hilera de edificios de viviendas turísticas a la izquierda; observando los alrededores no solo para disfrutar del paisaje sino más bien con la esperanza de avistar a Bernhard.

Al abandonar el hotel un par de horas antes, habían cruzado por delante de la entrada del bar, en donde vio al austriaco charlando con el camarero. De inmediato pensó en proponerle que los acompañara y el pulso se le aceleró ante la posibilidad de pasar la mañana juntos. Sin embargo, no lo hizo, hostigado por una repentina vergüenza que le forzó a acelerar el paso y unirse a Mulder y los otros, quienes ya le esperaban fuera del edificio.

Ahora, paseando solo, anhelando verlo aparecer entre los turistas que deambulaban por la zona, se preguntaba malhumorado por qué, cuando por fin parecía que habían alcanzado cierta armonía entre ellos, la posibilidad de invitarle a dar una vuelta le había hecho sentir tan inseguro.

Desde la charla en el rellano de la escalera, su relación se había vuelto mucho más relajada y comunicativa. Ya no se evitaban durante las horas de descanso, de hecho, Mateo trataba de coincidir con él en la habitación siempre que le era posible, y aunque procuraba disimular sus maniobras, sospechaba que no lo conseguía y que Bernhard solo fingía no darse cuenta de ello. Conversaban siempre que surgía la oportunidad: durante los entrenamientos, en las comidas, tras la ducha, mientras veían la televisión antes de acostarse. Solían hablar del ciclismo en general. Cambiaban a menudo impresiones sobre la concentración, los compañeros, las carreras a las que el equipo tenía posibilidades de optar durante aquel año, las futuras convocatorias en las que podrían estar incluidos. Bernhard no acostumbraba a dar consejos y cuando acudía a él con dudas o preguntas sobre los entrenamientos y las estrategias, con problemas relacionados con alguna técnica, el austriaco solía contarle una anécdota, una experiencia vivida durante su dilatada carrera con la que ilustrar la solución que mejor pudiera

venirle. En esos momentos era cuando más disfrutaba, cuando más agradecido estaba al destino por el privilegio de ser uno de esos pocos deportistas que podían cumplir el sueño de, no solo recibir las enseñanzas de su ídolo, sino competir junto a él. Aunque lo que conseguía ilusionarle sobre cualquier otra cosa era que Bernhard mostrara curiosidad por su persona y le preguntara sobre sus vivencias en el anterior equipo, la relación con su familia, sus gustos y aficiones más allá del mundo de la bicicleta, o sus expectativas de futuro.

En una ocasión, durante un almuerzo, la charla con los compañeros de mesa había girado en torno a los estudios cursados por cada uno. A la pregunta directa que Gachet le hizo de si había estudiado una carrera universitaria, les explicó que solo le faltaban dos asignaturas para terminar Administración y Dirección del Deporte. Bernhard, que también se hallaba sentado a la mesa, no había intervenido y, por su actitud, ni siquiera parecía que hubiera estado prestando atención.

Esa misma tarde, mientras realizaban ejercicios en los bancos de musculación del gimnasio del velódromo, Bernhard, sentado a su derecha en una máquina para trabajar los pectorales, tras un largo silencio le había preguntado de improviso:

—¿Por qué has elegido estudiar Administración y Dirección del Deporte? —Y con un tono intencionadamente malicioso, había añadido—: ¿Piensas montar una tienda de bicicletas algún día?

Mateo, que levantaba pesas tumbado en el banco, subió la barra con un resoplido y la apoyó en el soporte antes de responder:

—Claro que no. Lo que voy a montar es un equipo ciclista.

Bernhard dejó de empujar las palancas de la máquina y le miró con ambas cejas levantadas.

—Primero ganaré las tres grandes vueltas —le explicó, incorporándose—. Y después me retiraré y fundaré un equipo.

Bernhard se echó a reír con gusto.

—¡Pero qué ambicioso y qué estúpido!

—¿Soy estúpido por creer que puedo ganar las tres grandes? —inquirió, exhibiendo una expresión dolida.

—Pensar que puedes ganarlas te hace ambicioso, cosa que admiro en ti —dijo mientras retomaba los ejercicios—. Querer montar un equipo ciclista es lo que te hace estúpido. Yo que tú me plantearía lo de la tienda de bicis. Te saldrá más barato y te dará menos quebraderos de cabeza.

Mateo no había replicado, apenas si había alcanzado a escuchar las últimas frases. En su mente solo resonaba aquel «cosa que admiro en ti», que había conseguido que se le acelerara el corazón. En boca de cualquier otra persona, tal vez siquiera le habría llamado la atención, sin embargo, esa frase pronunciada por Bernhard, que era tan poco dado a los elogios como a los consejos, le había suscitado un entusiasmo infantil. Fue la primera vez que se sintió alabado por él, al menos de forma directa. La siguiente le cogió también desprevenido.

Una noche, tras la cena, mientras veían en su habitación un capítulo de la serie *El día menos pensado*, centrado en el liderazgo dentro del Movistar Team de Mikel Landa y Nairo Quintana, los pensamientos de Mateo habían girado en torno a Otero, a su puesto de capitán del equipo.

—¿Crees que Otero irá de líder en la próxima convocatoria? —le había preguntado a Bernhard.

Este, sin dejar de mirar la pantalla del televisor, había asentido.

—Según tengo entendido, el año pasado lideró todas las vueltas en las que participó el equipo, y los resultados fueron más que aceptables. Viendo su rendimiento, yo diría que este año también lo será.

—Tú has corrido con él en otros equipos, le conoces. ¿Le ves bien?

Bernhard le miró de reojo con suspicacia.

—¿Tú no?

Se quedó un momento pensativo, rememorando entrenamientos y salidas, las carreras en el velódromo, las sesiones técnicas.

—Creo que tiene el mejor rendimiento del equipo —admitió, por fin.

Ambos se miraron unos segundos.

—¿Y aun así te preocupa que sea líder? —inquirió Bernhard con los párpados un poco entornados.

—Tengo la impresión de que no está motivado, y para un líder tan malo es el bajo rendimiento como la falta de motivación.

Bernhard volvió la vista hacia la pantalla del televisor con expresión indiferente, aunque Mateo advirtió en sus labios una sutil mueca, como si lo que acababa de escuchar le complaciera.

—Otero no está motivado —había afirmado Bernhard al cabo de un rato—. Y tú tienes buen ojo.

El comentario consiguió hacerle sonreír de oreja a oreja sin importarle que Bernhard pudiera ver su inocente reacción al cumplido; aquel bosquejo de halago era un regalo para sus oídos.

Lo vivido aquellos últimos días le hacía sentir realmente dichoso. Los entrenamientos habían dado resultado y su estado físico era inmejorable, Buenafuente se mostraba satisfecho con su rendimiento, Velazco le había felicitado en varias ocasiones, su relación con los compañeros había mejorado hasta el punto de considerarse integrado en el equipo, y Bernhard le dispensaba un trato afable, incluso podría definirse como afectuoso. Habría sido una semana perfecta de haber logrado desterrar su apetito por el austriaco.

Se detuvo a la altura de una solitaria torre de vigilancia para socorristas, apoyó los antebrazos en la parte superior de la valla que separaba el paseo de la arena y, pensativo, observó un par de veleros ligeros que navegaban en dirección al puerto deportivo de Portixol.

Dadas las circunstancias en las que les tocaba vivir, el acuerdo de no traspasar la línea imaginaria que separaba una relación amistosa de una carnal que habían sellado con el simbólico apretón de manos, era lo juicioso. El problema radicaba en lo difícil que le resultaba reprimirse, y no solo porque su deseo, lejos de haberse enfriado, continuaba latente como la lava en las profundidades de un volcán dormido.

Sin ser del todo consciente de ello, en algún momento había comenzado a cuestionarse sus sentimientos hacia Bernhard. Temía que la atracción sexual que sentía hacia él, hubiera hecho mutar la

admiración que le profesaba en emociones más profundas, que lo que notaba crecer en su corazón no fuera simple cariño hacia un amigo.

Inclinándose hacia delante, descansó la frente en sus manos entrelazadas con un lento suspiro.

Semejante posibilidad le hacía sentir confuso y a la vez asustado —su situación ya era complicada para empeorarla enamorándose de Bernhard—, y cuando se veía sumido en ese estado de ánimo, intentaba no pensar demasiado en ello, no dejar que su mente siguiera dándole vueltas como, para su pesar, estaba haciendo en aquel preciso instante.

El bolsillo de las bermudas vibró a la vez que sonaba un tintineo metálico y supo que Jon le estaba llamando. Animado, sacó el móvil y aceptó la videollamada. De inmediato apareció la imagen de su amigo en la pantalla. Estaba recostado en el respaldo de una silla ergonómica, delante de una estantería atestada de cómics que ocupaba toda la pared del fondo de la habitación, con las manos detrás de la nuca y el extremo de un bolígrafo entre los dientes

—¡Ey, Mateo! —balbuceó. Se quitó el boli y se enderezó—. ¿Te pillo dándole al pedal?

—Si fuera así no habría aceptado la llamada. Tengo la mañana libre. ¿Tú que haces?

Jon se alborotó los rizados cabellos con un gesto brusco.

—Calentarme la cabeza por culpa de la app en la que estoy trabajando. Mi jefe quiere que le haga una demostración al final de la semana. Para mí que se va a comer una mierda. —Estiró los brazos con un gruñido y se inclinó hacia delante acercando más el rostro a la pantalla del ordenador con el que estaba realizando la conexión—. Oye, ¿cuándo vuelves? Esa concentración se está haciendo interminable. Se te echa de menos, tío.

La boca de Mateo se animó con una sonrisa cargada de cariño.

—Mañana. El vuelo a Barcelona sale a las diez cuarenta y cinco.

—¿Van a por ti tus padres?

—Están todavía de concentración en Málaga.

—¡Mierda! —profirió Jon—. Pues yo no puedo ir a recogerte. Tengo que llegarme con mi viejo al pueblo y no volveré hasta la

noche. Y las dos locas están en Madrid con no sé qué movida de un refugio animal.

—No te preocupes. Pensaba pillar un Uber.

—¡Joder, qué triste! —se lamentó—. Te compensaré. El viernes te llevo al Candy Darling para celebrar tu regreso. Por cierto, hay un camarero nuevo que cada vez que me pregunta «¿qué te pongo?», te juro que me pone palote.

Estalló en carcajadas y Mateo negó con la cabeza y una risa feliz entre los labios.

—Eres un idiota salido —le acusó.

—Seguro que tú lo estás más que yo después de tanta abstinencia. —Se limpió con el dorso de la mano las lágrimas que humedecían sus ojos—. ¿Me equivoco? —Acercó más el rostro a la pantalla y adoptó una expresión inquisitiva algo teatral—. ¿No me digas que regresas hastiado de follar? ¿Has vuelto a hacer manitas con el alemán?

Mateo arrugó la frente e inspeccionó los alrededores con suspicacia. Aunque había algunas personas transitando a su espalda por el paseo marítimo, ninguna le prestaba atención.

—Es austriaco —le corrigió en un tono algo más bajo.

—¿Te has tirado también a un austriaco?

—Vale ya, Jon. Deja de hacer el tonto. Ya te conté que Bernhard y yo hemos quedado como amigos.

—¿Y qué tendrá que ver una cosa con la otra? —Le guiñó un ojo a la vez que le dedicaba un mohín malicioso—. ¿Acaso los amigos no follamos?

—Ese no es el tema. —Se giró y apoyó la cintura en la valla para poder vigilar quién paseaba cerca de él al tiempo que le hablaba a la pantalla—. Sabes de sobra lo temerario que es que tengamos esa clase de relación.

—Claro que lo sé —replicó—. Me parece una putada, pero lo sé. Lo que quería decirte es que tú y el austriaco ese sois idiotas. —Levantó una mano antes de que Mateo pudiera protestar—. El problema está en que alguien se entere de que folláis, ¿verdad?

—El problema está en que se sepa… —Mateo se quedó callado, soltó un suspiro y asintió con resignación—. Vale, sí, eso.

—Pues hacedlo en silencio, joder. ¿No estuvisteis bien calladitos cuando el tío se metió en tu cama y te pajeó? ¿A que no se enteró nadie?

Mateo se quedó callado. De repente, se dio cuenta de que aquella noche lo último que le había preocupado era que alguien les pudiera estar escuchando.

—Supongo que no —admitió, pensativo.

—Pues listo. Echáis el pestillo de la puerta —Hizo girar en el aire una llave imaginaria—, y evitáis la charla guarra y los gemiditos. Eso le quita un poco de gracia al asunto, pero seguro que vale la pena el sacrificio.

Mateo sacudió la cabeza.

—¿No te gusta mi solución? —inquirió Jon con fingido asombro—. Nunca te gustan mis soluciones —añadió quejumbroso.

—Aunque me gustara, habría que contar con que… —Cerró la boca al ver que dos ancianas cogidas del brazo cruzaban caminaban despacio por delante de él—. Con que Bernhard quisiera. —prosiguió bajando la voz—. Y no quiere.

—¿No quiere follar ese culito apetitoso que tienes? —preguntó dándole a cada palabra una entonación sensual.

—¿No tenías que terminar una app? —gruñó.

—Vale, no te irrites. Ese tío te gusta, ¿verdad?

—¿Tú has escuchado algo de lo que te he dicho? Da igual si me gusta o no…

—Eso es un sí —le cortó—. Sedúcelo.

—¿Qué haga qué?

—Seduce al alemán.

—¡Qué es austriaco!

—¡Bah! —Sacudió una mano con desgana—. Como si es filipino. Esta noche es la última de la concentración, ¿verdad? Pues ponle cachondo y daros un revolcón de despedida.

—Eso no va a pasar —sentenció.

—Es verdad. —Jon apretó los labios con expresión pensativa y se recostó en la silla—. Olvidaba que no se te da bien lo de seducir. Deja que piense en alguna estrategia.

—¿Quieres parar ya con el tema? Me estás poniendo nervioso.

Jon se incorporó de golpe y chasqueó los dedos.

—Lo tengo. ¿Sabes ese libro que me dejaste que se titula…? —Cerró los párpados y movió los dedos en el aire como si tratara de atrapar el recuerdo—. Algo de correr sin fondo… O que corre hacia el fondo…

—¿*El corredor de fondo*[7]*?*

Jon volvió a chasquear los dedos.

—¡El mismo! ¿Recuerdas esa escena que te gusta tanto en la que al protagonista le da un calambre y el tío del que está pillado le masajea la pierna?

—¿A dónde quieres llegar?

—El prota sedujo al tío que le gustaba con ese truco.

—No era un truco y no lo sedujo.

—Vale. Pero a ti te puede servir. ¿Los ciclistas no estáis siempre dándoos masajes?

—No nos los damos entre nosotros, bobo. —No quería reírse y con ello animarle a seguir con aquella tontería, pero se lo estaba poniendo muy difícil—. Son los fisios quienes se encargan.

—Da igual. Cuando estéis a solas en la habitación, finges que te ha dado un tirón en el muslo y le pides que te ayude con un masaje. —Los labios de Jon se arquearon en una mueca lasciva—. Ya verás dónde termina dándote el masajito.

Mateo rompió a reír con estridencia y cuando pudo contener las carcajadas, le recriminó:

—¡De verdad que estás enfermo!

—¡Hola, chaval!

Al oír la voz de Bernhard se le estrangulo la risa y por instinto bajó el móvil ocultándolo a su espalda. Miró hacia su izquierda sin localizar al austriaco, y al volver el rostro a la derecha lo vio aproximándose despacio con su habitual pose un tanto desgarbada, las manos en los bolsillos del pantalón vaquero que vestía y una gorra calada hasta las orejas. Notó el incipiente calor subirle voraz por el cuello y prenderle las mejillas, a pesar de su ferviente deseo de que no sucediera.

Bernhard se detuvo a su lado examinando su semblante con curiosidad.

—¿Te pasa algo? —le preguntó.

—No. —Mateo sacudió la cabeza—. ¿Por qué?

—¡Joder, Mati! ¡Que sigo aquí! —se oyó gritar a Jon.

Mateo levantó el móvil.

—Es mi amigo —se apresuró a explicar—. Estábamos charlando.

Bernhard se colocó a su lado para poder mirar el teléfono.

—Jon, él es Bernhard Maier —les presentó.

Bernhard inclinó un poco la cabeza hacia la pantalla y saludó con la mano a la imagen de Jon. Ambos se observaron en silencio unos segundos, hasta que la sonrisa de Jon se ensanchó y con un destello de malicia en sus azules ojos, dijo:

—Así que tú eres el compañero de habitación buenorro. Pues es verdad que tienes un buen polvo.

Mateo, con los ojos desorbitados, golpeó repetidas veces la pantalla del móvil usando un dedo rígido y angustiado hasta que consiguió cortar la comunicación, y con la misma celeridad se lo guardó en el bolsillo.

—Es un bromista —alegó, consciente de que en esos momentos su rostro era una autentica llamarada—. No le eches cuenta. ¿Dónde vas?

Bernhard se le quedó mirando sin contestar. La visera de la gorra proyectaba sombras sobre su rostro y Mateo no podía distinguir con claridad la expresión en sus ojos.

—Vuelvo al hotel.

—Mulder, Perea y Parisse están en un chiringuito allá al fondo —Señaló hacia un punto lejano e impreciso en la playa—. ¿Te parece que nos acerquemos?

—¿Están bebiendo cerveza?

—Bueno… —Dudó en delatar a sus compañeros—. Creo que sí.

Bernhard echó a andar en la dirección que había indicado Mateo.

—Pues entonces vamos.

Sin prisa, uno al lado del otro, caminaron por el paseo. Bernhard lo hacía contemplando el cielo, como si el vuelo de las ruidosas gaviotas sobre sus cabezas le resultara interesante, mientras Mateo

le lanzaba inquietas miradas de soslayo pensando en el bocazas de Jon y en cómo iba a disfrutar estrangulándolo cuando se volvieran a ver.

—¿Tienes planes? —preguntó, incómodo con el silencio—. Me refiero a si te vas a tomar un tiempo de descanso o comenzarás a entrenar en cuanto regreses.

—Las dos cosas. Mi hermana Viktoria vive en un pueblo de Huesca, voy a pasar unos días con ella y aprovecharé para subir algunos puertos en los Pirineos. El Pla de Beret, el Portalet y tal vez el Angliru.

Mateo le miró con sorpresa.

—No sabía que tenías una hermana.

—Una hermana entrometida, dos sobrinas endemoniadas y un cuñado idiota —enumeró—. ¿Y tú? ¿Vuelves directamente a tu casa?

—Sí. Mi padre está concentrado con mi antiguo equipo, pero termina en unos días y se ha ofrecido a ayudarme con el entrenamiento.

—Descansa antes. No te arriesgues a un sobreentrenamiento.

Mateo asintió y ambos se quedaron en silencio un rato, hasta que Bernhard volvió a hablar.

—Ese tal Jon… —dijo de repente—. ¿Te ha llamado Mati? ¿Qué significa?

La pregunta le hizo gracia y sonrió.

—Nada. Es como me llaman mis amigos y mi familia. Un diminutivo.

—Ya —replicó en un tono desganado—¿Estáis liados?

—No —se apresuró a responder, tan incómodo como sorprendido por la pregunta—. Es mi amigo, mi mejor amigo.

«¿Y tú?», estuvo a punto de preguntar. «¿Estás liado con alguien? ¿Lo estabas en Berlín?»

Frenó las palabras en la boca quizás porque en el fondo no quería saberlo. En lugar de ello, un poco molesto, dijo:

—Si estuviera saliendo con alguien… Entre tú y yo no habría habido nada.

Bernhard se limitó a lanzarle un rápido vistazo y Mateo, sin pretenderlo, recordó lo que le había dicho la última vez que

discutieron:

«No busco una relación, ni física ni emocional, y aun si remotamente la buscase, no la tendría contigo».

Aquella afirmación le había hecho sentir una penosa mezcla de vergüenza y desilusión, pero en aquel momento no pensó que podía significar que Bernhard tenía pareja.

—Jon y yo estuvimos saliendo en el instituto un tiempo —le explicó dejándose llevar por un repentino impulso, por unas insólitas ganas de alardear, de demostrarle que alguien, alguna vez, sí había querido tener algo con él—. Ahora solo somos amigos, aunque a veces… —titubeó.

—Folláis —concluyó por él Bernhard.

Su voz sonó tan indiferente como solía hacerlo, quizás más de lo que era habitual.

—Sí —admitió, mirándole de reojo. A pesar de que le abochornaba un poco hablar con él de aquello, sintió la necesidad de añadir—: Nos entendemos bien.

—Follar con amigos solo trae problemas.

A Mateo le molestó el desdén que percibió en su voz, y también que le hubiera soltado una frase tan sentenciosa.

—¿Lo dices por experiencia? —se escuchó preguntar, un poco sorprendido de su osadía.

—Lo digo porque es una realidad.

—Pues a Jon y a mí nos va bien —replicó, poniendo especial interés en que sus palabras sonaran resueltas.

—Tú mismo.

Mateo le observó con desconfianza. Continuaba caminando con las manos en los bolsillos y la mirada al frente, luciendo el mismo semblante impasible que había mostrado desde su encuentro, como si la incómoda conversación que acababan de sostener no hubiera existido. Y sin embargo, advirtió una tensión en su mandíbula que antes no estaba ahí, una rigidez en sus hombros que le hacía caminar algo más erguido, y también se dio cuenta de que tenía hundidas profundamente las manos en los bolsillos con un gesto engarrotado. Comprendió que lo que percibía era la soterrada irritación de Bernhard y, desconcertado, se preguntó qué era

exactamente lo que le enojaba. Si alguien se tenía que sentir molesto era él por la forma prejuiciada en la que había juzgado su relación con Jon.

Pensó en ello y al cabo de un rato se le ocurrió un motivo, quizás algo descabellado, que dibujó una escurridiza sonrisa en sus labios.

«¿Y por qué no?», se dijo.

Bernhard había admitido que le atraía, que le gustaba, ¿por qué no pensar que podía sentirse celoso de Jon, de la amistad y el «algo más» que había entre ambos? ¿Por qué no permitirse creer por un momento que Bernhard luchaba contra su deseo tanto o más que él?

«Sedúcelo», susurró la voz maliciosa de Jon en su cabeza. «Daros un revolcón de despedida».

—Mierda —masculló tras un resoplido.

—¿Te pasa algo?

—Arena en los botines —mintió. Volvió el rostro hacia los edificios simulando interés en sus blancas fachadas y preguntó—: ¿Has leído *El corredor de fondo*?

—¿Atletismo? —Sacudió la cabeza—. No me interesa demasiado.

—Es una novela.

—Menos entonces. No suelo leer novelas. —Le dirigió una inquisitiva mirada—. ¿Por qué?

—Por conversar sobre algo —respondió, notando un leve calor en las orejas y otro aún mayor en la ingle.

DOS

Bernhard tuvo que comprimir la ropa que había metido con dejadez dentro del macuto para poder cerrar la cremallera. Una vez lo hubo conseguido, lo colocó junto a la maleta y las otras dos bolsas de viaje que había dejado bajo la ventana. Echó un vistazo rápido a la habitación para asegurarse de que, salvo la muda del día siguiente y el neceser, sus pertenencias estaban ya guardadas, y se tumbó en la cama con la Nintendo Switch en la mano.

Llamaron a la puerta y tras el chasquido de la cerradura, Mateo entró. Avanzó un par de pasos y se detuvo, sorprendido.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó, examinando la estancia con los ojos muy abiertos—. La habitación parece más grande.

Bernhard habría aceptado como genuino su asombro, de no haber advertido una sonrisa contenida en el perfil de su boca.

—No eres gran cosa —replicó con la atención puesta en la pantalla de la consola—. A ti todo te tiene que parecer grande.

Mateo soltó un resoplido cómplice y cerrando la puerta, se acercó al armario.

—¿Qué comentario es ese? Solo eres un poco más alto que yo.

—Soy «más» que tú en todo —se burló.

—Si hablamos del tamaño de tu cabeza, estoy de acuerdo —comentó con socarronería mientras trasteaba dentro del armario.

Bernhard, sin apartar la mirada del pequeño fontanero Mario que correteaba dando saltos por un colorido escenario, apretó un poco los labios, complacido. Aquel tipo de diálogo simplón, que en los últimos días sostenían a menudo, no era más que cháchara intrascendente, bromas inocuas que, sin embargo, lograban crear entre ellos un lugar común, una especie de territorio amable en donde no tenían cabida temas menos inofensivos. Bromear de aquella forma le relajaba y sabía que a Mateo también.

—Yo de ti dejaría de hacerme el gracioso y me pondría a recoger —le recomendó—. Seguro que eres de los que por hacer el equipaje a última hora siempre se olvida algo importante.

Mateo se quitó la camiseta y la tiró sobre la cama antes de dedicarle una mueca de fastidio.

—El rey del caos dando consejos de organización —ironizó—. Y eso que dices solo me ha pasado un par de veces.

Mientras Mateo rebuscaba entre la ropa colgada de las perchas, Bernhard recorrió su cuerpo con disimulo. Era muy difícil sustraerse a la tentación de admirar aquella hermosa espalda. El sutil color tostado de su piel, la forma armoniosa en que se le dibujaban las escápulas, las delicadas protuberancias de su columna, la leve curva antes de llegar a las nalgas; todo conseguía hipnotizarle, arrastrar su mente a lugares que se había prohibido visitar.

—Me ducho —dijo Mateo dirigiéndose al baño. Cerró la puerta y desde dentro le gritó—: ¡No te vayas que quiero comentarte algo!

—Pues no tardes —replicó, intentando concentrarse en evitar que un grupo de plantas pirañas cantarinas devoraran a Mario.

No lo consiguió. Contemplar la espalda desnuda del chaval le había hecho evocar el instante en que alcanzó a verlo recostado en la valla del paseo marítimo. Aprovechando la distancia y que Mateo no prestaba atención a su entorno, se había permitido —porque al fin y al cabo fantasear solo le hacía daño a él—, deleitarse con su torso desnudo y sus hermosas piernas. Supuso, por la forma en la que sonreía a la pantalla del móvil y la espontaneidad en sus gestos, por el afecto que animaba su semblante, que debía de estar hablando con algún familiar. Verle feliz le hizo experimentar una grata sensación, del todo inesperada, que duró hasta que lo escuchó

reír. Fue entonces cuando notó el aguijonazo de algo que, en ese instante, no supo identificar, aunque le bastó con que el chaval le explicara su relación con el tal Jon para poner nombre a lo que había comenzado a carcomerle por dentro.

Pulsó con saña los botones de la consola sin conseguir otra cosa que no fuera que el pequeño fontanero se golpeara una y otra vez la cabeza contra el mismo bloque.

El tipo le había caído mal de inmediato, como una especie de odio a primera vista, y no solo porque era obvio, por sus estúpidos comentarios, que estaba al corriente de lo que había habido entre el chaval y él. Aquel idiota era su amigo desde hacía años y pensar en la confianza, la intimidad que debía existir entre ellos, todo lo que podían haber vivido juntos, que iban a seguir viviendo, le provocaba una frustración amarga y egoísta. Aunque lo que de verdad lograba despertar su rencor hacia él, era recordar la expresión afectuosa en el rostro de Mateo mientras hablaban, el hermoso sonido de sus carcajadas. Detestaba al tal Jon porque disfrutaba de todo lo que él nunca podría tener con el chaval.

La pantalla de la consola le mostró al pequeño fontanero cayendo directo en la boca de una planta piraña. Bernhard soltó un reniego, tiró la consola sobre la cama y cerró los ojos.

En Escorca le había escuchado reír, había visto su rostro iluminado por la dicha, sentido sus brazos rodearle el cuello en un encendido, sincero y generoso abrazo, y desde entonces su mente evocaba el momento una y otra vez, prefiriéndolo a los recuerdos de la noche que se metió en su cama, incluso a los del Prinzknecht, como si su conciencia tratara de hacerle comprender algo que se le escapaba o que quizás sabía y, como el cobarde que era, se negaba a aceptar.

Por algún juego perverso de su mente, pensó en Jakob y en la tarde que se presentó en su casa para dar fin a lo que había entre ellos. Después de un año fingiendo en público que eran simples amigos y siendo amantes solo en los encuentros clandestinos, el día que rompió con él lo hizo echándole en cara que follar fuera lo único que les unía, que ni siquiera se hubiera esforzado un poco por quererle, que se negara a violar el secretismo en el que vivían su

relación. Le escupió muchas cosas aquella tarde. Le llamó egoísta, insensible, y le auguró un futuro en el que la soledad le haría comprender que el sexo nunca es suficiente. Creyó que Jakob, guiado por el resentimiento, concluiría su discurso acusándole de cobarde, culpando a esa cobardía de ser el germen de todos sus defectos; sin embargo, se marchó sin pronunciar la maldita palabra, demostrando así que, como el resto de sus ocasionales amantes, no le conocía.

—Bernhand…

La voz del chaval le sacó de golpe de sus pensamientos. Se incorporó un poco en la cama y lo vio en la entrada del baño, apoyado en el quicio de la puerta, desnudo salvo por la toalla que tenía anudada a la cintura. El mojado cabello que le caía a mechones sobre la frente le ocultaba en parte la mirada, que mantenía baja.

—Creo que me ha dado un tirón… —dijo, y se mordió con fuerza el labio inferior.

—¿Crees?

—Me duele mucho.

Bernhard se levantó de la cama y fue hacia él con rapidez. Lo sujetó con el brazo por debajo de las axilas para ayudarlo a caminar. Mateo, con la vista clavada en el suelo y el rostro acalorado, cojeaba al tratar de apoyarse en la pierna derecha. Con dificultad se sentó a los pies de su cama y Bernhard se arrodilló delante de él.

—¿Dónde te duele?

Mateo retiró la toalla de su muslo derecho.

—En el cuádriceps.

Bernhard agarró el muslo con ambas manos y lo recorrió usando los pulgares, supervisando la maniobra con mirada experta.

—No parece que haya tensión.

—¡Ahí duele! —señaló.

—Vale —Detuvo los dedos a un palmo de la ingle e intensificó la presión—. ¿Qué has hecho en la ducha?

—Estaré bajo de potasio —murmuró. Mateo se dejó caer hacia atrás hasta quedar tumbado y se cubrió el rostro con el antebrazo—. Gracias.

Bernhard continuó ascendiendo y descendiendo por la zona, siguiendo con los pulgares la forma perfecta del cuádriceps, admirado de la firmeza del muslo, de la vigorosa máquina que tenía entre las manos, incapaz de abstraerse del delicado tacto de la piel recién rasurada.

Mateo, que se mordía los labios, dejó escapar un murmullo gutural.

—¿Mejor? —preguntó.

Alzó los ojos buscando el rostro del chaval y al hacerlo su mirada se vio atraía irremediablemente hacia la entrepierna, cubierta con pudor por la toalla aunque no lo suficiente.

Una voz en su cabeza le advirtió del peligro, de lo mucho que se había esforzado y sufrido todos esos días para terminar claudicando, de lo rastrero que sería aprovecharse de una situación así. Oía esa voz mientras sus manos llegaban con cada movimiento un poco más arriba del muslo, morosas y conscientes de la piel que acariciaban, de la sangre caliente circulando bajo ella. La oía mientras sus ojos se recreaban en la suave curva de la ingle, en la visión del vello oscuro y rizado asomando por el borde de la toalla, de la polla del chaval convertida en una abrupta loma bajo la tela; mientras sentía que el corazón se le atropellaba, que el sudor le humedecía la nuca y las axilas y los pantalones le constreñían cada vez más la entrepierna. Pero, cuando los dedos del chaval le acariciaron los cabellos y bajaron hasta sus mejillas y su mentón, cuando tiraron de él reclamándole, la voz perdió fuerza y se fue deslizando hasta lo más profundo de su conciencia.

Se dejó guiar por sus manos, apoyándose en el colchón a medida que avanzaba para que su cuerpo no tocara el de Mateo, y sus rostros quedaron enfrentados a poca distancia, separados solo por el aire tórrido que nacía del aliento de ambos. Las mejillas del chaval tenían manchas encarnadas y sus gruesos labios, húmedos y enrojecidos, se entreabrían con cada jadeo, reclamando en silencio unos besos que le saciaran. Sus párpados entornados no podían ocultar el brillo febril de sus ojos, el deseo que los oscurecía. Bernhard pensó que jamás había contemplado unos ojos tan

hermosos, y el corazón le dolió al comprender que acababa de quedar atrapado para siempre en ellos.

—No me hagas esto, Mateo —musitó.

Con un gesto lánguido, el chaval separó las manos de su rostro y le rodeó el cuello con los brazos.

—Es la primera vez que pronuncias mi nombre —dijo en voz baja, atrayéndole con una lenta delicadeza.

Bernhard cerró los párpados y se humedeció los labios, anticipando el sabor de sus besos, el placer de sus caricias, aceptando la derrota.

Llamaron con fuerza a la puerta y Bernhard sintió como si el mundo se hubiera detenido en seco a su alrededor. Abrió los ojos y ambos, con los rostros demudados, incapaces de moverse, de pronunciar una palabra, se miraron sin respirar.

—Luna, Maier, ¿estáis dentro? —preguntó una voz.

Su cerebro reaccionó y casi sin ser consciente de ello saltó de la cama, corrió hacia el baño y se encerró dentro. De pie en mitad de la estancia, se cubrió el rostro con ambas manos y lanzó un grito gutural y silencioso que no supo si era de frustración o de terror.

Escuchó que Mateo abría la puerta de la habitación y que entablaba conversación con la persona que había llamado. Reconoció la voz de Gabriel Barroso, uno de los veteranos del equipo, preguntando por él. Mateo le respondió que estaba en el baño y Barroso comentó que parecía muy acalorado, antes de informarle de que Velazco había convocado una reunión en quince minutos para los ciclistas y el equipo técnico.

La puerta se cerró y se hizo un silencio pesado que consiguió que el corazón de Bernhard se acelerara aún más.

—Ya se ha ido —oyó decir a Mateo.

Se miró en el espejo del lavabo. Tenía el rostro rojo y sudoroso, y su mirada parecía la de alguien perdido en mitad de la nada. La excitación se había esfumado y aun así su cuerpo permanecía rígido. Respiró hondo varias veces y salió del baño.

Mateo se hallaba sentado en el borde de la cama y al verle aparecer se levantó de un salto, sujetándose la toalla alrededor de la

cintura con una mano crispada, los ojos muy abiertos y un parpadeó nervioso.

—Era Barroso. Dice que Velazco quiere reunirse con el equipo dentro de quince minutos.

—Lo he oído —replicó sin ser capaz de mirarle a la cara.

—No se ha dado cuenta de nada.

—Eso espero —masculló.

Abrió la puerta y salió de la habitación, y antes de que Mateo pudiera añadir nada más, cerró de un portazo.

TRES

Recorrió el pasillo dando rápidas zancadas, con los puños apretados, y cuando llegó frente al ascensor golpeó varias veces con la palma de la mano el botón de llamada hasta que las puertas se abrieron. Estaba furioso, no con el chaval sino consigo mismo, y no por su incapacidad para pensar con el cerebro en vez de con la polla, ni porque aquel maldito chaval conseguía hacerle perder la perspectiva e ignorar su sentido común, tampoco porque no había alcanzado a besarlo antes de que los interrumpieran. Se lo llevaban los demonios porque se negaba a aceptar lo que intuía le estaba sucediendo, lo que estaba creciendo dentro de él; algo que no sentía desde hacía muchos años, que se había obligado a no sentir.

Entró en el ascensor y pulsó de un puñetazo el botón de la planta baja. Al salir se dirigió decidido a la zona de empleados del hotel. En el estrecho pasillo que daba acceso a los vestuarios del personal, junto a una máquina de botellas de agua y refrescos, se hallaba la expendedora de aperitivos que había asaltado en varias ocasiones. Plantado delante de ella, salivando ante el muestrario de chocolatinas y aperitivos, sacó de la cartera un puñado de monedas y, tras contarlas, calculó que tenía para un par de Mars y un Twix.

Recostado en el lateral de la máquina de refrescos engulló el Twix como si creyera que sus problemas podían resolverse consumiendo chocolate a dentelladas, y habría devorado las otras

dos chocolatinas de no ser porque recordó la reunión convocada por Velazco. Las guardó en el bolsillo de atrás del pantalón y subió a la segunda planta por las escaleras.

En la Sala Europa, charlando con despreocupación, encontró a un buen número de miembros del equipo y a la mayoría del personal técnico. Algunos ocupaban las sillas y otros permanecían de pie, distribuidos por la estancia. No vio al chaval entre ellos y eso le hizo soltar el aire de los pulmones con cierto alivio mientras se desplazaba hacia un lateral. Apoyó la espalda en la pared, junto a una ventana, y cruzó los brazos. Desde aquella posición podía controlar toda la sala.

Otero, sentado en la silla más próxima, le echó un vistazo.

—¿Qué hubo, hermano? —preguntó—. Esa cara es de andar rayado.

Bernhard se encogió de hombros.

—Estoy casado de tanta reunión.

—Creo que hay noticias importantes. He visto a Buenafuente corretear de acá para allá como gallina sin cabeza.

—Eso no es raro. —Bernhard vio entrar a un cabizbajo Mateo y, disimuladamente, lo siguió con la mirada hasta que se hubo sentado en una silla en la última fila, al lado de Perea—. Me preocuparía si un día lo veo relajado.

Otero rió por lo bajo.

—No te lo discuto, hermano.

Fontanilla, que ocupaba la silla a la izquierda de Otero, se inclinó en su dirección y preguntó:

—¿Vosotros sabéis qué pasa?

—Sabemos lo mismo que tú —le respondió el colombiano.

Velazco entró en la sala seguido de algunos rezagados y de Buenafuente, que cerró la puerta y se apoyó en ella, como si pretendiera disuadir a los presentes de abandonar el lugar.

El director deportivo, sujetando una *tablet* en una de sus manos, se situó frente a la pantalla digital y sonrió a la concurrencia que cesó de inmediato en sus conversaciones.

—Os agradezco la puntualidad. Hemos recibido una importante información que consideramos que debéis conocer. Pero antes,

vamos a daros el nombre de los convocados para la que será nuestra primera competición de la temporada.

Un cuchicheo de comentarios de extrañeza recorrió la sala mientras se cruzaban miradas interrogantes.

—¿No iban a esperar hasta mediados de marzo? —susurró Fontanilla.

Otero se llevó un dedo a los labios y señaló con la cabeza a Velazco, que consultaba la *tablet*.

—En esta ocasión serán siete los ciclistas convocados —comentó el director con la mirada en la pantalla—. Sebastián Otero irá nuevamente de líder.

El aludido sonrió con sencillez mientras se escuchaban algunas felicitaciones y Fontanilla le palmeaba la espalda.

—Y con él: Jesse Mulder, Thierry Gachet, Andrea Parisse, Mateo Luna, Iñaki Usarraga y Bernhard Maier.

Bernhard se quedó tan sorprendido de escuchar su nombre que en un primer momento no reaccionó. Las voces de sus compañeros, algunas más ufanas que otras, y unos pocos aplausos, rompieron el momentáneo silencio que se había creado. Buscó a Mateo y vio que, con el rostro sofocado, la mirada atónita y una enorme sonrisa, recibía en la nuca unas palmadas amistosas de Perea mientras Parisse le estrechaba la mano con efusividad.

Le asaltó una abrumadora necesidad de atravesar la sala, abrazarse a él y felicitarlo por el mérito de haber sido convocado llevando tan poco tiempo en el equipo. Quería, necesitaba, compartir con él la ilusión que, de repente y por primera vez en mucho tiempo, sentía ante la idea de volver a competir, confesarle hasta qué punto correr a su lado le hacía sentir dichoso. En cambio, se quedó rígido contra la pared, cruzando con mayor fuerza los brazos como si así pudiera impedirse a sí mismo ir a su encuentro, mostrando un interés por las reacciones de sus compañeros que no sentía.

—Felicidades, hermano. —Otero le tendió la mano—. Me alegra que volvamos a pedalear junto.

—Gracias. —Se la estrechó con fuerza y cabeceó—. Lo mismo digo.

—Perdona, Velazco —Fontanilla, con expresión molesta, alzó el brazo—. Una pregunta…

El aludido le interrumpió con un gesto relajado pero firme.

—Ya sabéis que las dudas sobre la convocatoria las respondo en privado. Pasemos al tema por el cual os hemos pedido que nos reunamos y que nos ha obligado a adelantar el anuncio de los convocados. —Esperó a que todos los presentes estuvieran en silencio antes de continuar—. Hoy se nos ha comunicado oficialmente que el informe financiero del equipo entregado a la UCI WorldTour ha sido aprobado.

—A buenas horas —refunfuñó Fontanilla—. La UCI anunció en noviembre los dos equipos que suben este año. De poco nos sirve que nos lo aprueben ahora.

—Tampoco habría servido entonces —intervino Buenafuente, circunspecto—. Os recuerdo que el DC Entertaiment y el Labcorp Team han subido porque estaban por delante de nosotros en puntos.

—*Terzo nella classifica generale…*[1] —suspiró Parisse—. *Perché piccolo!*[2]

—En realidad, Fontanilla, sí que nos sirve —continuó Velazco—, debido a una situación poco habitual que se acaba de dar en la UCI WorldTour. El antiguo equipo de Maier, el Sparta-Gavere, ha dejado de operar de forma fulminante.

Las miradas de los presentes se volvieron de golpe hacia Bernhard, que se había quedado tan sorprendido como ellos.

—¿Tú lo sabias? —preguntó Fontanilla.

—Primera noticia que tengo.

—¡Por los pelos, hermano! —exclamó Otero, pasando veloz la mano por su afeitada cabeza—. Si te llegas a quedar, estarías ahora fuera de la competición.

—Se veía venir —comentó Perea—. Oí que se les fue el patrocinador y tenían problemas para conseguir uno nuevo.

Algunos secundaron su comentario mientras otros dejaban caer aquí y allá, entre susurros, la palabra «dopaje».

—¿Y qué nos influye a nosotros que el Sparta-Gavere haya chapado? —preguntó con su bronca voz Barroso, sentado en la

primera fila.

—Al desaparecer, la UCI WorldTour se queda con diecisiete equipos para este 2024 —explicó Velazco—. Pero por compromisos ya cerrados quiere mantener una lista de dieciocho.

Campese, que era uno de los que escuchaba de pie, dio un rápido paso adelante y exclamó:

—¿Nos suben a primera?

Otras voces, ansiosas y expectantes, se sumaron profiriendo la misma duda, lo que obligó al director a levantar las manos pidiendo calma.

—Un momento, por favor. Lo que la UCI ha decidido en firme es invitarnos a participar en la París-Niza.

De inmediato, la sala se llenó de exclamaciones de júbilo y aplausos espontáneos.

Bernhard soltó un resoplido de incredulidad ante aquel inesperado giro del destino. Después de pasar del Sparta-Gavere, un equipo de primera, a otro de segunda como era el Global-Ventura, había asumido que no volvería a participar en una de las carreras de la UCI WorldTour y, de repente, el azar, que no siempre había sido un buen compañero de viaje, le servía en bandeja una última oportunidad de competir con los grandes.

—Dejadme seguir —Velazco tuvo que alzar la voz para hacerse oír—. A ver, por favor. Un momento. Es importante que escuchéis lo que tengo que deciros. —Esperó a que la calma retornara al grupo y continuó—: De forma extraoficial y, por supuesto, sin ningún documento que lo respalde, tened esto en cuenta, la UCI nos ha hecho una proposición. —Hizo una pausa, como un orador experto que quisiera crear tensión en su audiencia, durante la cual se permitió pasear la mirada por la sala—. Nos quiere en primera sí, pero sin que ello de lugar a conflictos con el DC Entertaiment, el Labcorp Team o cualquiera de los equipos que están por debajo de nosotros en la clasificación. Por ello nos proponen participar en la París-Niza. Si al término de la carrera logramos obtener los puntos que nos igualen con el DC o el Labcorp, entraremos para este 2024 en la UCI WorldTour.

El asombro hizo enmudecer a los presentes. No se escuchó ni un solo comentario hasta que Bernhard soltó un largo silbido, logrando que de nuevo todas las miradas se volvieron hacia él.

—¿Estamos hablando de ganar la París-Niza? —inquirió.

—Según hemos calculado, hablamos de al menos lograr un tercer puesto en la general o uno entre los diez primeros puestos y una etapa o mejor, dos etapas individuales —aclaró Buenafuente, que continuaba apoyado en la puerta—. Eso garantizaría los puntos que la UCI nos exige.

—*Sérieux*?[3] —exclamó Gachet sin poder evitar que se le escapara una risa nerviosa—. *C'est tout*?[4]

Otero se puso en pie, agarrándose con ambas manos a la silla que tenía delante.

—Lo que dices es una irregularidad —aseguró con voz airada—. ¿En qué momento ha subido un equipo a primera con la temporada en marcha? ¿Y desde cuándo los puntos de un año sirven para el anterior?

—¡Tío, qué más da! —exclamó Iñaki Usarraga levantándose de un salto, con su atezado rostro exultante de felicidad—. Nos dan la posibilidad de entrar en la UCI WorldTour si ganamos. ¿Es que se lo vamos a criticar?

—Si ganamos —soltó sarcástico Fontanilla—. ¿Os recuerdo contra quién os vais a enfrentar?

—¡Con los mejores! —gritó Mateo, sin rastro de timidez en su voz o en su semblante, como si el entusiasmo se la hubiera tragado. Se había puesto de pie y apretaba los puños con los ojos agrandados por la emoción y una expresión de triunfo en el rostro—. El Alpecin, el UAE, el Soudal —enumeró como si fuera una retahíla. Giró sobre sí mismo para poder mirar a todos los presentes—. ¡Y les vamos a ganar! —exclamó. Clavó su eufórica mirada en Otero—. ¿Verdad que sí, Otero?

El aludido se quedó unos instantes indeciso, como si no estuviera entendiendo la pregunta.

—Deja de pensar como un crío, Mateo —le censuró Fontanilla—. Lo de querer es poder no es más que una soflama infantil.

—*Fanculo, Fontanilla!*[5] —exclamó Parisse, y rodeando el cuello de Mateo con el brazo, añadió—. *Certo, ragazzo, vinceremo*[6]. —Y levantando el brazo que tenía libre, comenzó a vocear—: ¡Otero! ¡Otero!

La mayoría de los presentes se le unieron y corearon el nombre del colombiano hasta que este, asintiendo con una sonrisa forzada y moviendo las manos, les pidió que callarán.

—Si os empeñáis, tendremos que ganar —bromeó.

Estallaron algunas risas y también aplausos.

—Os veo muy motivados —terció Velazco con afabilidad—. Me gusta. Nos vendrá muy bien esa motivación en la carrera. Ahora, si os parece bien, podemos ir al bar a celebrar las buenas noticias.

Los aplausos arreciaron y Buenafuente gritó:

—¡Pero nada de apuntarle las bebidas al equipo!

Algunas manos se apresuraron a apartarlo de la puerta y prácticamente lo llevaron en volandas entre risas y comentarios burlones, mientras protestaba airadamente.

Bernhard esperó a que la mayoría de la gente hubiera abandonado la sala, antes de dirigirse hacia Velazco, que permanecía en el mismo lugar consultando su *tablet*.

—¿Por qué me has convocado?

El director le miró por encima del dispositivo.

—Lo que quieras saber sobre la convocatoria, en privado.

Bernhard abarcó la estancia con un gesto.

—No queda nadie. Ya están todos en el bar con una cerveza en la mano.

Velazco bajó la *tablet* y le dedicó una de sus serenas miradas.

—¿De verdad no sabes porque estás convocado?

—Yo habría escogido a Perea o a Barroso antes que a mí.

—Tú no eres director deportivo —replicó, ensanchando la sonrisa —. Estas en la convocatoria porque tus resultados han sido mejores que los suyos, tienes experiencia en la París-Niza…

—Nunca hice podio.

—Y además te quiero con Mateo.

Bernhard notó que el estómago se le contraía con un latigazo nervioso y se obligó a que su rostro continuara exhibiendo una expresión impasible.

—Funcionáis bastante bien juntos —continuó Velazco—. Coordinados haréis un gran trabajo para respaldar a Otero. Y cambia ese semblante apático. Tú y yo sabemos que te mueres por volver a correr en una grande.

Bernhard suspiró de forma exagerada y se dio la vuelta antes de que algún gesto delatara lo conforme que estaba con aquel comentario.

—Me muero por una jubilación anticipada.

CUATRO

Pasó de largo del bar, donde el equipo estaba en plena celebración, y salió a la tranquila noche de Palma. Al primer golpe de aire fresco se cerró la cremallera de la sudadera hasta el cuello con un ligero escalofrío, y descendió la escalerilla del hotel mirando a su alrededor, queriendo asegurarse de que no se iba a encontrar con algún compañero que, como él, hubiera decidido escabullirse.

Las novedades habían conseguido ponerle nervioso, o más bien emocionarle como cuando era un chaval de veinte años luchando por hacerse un hueco en el equipo, y su compulsión por el azúcar se le había disparado, aunque no tanto como para engullir las dos chocolatinas que tenía en el bolsillo delante del resto de ciclistas.

Caminó a buen ritmo por la calle, cruzándose con algunos transeúntes de aspecto extenuado que arrastraban tras de sí maletas y cargaban con mochilas. Al final del edificio giró en la esquina y avanzó hasta que pasó por delante de un callejón estrecho y corto. Se asomó y vio al fondo una salida de emergencias. Aunque encima del dintel de la puerta doble había un foco que proyectaba su luz sobre la entrada, le pareció un lugar discreto y nada transitado, al menos si durante los siguientes minutos no se declaraba un incendio en el hotel.

Se adentró un par de metros y, recostando la espalda en la pared, sacó uno de los Mars. No había llegado a rasgar el envoltorio

cuando escuchó una voz familiar a la entrada del callejón.

«No me lo creo», pensó, mirando hacia la calle boquiabierto. «¿Otra vez?»

No podía ver a Otero, pero estaba allí. Oía sus palabras, pronunciadas en un tono no muy alto, aunque con un timbre de enojo que era difícil no advertir. El tipo parecía poseer una especie de radar con el que localizarlo cada vez que tenía una golosina entre las manos. La vez anterior, en el terrado del hotel, no había llegado a descubrirle con su alijo de chocolate, ahora, con que asomara la cabeza dentro del callejón, sería suficiente para sorprenderle *in fraganti*.

Bernhard abrió la chocolatina y le dio un buen mordisco.

«Al infierno», decidió.

Si Otero le descubría, iba a tener que aguantar sus burlas durante una buena temporada, pero estaba dispuesto a correr el riesgo por aquel Mars.

Masticó con los ojos cerrados y un placer no todo lo culpable que debería de haber sido, mientras escuchaba la voz del colombiano ir y venir, como si al tiempo que conversaba estuviera caminando arriba y abajo de la acera. Comprendió que hablaba por el móvil, igual que hacía en el terrado, aunque en esta ocasión no parecía tan contento como aquel día.

Rememoró las frases sueltas de aquella conversación y lo que entonces supuso que podían significar, y se esforzó por oír sus palabras sin demasiado remordimiento por su fisgoneo. De repente, Otero apareció ante la entrada del callejón con el móvil pegado a la oreja, y se detuvo dándole la espalda. Bernhard se quedó con un trozo de Mars a medio masticar en la boca.

—Para ya, solo es un contratiempo —escuchó que le decía a su interlocutor—. Así tocó, qué más. No cambia nada.

Calló unos instantes y volvió a hablar, en voz baja, pero con un tono aún más firme.

—¿Echarme atrás? ¿Indisponerme con el Groupama? ¡Ni de fundas! No voy a soltar lo seguro por algo que podría pasar o no. Podio en la París-Niza… —Soltó una corta risotada desdeñosa—. ¡Como si fuera soplar y hacer botellas! —Escuchó en silencio y,

enseguida replicó—: Te digo que no. Ni de vainas pienso arriesgar el pellejo.

Bernhard frunció el ceño ante aquel comentario. Una sospecha, que no le apetecía que fuera acertada, comenzó a tomar forma en su cabeza. Masticó la chocolatina sin ganas y estrujó entre los dedos el envoltorio antes de metérselo en el bolsillo.

No supo si fue el crujido del plástico lo que alertó a Otero, pero este se giró en ese momento hacia el callejón y sus miradas se encontraron. El aguileño rostro del colombiano quedó iluminado por la luz amarillenta de una farola. Su expresión ceñuda no se alteró, aunque sus labios se tensaron al torcerse en una mueca.

—Tengo que colgar —dijo al móvil.

Cortó la llamada y se guardó el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón. Despacio entró en el callejón y se apoyó en la pared, frente a Bernhard. Este sacó la chocolatina que le quedaba y la abrió sin prisas.

—¿Te escondes, hermano? —preguntó.

—Más bien buscaba un lugar discreto, como tú. —Le ofreció la barrita de chocolate con un gesto—. ¿Quieres?

Rechazó su ofrecimiento negando con la cabeza.

—¿Me has oído hablar?

—Sin mala intención.

—¿Y?

—¿Y, qué? ¿Si he escuchado lo suficiente para deducir en qué andas metido?

—Eso mismo.

Bernhard mordió la chocolatina y mientras la masticaba observó el rostro de Otero, serio e inescrutable.

—Yo diría que has firmado un contrato con el Groupama-FDJ, y también, por alguna razón que se me escapa, tu acuerdo con ellos choca con el hecho de que podamos subir a primera.

Otero respiró hondo. Lo hizo despacio, llenando bien los pulmones y soltando el aire poco a poco. Cruzó los brazos sobre el pecho y volvió el rostro hacia la calle antes de hablar:

—Mi contrato con el Global-Ventura es de dos años, con renovación automática si ingresa en la UCI WorldTour.

—Entiendo. —Bernhard cabeceó, envolvió lo que le quedaba del Mars y se lo guardó—. Si ganamos la París-Niza tendrías que quedarte.

Esperó a que Otero dijera algo. Este se mantuvo en un mutismo terco, contemplando ceñudo la calle más allá del callejón.

—¿Y el problema cuál es? Pase lo que pase, sales ganando. Si subimos, competirás en un equipo de primera, si no, también.

—El problema es la cláusula de rescisión —replicó Otero—. Si el Global-Ventura se queda en segunda, me voy libre como un pájaro, de lo contrario, tendré que pagar una suma demasiado alta.

—Pues quédate. Somos un buen equipo, tenemos posibilidades de subir a primera. Apuesta por el Global como él ha apostado estos años por ti.

Por fin Otero se decidió a mirarle y en sus ojos Bernhard vio extrañeza y rabia.

—¿Me hablas de lealtad? ¿De lealtad hacia un equipo? —Y antes de que pudiera responder, continuó con aspereza—. ¿Por qué? ¿Por qué deberíamos serles leales a los que nos exigen y exigen hasta destrozarnos el cuerpo y la cabeza? No nos ven como personas sino como máquinas que se botan si no funcionan según lo esperado. Máquinas que se lesionan, que cumplen años y que se pueden sustituir por pelados más jóvenes y entregados. —Le señaló con un dedo rígido—. Tú lo sabes mejor que nadie, Bernhard. Tú lo has vivido. Yo estaba allí cuando el Bestas te obligó a correr lesionado. Te rompieron, hermano, y después te dieron la patada. Y cuando te caíste en Perugia y el GTS no quiso renovarte. No quiso esperar un maldito mes a que te recuperaras.

Sus palabras trajeron al presente de Bernhard momentos que no le gustaba revivir, y una sensación sofocante le recorrió los miembros y le llenó el pecho de algo que sabía a rabia, aunque más bien era la lacerante decepción que llevaba años arrastrando.

Otero sacudió la cabeza con la pesadez del desaliento.

—No, hermano. La lealtad me la guardo para mí mismo.

—El Global no es ese tipo de equipo —afirmó, queriendo que fuera verdad, necesitando que lo fuera.

—No lo es hoy. Espera a que los de arriba no les cuadren las cuentas o se les ocurra cualquier plan innovador en el que no tengamos cabida. Entonces, ni Velazco ni Buenafuente tendrán voz ni voto. Yo no voy a esperar que eso suceda. Me voy a un equipo con el que tengo más chance de alcanzar mis metas. Y si no me sirve, me buscaré otro, así hasta llegar donde me he propuesto.

—¿Y qué has pensado hacer? —inquirió Bernhard con irritada impaciencia—. ¿Vas a renunciar a la convocatoria y rogar para que nos quedemos fuera?

Otero se pasó la mano por la cabeza varias veces, como si quisiera borrar de ella sus pensamientos.

—¿Con qué excusa renuncio? ¿Una lesión? ¿Enfermedad? Sabrán que miento.

—¿Entonces, qué? —Bernhard dio un paso hacia él con una repentina y desagradable idea creciendo en su cabeza que espoleó su ira—. ¿Vas a jodernos? ¿Es eso?

—¡No! —se apresuró a responder—. Correré como siempre. Correré para ganar. Y que sea Dios el que mande.

Bernhard lo contempló unos instantes tratando de leer en su rostro, en sus ojos que le devolvían una mirada terca y desafiante, lo que en realidad estaba pensando; instándose a creer, a confiar en quien había sido tantas veces compañero en los buenos y malos momentos, en quien consideraba un amigo.

—Si Dios existe, no es aficionado al ciclismo —gruñó, volviéndose hacia la calle.

—Espera —le detuvo, mostrando por primera vez cierta inquietud —. ¿Se lo vas a contar a Velazco?

Bernhard cerró los ojos y respiró varias veces seguidas, con la impresión de que el aire se volvía espeso cuando llegaba a sus pulmones, antes de mover la cabeza a un lado y a otro.

—No soy yo quien se lo tiene que contar.

Salió del callejón maldiciendo la mala hora en la que se había metido en él. Ofuscado y nervioso, caminó hasta el hotel. Al entrar en el vestíbulo se encontró con la mayoría del equipo que lo cruzaba en dirección al comedor. Al ver pasar a Velazco hablando con Carlos,

el fisioterapeuta, estuvo a punto de llamarlo. Logró contenerse, aunque solo unos segundos.

—¡Velazco!

El aludido se detuvo y, tras indicarle al fisio que se adelantara, esperó a Bernhard.

—No te he visto en la celebración —comentó, examinándole con suspicacia—. ¿Te encuentras bien? Estás algo pálido.

Se rascó la barba con dedos inquietos.

—Estoy como nunca —respondió, apoyando las manos en las caderas.

Se quedó en esa postura, sin llegar a mirar directamente a Velazco ni pronunciar palabra.

—¿Y bien? —le animó el director.

—¿Me aceptarías un consejo?

—Tengo una bonita colección, uno más no se notará —comentó con sorna. Al ver que su broma no hacía reaccionar a Bernhard, añadió—: Dime.

—Pon a Mateo de segundo líder.

El estupor hizo levantar las cejas a Velazco.

—Suena más a orden que a consejo.

—Creo que deberías reforzar el liderazgo con los dos ciclistas que tienen más posibilidades de ganar etapas.

El director esbozó una beatifica sonrisa.

—No es que dude de tu criterio, Bern. —No le permitió protestar y continuó—: Sin embargo, tengo la impresión de que la amistad que ha surgido entre vosotros dos no te deja ser objetivo. Dentro de dos años, uno si me apuras, Mateo será un excelente líder. De momento, no. Le falta madurez y experiencia. Además, ¿dos lideres? —Negó con la cabeza dedicándole una mirada reprobatoria—. Como si no supieras bien lo complicado que es hacer funcionar algo así. No sería la primera vez que los egos y la competitividad entre lideres arruinan una vuelta.

—Lo entiendo. —Bernhard asintió despacio, midiendo sus palabras—. Pero, quizás, no sería tan mala idea en esta ocasión. Tal vez, contar con Mateo como respaldo…

Velazco levantó una mano con expresión severa, interrumpiéndole.

—Bernhard, ¿qué pasa?

En su cabeza escuchó de nuevo la voz de Otero, asegurando que correría para ganar, y se inclinó un poco hacia delante para poder evitar los ojos escrutadores del director.

—Nada —aseguró, clavándose los dedos en las caderas—. Los nervios de la convocatoria.

—Me sorprendes —admitió Velazco ladeando la cabeza con el ceño un poco fruncido—. Siempre se te ha dado bien disimularlos.

—Será que me hago viejo.

CINCO

Bernhard revolvió con el tenedor la ensalada de pasta, aguacate y atún que tenía delante, soslayando con monosílabos y cabeceos los intentos de los otros comensales de incluirlo en sus conversaciones. Le estaba costando un gran esfuerzo comer, y no se debía a que se hubiera atiborrado de chocolatinas antes de sentarse a cenar. Tenía la mente dividida en dos problemas, uno que no sabía cómo resolver y otro cuya solución habría preferido no conocer, y los dos le tenían la boca del estómago estrangulada.

A su alrededor el equipo, bullicioso y de buen humor, seguía celebrando no solo las buenas noticias, también que la concentración terminaba y que al día siguiente, por fin, cada uno regresaría a su casa junto a sus seres queridos. Algunos iban a disponer de un tiempo de descanso antes de retomar el entrenamiento, otros, los convocados, tendrían que ponerse a trabajar de inmediato para llegar a la París-Niza en el mejor estado físico y mental.

Al pensar en ello se le escapó una sonrisa sarcástica. Una cosa tenía clara, su mente no estaba precisamente para carreras.

Echó un disimulado vistazo a su alrededor buscando al chaval, pero fue a Otero a quien vio primero, charlando despreocupado con sus compañeros de mesa. Parecía el mismo de siempre, relajado, sonriente, afable, y eso le contrarió. No quería ser, de los dos, el

único que seguía dándole vueltas en la cabeza al problema, el que, sin tener nada que ver en el asunto, se sentía atrapado e impotente.

Siguió recorriendo la sala con la mirada y encontró a Mateo sentado en una mesa al fondo del comedor. Lo vio más animado que nunca, parloteando, devolviendo sonrisas y gestos amistosos, como si nada le pesara, como si ya no recordara lo sucedido hacia unas horas en la habitación o no le importara.

«Mejor así», pensó.

Daba la impresión de que la alegría de la convocatoria le había borrado todas las penas y sinsabores, y eso significaba que no tendría que tener una nueva conversación con él para recordarle los límites infranqueables de su amistad. Era algo bueno que no estuviera penando por los rincones, dedicándole miradas de infeliz reproche, aunque en cierto modo resultaba decepcionante.

Sin tener nada mejor que hacer, se concentró en juguetear con su ensalada.

—¿Te sientes mal, Bern? —le preguntó Barroso, sentado a su lado—. Pareces mustio, como si te hubieras quedado fuera de la convocatoria —bromeó.

—Es por la despedida. —Bernhard apartó el plato y se reclinó en la silla con las manos en la nuca—. Sois peor que un dolor de muelas, pero os voy a echar de menos.

—¿No será porque toca recoger todos los trastos que tienes esparcidos por tu habitación? —propuso con sorna Perea.

—¿De verdad eres tan desordenado? —se sorprendió Barroso.

—El orden está sobrevalorado —respondió entrecerrando los párpados con apatía.

—Mejor que no lo compruebes en tus carnes, Barroso —comentó risueño Perea—. Como el pobre Mateo, que es un bendito por aguantar a este.

A Bernhard casi le dieron ganas de reír. Se desperezó y con un bostezo se puso en pie.

—A quien no se puede aguantar es a vosotros —comentó.

Abandonó el comedor dejando atrás un puñado de comentarios jocosos. Atravesó el vestíbulo y entró en el bar, casi desierto a aquellas horas a excepción de una pareja de ancianos con aspecto

de nórdicos sentados ante el televisor. Se acodó en la barra y el camarero, con su acostumbrada sonrisilla burlona, le preguntó:

—¿Un wiski?

—Pues sí —respondió, para sorpresa del hombre—. Pero ni se te ocurra ponerle hielo.

—A palo seco, marchando.

Se tomo su tiempo para degustar ese wiski y otro más a «palo seco», mientras escuchaba hablar al camarero sobre temas que poco o nada le interesaban, cabeceando cada vez que este hacía una pausa, como si en realidad estuviera siguiendo la conversación.

Cuando vio pasar por delante de la puerta del bar a los últimos rezagados del comedor, decidió que era hora de meterse en la cama. Dejó un par de billetes en el mostrador y se despidió con un «guárdate el cambio» que el camarero agradeció brindándole una inclinación de cabeza.

Subió por las escaleras despacio, devorando a hurtadillas el trozo de chocolatina que se había guardado —para su disgusto más pequeño de lo que recordaba—, decidido a tomar fuerzas en prevención de que, después de todo, si tuviera que tener una conversación con el chaval.

Abrió la puerta de la habitación distraído en relamerse las últimas migajas, quizás por ello no advirtió la presencia de Mateo hasta que lo tuvo encima. En apenas un parpadeo se encontró con la espalda contra la puerta, las manos del chaval crispadas en el cuello de la sudadera y su acalorado rostro, en el que unos ojos ardientes le contemplaban audaces y resueltos, tan cerca que pudo respirar su aliento.

Creyó que estaba viviendo un *déjà vu* de la noche en el Prinzknecht o tal vez de lo sucedido en aquella misma habitación dos semanas atrás, sin embargo, el cuerpo del chaval pegado al suyo con aquella ansia desatada, su firmeza y su calor, no eran ningún ensueño.

—No me digas que es una idea terrible porque lo sé —le interrumpió Mateo al verle abrir la boca. Pronunció aquella frase con una rotundidad tan inusual en él, que aturdió a Bernhard más de lo

que estaba—. Pero ni tú ni yo podemos evitarlo ya sin volvernos locos.

«Volvernos locos», pensó mientras sus manos, ajenas a los miedos, a las dudas, a los reproches de su conciencia, se alargaban buscando la cintura de Mateo, la ceñían con fuerza y tiraban de ella como si fuera posible hacer que sus cuerpos se apretaran más el uno contra el otro. «Yo ya perdí el juicio cuando te conocí».

Inclinó un poco la cabeza y sintió en sus labios el calor de los de Mateo, que entrecerró los párpados antes de musitar:

—Hueles a alcohol y chocolate.

—Estoy borracho —susurró, alargando las sílabas más de lo que acostumbraba—. Por eso me encuentro indefenso ante ti.

Mateo deslizó los dedos por su nuca, acariciando la piel, erizándola con su tacto lento y candente.

—Mentiroso…

La palabra le cosquilleó a Bernhard en los labios provocando un latigazo de placer que le recorrió el cuerpo hasta la ingle y prendió su endurecido miembro.

Con un gruñido atrapó aquella boca dispuesto a devorarla, a consumirla entre besos y mordiscos. Mateo dejó escapar un lamento gutural que parecía surgir de sus entrañas y que se desvaneció dentro de la boca de Bernhard, quien sintió enardecer su deseo. En un instante ambos se entregaron al desgobierno de una pasión demasiado tiempo encadenada, al hambre que les había atormentado día tras día: se besaban y lamían, se mordían los labios con una dureza dolorosa que lejos de amilanarles le excitaba aún más. Bernhard le aferró con ambas manos las nalgas y lo levantó lo suficiente como para hacerle caminar de puntillas unos pasos hasta quedar enlazados en mitad de la habitación. Mateo le apartó la sudadera y Bernhard se la terminó de quitar a tirones, sin dejar de besarlo salvo para sacarse la camiseta, sin darle un respiro. Las manos del chaval buscaron la cinturilla del pantalón y manosearon el botón tratando de desabrocharlo. Cuando lo logró, separó su boca de la de Bernhard y fue bajando la cremallera mientras se lamía los enrojecidos labios con la punta de la lengua y sus pardos ojos, enturbiados por el deseo, le interrogaban en silencio. Bernhard, con

la respiración entrecortada y la sangre pulsando ávida en su entrepierna, se mordió el labio inferior sin dejar de contemplarse en aquellos ojos.

—¿A qué esperas? —gruñó.

Mateo dibujo con los labios una sonrisa lúbrica y un poco temblorosa, y el rojo de sus mejillas se acentuó. Bernhard soltó un jadeo ronco antes de mascullar:

—¿Dónde has dejado tu timidez, chaval?

Le agarró la nuca con una mano instándolo a inclinar la cabeza. Mateo se acuclilló sin prisas al tiempo que tiraba del pantalón para bajárselo. Bernhard empujó también la prenda, y en el momento en que la cinturilla pasó de las caderas, su pene erecto quedó libre, a la altura del rostro de Mateo. Este se apresó de él con una mano mientras que con la otra acarició el vientre de Bernhard, jugueteando con el vello sedoso y rubio que se arremolinaba alrededor del ombligo. Se aupó un poco y acariciando con su mejilla el glande, caliente como una llama, besó el vientre y lamió con la punta de la lengua el interior del ombligo.

Bernhard lo sujetó por los alborotados cabellos y tiró de ellos sin compasión, obligándolo a levantar el rostro.

—¿No te apetece chupar otra cosa? —inquirió con una voz enronquecida.

La respuesta de Mateo fue atraer el pene hasta su boca y lamer solo el extremo. Bernhard cerró los párpados con un suspiro y, mascullando algo ininteligible, le empujó la cabeza al tiempo que movía la pelvis y deslizaba el miembro dentro de su boca. Un calor húmedo le envolvió tensando sus miembros, provocando una honda e incendiaria palpitación en su vientre que lo llevó a morderse los nudillos. Mateo ancló las manos a sus caderas y, con su propio ritmo, pausado pero intenso, comenzó a subir y bajar por toda su envergadura, presionando la carne con la lengua, permitiendo que Bernhard entrara un poco más hondo con cada empujón de su pelvis.

—*Es ist zu gut*[1] —jadeó.

Le sujetó la cabeza con las dos manos y la inmovilizó para que solo fuera el balanceo de sus caderas lo que dictara el goce de penetrar aquella boca. Mateo alzó hacia él unos ojos febriles, hambrientos, y la visión de su rostro trastocado por el placer, de sus labios enrojecidos y apretados alrededor de su pene, empujó a Bernhard hacia las puertas del orgasmo.

—*Warte*[2]…

Lo agarró por los brazos con ambas manos, obligándolo a levantarse.

—Espera —pidió, ofuscado.

Besó codicioso sus labios, percibiendo en ellos el sabor acre de su propio miembro, mientras maniobraba para quitarle la camiseta. Mateo le ayudó con gestos precipitados. Una vez libre de la prenda, Bernhard tiró de él sin dejar de besarlo, guiándolo hacia la cama más próxima con unos pasos que el pantalón por debajo de las rodillas entorpecía. Cuando estuvo junto a la cama se agachó, agarró la base y con un fuerte impulso y un chirrido de patas arrastrando por el suelo, separó el cabecero de la pared. Bernhard, ignorando la expresión desconcertada de Mateo, lo empujó sobre el colchón sin contemplaciones.

—Voy a follarte —afirmó—. Y no quiero que se enteré todo el hotel.

Mateo se llevó una mano a la bragueta y, con un cavernoso gemido, la cerró alrededor del bulto que era su pene tumefacto. Presuroso, Bernhard se quitó las deportivas y también el pantalón, y antes de tirar este al suelo, sacó del bolsillo la cartera y de su interior un preservativo que lanzó sobre la cama. Mateo, mirando de soslayo el envoltorio, se desabrochó el botón del pantalón y Bernhard le descalzó y le despojó de la prenda antes de que hubiera abierto del todo la cremallera. Con la misma celeridad le bajó el apretado slip y lo tiró a un lado. Al verse expuesto, Mateo se cubrió el rostro con el antebrazo en un gesto de repentina timidez.

Bernhard, masturbándose despacio, contempló con ojos voraces su deliciosa y obscena desnudez: el vello sedoso y húmedo de su axila, el lampiño torso con aquellos pezones pequeños que parecían

perlas oscuras, las estrechas caderas, el sexo largo, recio, desafiante, surgiendo de una maraña de rizos negros.

—Por favor… —musitó Mateo.

Por un momento Bernhard temió que se hubiera arrepentido, que le estuviera suplicando que se detuviera, pero entonces le vio separar aún más las piernas y balancear la pelvis arriba y abajo, apenas sin levantarla del colchón, en una lenta y lasciva invitación que le hizo perder el resuello.

—No me hagas esperar más —rogó, quejumbroso.

—Debería.

Se arrodilló entre sus piernas y se inclinó sobre su rostro, que aún mantenía medio oculto con el brazo. Le mordió el labio inferior, conteniéndose a duras penas para no hacerle demasiado daño, y Mateo le respondió con un gemido de placer que le erizó la piel.

—Te ves tan apetitoso así.

Pegó su cuerpo al del chaval, empujando su pelvis, oprimiendo con ansia su pene contra el de Mateo. Besó su mentón y su cuello, y en la suave curva que lo unía con el hombro, clavó los dientes. Mateo se tensó aún más y arqueó la espalda. De sus labios surgió un jadeo ronco y una nueva súplica:

—Hazlo ya, por favor…

Bernhard siguió con la lengua la línea de su clavícula. Bajó hasta uno de sus pezones y lo mordisqueó sin compasión mientras la punta de la lengua lo lamía. Mateo daba pequeños brincos y gemía con cada dentellada sin rehuir su boca. Continuó descendiendo hasta el vientre, desgranando por el camino besos y pequeños mordiscos. Al llegar al ombligo, Mateo le agarró la cabeza con las dos manos y le obligó a seguir hasta su entrepierna.

—¿Quieres que te la mame? —preguntó arrodillándose.

Como respuesta le empujó la cabeza hacia su pene y Bernhard se resistió.

—Dilo. Pídeme que te la chupe.

—Chúpamela —murmuró, con los párpados apretados, insistiendo con el empuje de sus manos.

—No eres muy convincente.

Mateo se incorporó de golpe sentándose en el borde de la cama.

—Chúpame o fóllame —le urgió entre dientes. El rostro en llamas, la mirada ansiosa, vehemente—. Pero hazlo ya, joder.

Bernhard soltó una carcajada y antes de que pudiera protestar, le sujetó el rostro con las dos manos y le dio un beso largo y profundo.

—No sé qué me la pone más dura —dijo sin apenas separarse de sus labios—. Si el Mateo tímido o el guerrillero.

Le sostuvo por la nuca con una mano y con la otra le acarició el miembro despacio, sin llegar a ejercer demasiada presión. Tembloroso, Mateo se inclinó sobre su cabeza, alargó los brazos y recorrió su espalda con unos dedos rígidos que parecían querer enterrarse en ella. Bernhard le apresó el pene con los labios y comenzó a chupar con fruición, empapando de saliva la carne turgente, deteniéndose cada poco en el oscuro glande para lamerlo y besarlo y luego volver a chupar, en cada ocasión con mayor intensidad, con los lascivos gemidos del chaval acariciándole la oreja.

—Para… Me corro… —farfulló Mateo—. No puedo aguantar…

Bernhard liberó su miembro y, a pesar de sus súplicas, continuó masturbándolo, asido con fuerza a su nuca. Tras unos instantes, percibió la tensión recorrer el cuerpo de Mateo, el agarrotamiento de sus brazos, la rigidez de sus hombros, segundos antes de que un chorro de semen, pegajoso y caliente, brotara contra su mano y se le derramara entre los dedos. Mateo emitió un largo gruñido y se desplomó laxo en el colchón.

Bernhard lo agarró por las caderas con unos dedos pegajosos y le besó suavemente el pene, aún firme pero rendido sobre el pubis, y después el trémulo vientre, aspirando con placer el aroma a sudor y sexo que exudaba su piel.

—Aún no… —Le escuchó decir entre jadeo y jadeo—. Quería… más…

—Yo quiero más —afirmó, sonriendo mordaz.

—Dame un respiro… —suplicó, devolviéndole la misma sonrisa cargada de malicia.

—No lo haría ni aunque pudiera.

Se puso en pie y con ligereza, sin que Mateo mostrara resistencia, lo hizo girar tumbándolo bocabajo sobre el colchón. Las

blancas nalgas del chaval, duras y altivas, quedaron expuestas, y Bernhard las manoseo y separó, disfrutando con la visión que se le ofrecía.

—Levanta las caderas —pidió, deslizando de arriba abajo el pulgar por toda la hendidura de las nalgas.

Obediente, emitiendo un sonido gutural que más bien parecía un ronroneo, se arrodilló y alzó las caderas sin llegar a levantar el pecho de la cama. Bernhard besó la carne que se le ofrecía y le propinó pequeños mordiscos a los que el chaval respondió con cortos gruñidos de placer. Le acarició los testículos al tiempo que colaba la lengua entre las nalgas y buscaba con la punta el apretado ano. Lo lamió, tomándose su tiempo para empaparlo de saliva, y cuando estuvo satisfecho, se chupo el pulgar y lo penetró despacio. Mateo se tensó por instinto, apartándose un poco de aquella invasión. Bernhard le aferró el pene, algo flácido, y lo masturbó al mismo ritmo cadencioso y moderado con el que se abría camino en su interior con el pulgar. Penetrarlo así consiguió que su propia polla latiera hambrienta y que la tensión en sus testículos le resultara insoportable. Las caderas del chaval emprendieron una leve oscilación con la que lo animaba a profundizar cada vez más y no tardó en advertir cómo el pene se endurecía de nuevo en su mano. Retiró el pulgar y, tras chuparse el dedo índice y el corazón, retomó con ellos el asalto, sin prisas pero con una firmeza que hizo que Mateo diera una brusca sacudida hacia delante y emitiera una queja entre los dientes apretados.

—Aguanta —susurró Bernhard, entrecerrando los ojos con placer —. Deja que te prepare un poco más.

—Fóllame. —Volvió a empujar las caderas contra sus dedos ayudando a que se enterraran aún más—. Métemela, Bern —insistió en un tono ronco y urgente—. Fóllame. Quiero correrme otra vez. Métemela hasta el fondo.

—Joder… —Bernhard se inclinó sobre su espalda sintiendo que la piel se le erizaba y que un espasmo abrasador le sacudía el vientre —. Cómo me pones.

Casi sin pensar en lo que hacía cogió el olvidado preservativo, abrió con los dientes el envoltorio y con la diligencia propia de años

de uso, se lo colocó. Asió al chaval por la cintura con una mano y encauzó su hinchado miembro entre las nalgas con la otra. Lo recibió una estrechez tórrida y húmeda y el largo y sonoro gemido que exhaló Mateo.

—Chist… No tan alto.

Mateo cerró los puños sobre el nórdico y mordiendo la tela ahogó en ella los jadeos que escapaban de su garganta ante el firme avance de Bernhard. Este, aferrado a sus caderas, se fue adentrando poco a poco en su cuerpo, gozando de la delicia de ser prisionero de aquella carne que pulsaba contra su pene, del placer que encendía en Mateo, hasta que fue incapaz de refrenarse, de contener el deseo que ardía bajo su piel y, con una repentina acometida, se enterró en él por completo. Mateo tensó dolorosamente el cuerpo y su lamento reverberó en la habitación a pesar de estar amortiguado por la tela. Bernhard se quedó inmóvil unos instantes, con los párpados cerrados y la respiración contenida, saboreando aquel momento. Sujetó a Mateo y tiró de él hasta erguirlo y que su espalda reposara contra su pecho.

—Perdona… —susurró en su oído. Le mordisqueó el lóbulo y añadió—: Te lo compensaré.

—Tú no pares —masculló Mateo.

De nuevo movió las caderas contra sus nalgas, entrando y saliendo en toda su envergadura con un ritmo medido y sosegado, ahondando con cada embestida. Su mano derecha sostuvo el miembro de Mateo y lo frotó con un celo lúbrico y diestro. La izquierda la posó sobre sus labios para contener los gemidos que se colaban entre ellos cada vez que se hundía en él. Pronto sus acometidas se tornaron más rápidas y cortas, desordenadas, y el sonido de la carne entrechocando se dejó oír con fuerza junto al crujido de la cama, sin que ello le importara. Besó su cuello y sus hombros, mordiendo sin delicadeza; lo masturbó absorbido por el placer, por el éxtasis del momento. De repente, Mateo le agarró la cabeza con una de sus manos obligándole a enterrar el rostro en su cuello, y arqueó la espalda contra su pecho profiriendo un vibrante gruñido. Bernhard sintió el pulso de la eyaculación del chaval en la palma de su mano al tiempo que veía escapar el chorro de semen, y,

enardecido, se enterró en él con un par de bruscas acometidas. El orgasmo se abrió paso por su vientre con una vehemencia que le sorprendió y le dejó inmóvil y rígido mientras se desbandaba por sus miembros igual que una avalancha. Gimió, ahogando su voz en la tibia piel del cuello de Mateo, y casi sin fuerza, golpeó un par de veces más con la pelvis, hasta que se sintió por completo vacío.

Mateo, con las piernas temblorosas y la respiración agitada, se inclinó hacia delante apoyándose en las manos para no caer rendido sobre la cama. Bernhard salió de él separando cuidadoso las caderas y el chaval, emitiendo un murmullo de placer, se tumbó primero bocabajo y después, girando el cuerpo en un voluptuoso gesto, se recostó sobre su espalda.

Apoyó la cabeza en uno de sus brazos y contempló a Bernhard con unos ojos francos y luminosos.

—Menudo polvo —dijo, el rostro encendido, los labios curvados en una sonrisa desvergonzada.

Bernhard se lo quedó mirando sintiendo que el corazón le latía en el pecho con una dolorosa vehemencia que no quería entender, que no podía aceptar.

—*Ich würde mein ganzes Leben lang mit dir Liebe machen*[3] —musitó, sin ser capaz de reprimir la oleada de tristeza que le acometió.

Mateo torció un poco la cabeza y su sonrisa se tornó aún más descarada.

—No sé alemán —confesó—. ¿Qué has dicho?

Bernhard apartó la vista. Se quitó el condón y lo anudó antes de dirigirse al baño.

—Que voy a tirar esto.

SEIS

Mateo se dio cuenta de que ya no soñaba, que poco a poco estaba despertando, y comprendió que las imágenes que se enredaban unas con otras en su mente eran recuerdos de lo sucedido y no ensoñaciones. No quiso abrir los ojos, temeroso de descubrir al hacerlo que en verdad sí que había sido un sueño, y trató de retener un poco más aquellos lúbricos pensamientos que tanto placer le estaban proporcionando.

A medida que espabilaba, tomó conciencia del cuerpo que descansaba muy cerca del suyo bajo el nórdico, del brazo que le ceñía la cintura, de la pausada respiración y los leves ronquidos, del cálido aliento que le rozaba la mejilla. Entreabrió los párpados y lo primero que vieron sus ojos fue el rostro de Bernhard; el pulso se le aceleró como en un esprint y una oleada de deseo alentó su pene. Las tenues luces del alba que entraban por la ventana le permitieron distinguir sus dormidos rasgos y se quedó contemplándolo ensimismado. El corazón se le fue serenando, aunque lo notaba palpitar con fuerza, y el deseo se le quedó enroscado en el vientre amenazando con provocarle una nueva erección a pesar de que, por lo fatigado que se sentía, dudaba de que fuera posible.

La noche había sido agotadora y, para su gusto, demasiado corta. Tenía dolorido el trasero, aunque no más que otras veces, y sentía la piel del pene un poco irritada, como cuando era

adolescente y controlaba mal lo de no masturbarse más de una vez al día. También sentía una leve punzada, que más que doler le despertaba cierto regodeo, allí donde Bernhard habían mordido con más fuerza. Ninguno de los hombres con los que había tenido sexo, incluido Jon, habían mostrado tanto deseo y pasión por morder su cuerpo, y aunque le avergonzaba un poco aceptarlo, aquellos mordiscos habían espoleado con creces su excitación.

Sin moverse demasiado, se acarició el cuello y los hombros buscando con las yemas de los dedos alguna marca, sin encontrarla. La primera vez que fueron al baño a lavarse no se entretuvo en mirarse al espejo para comprobar si los dientes de Bernhard habían dejado un rastro en su piel, ni siquiera lo pensó. Su interés se había centrado en el jugueteo con el que se limpiaban mutuamente los restos de semen, en robarle besos y convertir cualquier gesto en una caricia, en responder a los comentarios burlones de Bernhard con más burlas e insinuaciones, en fingirse ofendido al tratar este de asearle el trasero. Fue entonces cuando no pudieron contenerse más. Enlazados por unos brazos codiciosos, trastabillaron hasta la cama y, cobijándose bajo el nórdico, esta vez sí cara a cara, se masturbaron uno al otro. Sin la urgencia de hacía un rato saborearon los besos mientras se miraban a los ojos y exploraban con lentas caricias los recovecos de sus cuerpos, susurrándose obscenidades al oído que les hacían reír en voz queda. Tras un tiempo imposible de calcular, Bernhard había llegado al orgasmo pronunciando su nombre con una ternura que consiguió conmoverle el corazón.

En una segunda visita al baño comprendieron que no les quedaban muchas fuerzas para una nueva ronda, al menos no de inmediato. De vuelta en la cama quiso resistirse al sueño para no desaprovechar ni un minuto de aquella noche. Luchó por mantener los párpados abiertos divagando en susurros sobre la convocatoria y la París-Niza, pero las lentas caricias de los dedos de Bernhard en su espalda y la cercanía de su cálido cuerpo unido el sonido de su acompasada respiración, consiguieron adormecerlo hasta hacerle caer en un profundo sueño del que acababa de despertar con la

seguridad de que el sexo con Bernhard había sido el mejor de su vida.

Esa certidumbre le suscitaba una extraña sensación de vértigo. No es que sus anteriores experiencias, incluso la que había tenido con él en el Prinzknecht y en aquella misma cama, perdieran su relevancia ni el lugar que le correspondía en sus vivencias ante lo sucedido esa noche, jamás se le ocurriría caer en la ingratitud de menospreciarlas. No obstante, el placer desmedido que había experimentado entre los brazos de Bernhard, la forma sincera y confiada en la que se había entregado a él, la complicidad mutua, la deliciosa mezcolanza de temor y valor que había guiado cada uno de sus gestos, de sus palabras, le provocaba un sentimiento que iba más allá de los cuerpos, de la carne, del sexo.

Con cuidado sacó la mano de debajo del nórdico y acarició apenas con el índice una de sus delgadas y rubias cejas. El que Bernhard no lo notara le dio valor para bajar por su nariz hasta la pequeña depresión en su labio superior y, con sutileza, rozarle los entreabiertos labios y la barba que poblaba su mentón, la misma que le pinchaba e irritaba la piel con cada beso y aun así conseguía excitarle hasta el desenfreno.

A pesar de tenerle allí tumbado a su lado, desnudo y oliendo todavía a sexo y a ese sutil aroma a eucalipto que siempre le envolvía, lo vivido horas atrás no terminaba de parecerle una realidad, y menos que hubiera sido él mismo quien lo propiciara. No se reconocía en el Mateo taimado que le había tendido una trampa con la pantomima de una falsa contractura, ni en el que, tan excitado como frustrado, enardecido hasta la irresponsabilidad por la alegría de la convocatoria, se había lanzado sobre él dispuesto a no consentir excusas; ni siquiera podía verse reflejado en el amante desinhibido e impulsivo que había sido esa noche.

Tampoco Bernhard había reaccionado como temió que haría; en realidad, nada de lo sucedido pensó que sería posible y en cambio allí estaba, velando su sueño, preguntándose qué iba a hacer cuando despertara.

Cerró los ojos y deseó, como cuando era un crío, poder seguir durmiendo para que los sueños de la noche no terminaran y la

llegada de un nuevo día y con él la realidad, no se los robara.

Percibió un cambio en la respiración de Bernhard y un leve movimiento de su cuerpo contra el suyo, y al abrir los párpados se encontró con sus grises ojos, con su mirada honda y silenciosa, tan directa y penetrante que le aceleró el pulso en las venas y le subió la sangre a las mejillas. Quiso cubrirse el rostro con las manos, ocultar su sonrojo, y también ser de nuevo el Mateo osado y seguro de hacía solo unas horas.

—Buenos días —musitó, logrando resistirse a la imperiosa necesidad de esconder su bochorno.

Había serenidad en el rostro de Bernhard, tal vez incluso curiosidad o solo los últimos vestigios de soñolencia.

—Hola —dijo este a su vez.

Notó que movía el brazo con el que le rodeaba la cintura como si quisiera atraerle aún más, aunque lo que en realidad hizo fue retirarlo. Aquel gesto le provocó un repentino desconsuelo, una sensación de abandono que se le hundió en el pecho. Bernhard continuaba mirándole con aquellos ojos imperturbables, pero Mateo supo que algo había cambiado en esa fracción de segundo y ello le espoleó para hablar:

—Bern… Creo que…

El rostro de Bernhard se tensó y por su mirada cruzó una sombra que enturbió sus iris e hizo enmudecer a Mateo. Durante unos segundos solo hubo silencio entre ellos, demasiado pesado y ominoso para Mateo, que respiró hondo tratando de hacer acopio de valor y decirle lo que acababa de descubrir y no quería callar, las palabras que se le habían quedado prendidas en la punta de la lengua y se le agolpaban en el corazón. Y cuando todavía inseguro, con el miedo haciendo que la sangre le latiera acelerada en las sienes, se dispuso a terminar la frase, sonó con estridencia la melodía de *Thunderstruck* de AC/DC desde algún lugar en el suelo.

Ambos dieron un brinco. Bernhard se levantó veloz, como si hubiera estado esperando ese momento para poder alejarse de él y, recogiendo del suelo sus pantalones, sacó el móvil e interrumpió la canción.

—Es la alarma —dijo manipulando la pantalla del teléfono—. Hay que espabilar o nos quedaremos en tierra.

Mateo se incorporó deprisa en la cama.

—Espera…

—Tú aún tienes que hacer el equipaje, ¿no? —inquirió sin mirarle, encaminándose al baño.

—Bernhard —le llamó con firmeza.

Se detuvo en la entrada del baño y se tomó su tiempo para volverse hacia Mateo.

—Dime.

La indolencia que descubrió en su semblante, la lejanía de su mirada, le hizo regresar a aquellos días pasados en los que el austriaco ni siquiera se dignaba a dirigirle la palabra, y una helada amargura se le enterró en el corazón, dejándole confuso.

—Tú y yo… —acertó a decir—. Nosotros…

Bernhard se encogió un poco de hombros.

—Seguimos siendo amigos, claro. —Y dándose la vuelta añadió antes de entrar en el baño—: Un lapsus como el de anoche no lo va a estropear.

Cerró la puerta y Mateo se quedó mirándola con los ojos muy abiertos, sintiendo un puño apretado en la garganta y preguntándose cómo era posible que tan pocas palabras pudieran hacer tanto daño.

PERIODO DE TRANSICIÓN

UNO

Viktoria Maier limpió con papel absorbente la leche que formaba un charco sobre la mesa de la cocina mientras miraba ceñuda a su hija Lotta, quien, sin darse por aludida, se dedicaba a disfrutar de su trozo de bizcocho de zanahorias.

—¿Me lo explicas otra vez?

Las gemelas estaban sentadas en sendas sillas en un extremo de la mesa, balanceando las piernas en una actitud modosa con la que no engañaban a su madre. Lotta, masticando a dos carrillos, levantó el brazo y señaló desde arriba la cabeza de su hermana Ida, tan entregada a devorar el bizcocho como ella. Ida elevó la vista hacia el dedo acusador y, de inmediato, imitó el gesto incriminando a su hermana.

—Me da igual cuál de las dos ha sido. —Viktoria terminó de recoger la leche y tiró el papel al cubo de la basura—. Los accidentes suceden. Pero tenéis seis años y dos manos cada una. Nada os impide limpiar lo que ensuciáis.

—Estamos comiendo, mamá —se excusó Lotta.

Sus ojillos grises bizquearon al mirar el trozo de pastel mientras le daba un nuevo mordisco. Viktoria las observó a las dos con una de sus rubias cejas alzadas: tenían las manos pringosas de sujetar el bizcocho y un rastro de migas en la boca y las mejillas.

—Estáis zampando.

Ida, como queriendo dar la razón a su madre, abrió la boca todo lo que pudo y embutió dentro el trozo de bizcocho de considerables dimensiones que le quedaba, para, a continuación, dar unas alegres palmadas con los carrillos abultados.

—¡Sí, claro! —exclamó Viktoria, abalanzándose sobre ella—. Ahora atragántate —La obligó a abrir la boca y con dos dedos sacó una porción desmenuzada de dulce que dejó sobre el plato—, que hace semanas que no visitamos urgencias.

—¡Mamá! —protestó escupiendo migajas de masa—. Me lo quería comer.

—Y yo mandaros a un internado en Suiza, pero la economía no me lo permite —replicó, agarrando una servilleta de papel.

Le limpió la cara y las manos con energía suficiente como para hacerla lloriquear a la vez que masticaba.

De repente, se escuchó una bronca exclamación procedente del interior de la casa:

—*Arschloch!*[1]

Las gemelas miraron con curiosidad hacia la puerta y después a su madre, que simuló no haber escuchado aquel exabrupto.

—¿Qué significa *Arschloch*? —inquirió Ida, con una perfecta pronunciación.

—Vuestro tío anda inventando palabras —respondió.

—Seguro que es una palabrota —afirmo Lotta, esquivando la servilleta que su madre enarbolaba en su dirección—. Como *Scheiße, Bastard*[2]*…*

Viktoria le dirigió a su hija una mirada de advertencia a la que Lotta respondió cerrando la boca en un mohín rebosante de descaro.

La lengua nativa de las gemelas era el español, debido principalmente a que su padre había demostrado ser incapaz de hilvanar dos frases seguidas en alemán. Aun así, las niñas hablaban el idioma de su madre con fluidez y disponían de un rico e impecable vocabulario que esta se había preocupado en cultivar y que su tío Bernhard echaba a perder cada vez que se irritaba.

—¿Qué tal si salís un rato al jardín? —les propuso—. Podéis saltar en la cama elástica si queréis.

—¡Sí! —palmeó Ida, que no perdió tiempo en bajar de la silla y correr hacia la puerta de cristal que daba al jardín.

—¿Vas a reñir al tío Bern? —preguntó Lotta, lamiéndose los dedos de una mano entre palabra y palabra—. Quiero verlo.

—Por favor, no hagas cochinadas.

Trató de limpiarle las manos, pero Lotta fue más rápida y escapó tras su hermana que estaba en el jardín.

Viktoria, resoplando y jurando por lo bajo, tiró la servilleta a la papelera. Se recogió la larga melena rubia en una cola con la goma que llevaba en la muñeca y se asomó al salón. La estancia era amplia y acogedora, de suelos de madera, viejas vigas que cruzaban de parte a parte el techo y una amplia chimenea de piedra en un lateral. Bernhard se hallaba de pie frente a la puerta corrediza de cristal que daba al jardín, cruzado de brazos, observando malhumorado el exterior.

—¿Con quién tienes el problema? —preguntó, entrando en la estancia.

Su hermano giró un poco la cabeza para poder mirarla.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a ese «*Arschloch*», que tus sobrinas van a repetir hasta la saciedad aunque no sepan que significa.

Bernhard apretó un poco los labios y tras echar un rápido vistazo a la pequeña mesa de roble situada frente a la chimenea, volvió la mirada hacia el exterior.

—Lo siento. Acabo de descubrir que alguien se ha divertido tomándome el pelo.

Sobre la mesa había una taza de café y un libro. Viktoria reconoció el ajado ejemplar y se acercó a cogerlo.

—¿Quieres contármelo? —preguntó, ojeando las amarillentas páginas del libro con el cariño que le inspiraba aquella historia.

—No.

—¿Desde cuándo lees novelas?

Dejó el libro de nuevo en la mesa y se aproximó a su hermano. En el jardín, las gemelas saltaban como canguros en la cama elástica que se hallaba a una decena de metros de la casa.

—Creía que no te gustaban.

—Y no me gustan. Imagina lo aburrido que estoy.

Viktoria echó un vistazo a las estanterías que cubrían dos de las paredes del salón y en cuyas baldas se acumulaba más de un centenar de libros, apretados unos contra otros o amontonados en los pocos espacios que pudieran quedar libres.

—Qué curioso que de entre todos mis libros hayas escogido *El corredor de fondo*.

—No veo por qué te lo tiene que parecer. —Señaló con un dedo hacia el otro lado del cristal—. ¿Eso no es peligroso?

Viktoria siguió la dirección que indicaba el dedo y vio a una de sus hijas con la cabeza entre los muelles de la cama elástica mientras su hermana le sujetaba las piernas en alto, como si quisiera ayudarla a colarse por el reducido espacio.

Abrió rápido la puerta corrediza y gritó:

—¡Lotta! ¡Saca la cabeza de ahí!

—¡Soy Ida! —replicó la niña, sacudiendo las piernas en el aire, lo que hizo reír a carcajadas a su hermana.

—¡Me da igual! ¡Dejad de hacer el salvaje!

Se quedó vigilando que obedecieran, segura de que era Lotta la que había hablado. A pesar de ser gemelas monocigóticas y que familiares y amigos, incluso su padre, las consideraran dos gotas de agua, siempre lograba distinguirlas, incluso en la distancia. Aun vestidas con aquellas sudaderas azules idénticas y los mismos pantalones de chándal, tener los oscuros cabellos recogidos en sendas colas de caballo y los rostros de porcelana sonrojados por el esfuerzo, le bastaba con escucharlas hablar para saber quién era quién, aunque ambas tuvieran la misma vocecilla estridente.

Cerró la puerta y se encaró con su hermano.

—Estas más huraño de la cuenta.

—Solo se me ha escapado una palabrota. No hagas un drama.

—¿Qué te preocupa?

Bernhard exhaló el aire de sus pulmones en un largo suspiro.

—Ya te lo conté.

—¿Lo de tu compañero Otero?

Bernhard asintió y al hacerlo la miró de reojo.

—¿Qué? —inquirió Viktoria.

—Pones cara de no creerme.

—¿Y hago bien en no hacerlo?

—Oye, no soy una de tus monstruitas, no me interrogues como haces con ellas.

Lo observó impertérrita y al cabo de unos segundos, Bernhard, inquieto, volvió a mirarla de soslayo chasqueando la lengua.

—Ya sabes cómo me pongo antes de una vuelta importante —comentó—. Tampoco me está ayudando a concentrarme lo mucho que nos jugamos y que el líder del equipo tenga sus propios planes. Además, me siento viejo para este deporte y toda su mierda.

—¿No tiene nada que ver Mateo?

Bernhard se giró hacia ella. Había tal estupor en su rostro que Viktoria tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener su condescendiente expresión y no mostrarle la sonrisilla de triunfo que le cosquilleó en la comisura de la boca.

—¿De qué Mateo hablas? —inquirió en un tono que sonó apremiante.

—Del que te llama al móvil un par de veces al día desde que has llegado. Llamadas que nunca te dignas a responder, por ciento. —Y como parecía que seguía sin salir de su asombro, añadió—: He visto su nombre en la pantalla.

—¿Revisas mis llamadas?

—No seas tonto. Espío por encima de tu hombro cuando te suena el móvil.

—Eres… —masculló. Molesto, miró hacia el jardín—. No te preocupes tanto por mí. Preocúpate más por tus hijas.

—No es preocupación…

—Te lo digo en serio —la interrumpió al tiempo que señalaba con un corto gesto de la cabeza hacia el exterior.

Viktoria miró, soltó un palabra ininteligible y abrió con brusquedad la puerta corrediza.

—¡Niñas! —gritó.

Subidas todavía en la cama elástica, una de las gemelas mantenía de rodillas a su hermana inmovilizándola con un brazo alrededor del cuello.

—¡Ida, suelta a tu hermana!

—¡Soy Lotta! —replicó con una expresión feliz—. Le estoy enseñando como se hace una llave de ahogar de las que salen en la tele.

—¡Me la está enseñando, mamá! —exclamó la víctima con la misma expresión de felicidad.

—¿Queréis que os enseñe yo lo que es pasarse un mes castigadas sin *tablet*?

—¡No! —gritaron ambas a la vez.

—¡Pues ya sabéis lo que tenéis que hacer!

Enfurruñadas, las niñas se sentaron en la cama elástica con los brazos y las piernas cruzadas.

—Deberías llevarlas a un psicólogo o a un exorcista —sugirió Bernhard observándolas con suspicacia.

—¡Bah! —Viktoria cerró la puerta—. Son igual que nosotros a su edad y no nos ha ido tan mal, al menos a mí.

—Nunca intenté estrangularte —protestó sin mucha convicción.

—Porque yo no me dejaba. Y no trates de cambiar de tema. ¿Me cuentas quien es Mateo?

—Eres insufrible —le recriminó.

Se aproximó a una de las dos butacas orejeras que había a cada lado de la chimenea y se sentó en ella con evidente malestar. Viktoria, antes de ocupar la otra butaca, cogió el libro de la mesita y se acomodó recogiendo las piernas a un lado.

—Yo de ti no le quitaba el ojo de encima a esas dos —le recomendó, desabrido.

—La amenaza de la *tablet* siempre surte efecto. —Pasó despacio las páginas del libro como si buscará una en concreto—. Estarán tranquilas durante un rato.

Bernhard se inclinó sobre la mesa y tomó la taza. Comprobó que estaba vacía y se puso en pie.

—Voy por otro café. ¿Quieres?

—Bien cargado.

Cuando abandonó el salón, Viktoria cerró los párpados despacio y reclinó la cabeza en el lateral de la butaca con un suspiro.

Bernhard era hábil ocultando sus emociones, todo un experto después de tantos años practicando. Aunque para ella, desde que

tenía memoria, siempre había sido fácil intuir sus estados de ánimo, reconocer su dolor, el sufrimiento que acostumbraba a ocultar bajo capas de indiferencia. Era capaz de entender sus sentimientos antes incluso de que lo hiciera él mismo. Y en esta ocasión, como otras tantas veces, sabía, sentía que su hermano arrastraba mucho más de lo que dejaba entrever.

Sonrió con melancolía a recordar la anécdota que su madre solía contar a todo aquel que tuviera paciencia para escucharla. Según su progenitora, cuando Bernhard era un bebé de pocos meses y Viktoria una cría de apenas dos años, cada vez que su hermano lloraba, y lo hacía con una potencia y estridencia digna de una pequeña bestezuela, ella rompía a llorar con más fuerza debido al miedo que le provocaban aquellos berridos. Su madre, sin mala intención, se equivocaba. Aunque no tenía recuerdos de aquella época, siempre supo que no era el miedo sino la empatía la que conseguía arrancarle el llanto. Lloraba porque era capaz de experimentar el desconsuelo de su hermano como si fuera el suyo, y con el tiempo, al crecer tan unidos física y emocionalmente como lo habrían hecho de ser mellizos, esa capacidad, lejos de desaparecer, se fue afianzando.

Abrió los párpados y deslizó la vista por las fotos enmarcadas que adornaban la repisa de la chimenea, hasta llegar a la imagen de un niño y una niña de rostros semejantes, cabellos rubios, ojos grises y sonrisas melladas, enredados en un fuerte abrazo.

Habían sido un par de críos felices e inseparables durante la infancia y parte de la adolescencia. Se necesitaban, se comprendían, se complementaban. Tenían una confianza ciega el uno en el otro que les llevaba a confesarse sus miedos y sus alegrías. Los secretos no existían entre ellos y, a veces, les bastaba con mirarse a los ojos para saber qué travesura, qué juego estaba planeando el otro, si algo le inquietaba. Por ello, la tarde en que un Bernhard de trece años le confesó que por fin entendía por qué había rechazado a Denise Hass, la chica más guapa de la clase, todas las veces que esta le había pedido salir, ella supo con antelación que era lo que le iba a decir.

Cerró el libro de *El corredor de fondo* y acarició la portada, en la que aparecían unos jóvenes con el corte de pelo y la ropa deportiva propia de los años sesenta, sentados formando una hilera que descendía por los peldaños de una escalinata.

Que su hermano fuera gay le era tan indiferente, entonces y ahora, como que tuviera los ojos grises o calzara un cuarenta y tres. Sin embargo, a sus quince años y siendo plenamente consciente de como trataba la sociedad a los homosexuales, supo, con dolorosa lucidez, que su hermano estaba destinado a sufrir.

Su vaticinio tardo casi dos años en comenzar a cumplirse. Lo hizo el verano en el que Bernhard se enamoró por primera vez. Por entonces ya se había apasionado por el ciclismo y vivía entusiasmado con la idea de convertirse en profesional. Siempre que tenía la posibilidad salía de ruta, la mayoría de las veces solo, en otras ocasiones con un grupo de chicos que, como él, aspiraban a convertirse en ciclistas destacados de algún equipo importante y habían creado un pequeño club. Uno de esos chicos era Anton Singer, un compañero de instituto con el que siempre había congeniado y de quien terminó enamorándose sin darse siquiera cuenta. Aquel verano se acostumbraron a salir solos a hacer kilómetros por las carreteras aledañas del pueblo en el que vivían; algunas veces terminaban la ruta en un pequeño arroyo en el que, entre baño y baño, hablaban sin parar de videojuegos, música y el futuro. En una de esas ocasiones, empujado por la euforia de un día perfecto de sol, amistad y diversión, y la ingenuidad propia de todo enamorado, le confesó a su amigo sus sentimientos.

Ese día regresó a casa más tarde que otras veces. Sus padres le reprendieron, y cuando le preguntaron por los rasguños de su mejilla, les dijo que se había arañado con las ramas bajas de un árbol. La mentira convenció a sus padres, siempre un poco distraídos con sus propias vidas. Ella, en cambio, supo nada más verle que algo horrible le había sucedido.

Viktoria se removió incómoda en la butaca. Respiró hondo varias veces y cerró los ojos. Habían pasado muchos años desde aquel día y aún cuando lo evocaba, cuando la mirada de su hermano, honda y

amarga, rota como un vidrio, regresaba a su mente, volvía a sentir la misma rabia, el mismo miedo corriéndole por las venas.

Esa noche, acurrucados uno al lado del otro en el rincón más apartado del jardín de su casa, Bernhard, con una voz mortecina que no era la suya y la mirada hurgando en la oscuridad como si buscara algo que le hubieran arrebatado, le contó que su amigo lo había tirado al suelo y aplastado el rostro contra la tierra con un pie después de llamarlo maricón y de escupirle, de jurar que iba a decirle a todos los compañeros del instituto que era un chupapollas.

—Dice que nunca seré un ciclista profesional —le había contado, con las lágrimas rodando por sus mejillas y el corazón encogido—. Que los maricas no son deportistas de verdad.

El desconsuelo en sus palabras era tan patente, tan desgarrador, que Viktoria comprendió que para Bernhard pensar que aquello podía ser verdad, que el mundo del ciclismo le podría estar vetado por ser gay, le suscitaba tanto o más dolor que los sentimientos que Anton había pisoteado.

Al día siguiente, Viktoria salió en su propia bicicleta en busca de Anton. Lo encontró sentado en una parada de autobús a las afueras del pueblo, recuperándose del esfuerzo de subir una cuesta pedaleando. Al verlo se bajó de la bici casi en marcha, la dejó caer al suelo y cogiendo una piedra de la cuneta que casi no le cabía en la mano, se lanzó sobre un sorprendido Anton que no fue capaz de reaccionar. Aunque era más baja que él y debía de pesar diez kilos menos, consiguió tirarlo al suelo y golpearlo en la boca con la piedra, tan fuerte que le reventó ambos labios. Arrodillada sobre su estómago y enarbolando su arma delante de los aterrados ojos del chico, le aseguró que si le contaba a alguien que su hermano era gay, ella le contaría a todo el instituto que una chica le había partido la boca con una piedra mientras se meaba encima y lloraba pidiendo clemencia.

—Verás como terminan llamándote maricón a ti.

Anton Singer no le contó nunca a nadie que Bernhard Maier le había confesado su amor, pero el daño ya estaba hecho. Viktoria lo supo entonces y el paso de los años se lo confirmó. Aquel primer desengaño, aquellos primeros insultos, aquella innecesaria crueldad,

dejaron en el alma de su hermano una marca sutil que con el paso del tiempo y la suma de otras experiencias semejantes, se fue haciendo más profunda y dañina, tanto como para que su futura vida sentimental se convirtiera en un erial.

—¿Te has quedado dormida?

Viktoria abrió los párpados y vio la humeante taza que su hermano sostenía delante de su rostro.

—Descansaba la vista.

Cogió la taza y aspiró el delicado aroma ácido y caliente que emanaba de ella. Sopló un poco y se mojó los labios con el café. Bernhard se sentó en la butaca, con una pierna sobre el brazo del mueble, y la imitó.

—¿Sabes cuándo leí por primera vez este libro? —le preguntó Viktoria, rodeando con ambas manos la taza para calentárselas.

Bernhard miró el libro que reposaba en su regazo y se encogió de hombros.

—Está bastante manoseado, así que imagino que hace tiempo y muchas veces.

—Tenía veinte años. —Estrechó el libro contra su pecho como si quisiera protegerlo—. Creí que me ayudaría a entender tus miedos.

Bernhard se le quedó mirando unos segundos antes de ocultar su incomodidad bebiendo un sorbo de café.

—¿Y te ayudó? —preguntó, arisco.

—Me ayudó a entender muchas más cosas. ¿Por qué no lo lees? Tal vez a ti también te ayude.

Bernhard movió la cabeza como si lo que había dentro de ella le pesara demasiado.

—Cuéntame qué te pasa —le pidió en un tono cariñoso—. Con los años, cada vez me cuesta más leer tu mente.

Bernhard sonrió a medias, sin humor y sin mirarla. Se enderezó e inclinándose hacia delante, apoyó los brazos en los muslos, sosteniendo la taza con ambas manos. La pose le daba un cierto aire de derrota y Viktoria sintió que la tristeza que los recuerdos habían arrastrado tras de sí se acentuaba.

—Mateo es un compañero de equipo —explicó, la cabeza hundida entre los hombros, la vista en el negro café—. Tiene veintitrés años.

Lo han fichado esta temporada, como a mí. Es un ciclista con mucho talento. Si la suerte le sonríe, aunque solo sea un poco, puede llegar a ser uno de los mejores.

Se quedó callado y Viktoria temió durante unos segundos que aquellas cuatro frases fuera todo lo que estaba dispuesto a compartir con ella. Su hermano bebió, pensativo, y algo en esos pensamientos le hizo sonreír.

—Es jodidamente guapo. Inteligente. Alegre. Es ingenuo y tímido, se sonroja por cualquier tontería. Pero tiene carácter y orgullo, y unas ganas enormes de comerse el mundo.

—Parece que te cae bien.

—Es un puñetero grano en el culo —soltó con un resoplido.

—¿Por qué te llama tanto? —se arriesgó a preguntar—. O mejor, ¿por qué no le coges las llamadas?

—Porque no quiero ser la causa de que arruine su futuro.

Viktoria alzó ambas cejas con incredulidad.

—Por favor, explícame cómo podría suceder algo así —le pidió, dejando entrever en su tono un poco de sarcasmo.

—Porque metí la pata. Dejé que pasara lo que juré que nunca haría.

—¿Y eso es?

Bernhard alzó los ojos hacia su hermana, en ellos había una sombra de enojo.

—Tener sexo con otro ciclista. Arriesgar la carrera de ambos por un polvo.

—¿Estáis juntos?

—No —se apresuró a desmentir, tajante—. Nos acostamos la última noche en Palma y solo fue sexo.

—¿Se ha enamorado de ti?

—*Scheiße!* —profirió—. Espero por su bien que no.

—Vamos, Bern, no exageres. —Viktoria dejó la taza y el libro en la mesa—. ¿Por su bien? Ni que te hubiera preguntado si se dopa.

—Sí, Viktoria —se encrespó—. Si se ha encaprichado de mí no tardará en hacer estupideces de enamorado que no pasaran desapercibidas para el resto del equipo, y si eso sucede, en nada estará corriendo el rumor de que es marica. Su carrera está a punto

de despegar y no puede comprometerla por culpa de un tonteo. Y yo —sacudió la cabeza con desaliento—, aunque mi carrera ya es historia, no quiero ser recordado como el gay que ganó la Vuelta a España. Así que no estoy exagerando.

Viktoria apretó los labios en un mohín contrariado. Fue hasta su hermano y se sentó en el suelo delante de él.

—¿Y tú? —Le puso las manos en las rodillas y se inclinó a un lado para poder mirarle a la cara—. ¿Te has enamorado?

Bernhard masculló un taco y se dejó caer hacia atrás sobre el respaldo de la butaca con expresión hastiada.

—¿No me has oído? —gruñó—. Solo fue sexo.

—Para ti siempre es «solo sexo». —Se encogió de hombros—. Como con Jakob. Él sí se enamoró de ti. Te quería tanto que aguantó tus mierdas… ¿cuánto? ¿Un año?

Bernhard alzó el rostro hacia el techo y sacudió la cabeza.

—No me jodas ahora con Jakob, por favor.

—Y tú llegaste a quererle —continuó, ignorando sus palabras—. Pero no lo suficiente para enfrentarte a tus miedos.

—¡Mis miedos son reales!

Se puso en pie y Viktoria tuvo que apartarse para que no la arrollara. Bernhard posó la taza en la repisa de la chimenea y habló dándole la espalda:

—En la vida hay que hacer elecciones y yo elegí anteponer el ciclismo a muchas cosas. A mí mismo, a mis sentimientos, a los sentimientos que otros pudieran tener por mí. Y cuando se renuncia a algo así, se vive con el miedo constante de que un día todo se eche a perder y tanto sacrificio haya sido para nada.

—Nunca he pensado que tus miedos no sean reales —afirmó levantándose del suelo—. Pero el ciclismo solo es tu excusa. Te has parapetado detrás de la homofobia que existe en el deporte para ocultar lo que en verdad te aterra.

Bernhard se mantuvo callado, pero Viktoria advirtió que enderezaba la espalda y que los hombros se le tensaban.

—Temes lo que tememos todos: que nos rompan el corazón. —Cogió el ejemplar de *El corredor de fondo* y lo contempló con el semblante apesadumbrado—. Tienes miedo del amor, del que

sientes, del que otros sienten hacia ti, porque se podría terminar un día y no quieres conocer un sufrimiento así, no te crees capaz de enfrentarlo. Por eso huyes de él siempre. Y lo evitas. Y te revuelves en su contra. Escoges perder incluso antes de tener. ¿Sabes cómo te hace ver todo eso?

—Como un cobarde —respondió, en un tono cortante.

—Pero tú no lo eres.

Bernhard se volvió y Viktoria aprovechó para apoyarle el libro en el pecho con un golpe seco que lo sobresaltó y le obligó a sujetarlo con una mano para que no cayera al suelo.

—Acaba el libro, es una buena historia sobre disfrutar de los fugaces momentos de felicidad que la vida nos ofrece y también que no siempre hay segundas oportunidades.

Se marchó sin dedicarle una mirada, por si la congoja que sabía que iba a encontrar en sus ojos le hacía arrepentirse de sus palabras.

DOS

Jon le lanzó una ojeada a Mateo, sentado a su derecha en el estropeado sofá de cuero de imitación, y volvió rápidamente la vista al enorme televisor para no perder detalle de la partida al *F1 23* que ambos estaban jugando. En la parte superior de la pantalla, el Red Bull de Jon, a pesar del estado mojado de la pista y la persistente lluvia, corría en una honrosa tercera posición mientras que el Fórmula 1 de Mateo hacía tiempo que se había hundido en los puestos de cola y, por sus lentas maniobras, daba la impresión de que jamás lograría escalar posiciones.

—¿Tu coche va a pedales? —le preguntó, replicando con el brusco balanceo del torso la forma en que su vehículo tomaba las curvas del circuito de Mónaco—. ¿O es que no tienes ganas de jugar?

Mateo no le respondió. Miró el mando que sostenía entre las manos, suspiró y lo tiró en el espacio libre que quedaba en el sofá entre Jon y él. En el circuito de Mónaco su Fórmula 1 se fue directo hacia otro vehículo con un exagerado chirrido de neumáticos, le pasó por encima y, con un gran estruendo que escapó del televisor por los altavoces, terminó chocando contra una valla de protección para a continuación estallar en llamas. Mateo contempló todo el suceso con la misma actitud taciturna que había demostrado desde su llegada al pequeño apartamento de Jon.

—Está claro, cero ganas de jugar.

Jon puso el juego en pausa y se giró hacia su amigo.

—¿Quieres follar?

Mateo torció el gesto en una mueca indolente.

—Vale, nada de follar.

Dejó el mando en la mesa baja situada entre el televisor y el sofá, sobre la que había un enorme cuenco con palomitas y varias latas de refrescos, y agarró una de las que estaba abierta.

—Hoy tampoco te ha cogido las llamadas, ¿verdad?

Mateo negó con la cabeza mientras Jon bebía de la lata.

—Puto alemán —profirió entre sorbo y sorbo.

Esperó en vano a que Mateo le corrigiera con su habitual «es austriaco». Que no lo hiciera le convenció de que su amigo no estaba de humor para bromas y muy probablemente para nada en general. Era lo que pasaba con el desamor, dejaba al enamorado roto y hundido, en ocasiones, como le estaba sucediendo a Mateo esos días, incapaz de aceptar la situación y de reaccionar a la melancolía y la renuncia que le consumían desde dentro. No lo sabía por experiencia propia —a él lo de enamorarse siempre le había resultado un ejercicio emocional que implicaba demasiado esfuerzo —, sino porque no era la primera vez que veía así a su amigo.

Igual que otras veces se preguntó qué demonios podía hacer para ayudarlo, cómo se consolaba a alguien como Mati, capaz de amar con tanta ilusión y generosidad, con tanta honestidad, sin caer en los vanos y deprimentes tópicos de «el otro se lo pierde», «hay más peces en el río», «ya conocerás a uno mejor». En su opinión había cosas peores en la vida que enamorarse y no ser correspondido, pero también sabía que las heridas nacidas de amar a quien no es capaz de regresar ese amor se curaban lentamente y, en la mayoría de los casos, dejaban una muesca en el corazón.

—Anda, ven aquí.

Le agarró por el cuello de la camiseta y tiró de él con la intención de que se tumbara. Mateo se dejó hacer. Gruñó cuando se clavó en la espalda el mando de la consola y tras dejarlo en el suelo, apoyó la nuca en la pierna de Jon.

—La melancolía te sienta bien —le dijo, apartándole el flequillo de la frente con una caricia suave—. Estás guapo.

La sonrisa tardó en acudir a los labios de Mateo, pero finalmente lo hizo.

—Déjate de mentiras que no me vas a camelar para follar.

Los labios de Jon dibujaron un mohín infantil.

—Había que intentarlo.

Mateo se quedó en silencio, mirando el techo, sin oponerse a que Jon jugueteara con los anárquicos mechones de sus cabellos.

—Bernhard me dijo que follar entre amigos solo traía problemas —comentó al cabo de un rato.

—Teniendo en cuenta que el tío es gilipollas… —Calló para terminarse el contenido de la lata y tras estrujarla con una mano, la tiró sin contemplaciones bajo la mesa—, yo no prestaría mucha atención a nada de lo que diga.

—Pero tenía razón. Él y yo habíamos conseguido relacionarnos como amigos y ahora no sé siquiera si nos queda eso.

Jon pellizcó el aro que tenía en el lóbulo de la oreja como solía hacer cuando algo le incomodaba. No podía evitar un cierto sentimiento de culpa desde que Mateo le contó lo de su noche de sexo con Bernhard y cómo este le había ignorado a la mañana siguiente igual que él ignoraba a los tíos que se follaba borracho pensando que eran el gemelo de Timothée Chalamet, y al despertar resultaban ser el hermano orco de Owen Wilson.

—Oye, que sepas que asumo mi parte de responsabilidad en este asunto. No debí animarte a que te lo tiraras.

—No digas tonterías. —Mateo le miró ceñudo—. ¿Qué responsabilidad vas a tener tú? Allí solo estábamos él y yo. Además, el problema no es que folláramos. —Inclinó un poco la cabeza a un lado rehuyendo sus ojos—. No me he enamorado de Bernhard porque haya tenido el mejor sexo de mi vida con él.

—¿El mejor? —repitió en un tono que pretendía ser quejumbroso —. ¿Dónde me deja eso a mí?

Mateo arqueó los labios en una sonrisa malvada.

—El tercero de la lista.

—¡No me jodas! Solo te has acostado con tres tíos.

—Llevas mal la cuenta.

—¡Y una mierda! Si casi eres medio virgen.

Mateo se echó a reír y la risa le sacudió el pecho. Jon esbozó a su vez una ligera sonrisa. Le gustaba la naturaleza sencilla de su amigo, que hasta en las peores situaciones fuera posible arrancarle un poco de alegría.

—Y entonces, ¿por qué te has enamorado de ese idiota? ¿Tan gorda tiene la polla?

Mateo le pellizcó con dos dedos las mejillas y Jon arrugó los labios como queriendo lanzar con ellos un apretado beso.

—Deja de llevarlo todo al mismo lugar.

—No me digach que pol su pechonalida —balbuceó. Mateo le soltó y separó los labios con exageración antes de volver a hablar—: Porque la suya da asco.

—Tal vez me estoy equivocando —comentó bajando la mirada—. ¿Y si no estoy enamorado y lo que me pasa es que he confundido amor con admiración?

A Jon no le tomó por sorpresa que de repente se planteara semejante idea. Mateo, para los temas del corazón, era inseguro y asustadizo como un cervatillo, siempre lo había sido, y no parecía que esa faceta suya, que en cierto modo resultaba tierna, fuera a cambiar. Dudar de sus propios sentimientos solía ser el siguiente paso tras reconocer que se había enamorado y comprender que no era correspondido.

—No es descabellado, ¿verdad?

Prefirió no responderle, más que nada porque no tenía ni idea. En su vida sentimental todo estaba un poco enredado: el deseo, la amistad, el amor, la pasión, el odio, el cariño, la inconsciencia, y no se preocupaba demasiado por delimitar las emociones que otro hombre pudiera inspirarle, en darles nombre. Alguna vez se había enamorado o al menos así lo creía, y en esas pocas ocasiones el amor había llegado de una forma explosiva, avasalladora, incontenible, y con fecha de caducidad. Para él, enamorarse había sido como subir a una montaña rusa de esas con muchos *loopings* que encogen el estómago, hacen correr la adrenalina por las venas y

provocan gritos de puro frenesí, pero que tiene un recorrido corto y concluye en una llana y decepcionante recta final.

Con Mateo había vivido una experiencia diferente. Su enamoramiento primerizo hacia él no se había volatilizado con la llegada de la rutina y el enfriamiento de la pasión, sino que en algún momento se había deslizado hacia ese amor sincero y cómplice, hermoso por su sencillez, que en la vida se siente muy pocas veces y hacia muy pocas personas. Con él seguía subido en la montaña rusa, pero ya no había *loopings* vertiginosos sino un ondulante, tranquilo y soleado paseo sin final. Por eso la felicidad de su amigo siempre era compartida, su tristeza le sabía amarga y sus desengaños amorosos también le dejaban a él una muesca en el corazón.

—¿En serio lo crees? ¿O es lo que prefieres creer?

Mateo se encogió de hombros.

—Yo siempre lo he admirado. Y bueno… Lo del sexo… —Retorció alrededor de su dedo índice el bajo de la camiseta—. Antes de conocerlo en persona, cuando solo era para mí un ejemplo a seguir como ciclista, nunca había pensado en él en esos términos. Tal vez, si no nos hubiéramos encontrado en el Prinzknecht, no habría llegado a pasar nada entre nosotros. —Soltó un suspiro de derrota —. Da igual… A estas alturas me conformaría con conservar su amistad —Alzó los ojos hacia su rostro, esperanzado—. Mejor eso que nada.

Jon, pensativo, no le devolvió la mirada. Al final, todos los enamoramientos de Mateo terminaban igual, en un «al menos somos amigos», que le tenía durante meses suspirando en secreto por el otro —que por supuesto nunca llegaba a enterarse de sus verdaderos sentimientos—, herido por la inevitable indiferencia amorosa, sufriendo por la impotencia que nacía de una intimidad que nunca iba más allá de la mera camaradería, para, finalmente, doblegarse a una triste renuncia y un autoimpuesto distanciamiento.

—¿Seguro? —inquirió al cabo de un rato.

—Yo qué sé —respondió con impaciencia—. Por eso te pregunto. Quiero tu opinión, que me aconsejes.

—No. —Jon se inclinó un poco sobre su rostro y buscó sus ojos —. Quieres que te dé la razón, que te diga que haces bien en tragarte tus sentimientos, quieres que yo secunde esa idea, que la apruebe, porque en el fondo sabes que te engañas: ni confundes admiración con amor ni te conformas con ser solo su amigo.

—¡Genial! —exclamó abriendo de golpe los brazos—. Al final el problema es que soy un imbécil que no se aclara.

Jon esbozó una dulce mueca y le peinó los cabellos para que el flequillo le cayera hacia un lado.

—No, solo te has enamorado como un imbécil.

Mateo soltó un resoplido y se alborotó el pelo con un gesto irritado. Jon alargó el brazo para poder coger el cuenco de palomitas y lo colocó sobre el estómago de su amigo, que soltó un gruñido y le brindó un semblante ceñudo.

—¿Puedo darte un consejo? —inquirió Jon cogiendo un puñado de palomitas.

—¿Ahora sí quieres darme un consejo? —dijo malhumorado.

—Tampoco es que me vaya a morir si no te lo doy.

—Habla.

Se metió unas cuantas palomitas en la boca y las masticó despacio para ganar tiempo.

—Deja de acosarlo.

—¿Acosarlo? —se escandalizó Mateo, que tuvo que agarrar el cuenco para que no resbalara de su estómago—. ¿Insinúas que lo estoy acosando?

—Le llamas todos los días y un montón de veces, yo me sentiría acosado.

La expresión de Mateo se tornó preocupada, casi parecía angustiado.

—No era mi intención.

—Lo sé. Aunque eso no quita que él podría sentirse un poquito acorralado. ¿No dices que está obsesionado con que se haga público que es gay? Además, ¿para qué le llamas? ¿Qué es lo que necesitas hablar con él con tanta urgencia, si os vais a ver dentro de una semana? —Ante su silencio, respondió él mismo—: Le llamas para

confesarle tus sentimientos y escucharle decir que él también se ha enamorado.

Mateo alzó los ojos para poder mirarle. En ellos había una mezcla de vergüenza y pesar que le daba un aire melancólico al tiempo que encantador.

—No es eso —dijo a media voz sin ningún convencimiento—. Cuando nos levantamos la última mañana apenas me dirigió la palabra y en el aeropuerto actuó de forma muy fría. Solo quiero saber que todo está bien entre nosotros.

Jon tomó aire, despacio.

—Nada está bien entre vosotros. Tú te has enamorado y él, al parecer, no. A partir de esa realidad, todo lo demás, ser amigos, compañeros, se complica para los dos. Dale un poco de espacio. —Le puso en los labios una palomita y empujo hasta que consiguió que la aceptara—. Quizás no te está evitando, sino lidiando con sus propias movidas. Y de todos modos, mejor hablar de sentimientos y esas mierdas cara a cara que por el móvil, ¿no te parece?

Mateo masticó despacio, abstraído. Jon le dio un par de golpecitos en la frente con el índice.

—¿Te parece?

—Sí —musitó.

—Pues asunto resuelto. —Rebuscó bajo su trasero y en el estrecho espacio entre el sofá y el cojín, hasta que sus dedos dieron con el mando del televisor—. ¿Vemos una serie? Tengo localizada una en Netflix donde un montón de tíos están todo el tiempo dándose de hostias a lo Bruce Lee. —Pulsó las teclas del mando hasta lograr que en la tele apareciera la pantalla de inicio de la plataforma de streaming—. Ver gente propinándose mamporros siempre me ayuda a desahogar frustraciones. ¿A ti no?

Mateo se incorporó y se sentó cruzando las piernas, entre las que apoyó el cuenco. De forma mecánica, mientras Jon se desplazaba por las miniaturas de las series y películas que ofertaba la plataforma, fue cogiendo palomitas y metiéndoselas en la boca sin aparente apetito.

—Jon.

—¿Sí?

—¿Te has sentido avergonzado alguna vez de ser gay?

Esta vez su pregunta sí le cogió por sorpresa. Estuvo a punto de contestarle con un categórico «nunca», y no porque quisiera mentirle, sino porque era lo que le habría gustado poder responder. En vez de ello se quedó callado y un recuerdo de su niñez, de cuando tenía unos ocho años, uno de esos que por mucho que se intente nunca se logra borrar del todo, le llevó de nuevo a aquella lejana tarde de septiembre en que jugaba con sus primas en el patio de la casa del pueblo. Manoteando en el aire y moviendo las caderas, se divertían bailando la estúpida canción infantil de la taza y la tetera que una de ellas había aprendido en un campamento de verano. Sin previo aviso, su abuelo irrumpió desde la casa despotricando sobre algo que ninguno de los tres entendió, se le echó encima y, tirando de su oreja con saña, lo arrastró tras de sí gritándole que dejara de comportarse como un maricón.

Aquel hombre, que siempre le había tratado con afecto y simpatía, que rara vez le regañaba y se complacía en ser permisivo con él, fue la primera persona en llamarlo maricón —después vendrían muchas más—, cuando ni siquiera sabía lo que significaba esa palabra, el primero en hacerle sentir vergüenza por ser lo que aún no sabía que era. Unos años después de aquello falleció, y cuando pensaba en su muerte, solo lamentaba que no hubiera vivido hasta verle convertido en un adolescente abiertamente gay, no haber podido decirle con orgullo que bailar una canción infantil no te hacía marica, que marica se nacía.

—Alguna vez —respondió, devolviendo el recuerdo a ese lugar de su mente que tenía reservado para todo aquello que alguna vez dolió pero que al final le había hecho más fuerte—. Hasta que comprendí que los que tenían que sentir vergüenza eran los que pretendían insultarme llamándome maricón.

Mateo removió con los dedos las palomitas sin llegar a coger ninguna.

—Yo también.

—En ocasiones no se puede evitar. Nadie debería avergonzarse de ser quien es, pero la sociedad apestosa que nos rodea siempre encuentra la manera de filtrar su odio y hacernos sentir defectuosos,

inferiores. Eso es lo que más me jode —añadió con rencor—, que a veces los cabrones que nos discriminan son capaces de hacer que me plantee si tendrán o no razón.

Mateo se quedó callado, meditabundo, como si reflexionara sobre lo que le acababa de oír. Jon dejó el mando en la mesa y se volvió hacia él. Apoyó el brazo en el respaldo del sofá y lo contempló con curiosidad.

—¿Por qué te ha dado por pensar en eso ahora? —le preguntó.

Mateo recostó la cabeza en el respaldo y le miró de soslayo.

—He pensado en Bernhard y en el miedo que siente a que se descubra su orientación, y me he preguntado cuánto de ese miedo es por lo que supondría para su carrera que se hiciera público y cuánto porque se avergüenza de quien es en realidad.

—Bueno, da un poco igual. El resultado es el mismo: su vida en la estrechez de un armario.

—Yo también vivo en ese armario —afirmó.

La voz de Mateo sonó en sus oídos como un eco mortecino que se le clavó en el corazón y, por una vez, se urgió a no soltar su habitual perorata sobre los homofóbicos que se creían con derecho a imponer sus estereotipos viriles de mierda, y la necesidad de que los deportistas homosexuales se unieran y salieran de los malditos armarios en tropel.

—Son las circunstancias las que te obligan —musitó.

Mateo lo miró directamente con una expresión apagada, como si un repentino pesimismo se hubiera apoderado de él.

—Estoy cansado de las circunstancias.

Jon sintió una opresión en la garganta, un desconsuelo amargo que no era capaz de tragar. Pasó un brazo por encima de los hombros de Mateo y lo atrajo hacia su pecho, abrazándolo con todo el cariño que era capaz de reunir. Le dio un beso en la sien y le habló bajito en el oído:

—Un día te darán igual esas circunstancias, y ahí estaremos todos, tu familia, tus amigos, Merche y la loca de Valeria, y también estaré yo. Y no importará lo que pase, porque nunca te dejaremos solo. Yo nunca te dejaré solo.

Una sonrisa ingrávida apareció en los labios de Mateo.

—Tal vez ese día también llegue para Bernhard —dijo en voz baja, dejándose arropar—, y me dará igual lo que sienta hacia mí, porque yo tampoco le dejaré solo.

«Ese Bernhard es un gilipollas si no se enamora de ti», pensó en decirle.

En vez de ello le estrechó con más fuerza y soltó un teatral suspiro con la intención de parecer el tipo inconmovible que no era.

PARÍS-NIZA

UNO

Cuidando que las botas ciclistas no resbalaran en los peldaños de metal de la escalerilla, Bernhard ascendió por ella al escenario donde la organización había ubicado el control de firmas. El *speaker*, un tipo enjuto de sonrisa dilatada y gestos excesivos que le resultaba familiar de otras carreras, anunció su llegada. El público que se agrupaba tras las vallas de seguridad, una treintena de aficionados tocados con gorras promocionales y alguna que otra bandera francesa, aplaudió y coreó su nombre. Bernhard saludó a los asistentes guiñando los ojos, molesto por la luminosidad del sol suspendido sobre su cabeza. En menos de treinta segundos firmó, sorteó al *speaker,* que micrófono en mano pretendía entrevistarlo, y bajó del escenario.

Retiró la bicicleta de la percha en la que la había apoyado y, con la verborrea del *speaker* sobrevolando su cabeza, pedaleó sin prisas por el pasillo de vallas que delimitaba la zona destinada al público de aquella en la que se emplazaban los equipos y la organización. Se cruzó con otros ciclistas que también acudían al control de firmas y algunos de ellos, al reconocerle, le saludaron con la cabeza o un gesto de la mano.

En la zona de salida, a la espera de que se iniciara la etapa, había ya más de medio centenar de corredores cuando Bernhard se les unió. Un nutrido grupo de aficionados se agolpaba al otro lado de

las vallas de seguridad móvil en mano. Vigilaban la llegada de los ciclistas con la ilusión de localizar a sus ídolos y cuando esto ocurría, les hacían señas y les llamaban por su nombre solicitando el favor de un selfi o al menos una pose para una foto rápida. Queriendo evitar verse en el compromiso de tener que complacer a algún espectador, se situó en el centro del pelotón disimulando su presencia entre los corredores que le rodeaban.

El *speaker*, con su entonación entusiasta y festiva, anunció que quedaban pocos minutos para el cierre del control de firmas y el inicio de la primera etapa de la París-Niza 2024. El público aplaudió y silbó, y un murmullo de comentarios a media voz, resoplidos y algún que otro juramento, recorrió el pelotón. Bernhard se colocó el casco y cerró las correas con cuidado para evitar despegar el esparadrapo encargado de mantener dentro de su oreja derecha el pinganillo. Ajustó los manguitos un poco por encima de las muñecas, tiró de las perneras, comprobó que el elástico pectoral del sensor cardiaco estuviera bien colocado y, por enésima vez aquella mañana, maldijo no poder comerse una chocolatina Snickers con la que calmar un poco su ansiedad.

Le dieron un par de palmadas en la espalda y en los pocos segundos que tardó en volverse, su corazón bombeó con una fuerza nerviosa y anhelante.

—Maier, ¿qué tal? —El ciclista de rostro moreno y afilado que se había parado a su izquierda le tendió la mano—. No te esperaba. Creía que estabas con el Sparta.

Bernhard se la estrechó con un pellizco de decepción en el pecho.

—Fiche con el Global-Ventura.

—Buen equipo, mejor que el Sparta sin duda.

Se fijó en su equipación y comentó:

—Sigues con el UAE.

—Así es. Más vale malo que bueno por conocer, ¿no? —Acompañó sus palabras con una mueca burlona—. Voy tirando, que lo míos creo que andan los primeros.

Bernhard le observó progresar dándose pequeños impulsos con los pies y decidió aprovechar el hueco que iba creando entre

corredores para avanzar también en busca de sus compañeros.

No tardó en detectar a su derecha, entre el colorido despliegue de las equipaciones, el luminoso naranja con detalles morados del maillot del equipo. Por el número del dorsal y la familiar forma de la espalda, supo que era Mulder quien lo vestía. Charlaba amigablemente con un compatriota del equipo Visma, moviendo las manos en el aire como si con las palabras no tuviera suficiente para comunicarse. Unos metros por delante del holandés reconoció la figura de Mateo y dejó de avanzar, deteniéndose a unos prudentes metros de él. El chaval se hallaba reclinado hacia delante, los antebrazos en el manillar y la cabeza, cubierta con el casco, entre los hombros. Tenía un pie en el pedal y el otro apoyado en la carretera. Alcanzó a distinguir cómo movía el talón rítmicamente, golpeando el suelo con unos movimientos cortos y rápidos.

Una parte de su mente, la que consentía que la sangre se le desbocara en las venas y que el corazón le dejara de latir acompasado cada vez que veía al chaval, le decía que fuera hasta él, que le hablara y se disculpara por haber sido un gilipollas la mañana del último día en Palma, que le dijera lo mucho que le había echado de menos. Sin embargo, decidió hacer caso a esa otra porción de su cerebro en la que se refugiaba su sentido común y que le instaba a dejar las cosas como estaban, aunque las cosas no estuvieran como le habría gustado.

La tarde anterior, Mateo había sido uno de los últimos componentes del equipo en llegar al hotel de París en donde se alojaban. Tanto ciclistas como personal técnico se hallaban reunidos preparando la etapa del día siguiente en Les Mureaux, cuando el chaval se presentó arrastrando un par de maletas con el semblante rojo y la mirada azorada, disculpando su tardanza por un retraso en el vuelo desde Barcelona. En seguida le llovieron los saludos, los «bienvenido», los abrazos y las manos que buscaban la suya para estrecharla. Bernhard, contemplando con envidia la naturalidad con la que sus compañeros lo saludaban, se había quedado sentado, sin saber cómo actuar.

Una semana antes, Mateo, de forma repentina, había suspendido sus llamadas telefónicas.

—Hasta el santo Job habría dejado de llamarte —le había dicho Viktoria con un perverso tonillo, claramente posicionada a favor de alguien a quien, aun sin conocer, daba la razón solo por llevarle a él la contraria.

No sabía si el chaval había cejado en su empeño al agotársele la paciencia o porque por fin comprendía que tanta insistencia era inútil, pero su repentino silencio consiguió tranquilizarlo, al menos hasta que comenzó a preguntarse qué tipo de relación quería tener con él una vez que volvieran a encontrarse. Y tal vez porque seguía sin encontrar respuestas a sus dudas, cuando finalmente se produjo el reencuentro el miedo a una reacción emocional en público por parte del chaval, un comentario, un gesto, incluso una mirada, que pudiera poner de manifiesto lo que había pasado entre ellos, le había paralizado.

Acertó a saludarlo cuando se dio cuenta de lo extraño que iba a resultarle a todos los presentes que no lo hiciera.

—Me alegro de verte —le había dicho al acercársele.

Mateo fue el primero en tender la mano, en sonreír mientras se la estrechaba.

—Yo también —dijo, con una mirada serena y un tono amable que parecía realmente sincero—. Espero que todo te haya ido bien.

Y antes de darse cuenta, le había soltado la mano para sentarse en una silla junto a los otros ciclistas con los que de inmediato entabló conversación. Decir que no había sentido alivio por su madura actitud habría sido mentir, negar que una fría desilusión se le había alojado entre las costillas, también.

Después de aquello no había intentado hablar en privado con él, o más bien no había tenido oportunidad. Al término de la reunión llegó la cena, animada y en compañía de todos los convocados. Más de una hora de conversaciones cruzadas salpicadas de bromas, anécdotas e incertidumbres sobre la carrera. Una hora durante la cual el chaval, integrado en el grupo como nunca antes lo había visto, solo le dedicó unas pocas palabras y algunas miradas. No hubo tiempo de ocio al concluir la cena; cada ciclista se marchó temprano a su habitación buscando el descanso o al menos la reclusión para comenzar a concentrarse. Mateo compartía la suya

con Parisse, y Bernhard con Usarraga, que nada más acostarse inició un discordante recital de ronquidos. Bernhard tardó un poco más en dormirse y también en convencerse de que era positivo que el chaval hubiera preferido ignorarlo, tanto como que no estuviera en la cama de al lado.

Durante el desayuno la situación no había sido muy diferente de la cena, salvo por el hecho de que el nerviosismo que inspiraba la jornada que tenían por delante se sentía como un comensal más a la mesa. Los semblantes eran reflexivos y las conversaciones escasas y escuetas, la mayoría simples comentarios lanzados al aire a los que se respondía con monosílabos o gestos. Como suponía que hacían sus compañeros, Bernhard se concentró en visualizar la etapa de aquella mañana con sus curvas más complejas, los porcentajes de las rampas, la localización de las metas volantes, al tiempo que se esforzaba por nutrirse de forma adecuada, a pesar de no tener apetito. Sin pretenderlo y más a menudo de lo que hubiera deseado, sus ojos buscaban a Mateo, enfrascado en el desayuno, y su mente aprovechaba para convertir los pensamientos en una nueva madeja de dudas, contradicciones y remordimientos a la que darle vueltas, y aunque sabía lo perjudicial que era tener tal desorden en la cabeza en las horas previas a una carrera, no fue capaz de evitarlo.

Terminó de desayunar antes que el resto, siendo el primero en subir al autobús del equipo. Allí, apoltronado en el asiento reclinable y giratorio que tenía asignado, con los auriculares inalámbricos embutidos en sus orejas y la gorra bien calada, se dedicó a escuchar un capítulo especial sobre la París-Niza del año anterior del podcast *Último kilometro,* con el que logró aletargar su mente. Cuando subieron el resto de compañeros y el autobús se puso en marcha hacia Les Mureaux, dejó que todos pensaran que se había quedado dormido.

Sobre su cabeza se escuchó al *speaker* avisar del cierre del control de firmas y de los diez minutos que quedaban para la salida neutralizada.

Bernhard consultó la hora en el ciclocomputador del manillar y la familiar y no siempre agradable sensación de hormigas corriéndole por la piel, hizo acto de presencia junto con el aparente vacío que se

le solía formar en la boca del estómago justo antes de comenzar una carrera. Inquieto, ladeó a un lado y a otro la cabeza forzando las vértebras mientras contemplaba la tensa espalda de Mateo. No necesitó elucubrar sobre qué estaría pensando, lo sabía con exactitud, como sabía el bien que podría hacerle en esos momentos una mano amiga y unas palabras de aliento.

Echó un vistazo alrededor intentando distinguir entre tanto ciclista a algún miembro de su equipo, alguien que, como él, se percatará del estado del chaval y solidario, decidiera distraer su nerviosismo. Cerca solo vio a Mulder, que continuaba enfrascado en su cháchara; el resto debía de estar en los primeros puestos o incorporándose a la cola del pelotón.

Mascullando un reproche contra sí mismo por su incapacidad para ser juicioso, se fue abriendo camino entre los corredores hasta colocarse a la derecha de Mateo.

—¿Todo bien, chaval?

Mateo ladeó un poco la cabeza para poder mirarle sin enderezar la espalda. Había en sus ojos una mezcolanza de impaciencia y delirante entusiasmo, una luminosidad, que dejó por un momento a Bernhard sin palabras.

—¿Nervioso? —logró preguntar al fin.

La sonrisa que asomó a los labios del chaval fue amplia y sincera, a juego con su mirada.

—Como un niño la Noche de Reyes.

Bernhard asintió y, contagiado de aquella sonrisa, sonrió a su vez sin apenas percatarse de ello. Se recordó a sí mismo muchos años atrás, aún más joven que Mateo, y al igual que él, montado en la bicicleta rodeado de decenas de ciclistas a la espera del inicio de su primera gran vuelta. Después de mucho tiempo, de demasiados desengaños y duras experiencias, saboreó de nuevo ese recuerdo que el tiempo se había tragado, ese instante efímero y la felicidad arrolladora que lo acompañó, y una nostalgia que pensó que jamás volvería a sentir, se le extendió por el pecho como un oleaje apacible.

—Eso está bien. Sin ilusión no vale la pena dejarse la piel pedaleando —afirmó, preguntándose cuándo había dejado él de

aplicarse aquella máxima.

Mateo enderezó la espalda y le contempló con una expresión anhelante.

—Lo vamos a conseguir, ¿verdad?

Por un momento, Bernhard no supo a que se refería y en su confusión pensó con horror que el chaval estaba a punto de materializar la escena de la que llevaba huyendo desde el día anterior, desde la última mañana en Palma.

—¿Qué quieres decir? —inquirió, mirando a su alrededor con recelo.

—Ganar los puntos que necesitamos e ingresar en la UCI WorldTour con todo el derecho.

Con cierto alivio, soltó un resoplido burlón.

—¿Te basta con que yo te diga que sí?

La sonrisa de Mateo se ensanchó y sus ojos destellaron de felicidad.

—Sí —afirmó con una sencillez ingenua y radiante, que por un momento hizo creer a Bernhard que tal vez sí que bastaba con que el chaval lo creyera.

Hubo un movimiento de ciclistas a su alrededor y Parisse, perfectamente equipado, se les aproximó desde atrás y se detuvo a la izquierda de Mateo.

—¡Eh, Mateo! —Llevaba en la mano un par de sobres de gel energético y se los tendió—. *Ti piaceranno questi*. *Direttamente dall'Italia, un autentico boccone del cardinale!*[1] —Se bajó las gafas un poco y miró con socarronería a Bernhard—. *Mi dispiace, non ne ho per te. Il ragazzo è abbastanza grande da crescere*[2].

—*Tutto ciò che viene dall'Italia è sopravvalutato*[3] —replicó Bernhard perfilando las palabras con su acento austriaco y brindándole una mueca sardónica.

Parisse, sin perder el gesto burlón, pasó los dedos por debajo de la barbilla en un movimiento rápido y contundente.

Mateo, con la expresión de quien no ha entendido nada de los irónicos comentarios de sus dos compañeros, cogió los dos geles.

—Gracias.

—*Dai, andiamo*[4]. —Parisse le dio un par de palmadas en la espalda y avanzó impulsándose con los pies—. *Otero aspetta lì davanti*[5]*.*

Ambos se internaron en el pelotón mientras Bernhard, de repente y para su asombro, se percataba de que la preocupación por su relación con Mateo no solo le había hecho olvidar que participaba de nuevo en la París-Niza, que volvía a codearse con los grandes y tenía una última ocasión en su carrera de destacar entre los mejores, sino también, sus sospechas sobre la lealtad de Otero.

DOS

Fragmento del podcast *Último kilómetro:* París-Niza 2024, 1º etapa (Les Mureaux → Les Mureaux).

Azonic: Perdona que te lleve la contraria. Para mí la fuga del día ha sido la de Stefan Bissegger, Rutsch y Mathieu Burgaudeau. Lo de Anthony Turgis, yo ni lo cuento.

Cervélo: ¡Ojo! Lo neutralizaron a menos de dos kilómetros de meta.

Azonic: Previsible. El pelotón ya había decido que la etapa terminaría en esprint, se le echaron encima en cuanto quisieron. Al menos los otros tres consiguieron algo con su escapada al puntuar en los premios de montaña.

Cervélo: ¿Te esperabas lo de Jorgenson y Evenepoel?

Azonic: ¿Que lograran el esprint intermedio? Y tanto. Van a por todas. Quédate con lo que te digo, a estos dos los veo en el podio de Niza.

Cervélo: [carcajada] ¿Ya te atreves a vaticinar un ganador? Acuérdate del año pasado en el Giro, que no diste una.

Azonic: Me atrevo a eso y a algo más. Evenepoel o Jorgenson como ganador, y me apuesto contigo una cena a que uno de los dos equipos invitados nos va a dar una buena sorpresa.

Cervélo: Estás pensando en el Global-Ventura, ¿a qué sí? He de admitir que han tenido un buen estreno en la Carrera hacia el sol. Se han mantenido bien posicionados durante toda la etapa y se les nota fuertes y bien coordinados, y han conseguido puntuar.

Azonic: Yo les veo posibilidades.

Cervélo: ¿De qué? ¿De podio final? ¡Venga, ya!

Azonic: Tienen a Sebastián Otero en sus filas, un ciclista que no sé qué hace todavía en la UCI ProSeries. Con su trayectoria debería haberlo fichado ya un equipo como el Lidl-Trek o el Groupama-FDJ, en donde en estos momentos encajaría perfectamente. Y también están Thierry Gachet y Andrea Parisse.

Cervélo: Y un gregario de lujo, Bernhard Maier. Pero no veo por donde podría saltar la «sorpresa», no deja de ser un equipo invitado de la ProSeries viéndoselas con los mejores de la UCI WorldTour.

Azonic: De la ProSeries, sí, pero muy motivados.

Cervélo: [resoplido] Querer no siempre es poder, amigo Azonic.

Azonic: Pero ayuda. ¿Cena en el Dos Palillos si el Global-Ventura logra subir a uno de los suyos al podio de Niza?

Cervélo: Hecho [sonido de dos manos entrechocando]. Eres consciente de que nuestros oyentes son testigos de la apuesta, ¿verdad? [risita malévola] Ya no puedes retractarte de tu pronóstico.

Azonic: ¿Y tú eres consciente de que en el Dos Palillos el menú más barato es de noventa euros?

TRES

La atención de Jon estaba puesta en las dos pantallas de ordenador que tenía justo delante; por ambas desfilaba el código fuente de la app de rutas de montaña que llevaba varios meses diseñando, a medida que sus ágiles dedos se desplazaban por el teclado. Una tercera pantalla, situada a su derecha y un poco apartada de las otras dos, a la que lanzaba cada poco tiempo rápidos vistazos, mostraba el canal Eurosport, en el que se emitía la quinta etapa de la París-Niza.

A Jon el ciclismo no le resultaba un deporte demasiado atractivo y mucho menos para verlo en televisión, prefería los de contacto como el rugby o el boxeo y, sobre todo, disfrutarlos en vivo. El escaso interés que le inspiraba se debía a Mateo, como los pocos conocimientos que tenía sobre su funcionamiento; lo único que le gustaba de aquel deporte era ver correr a su amigo.

Dejó de teclear y, gruñendo su cansancio, se frotó los ojos. Llevaba demasiadas horas viendo pasar líneas de datos y comenzaba a mezclar códigos y símbolos. Giró su silla ergonómica hacia la pantalla de la derecha al tiempo que pescaba del interior de un portalápices una barrita de regaliz que se metió en la boca. Cogió el mando de la pantalla y le subió el volumen hasta que pudo distinguir las voces de los dos comentaristas deportivos.

Mordisqueando el regaliz observó las imágenes aéreas de un grupo de unos veinte ciclistas que ascendía a buena velocidad por una carretera de montaña. La carrera llevaba más de una hora emitiéndose en directo y las cámaras no habían captado a Mateo ni una sola vez, al menos que él se hubiera percatado. Le fastidiaba perderse su desempeño, pero no era extraño que no le enfocaran. Los grupos escapados y la cabeza del pelotón, o los ciclistas de equipos importantes como el Soudal Quick-Step o el Team Visma, que solían ser los favoritos y dar juego a lo largo de las etapas, captaban toda la atención. Un novato de un equipo invitado como el Global-Ventura no resultaba mediático.

Se fijó en los kilómetros que faltaban para concluir la carrera y calculó que Mateo, si corría dentro del pelotón, tardaría entre cuarenta y cincuenta minutos en llegar a meta, y con suerte dos horas más hasta que estuviera de vuelta en el hotel, lo que significaba que aún quedaba un buen rato para poder charlar con él.

Girando de nuevo hacia el teclado, con la barra de regaliz balanceándose entre los labios, se instó a reanudar su trabajo con el código fuente.

Hablar por teléfono con Mateo tras cada carrera se había convertido en una tradición desde la primera vez que su amigo participó como profesional en una; significaba el fin del día, del esfuerzo, de los nervios, la calma tras el triunfo o el fracaso, un momento que ambos disfrutaban. Mateo aprovechaba para desahogarse, tanto si necesitaba dar rienda suelta a su frustración o a su alegría, y Jon hacía, simplemente, lo que su amigo necesitaba, escucharle.

Desde el comienzo de la París-Niza habían contactado varias veces y por esas llamadas, por cómo y cuánto hablaba en ellas de sus compañeros, del equipo técnico, de los buenos resultados que estaban obteniendo, sabía lo entusiasmado que se sentía su amigo con todo lo que le estaba sucediendo. El hecho de que al austriaco no lo hubiera nombrado ni una sola vez, le hacía sospechar que la situación entre ellos continuaba sin cambios o aún peor.

La voz alterada de uno de los comentaristas captó su atención. La palabra «caída», repetidas varias veces, le hizo empujar la silla

para enfrentar la pantalla de su derecha mientras el otro presentador afirmaba que habían sido varios ciclistas. Al escuchar nombrar al Global, se le erizó el pelo de la nuca y se pegó aún más a la pantalla, en la que se podía apreciar el plano aéreo de la curva cerrada de una carretera que descendía entre unos raquíticos árboles. Dos ciclistas se hallaban tirados en la carretera, uno de ellos se estaba incorporando mientras el otro trataba de quitarse de encima la bicicleta. Un tercer ciclista se había salido en la curva para terminar al final de en un leve terraplén, a los pies de unos árboles. Jon reconoció los colores de su maillot y sintiendo que se le contraía el estómago, aguantó la respiración. No soltó el aire hasta que escuchó decir al presentador:

—El que parece peor parado es Sebastián Otero.

De la imagen aérea pasaron a una toma al pie de la curva con un primer plano de los dos ciclistas del INEOS Grenadiers, que ya habían logrado subirse a sus bicicletas y retomar la carrera. Por un lateral apareció un coche de la organización del que se apearon dos hombres. Con precaución descendieron por el terraplén para atender a Otero. Este se había levantado y permanecía doblado hacia delante con las manos apoyadas en las rodillas.

—Tiene mal aspecto, sí —se lamentó el otro comentarista después de soltar un resoplido—. Una pena, porque se había posicionado muy bien para alcanzar al grupo de escapados.

—Yo lo veía con fuerzas y ganas —añadió su compañero—. No me habría extrañado que llegara de los primeros a meta. Ahora, teniendo al pelotón a menos de treinta segundos, solo e iniciando el puerto, me da que Otero ya no tiene más alternativa que dejarse ir.

Cuando el colombiano comenzó a ascender por el terraplén, Jon pudo apreciar los desgarros que tenía en el culote y también en el maillot a la altura del hombro derecho, y a través de los agujeros, las marcas sanguinolentas que el asfalto había dejado en su piel. Se le veía maltrecho y mareado y supuso, porque Mateo había pasado más de una vez por la misma situación, que también estaría furioso.

Masticando con fuerza el trozo de regaliz que le quedaba, contempló cómo uno de los miembros de la organización cargaba con la bicicleta hasta la carretera. Después de darle un rápido repaso

y comprobar que no tenía daños aparentes, ayudó a Otero a subirse y corrió detrás de él una decena de metros empujando la bicicleta, hasta que por fin el colombiano cogió ritmo y, pedaleando sin fuerzas, se fue alejando de la cámara.

—Hoy podría haber sido su día —afirmó un tercer presentador en un tono grandilocuente—. Mala suerte.

La imagen cambió para dar paso a una toma desde el aire del grupo de escapados y los tres comentaristas se centraron en narrar sus movimientos.

Jon suspiró con cierto abatimiento. La noche anterior, Mateo le había contado durante su conversación telefónica, que el equipo iba a luchar por lograr que Otero hiciera podio en aquella etapa.

—Donde mejor nos movemos es en la montaña —le había explicado—. Este año en la París-Niza hay tres etapas de montaña y dos de media montaña, una de ellas mañana. Así que hay que ganarla o al menos entrar de los tres primeros. De lo contrario, se nos va a hacer muy complicado conseguir los puntos que necesitamos.

Le echó un último vistazo a la pantalla.

—Si que es mala suerte —musitó.

Retornó a su trabajo con una nueva barrita de regaliz en la boca y la determinación de no volverse a distraer hasta que al menos hubiera solucionado uno de la larga lista de problemas de aquella maldita app.

Durante un rato su concentración en las líneas de códigos que fluían por las pantallas fue tal, que tardó en percibir el entusiasmo en las voces de los comentaristas y en entender a qué se debía. Los siguientes treinta minutos, a pesar de que el ciclismo le aburría, los pasó extasiado, con los ojos muy abiertos para no perderse detalle de las imágenes que, desde Francia, retransmitía el canal Eurosport.

CUATRO

Fragmento del podcast *Último kilómetro:* París-Niza 2024, 5º etapa (Saint-Sauveur-de-Montagut → Sisteron).

Azonic: No te estoy negando que la llegada a meta de Olav Kooij ha sido de vértigo y que es el ganador indiscutible y merecedor de la etapa. Lo que pretendo es poner en valor lo que hoy le hemos visto hacer a los miembros del Global-Ventura. No siempre van a ser los ganadores los únicos protagonistas.

Cervélo: Te doy la razón, ha sido muy bonito, una de esas cosas que tiene el ciclismo que te pone la piel de gallina.

Azonic: ¿Bonito? ¡Espectacular! Esa es la palabra. No veía nada igual desde el Tour de Francia del 2018, cuando Egan Bernal llevó a Chris Froome en volandas para que pudiera volver al grupo de favoritos. En el momento en que Bernhard Maier y Mateo Luna se han quedado solos con Santiago Otero… ¡Bueno, bueno, bueno! Es que han conseguido sacar del pelotón a un Otero impotente y tirar de él hasta meterlo en el grupo de escapados. ¿Sabes lo que es empujar a tu compañero por esas rampas del siete por ciento manteniendo el ritmo y la compenetración como lo han hecho ellos?

Cervélo: [resoplido] ¿Saber? Me canso nada más que de pensarlo.

Azonic: Te juro que estaba seguro de que Otero abandonaba.

Cervélo: Y yo. Se le veía desorientado, sin fuerzas… Y el tío va y consigue entrar en quinto lugar. Le ha echado ganas, es verdad, pero tengo claro que si no es por esos dos, se habría bajado de la bicicleta.

Azonic: Es que Maier es de lo mejor que ha visto este deporte, poco se le reconoce.

Cervélo: Menudas piernas tiene a sus treinta y dos años. ¿Y qué me dices de Luna?

Azonic: ¿Ese? Ese es un campeón en ciernes [segundos en silencio] Mira, escucha bien lo que te voy a decir…

Cervélo: ¡Uy, uy, uy, amigos y amigas oyentes! Se nos viene otro pronóstico de nuestro clarividente particular.

Azonic: No soy clarividente, soy un entendido, y veo que Mateo Luna va a dar mucho que hablar en estos días.

Cervélo: Espera, espera que ya sé por dónde vas. ¿Mateo Luna de líder del Global-Ventura? Admito que tengo mis dudas de que mañana Otero se encuentre en condiciones de tomar la salida. Aunque el parte médico que ha compartido el equipo dice que se encuentra bien para continuar, yo lo he visto muy maltrecho. Si abandona, el Global tendría que designar un nuevo líder, pero ese no será el joven e inexperto Luna estando ahí Bernhard Maier o Andrea Parisse. Ándate con ojo, señor clarividente, que me parece que vas a patinar.

Azonic: [risas por lo bajo] Yo solo digo que todos deberíamos estar atentos a Mateo Luna. Y también, que me ratifico en nuestra apuesta. El Global-Ventura subirá a uno de los suyos al podio de Niza.

Cervélo: ¡Qué ganas tienes de invitarme a cenar!

CINCO

Bernhard caminó por el pasillo del hotel arrastrando las chanclas, tan agotado que ni fuerzas ni ganas había tenido para quejarse del maltrato al que, consideraba, le había sometido Carlos. A medida que avanzaba, comprobaba de un vistazo los números de las habitaciones que jalonaban el corredor. Cuando encontró la que buscaba, se detuvo y llamó a la puerta golpeando un par de veces con los nudillos.

Abrió Mulder, vistiendo uno de los albornoces del hotel y con el mojado pelo pegado a la frente. Se le ensanchó la sonrisa al verle y, haciéndose a un lado, lo dejó pasar.

—¡Gran hombre máquina! —exclamó.

Bernhard le dirigió una mirada suspicaz.

—Me tomaré eso como un cumplido —replicó.

—*Ottimo lavoro, amico*[1] —le felicitó Parisse.

El italiano se hallaba desparramado sobre un sillón pequeño situado junto a la ventana, con las desnudas piernas extendidas a todo lo largo y los brazos laxos colgando a los lados de su cuerpo. En el suelo, al alcance de su mano, había una botella de plástico que contenía un líquido de color azul, la agarró y, alzándola primero en dirección a Bernhard y después hacia Otero, que descansaba en una de las dos camas, exclamó antes de beber de ella:

—*Per voi!*[2]

—¿Le has echado algo a esa botella, Parisse? —preguntó Bernhard, sentándose en el borde de la cama que estaba desocupada.

—*Porca miseria!*[3] —gruñó ceñudo—. *Magari!*[4].

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó Bernhard a Otero.

El colombiano volvió su macilento y magullado rostro hacia él, exhibiendo una mueca en los labios que trataba de ser burlona. Tumbado como estaba, vistiendo nada más que unos calzoncillos rojos que enmarcaban sus caderas, y con el hombro derecho y el lateral del muslo cubiertos con un aparatoso vendaje, era la viva imagen de la derrota y la extenuación.

—Como si me hubiera salido en una curva a setenta por hora —dijo mientras, haciendo fuerza con los codos y empujando con los pies, se incorporaba hasta recostar con un leve lamento, la espalda en el blando cabecero de la cama.

Bernhard reprimió el impulso de ayudarlo; sabía, porque había estado más de una vez en el lugar de Otero, que en esos momentos, con testigos delante, el gesto no habría sido bienvenido.

—No presumas —Apoyó las manos en la cama y se reclinó hacia atrás—, no ibas tan rápido.

—¡Sí, sí! —intervino Mulder—. Rápido, rápido. Yo vi Youtube…

Lanzó la mano hacia delante y abajo en un movimiento repentino y veloz acompañado de un «fiu» que pronunció alargando de forma exagera la «u». Torció la muñeca en el aire con brusquedad, volteó varias veces la mano y terminó por golpearla contra la palma de la otra emitiendo un sonoro «cataplón».

Los otros tres le contemplaron sin pronunciar palabra.

—¡Cataplón! —repitió, asintiendo satisfecho.

—Me has puesto los pelos de punta —ironizó Bernhard. Señaló con el dedo a Otero, casi con desgana—. Me gustaría charlar un rato con él. ¿Os importa dejarnos solos?

Parisse, refunfuñando como lo habría hecho un viejo artrítico, se enderezó en la silla.

—*Andiamo*, Jesse —le dijo al holandés. Se puso en pie y metió la botella en el bolsillo de la sudadera que vestía—. *Sgranchiamoci un*

po' le gambe[5].

Empujó a Mulder hacia la puerta y este, con una expresión de perplejidad en el rostro, se dejó guiar dócilmente. Bernhard esperó a que salieran de la habitación para volverse hacia el colombiano.

—Y ahora dime, ¿cómo te sientes?

Otero le contempló con unos ojos ensombrecidos y un rostro surcado de tensas arrugas. Ambos se sostuvieron la mirada unos segundos hasta que el colombiano giró la cabeza en dirección a la ventana. Bernhard apoyó los brazos en sus muslos y entrelazó los dedos inclinando hacia delante la cabeza. Se quedó un rato contemplándose los desnudos pies embutidos en las chanclas, rumiando lo que había visto en los ojos de Otero, algo que no le cogía por sorpresa, que ya sabía desde el momento en que escuchó por el pinganillo que su compañero había tenido una caída, pero que no por ello le resultaba menos difícil de aceptar.

—¿Lo sabe ya Velazco? —preguntó con la cabeza gacha.

No quería que Otero advirtiera en su rostro la decepción que le era imposible no sentir.

—Ha quedado en subir dentro de un rato. —Otero habló sin dejar de mirar por la ventana—. Se lo diré entonces.

—¿Te lo has pensado bien?

—Lo he visto muy feo, hermano. —Contrajo el ceño y sus oscuras cejas sobresalieron un poco más por encima de los entornados párpados—. Pensé que ahí quedaba. No sé de dónde saqué valor para volverme a subir a la bici y terminar esa joda de etapa. Ni mi cabeza ni mi cuerpo me dan para seguir peleando mañana. —Giró un poco el rostro hacia Bernhard—. Lo siento por el equipo, hermano, y por ti. Ustedes se han partido el alma por mantenerme en la carrera. Pero sobre todo lo siento por Mateo.

Bernhard supo que estaba siendo sincero, y dejó caer aún más la cabeza entre los hombros.

El Global-Ventura al completo se había volcado para lograr que Otero, tras reincorporarse a la carretera y ser engullido por el pelotón, remontara puestos. Él mismo, junto a Mateo, había tirado del colombiano los últimos veinte kilómetros, los más duros de toda

la etapa, hasta alcanzar a los escapados y así darle la posibilidad de participar en el esprint final. Había sido un trabajo de todo el equipo, una verdadera conjunción de voluntades, destreza y entrega que, de seguro, sin Mateo, no se habría logrado.

Mientras tiraba de Otero trepando por aquellas rampas infernales, pedaleando con las piernas duras como troncos, la frecuencia cardiaca descontrolada y el cuerpo ardiendo de puro agotamiento, cada vez que volvía el rostro por encima del hombro veía a Mateo a un lado del colombiano, con la mano en sus riñones, unas veces empujando otras solo dejando sentir su presencia, animándole a continuar con entrecortadas frases; sin presión, sin quejas, sin mencionar lo mucho que el equipo iba a perder si no terminaba la etapa; alabando su pericia, su capacidad, su voluntad, con una amabilidad que rozaba la ternura. A Bernhard el corazón se le había inundado de orgullo y admiración por aquel chaval sudoroso y exhausto, que seguía dando pedales sin perder el coraje ni las ganas, derrochando generosidad y nobleza, demostrando que era mucho más que un profesional.

Había llevado a Otero hasta la meta por Mateo, había aguantado por él, para que su esfuerzo valiera la pena, para que su entrega e ingenuidad tuvieran recompensa. Lo había hecho aun a sabiendas de que todo era en balde.

—¿Abandonarías si no hubieras fichado por el Groupama?

Otero cerró los ojos y reclinó la cabeza hacia atrás con una exhalación que parecía haber estado reteniendo en los pulmones.

—No —respondió—. Y sería una locura. Pero ¿cuántas veces hemos cometido ese error? ¿Cuántas nos hemos dejado atrás nuestra seguridad, nuestro futuro, por la remota posibilidad de un triunfo más, por esa vaina del orgullo?

Abrió los párpados y miró a Bernhard. El cansancio se había acentuado en su rostro y sus oscuros ojos parecían aún más hundidos.

—¿Cuántas veces lo hiciste tú, hermano, sin que sirviera de nada?

Bernhard le devolvió la mirada en silencio. No hacía falta responder a su pregunta, ambos sabían que eran demasiadas veces.

Apoyando cansadamente las manos en los muslos, se puso en pie.

—Ha estado bien volver a correr juntos —afirmó, alargando la mano hacia Otero al tiempo que le guiñaba un ojo con cierta tristeza.

El colombiano se la estrecho esbozando una derrotada sonrisa.

—Ha estado bueno, loco.

SEIS

Abandonó la habitación de Otero y, olvidando su cansancio, avanzó a buen paso por el pasillo en dirección a la del chaval; era posible que, si el fisio había terminado con él, lo encontrara en ella preparándose para la cena. Después de confirmar el abandono de Otero, tenía en mente un claro propósito y para poder ponerlo en práctica primero debía hablar con Mateo a solas, algo que no había sucedido desde que se despidieran en Palma.

Durante los cinco días que llevaban compitiendo, apenas habían mantenido contacto salvo para tratar algún tema en relación al equipo o la vuelta, o cuando el desarrollo de la etapa hacía necesario que dialogaran. Bernhard lo rehuía y el chaval no le buscaba, aunque mantenían las apariencias y durante las comidas o en los traslados en autobús se dirigían algún comentario trivial. Con su actitud no pretendía ser cruel ni insensible, sino hacer lo mejor para los dos. Su forma de actuar era el resultado de haberse repetido una y otra vez que ser distante con él y evitarlo, que mostrarse indiferente a sus miradas, a su presencia, prevenía cualquier desliz suyo, de ambos; que, aunque cada día le supusiera un mayor sufrimiento dejarlo de lado, no mirarlo ni tocarlo, tragarse el incontenible deseo que despertaba en él, era así como únicamente podía protegerlo. Sin embargo, aquella tarde, al cruzar la meta, saboreando la euforia de haber estado tan cercanos mental

y fisicamente, tan unidos en la empresa de proteger y guiar a Otero, solo pensaba en bajarse de la bicicleta y atraparlo entre sus brazos, estrecharlo contra su pecho con las pocas fuerzas que le quedaban y decirle lo mucho que se enorgullecía de él, decírselo una y otra vez hasta quedar ronco; contarle cómo verle pedalear hasta el último resuello por el colombiano, por el equipo, había conseguido que una nostálgica ilusión por aquel deporte volviera a crecer en su corazón; confesarle que le quería a su lado en aquella carrera, en cualquier carrera, que le quería siempre a su lado.

En vez de ello, mientras los compañeros iban llegando y se detenían para felicitarse unos a otros por el trabajo bien hecho y Mateo recibía alabanzas con el rostro encarnado y la mirada febril por la emoción, él le había dado la espalda para marcharse sin dirigirle la palabra, seguro de que si se acercaba, si le hablaba, siquiera rozaba su cuerpo, perdería el poco control que todavía conservaba y lo besaría sin importarle el mundo a su alrededor.

Rememorando como un masoquista su decisión, que le había resultado tan amarga, tan difícil de vivir, se distrajo y pasó de largo la habitación de Mateo. Volvió sobre sus pasos mascullando palabrotas en alemán y llamó a la puerta. Quien la abrió fue Mulder.

—Hombre máquina otra vez —anunció con una expresión de divertida curiosidad.

Parisse, sentado en los pies de la cama, se inclinó hacia delante para poder ver quién había llegado. Se lo quedó mirando en silencio, limitándose a levantar una inquisitiva ceja.

—¿Está Mateo? —preguntó al entrar en la estancia.

Parisse señaló la puerta del baño alzando la barbilla. Bernhard apoyó las manos en las caderas y, dirigiendo una mirada incomoda a sus dos compañeros, dijo:

—¿Podrías iros a dar una vuelta? Necesito hablar con el chaval.

—*Cosa succede oggi con te?*[1] —inquirió el italiano con suspicacia —. *Che cosa stai tramando?*[2]

Bernhard torció la cabeza a un lado y apretó la boca.

—*Va bene*![3] —exclamó malhumorado. Se puso en pie y arrastrando por el brazo a un Mulder por completo desconcertado,

salió mascullando—: Puñetero Maier.

Se quedó plantado en mitad de la habitación, con los ojos clavados en la puerta del baño. Decidió llamar y cuando iba a hacerlo, la puerta se abrió y Mateo, vestido con unos pantalones de deporte amplios y una sudadera azul, secándose el pelo con una toalla, salió del baño. Al ver a Bernhard se quedó inmóvil. Sus ojos se agrandaron y un leve rubor acudió a sus mejillas.

—Hola —saludó, dejando entrever en su tono un vestigio de timidez. Revisó la habitación de un vistazo y preguntó—: ¿Buscas a Parisse?

—No. —Bernhard se enderezó sin retirar las manos de las caderas—. Le he pedido a él y a Mulder que se vayan. Tenemos que hablar.

El sonrojo de las mejillas de Mateo se acentuó. Sus hermosos ojos pardos se animaron con un repentino brillo de expectación, y una temblorosa y escueta sonrisa acudió a sus labios. Apartó la mirada y sin entrar en el baño lanzó la toalla dentro del lavabo. Después fue hacia un sillón que había junto a la ventana, retiró del asiento una bolsa de viaje que dejó caer al suelo y se acomodó en él.

—Esa es mi cama. —Señaló con el dedo la que se hallaba más próxima—. Puedes tumbarte y descansar las piernas.

Bernhard se sentó en ella con un movimiento impaciente. Sus rodillas quedaron a medio metro de las del chaval y al darse cuenta, se apartó un poco. Mateo, con la vista baja, se peinó los cabellos hacia atrás con ambas manos. El gesto le pareció a Bernhard demasiado sensual y durante unos segundos solo pudo pensar en la suavidad de aquellos cabellos que tan bien recordaba, en el aroma a champú de flores que desprendían.

—Dime —le animó Mateo, recostándose en el respaldo del sillón con un mohín de cansancio.

—Otero abandona.

—¿Cómo? —Sus palabras le hicieron enderezarse de golpe con la preocupación alterando la serenidad su rostro—. ¿Tan mal está?

—No te alarmes. —Movió la cabeza, no solo para negar sino también para sacudirse las contradictorias emociones que la

conversación con Otero había hecho anidar en su mente—. Está bien pero no continuará. Se lo dirá a Velazco en breve y antes de que el director lo sepa tenemos que organizarnos.

—¿Organizarnos…? —inquirió, perplejo—. ¿Para qué?

—Voy a proponerle a Velazco que te nombre líder.

Mateo se le quedó mirando con unos ojos muy abiertos.

—Se resistirá —continuó Bernhard—. Por eso, antes tenemos que ir a hablar con los compañeros. Si conseguimos el apoyo de la mayoría, Velazco entenderá que designarte como líder es lo mejor para el equipo —Calló para darle al chaval la posibilidad de expresar lo que fuera que le estaba pasando por la mente, y ante su silencio, añadió—: ¿Vamos? No tenemos mucho tiempo.

La sorpresa se diluyó en el rostro de Mateo y una dureza, que Bernhard no entendió, oscureció sus ojos. Tampoco entendió que se le crispara la mandíbula, ni que cerrara ambas manos en unos apretados puños.

—¿Eso es lo que has venido a hablar conmigo? —preguntó, pronunciando cada palabra con una cadencia lenta y pesada.

A Bernhard, aunque le pareció que la respuesta era obvia, respondió con un escueto «sí».

—¿De nada más? —insistió Mateo.

—¿Qué es lo que te pasa?

Las mejillas del chaval volvieron a acalorarse. Se levantó y se dirigió sin prisas al baño.

—Lárgate —le ordenó antes de entrar.

Se quedó pasmado, tanto que apenas acertó a preguntar:

—¿Cómo que me largue?

—Si no tienes nada más que decirme, vete —le oyó decir desde el baño en un tono perentorio.

—¿Qué pasa? ¿Es que no has entendido nada de lo que…?

—¡Eres tú el que no entiende! —le cortó Mateo, saliendo del baño como una exhalación. Tenía el rostro muy rojo y Bernhard supo de inmediato que no era por vergüenza—. Llevo esperando que vengas a hablar conmigo desde Palma, desde que te levantaste de la cama y me trataste… me trataste… —Calló un momento como si necesitara hallar las palabras correctas, aunque las tenía en la punta

de la lengua—. Como a un sórdido ligue de cuarto oscuro. Y en el aeropuerto… —Sus ojos destilaron una furia encendida—. Si no llego a pedirte el número de móvil ni te habrías acercado a mí para despedirte.

—Mira chaval, nos estamos jugando mucho, nosotros y el equipo, no es el momento…

—¿De qué? —le atajó de nuevo—. ¿De hablar de lo que siento? ¿De cómo me has hecho sentir? —Comenzó a andar por la habitación sin rumbo—. Sé que no debí atosigarte con llamadas. Es mi culpa, lo admito. No pensé que pudieras estar sintiéndote hostigado. Admito que me equivoqué, lo sé, y lo siento. Por eso te he dado tu espacio y he soportado que te comportes conmigo todos estos días como si fuera un maldito apestado.

—Deja de caminar así. —Bernhard se frotó la frente con unos dedos rígidos. Una angustia espesa se le estaba extendiendo por el estómago—. Cargarás las piernas.

—¡Y hoy! —exclamó ignorando sus palabras, con el semblante trastocado por la decepción y el dolor—. Después del día que hemos pasado juntos en esa carretera, de lo que hemos conseguido para Otero, para el equipo, de lo increíble que ha sido rodar contigo… ¡Ni siquiera te has acercado a estrecharme la mano!

—¡Chist…! —le instó, azotado por una mezcla de rabia y arrepentimiento—. Nos van a oír.

Mateo se paró en seco y se le quedó mirando con un velo de rencor en los ojos.

—Eso es lo único que te preocupa.

—Intento protegerte, joder —soltó entre dientes, sin querer mirarle a la cara.

—No me uses de excusa. Te estás protegiendo a ti mismo. Y lo entiendo. —Alzó el rostro y se mordió el labio inferior tratando de contener algo que no eran palabras—. Entiendo que no te vas a arriesgar por alguien hacia quien no sientes nada —afirmó con desesperanza y los ojos clavados en el techo—. Entiendo que no puedes corresponder mis sentimientos, que no puedes… Pero… —Movió un poco la cabeza a un lado y a otro como si le pesara—. Por favor, deja de tratarme como a una mierda.

Bernhard se puso en pie de un brinco, indignado, dolido, aún intentando procesar el significado exacto de aquel «no puedes corresponder mis sentimientos».

—¡Nunca ha sido esa mi intención!

No mentía, aunque sabía que el chaval tenía buenas razones para pensar lo contrario.

—Vete —Mateo retrocedió como si temiera que le fuera a tocar—. No quiero seguir hablando contigo.

—Espera un momento…

—Y no estoy preparado para ser líder —le espetó—. Solo quieres proponerme porque te sientes culpable de cómo me has tratado y piensas que me compensas ayudándome a medrar. Tú o Parisse debéis asumir ese puesto. Y si eres líder correré para ti… —Algo le estranguló la voz, aunque se esforzó por continuar—. Lo haré porque cuando era un crío soñaba con ser tu gregario, con ayudarte a ganar el Tour. Para mi correr con el mejor ciclista, correr junto a Bernhard Maier, ya era un triunfo, era todo…

—¡Basta! —le cortó vehemente—. ¡Basta ya! Soy un perdedor, Mateo. ¿Me escuchas? Un perdedor. Me rendí. Sí, estuve arriba, fui uno de los grandes, pero yo quería más, mucho más, y no supe aceptar que no podía conseguirlo. Y cuando las decepciones importaron más que los triunfos, me rendí. ¿Entiendes? —Apretó con fuerza los puños—. Deja de verme como a un dios del ciclismo. Deja de confundir esa admiración que no merezco con…

—¿Con qué? —se adelantó Mateo tratando de contener su voz y sus gestos—. ¿Con amor? Lo preferirías, ¿verdad? Te quitaría un peso de encima. ¿Pero, sabes qué? Te equivocas, no estoy confundiendo nada. Y si de algo estoy seguro en estos momentos, es que no mereces que me haya enamorado de ti.

Se dio la vuelta y se metió en el baño cerrando la puerta de golpe.

Bernhard se sentó como un peso muerto en el borde de la cama, tratando de exhalar en un suspiro toda la culpa y la rabia que sentía en aquel momento. Se cubrió el rostro con las manos carcomido por la impotencia, y murmuró una ristra de maldiciones en alemán que quedaron atrapadas entre los dedos. Escuchó de nuevo en su cabeza

las palabras del chaval, ese «no mereces que me haya enamorado de ti», que habría preferido no escuchar nunca, y un palpitar extraño y lacerante le golpeó las costillas.

Con un reniego que era más un lamento, se puso en pie sintiendo las piernas temblorosas y no por la fatiga. Su sentido común le exigía, como hacía siempre, que dejara las cosas como estaban; su alma en cambio renegaba, se sacudía empujándolo hacia aquella puerta cerrada.

Se acercó al baño y llamó con los nudillos una sola vez, obteniendo como respuesta únicamente silencio.

—Mateo. —Pegó la frente a la madera y cerró con fuerza los párpados intentando en vano calmar sus abrumadores pensamientos —. Escúchame. Te juro que lo siento. Lamento haber cometido tantos errores contigo y haberte confundido con mis acciones. Siento el daño que te he hecho. Tienes razón. Te mereces a alguien dispuesto a darte… —Se tomó unos segundos para respirar hondo—. Dispuesto a darte su amor incondicionalmente. Que no se avergüence de sus sentimientos. Que no tenga miedo. Que te ame sin importarle lo que opine el resto del mundo… Que te ame, Mateo. Y ese no soy yo. Si es lo que esperas de mí… —La voz se le quedó atrapada en la garganta, en el doloroso nudo que se había formado en ella, y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para decir con su habitual tono profundo y firme—: Lo siento.

Aguardó, sin llegar a escuchar ningún sonido procedente del otro lado de la puerta, y cuando fue incapaz de soportar ni un segundo más de aquel helado silencio, se marchó.

UNO

La carretera por la que a aquellas horas discurría la etapa, no era demasiado estrecha ni sinuosa, aunque obligaba al pelotón a pedalear codo con codo. Atravesaba un paisaje brumoso y desapacible de bosquecillos de pinos esparcidos por los márgenes, bajo negros nubarrones que se agrupaban en el cielo hasta donde la vista alcanzaba. No hacía mucho había llovido, aunque no demasiado, lo suficiente dejar el asfalto resbaladizo y salpicar de charcos las cunetas. Por diversas razones, a Bernhard le parecía un asco de día para correr la sexta etapa de la París-Nisa, aunque el hecho de que la mañana se hubiera presentado lluviosa y fría no era la peor de ellas.

Mascullando palabrotas, se limpió las mejillas y la frente frotando con el guante por enésima vez. Ocupaba los puestos de cabeza en el pelotón, rodando a buena velocidad junto a Parisse, Usarraga, Mulder y Mateo, y las ruedas traseras de los pocos ciclistas que iban por delante de ellos le salpicaban agua sucia en el rostro. Era algo habitual con el asfalto mojado, una eventualidad a la que estaba más que acostumbrado, aunque aquella mañana, hasta el más insignificante detalle ayudaba a empeorar su nefasto humor.

Había pasado una noche horrible, durmiendo a ratos, poco y mal, con la mente enredada en ideas victimistas, evocando en un ir y venir de pensamientos confusos los momentos vividos con el chaval,

los mejores, pero, sobre todo, los peores. Al levantarse, lo había hecho con la sensación de estar en plena resaca: aturdido, cansado, enfermo, con una ansiedad desatada que a falta de chocolatinas no había podido calmar, y que justo en aquellos momentos, cuando más concentrado debía de estar en la carrera para no terminar en una cuneta, más ideas inútiles vertía en su cabeza.

Miró de soslayo hacia su derecha, buscando a Parisse. El italiano sí pedaleaba concentrado. Lo hacía rodeado de varios ciclistas del equipo Alpecin, con su pequeño cuerpo agazapado sobre la bicicleta, el rostro un poco inclinado hacia abajo y una seguridad y un ritmo en las piernas envidiables.

Bernhard estaba deseando que Buenafuente, desde el coche, diera luz verde para atacar, o en todo caso que Parisse aprovechara cualquier descuido del pelotón y decidiera dar el salto. Ansiaba terminar aquella etapa —le daba igual si ganando o perdiendo—, solo quería acabar de una vez, concluir la maldita vuelta y por fin regresar a casa donde poder dedicarse a enterrar en lo más profundo de su corazón todas las confusas emociones que el chaval había despertado en él, la incertidumbre, la culpa, y ese reciente y extraño dolor que se le infiltraba en los huesos cuando evocaba la gélida indiferencia que Mateo le había mostrado aquella mañana y que, para empeorarlo todo, no había pasado desapercibida para otros.

Gachet, que solía ir por el mundo sin enterarse prácticamente de nada de lo que sucedía a su alrededor, le había preguntado al subir al autobús, en francés y entre susurros, si él y Mateo habían discutido. En ese instante, sacudido por una acuciante alarma y mientras se desplazaba por el bus hasta su asiento, había examinado con atención a sus compañeros, preguntándose cuántos más estarían al tanto de que algo extraño les sucedía, de que su relación actual distaba mucho de ser la misma que habían tenido durante la concentración. Para su alivio no llegó a captar miradas disimuladas ni conversaciones sospechosas, y nadie más le comentó nada al respecto; la delicada situación del equipo, con el abandono de Otero y el anuncio de Parisse como nuevo líder, concentraba toda la atención de los ciclistas.

Durante el traslado a Sisteron, con el equipo sumido en un taciturno silencio, Velazco había marcado las directrices para aquella jornada. Como el día anterior, el objetivo era ganar la etapa. La media montaña les favorecía, la lluvia y los intereses del Team Jayco y del Bahrain, que iban a la cabeza de la clasificación y buscaban reafirmar el liderazgo, no. Tampoco el estado de ánimo del equipo.

—Sé que el hecho de que Otero no pueda continuar con nosotros nos ha dejado a todos tocados —había comentado Velazco—. Sin embargo, no es momento para dejarnos llevar por el pesimismo. Nos quedan tres etapas y hay que aprovechar al máximo las oportunidades que se nos presenten. ¿Tú que dices, Parisse?

El aludido, que atendía comiendo un plátano, había levantado el brazo con los dedos mostrando el signo de la victoria al tiempo que masticaba de forma exagerada y sacudía la cabeza igual que un cantante heavy en pleno concierto. Aquella pose chistosa, tan poco habitual en él, había conseguido arrancarle una sonrisa a la mayoría de los presentes y relajar la tensión.

La repentina maniobra de varios ciclistas del UAE que marchaban por delante sacó a Bernhard de sus divagaciones. Los vio abrirse hacia los lados y dejarse caer hasta integrarse poco a poco de nuevo en el pelotón por detrás de él. Buscó a su líder, Brando MacNulty —uno de los favoritos de la vuelta—, entre el resto de corredores que habían quedado en cabeza, sin dar con él. Miró a Parisse, cuya posición era ahora más cercana —unos pocos metros por delante, a su derecha—, y este le guiñó un ojo dedicándole una mueca maliciosa.

El italiano acercó la boca al pecho y le habló al micrófono que tenía bajo el maillot. De inmediato, Buenafuente habló por el pinganillo:

—¡Venga, muchachos! Preparaos que vamos. Atentos a Parisse.

Al oír aquello, Bernhard consultó sus registros en el ciclocomputador.

Llevaban de carrera poco más de dos horas y casi cien kilómetros que ya pesaban en las piernas y en los riñones, y quedaban otros cien para meta y dos puertos de segunda, el último con rampas del diez por ciento de media. Con tanta etapa aún por delante, no

habría escogido precisamente ese lugar ni momento para una escapada, aunque entendía que Parisse sí. El italiano era un especialista en descensos, tenía poco peso pero un cuerpo aerodinámico y una enorme pericia trazando curvas a gran velocidad, y había dos fuertes bajadas hasta el Col de Gourdon y una tercera, vertiginosa, hasta la Côte de La Colle-sur-Loup. Si en esas bajadas lograban sacarle suficiente ventaja al pelotón, ganarían tiempo para ascender por la Côte de La Colle-sur-Loup, puntuar en el esprint intermedio y descender hacia la meta.

Bernhard esbozó una mueca sarcástica y desplazó las caderas para encontrar una posición más cómoda en el sillín. Podría haber sido un bonito plan para terminar la mañana, un plan triunfador, de no ser porque el resto de los equipos no se lo iban a poner fácil y seguirle el ritmo a Parisse en las bajadas era siempre un riesgo.

Movió la cabeza en todas direcciones buscando a sus compañeros. Localizó a Mulder a su izquierda, a Usarraga tras Parisse y a Mateo pedaleando a su rueda. El chaval, que llevaba unas gafas con los cristales trasparentes, evitó cruzar la mirada con él al tiempo que torcía los labios en un gesto adusto. Bernhard sintió una repentina furia por aquella actitud infantil, y también una hosca tristeza que le supo a pérdida y desengaño.

«Ahora no», se recriminó. «¡Concéntrate, joder!».

Advirtió que Parisse progresaba hasta situarse a la cabeza del pelotón. Se puso las gafas, que hasta el momento había llevado sujetas en el casco y, con un sutil cambio en el pedaleo, se colocó a la rueda del italiano. Imitándolo, Mulder, Usarraga y Mateo se posicionaron a su alrededor. El resto de ciclistas se percataron de su intención y una corriente invisible recorrió los primeros puestos. Parisse comenzó a tirar, y de inmediato el pelotón se adaptó al nuevo ritmo sin especial dificultad.

De repente, Usarraga relevó al italiano, aumentando significativamente la velocidad, y en cuestión de segundos los cuatro formaban detrás de él una apretada fila con un pedaleo firme y constante que les fue alejando de modo notable del pelotón.

Dándose relevos, comenzaron a ascender una colina empinada seguidos de cerca por una de las motos que retransmitía la carrera.

Para cuando la coronaron, Buenafuente les informó por el pinganillo que le sacaban al pelotón dos minutos y que había obtenido de la organización el permiso para situarse con el coche detrás de ellos.

Parisse, para dirigir el pronunciado descenso que se les presentaba, volvió a la primera posición. Bernhard se dejó caer al último puesto, a la rueda de Mulder; en las bajadas, donde solía pecar de cauteloso, prefería no entorpecer a los compañeros y dejarles vía libre. Desde esa posición, al mirar por encima de su hombro, vio al coche del equipo a unos prudentes cien metros, seguido por uno de los vehículos de la organización.

Como había imaginado que haría, Parisse se entregó con agresividad al descenso y en pocos minutos, con la moto de televisión a su saga, les sacó a los cuatro una buena ventaja. Lo perdió de vista en una curva cerrada y hasta que no comenzaron a subir la pequeña cuesta que llevaba a la población de Gréolières, no volvió a ver su espalda.

Tras atravesar el pueblo bajo los aplausos y vítores de los vecinos que salpicaban las aceras portando banderas y paraguas, se encontraron con una nueva pendiente, aún más pronunciada que la anterior, que Parisse volvió a aprovechar desmarcándose del grupo. Buenafuente les aconsejó que dejaran al italiano a su aire, que no se quemaran intentando alcanzarlo, pero que evitaran ser neutralizados por el pelotón, al que sacaban ya cinco minutos.

Media hora después de su escapada, llegaron a la base del Col de Gourdon. Las rampas que los recibieron, con una media del cuatro por ciento de desnivel, ascendían entre encinas y bajo un cielo que no dejaba pasar ni un rayo de sol. Parisse les había sacado una buena ventaja y solo cuando el trazado de la carretera y los árboles lo permitían, Bernhard era capaz de captar su figura en la distancia.

Una moto de televisión les adelantó y a unos treinta metros por delante redujo la velocidad para poder retransmitir su subida sin estorbar. A medida que progresaban hacia la cima, el número de aficionados apostados en los arcenes iba en aumento. Les daban ánimo aplaudiendo a su paso, algunos incluso corrían unos metros

en paralelo o por detrás, demasiado cerca para el gusto de Bernhard.

Aprovechó un tramo largo sin curvas para comerse la mitad de una barrita energética y beber agua. Después, poniéndose en pie sobre los pedales, aceleró con la intención de adelantar a Usarraga y colocarse a la rueda de Mateo, que en aquellos momentos tiraba del grupo. El chaval pedaleaba con una entrega que Bernhard calculó que era excesiva para el objetivo que Buenafuente les había marcado: economizar fuerzas por si llegado el momento Parisse les necesitaba en la Côte de La Colle-sur-Loup, que con sus diez por ciento de desnivel era el lugar en donde posiblemente el pelotón, si aún no lo había logrado, intentaría cazarlos.

Salió de la rueda del chaval y fue progresando para darle un relevo. Cuando estuvo a su altura, ambos se miraron. Bernhard le hizo un gesto con la cabeza, indicándole que le cediera el puesto. Mateo le sostuvo la mirada unos segundos y apretando la mandíbula, aumentó la cadencia de pedaleo despegándose de Bernhard. Este, atónito, no tuvo más remedio que volver a su rueda, convenciéndose a sí mismo de que lo que acababa de suceder era el resultado de una mala comunicación y no una pataleta del chaval.

Esperó un corto minuto antes de volverlo a intentar, y nada más hacer el amago de adelantarlo, Mateo se levantó del sillín y aumentó la distancia entre los dos.

«¡Será idiota!», casi gritó.

Le dieron ganas de bajarse de la bicicleta y tirársela a la cabeza. El peor lugar donde dos ciclistas podían sacar a relucir sus problemas personales era en una carrera. No solo significaba una falta de profesionalidad, sino de sentido común, y sabía que Mateo no carecía ni de una cosa ni de otra, lo cual conseguía que su actitud le enfureciera todavía más.

Volvió a pedalear de pie, con fuerzas renovadas, para ponerse en paralelo con el chaval, que aunque intentó imprimirle más velocidad a su marcha y desmarcarse, no lo logró.

—¡Basta! —le gritó Bernhard, lo que hizo que lo mirara sobresaltado—. ¡Actúa como un profesional! —le instó con el aliento

entrecortado—. Usarraga y Mulder se están descolgando por tu culpa. ¡Ponte a mi rueda!

El chaval se apresuró a obedecer con la mirada gacha y el rostro encendido. No supo deducir si su acaloramiento se debía al esfuerzo o a la vergüenza que sabía que sus palabras le habían suscitado, y le asaltaron unos incómodos remordimientos que de inmediato se sacudió con un gruñido; si Mateo se comportaba como un crío, merecía que le trataran así.

Aunque con el ritmo cardiaco acelerado más de lo que era conveniente y notando que su cuerpo comenzaba a pedirle una tregua, pedaleó manteniendo una velocidad constante, volviendo el rostro cada poco tiempo para asegurarse de que sus tres compañeros le seguían sin dificultades. Al enfilar la última rampa, Mulder le relevó y unos diez minutos después, coronando el puerto, fue Usarraga quien los rebasó a ambos para posicionarse el primero. Se mantuvieron los cuatro muy juntos casi un kilómetro por un tramo llano, hasta llegar a un corto descenso que Bernhard sabía, era la antesala a la empinada bajada que les dejaría en el arranque de la Côte de La Colle-sur-Loup. Mulder y Usarraga comenzaron a descender como flechas, uno pegado a la rueda del otro, seguidos de la moto de televisión. Bernhard advirtió la presencia de Mateo a su izquierda y giró el rostro a tiempo de verle pasar encorvado sobre el manillar. Pedaleando a un ritmo demasiado potente y precipitado, y con una expresión hosca, se arrojó por la cuesta en persecución de sus otros dos compañeros.

«Maldito chaval», pensó malhumorado cuando se esfumó de su vista al coger una curva. «Voy a patearte el culo cuando te pille».

Al llegar a esa misma zona de la carretera, notó que la rueda trasera de su bicicleta perdía adherencia y que resbalaba rompiendo el trazado de la cuerva. Las alarmas se le encendieron en la cabeza y en el pecho el corazón le dio un violento vuelco. Los árboles de la cuneta le parecieron enormes y demasiado cercanos y a punto estuvo de cerrar los ojos para no ver cómo se estampaba contra ellos. Sin esperar una orden consciente de su mente, sus reflejos, guiados por años de experiencia, actuaron, y con un gesto de cadera

y la sujeción firme del manillar, fue capaz de enderezar la bicicleta y salir de la curva sin perder velocidad.

Todavía sobresaltado, examinó las nubes y la carretera hasta donde le alcanzaba la vista. Debía de haber llovido en aquella zona hacía muy poco y el asfalto se hallaba salpicado de pequeños charcos. No se había percatado de ello al comenzar el descenso, porque estaba permitiendo que todo lo dicho y todo lo callado la noche anterior en la habitación de Mateo, que la actitud del chaval, que su propio comportamiento con él, le robara la concentración.

Lo localizó a poca distancia, preparándose para enfilar una nueva curva a la izquierda.

«¡No se corre con mierdas en la cabeza!», se recriminó furioso.

Y en ese instante un mal presentimiento se le enroscó en las entrañas igual que una culebra.

DOS

A pesar de los peligros que conllevaba rodar dentro de un pelotón numeroso y compacto, Mateo acostumbraba a disfrutarlo. Moverse al unísono con otros, siguiendo esa misma cadencia sobreentendida con la que se solía avanzar a la caza de un mismo objetivo, le hacía sentir igual que un pez en mitad de un banco de peces, en cierto modo protegido y libre de tener que pensar en otra cosa que no fuera dejarse llevar por la corriente. Sin embargo, aquella mañana, por mucho que lo intentaba, su mente era un hervidero de pensamientos que nada tenían que ver con la etapa y sí con la aflicción que anegaba su corazón. Aun así, fue capaz de advertir que se estaba acercando demasiado a la rueda del ciclista que tenía delante, y además de dejar de dar pedales unos segundos, picó sutilmente los frenos. En un par de ocasiones había sufrido las consecuencias de «hacer el afilador»[1] con otro compañero y no quería pasar de nuevo por la peligrosa experiencia y mucho menos en mitad del apretado pelotón.

Alzó un poco el rostro para localizar la espalda de Bernhard una decena de metros por delante. Pedaleaba a una distancia prudencial del austriaco, separado de él por varios ciclistas del equipo Cofidis, porque así lo había decidido; ni demasiado lejos como para no poder acudir a su rueda cuando fuera necesario, ni tan cerca que uno de los dos pudiera intentar cruzar una palabra con el otro. No quería

hablar con él ni escucharle, siquiera mirarle, y al mismo tiempo necesitaba oír su voz, sentirle cerca como aquellos días en Palma, cuando pensaban que podían ser amigos. Quería ser capaz de engañarse a sí mismo y fingir que nada había cambiado entre ellos.

Apretó los dientes y con el hombro se limpió una salpicadura de barro del mentón.

Lo sucedido la noche anterior había sido un baño de realidad demasiado potente y, a pesar de conocer esa realidad, de habérsela repetido una y otra vez hasta la saciedad, inesperado.

Bernhard no estaba enamorado de él. Le deseaba y quizás le tenía cariño, ese que nace a veces entre un ciclista veterano y el novato al que acoge bajo su ala, poco más. Y aunque quería estar furioso con él por no amarle, por no intentarlo siquiera —y lo estaba —, también era consciente de que no tenía derecho a ello, ni tampoco sentido. Su rabia resultaba una pérdida de tiempo, un desgaste emocional inútil porque, bien lo sabía, era imposible obligar a la persona amada a amar; porque el amor no se compraba, no se exigía ni se mendigaba, se sentía o no, y Bernhard no lo sentía por él.

No era la primera vez que se enamoraba de quien jamás le iba a querer. Todas esas veces se había convencido así mismo de que no importaba que no le correspondieran, que lo verdaderamente valioso era conservar la amistad de esa persona a pesar de la amargura que eso suponía. Ahora, con Bernhard, se negaba a volver a pasar por ello.

Había buscado ser su amigo antes de entender lo que sentía en realidad hacia él, de comprender, de reconocer que no era solo sexo; de aceptar —porque en el fondo, muy en el fondo de su corazón se había permitido soñar— que nunca le correspondería. Y ahora que ya no quedaba ni una brizna de esperanza, que Bernhard se había sincerado dejando clara su verdad, no quería salvar la amistad que podría existir entre ellos porque sabía, sentía, que nunca sería suficiente, que su amor no correspondido, que el dolor que le provocaba su rechazo, ese que parecía llegarle hasta la médula de los huesos, estaría siempre ahí.

La voz de Buenafuente en el pinganillo le sobresaltó. Tan perdido se hallaba en sus elucubraciones que tardó unos segundos en comprender qué estaba diciendo su entrenador y en reaccionar en consecuencia. Localizó por delante a Parisse, Mulder y Usarraga y calculó que, por sus posiciones en el pelotón, le iba a resultar laborioso aproximarse a ellos. En cambio, Bernhard se hallaba mejor situado.

A regañadientes comenzó a progresar despacio en su dirección, abriéndose paso entre el resto de ciclistas hasta que logró colocarse a su rueda. Como si hubiera presentido su presencia, Bernhard volvió la cabeza sobre el hombro. Al ver la sonrisa seria pero amistosa que le dirigió, un súbito y sombrío resentimiento se apoderó de él y apartó los ojos contrariado. No soportaba que actuara como si no hubiera sucedido nada entre ellos, como si sus paternalistas palabras al otro lado de la puerta no le hubieran hecho sentir igual que un crío inmaduro y sentimental, muerto de vergüenza por haberle confesado sus sentimientos, por haberse enamorado.

En aquel momento, le habría gustado ser capaz de abandonar el baño y encararse con él para decirle que no necesitaba sus disculpas ni su lástima, que era un adulto funcional que entendía que el amor no siempre era correspondido, que podría vivir con ello. En vez de eso se quedó sentado sobre la tapa del wáter sintiendo que se le desgarraba el alma por haber perdido algo que nunca tuvo, asustado del vacío gélido que se le iba formando en donde le latía el corazón; peleando consigo mismo para no derramar las lágrimas agolpadas tras sus ojos, para no llamar a Jon buscando un consuelo que sabía que esta vez no podría darle. Y después, cuando por fin logró recomponerse y abandonar aquel improvisado refugio, le costó un esfuerzo inhumano disimular ante Parisse, ante todos los compañeros durante la cena, en el desayuno, en el autobús. Pero lo que más le costó fue fingir que la impasibilidad de Bernhard, su eterna serenidad, no le afectaba.

Advirtió que el austriaco se colocaba las gafas y supo que había llegado el momento de atacar.

Un inmediato y familiar hormigueo de anticipación le recorrió la piel y de repente se sintió estúpido y ridículo. Había estado tan embebido rumiando su patética desesperanza, dándole inútiles vueltas a una realidad que por mucho que pensara en ella le era imposible cambiar, que había permitido que el entusiasmo por formar parte de aquella carrera, de aquel pelotón, por tener la suerte de ser una pieza fundamental en la pelea de Parisse por subir al podio de la etapa, se diluyera. Había olvidado que el ciclismo era su vida y que nada en el mundo le hacía más feliz.

Notando una renovada emoción, se pegó aún más a la rueda de Bernhard cuando este comenzó a progresar buscando a Parisse. Unos minutos después, los cinco se desligaban del pelotón para iniciar el ascenso por una corta colina.

Durante la siguiente media hora sacó a Bernhard de su cabeza y pedaleó con la mente puesta en la carretera, en los relevos a sus compañeros, en la voz de Buenafuente en el pinganillo. Desconectó de la tensión de sus brazos y piernas, de la implacable sed, del sudor que empapaba la tela del maillot. No permitió que los esporádicos aficionados corriendo a su lado, ni las motos acelerando y frenando para poder captar la mejor imagen del grupo, le distrajeran. No se dejó amilanar por la amenaza de lluvia ni por las resbaladizas y empinadas pendientes. Se sentía fuerte, se sentía capaz y motivado. Presentía que aquella etapa podía ser la oportunidad de demostrar su valía y eso exaltaba su ánimo.

Subiendo la Col de Gourdon, a pocos kilómetros de coronar el puerto, Bernhard quiso darle un relevo por primera vez —la casualidad había querido que, hasta el momento, ninguno hubiera tenido la oportunidad de relevar al otro—, y colocándose a su altura, sin preguntarle si estaba cansado o si necesitaba que otro siguiera tirando, le dio indicaciones para que se dejara ir.

No supo por qué lo hizo, por qué, fuera de toda lógica, pedaleó con más fuerza para evitar que le rebasara. Quizás se debió a un repentino arrebato de orgullo, esa soberbia de la que a veces pecaba cuando otros compañeros tomaban la iniciativa y le quitaban parte del protagonismo. O acaso, seguía estando demasiado dolido y furioso con Bernhard como para aceptar que le dirigiera.

Bien sabía que aquel no era el momento ni el lugar para dejarse llevar por conflictos personales, y aun así, cuando el austriaco lo intento de nuevo, respondió de la misma manera. No fue del todo consciente de su actitud egoísta y pueril, hasta que Bernhard se lo gritó a la cara.

La humillación le hizo pedalear los siguientes kilómetros desconcentrado, hundido, seguro de que a los ojos de Bernhard había quedado como un simple aficionado o peor, como un inepto, algo que le resultaba tan doloroso como su desamor. Por ello, cuando Mulder y Usarraga iniciaron su veloz descenso, salió en su persecución dejándose llevar por el instinto y la necesidad de demostrar su competencia. No le inquietó dejar a Bernhard descolgado ni el peligro de los numerosos charcos que iba encontrando a su paso, no recordó que la impaciencia nunca era buena consejera en una carrera.

TRES

Vio a Mateo adentrarse en la curva e inclinarse peligrosamente a la izquierda, como si la gravedad de la tierra hubiera ejercido sobre él una atracción mayor. Antes de que su cuerpo llegara a tocar el suelo, la inercia lo empujó a él y a la bici en dirección a un muro de un metro de altura que se levantaba en la cuneta derecha. La rueda delantera chocó con tanta violencia contra la pared que Mateo salió despedido por los aires. Su cuerpo dio medio giro, como si en el último momento hubiera querido agarrarse de nuevo al manillar, antes de impactar en el muro con la parte posterior de la cabeza y el hombro derecho. Cayó al suelo de lado, como un peso muerto, y allí se quedó inmóvil, a medias apoyado en la pared igual que un títere con las cuerdas cercenadas.

Sucedió muy rápido, aunque a Bernhard le pareció que pasaba ante sus ojos a una horrible cámara lenta mientras se le helaba el corazón. No supo si escuchó el eco de aquel choque o lo imaginó, pero sintió que todo su ser se estremecía y que algo como un gemido sordo y caliente le rasgaba el pecho.

Frenó haciendo derrapar la rueda trasera y se bajó de la bicicleta dejándola caer. Los pocos metros que le separaban de Mateo los salvó con una desmañada carrera, pronunciado su nombre entre dientes una y otra vez. Había visto compañeros sufrir caídas como

aquella, incluso peores, y ninguna le había provocado un pánico como el que le corría en aquellos momentos por las venas.

Se quitó las gafas con un gesto torpe y se arrodilló a su lado, justo cuando el chaval comenzaba a enderezarse.

—¡No te muevas! —le ordenó, pasándole el brazo por la cintura para sostenerlo.

Tenía el casco aún sujeto a la barbilla, pero torcido sobre la oreja izquierda, había perdido las gafas y una lividez cadavérica se extendía por todo su sudoroso semblante.

—¿Te encuentras bien? —Le vio parpadear como si no pudiera enfocar la mirada—. ¿Me escuchas? —insistió.

Aunque Bernhard le mantenía sujeto con delicadeza, su cuerpo oscilaba igual que la llama de una vela. Le pasó la mano por el casco y sus dedos descubrieron la brecha que a lo largo de la parte posterior lo partía en dos como una nuez.

—*Scheiße!* —exclamó, apretando los dientes con saña.

En ese instante Mateo pareció percatarse de su presencia y le miró desconcertado.

—¿Qué haces, Bern? —inquirió con una voz vacilante—. Estoy bien. —Le puso la mano en el pecho e intentó empujarlo—. Sigue. Vamos, sigue.

Unas manos aparecieron de la nada y agarraron a Bernhard por los hombros, instándole a que se apartara. Como pudo se echó a un lado y una mujer y un hombre, ataviados con el uniforme médico de la organización, rodearon a Mateo.

Las manos que habían tirado de él eran las de Buenafuente; el entrenador lo ayudó a levantarse y lo arrastró hacia la carretera.

—¿Te has caído? —le preguntó, examinándolo de arriba abajo, palpándole el pecho y los brazos.

Bernhard, aturdido, sordo a sus palabras, giró sobre sí mismo dándose cuenta por primera vez de lo que sucedía a su alrededor.

El coche del equipo se hallaba detenido en la cuneta, delante del descapotable de la organización. La puerta del conductor estaba abierta y Jacinto se asomaba por ella mientras hablaba por el micrófono de la radio. Una moto de la televisión había estacionado al otro lado de la carretera y el cámara, pie a tierra, tomaba imágenes

de lo que sucedía a una distancia prudente. Los pocos aficionados diseminados por la zona se iban acercando con cuidado a curiosear. Uno de ellos le sujetaba la bicicleta con actitud marcial. Alguien había dejado apoyada en el muro la de Mateo, cuya rueda delantera recordaba a una deformada «s». Velazco, con el rostro circunspecto y descolorido, de pie a la espalda de uno de los médicos, observaba cómo este le tomaba el pulso a Mateo mientras la mujer le enfocaba los ojos con una pequeña linterna buscando el reflejo pupilar.

—¿Maier? —insistió Buenafuente, le agarró el rostro tratando de que centrara la mirada en él—. ¿Te has caído?

—¡No! —le espetó apartándolo sin contemplaciones—. ¡Ha dado con la cabeza! —le gritó a los médicos, queriendo acercarse a ellos —. ¡*Tête*! —exclamó golpeando su propio casco.

—Joder, Bernhard, ¿qué te pasa? —Buenafuente tiró de él agarrándolo por un brazo—. Déjales hacer su trabajo.

—*La tête*… —repitió Bernhard.

De nuevo vio la caída de Mateo. Su cuerpo girando en el aire como el de un pelele, el violento golpe contra el muro, el sonido seco y tétrico del casco partiéndose en dos.

«Iba pensando en lo que le grité».

Semejante posibilidad se le reveló de repente como una certeza gélida. No debía de haberle reprendido de aquel modo sabiendo cómo le afectaban las brocas, cómo desviaban su concentración de lo verdaderamente importante.

—*Um Gottes Willen!*[1] —susurró sintiendo como si respirara arena.

Se frotó los párpados queriendo así borrar la horrible imagen de su retina, de su mente, de su corazón; Mateo podía haberse matado, podía estar gravemente herido.

—¡Maier! —le llamó Velazco—. ¿Necesitas atención médica?

—No se ha caído —le informó Buenafuente.

La expresión del director se tornó contrariada.

—¿Y a qué esperas para continuar?

—No.

Bernhard sacudió la cabeza con un movimiento brusco. Al infierno la etapa, la vuelta. Al infierno su propia carrera. No podía abandonarlo, marcharse dejándolo allí maltrecho, sin saber la gravedad de sus heridas, sin abrazarlo, sin decirle…

Apartó de nuevo a Buenafuente.

—Me quedo con él.

—¿Pero qué dices? —exclamó el entrenador, pasmado—. ¿Estás tonto o qué? Ya le están atendiendo. Aquí no haces nada. —En ese momento, los médicos ayudaron a Mateo a levantarse y lo sentaron sobre el muro—. ¿Ves?

—Bernhard. —Velazco se le aproximó con un par de zancadas—. El pelotón está a unos minutos y te necesito en La Colle-sur-Loup con Parisse. ¿Qué te pasa?

Quiso replicar, pero en ese momento Mateo empujó a un lado a la médico y con el semblante tenso y un brillo colérico en los ojos, le gritó:

—¡Bern, joder! ¡Coge esa puta bici y lárgate!

Velazco y Buenafuente, que nunca le habían escuchado decir tacos ni utilizar un tono tan enérgico y autoritario, lo miraron asombrados.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Bernhard.

Avanzó y Mateo le detuvo moviendo una mano hacia él.

—Sí —respondió tajante—. Vete ya, por favor.

La médico protestó en francés y le indicó con gestos que se tranquilizara y se estuviera quieto mientras le quitaba el casco. Bernhard le contempló unos segundos, incapaz de hacer otra cosa que no fuera quedarse allí. No iba a irse, no quería hacerlo, no sin Mateo. Esperaría hasta verlo levantarse y subir a la bicicleta para continuar la carrera juntos. Y si eso no era posible, si sus heridas no le permitían proseguir, se quedaría sentado a su lado, sujetándolo entre los brazos para poder consolarlo, para decirle que no pasaba nada por abandonar, que habría otras carreras, otras oportunidades de triunfar.

—¡Espabila, Maier! —exclamó Buenafuente.

Le apoyó las manos en la espalda y le guió hacia la bicicleta. Bernhard quiso resistirse, pero la expresión inquisitiva de Velazco, la

suspicacia en su mirada, le provocó un súbito temor. Si se quedaba, tendría que darles a Buenafuente y a Velazco una excusa, una razón irrebatible que justificara su presencia allí, y la única válida no se la podía confesar ni así mismo.

Aun reacio, pero incapaz de luchar contra sus propios temores, se dejó arrastrar; montó en la bici, que el aficionado se apresuró a entregarle, y comenzó a pedalear con el entrenador empujándolo agarrado al sillín. Cuando pasó frente a Mateo, este, ya sin casco, tenía la cabeza inclinada y no pudo verle el rostro.

—¡Dale caña! —le gritó Buenafuente con un último impulso.

Comenzó el descenso sintiendo una impotencia y una angustia aprisionándole el corazón que no había experimentado en su vida.

CUATRO

A menos de un kilómetro de la meta, Bernhard fue consciente por primera vez de lo que estaba a punto de suceder, de lo que estaba a punto de sucederle.

Los últimos veinte kilómetros habían pasado ante sus ojos como si se tratara de una película proyectada en una lejana pantalla. Sin ser consciente de ello, había pedaleado a un ritmo intenso, incansable, asido al manillar con unas manos que parecían garras, con el eco de su entrecortada respiración resonando en sus oídos; arrinconando en lo más profundo de su mente la fatiga y la sed, el dolor sordo que se le irradiaba desde las muñecas hasta los tobillos, para dar cabida en ella a un solo pensamiento: terminar la etapa para poder reencontrarse con Mateo.

Había alcanzado a sus tres compañeros a mitad de la subida a la cima de la Côte de La Colle-sur-Loup, a falta de casi cuarenta kilómetros para llegar a meta. Suponía que Mateo habría abandonado y que en esos momentos debía de viajar en el coche de equipo, por ello se pegó a Parisse, el único que tenía micrófono para comunicarse con el vehículo, y le pidió que preguntara por el estado del chaval.

La respuesta de Buenafuente tardó en llegarle por el pinganillo unos segundos que le parecieron infinitos: Mateo se encontraba bien y ellos debían apretar el ritmo porque la ventaja respecto al pelotón

se había reducido a menos de cuatro minutos. Aquello le impulsó a colocarse a la cabeza del grupo y comenzar a tirar con renovadas fuerzas. No lo hizo por la posibilidad de que el pelotón neutralizara la escapada, sino por su acuciante necesidad de concluir la etapa y comprobar con sus propios ojos que lo dicho por Buenafuente era real. Tan embebido se hallaba en esa necesidad, que de no advertírselo Usarraga cuando este lo adelantó para relevarlo, no se habría dado cuenta de que Parisse se estaba quedando atrás.

Echó un rápido vistazo y halló al italiano rodando a su rueda con evidente fatiga. La pronunciada cuesta obligaba a los cuatro a subir con un desarrollo corto, dando rápidas pedaladas. Las de Parisse eran bruscas y sin cadencia; trató de levantarse sobre los pedales para intentar imprimir velocidad a su bicicleta, y el esfuerzo le hizo oscilar a un lado y a otro sin que las ruedas parecieran avanzar sobre el asfalto.

Bernhard miró hacia delante unos segundos y al volver la vista de nuevo por encima de su hombro, comprobó que el italiano se había sentado otra vez y que entre ellos se estaba abriendo un hueco cada vez mayor.

—¡Parisse!

El aludido levantó el rostro al escuchar su nombre. Estaba pálido, sudaba copiosamente y tenía la mirada desfallecida. Bernhard supo de inmediato que se había desfondado. Maldijo en silencio y ralentizó las pedaladas hasta quedar en paralelo con él. No quería bajar el ritmo, perder minutos en su carrera particular, pero tampoco se sentía capaz de dejar a sus compañeros en la estacada.

—¿Es muy grave? —le preguntó.

El italiano sacudió la cabeza de una forma que Bernhard no supo si estaba negando o simplemente no la podía sostener.

—*Sei forte*?[1] —preguntó expulsando más que pronunciando las palabras.

Le dieron ganas de echarse a reír. No se sentía fuerte, de hecho, no recordaba haberse sentido tan cansado, con tantas ganas de bajarse de la bicicleta y lanzarla por un barranco, en su vida. Lo que lo mantenía en marcha no era la resistencia de sus piernas sino la

impaciencia que el miedo y la frustración habían hecho crecer en él. Aun así, respondió:

—Todavía aguanto.

—*Tu segui*[2]*.* —Giró un poco la cabeza buscando a Mulder que iba a su rueda—. *¡Dai, dai!* —le gritó moviendo la mano para indicarle que le adelantara.

No sin cierto pesar, pero aliviado de no haber tenido que decidir entre permanecer junto a Parisse confiando en que pudiera recuperarse o continuar sin esperar a nadie, progresó con Mulder pegado a su rueda y Usarraga tirando de los dos. El italiano ni intentó seguirles el ritmo, y poco a poco se fue quedando atrás.

Coronaron la Côte de La Colle-sur-Loup los tres solos, envueltos en una ligera bruma, seguidos por una moto de televisión y con Mulder visiblemente agotado. El holandés dejó de dar relevos y fueron Bernhard y Usarraga los que se turnaron para tirar de los tres. Los siguientes dos puertos hasta el esprint intermedio eran cortos pero con duras rampas, y antes de alcanzar la cima del primero, Mulder comenzó a distanciarse. Buenafuente les advirtió que el pelotón se hallaba a escasos dos minutos y Usarraga se posicionó el primero imprimiendo una renovada cadencia a sus pedaladas. Bernhard comprendió que su compañero estaba empleando lo que le restaba de fuerzas para subirlo al último puerto y darle la oportunidad de ahorrar algo de energía que le permitiera mantener la distancia con el pelotón.

Atravesaron la población de Tourrettes-sur-Loup los dos juntos y tras cruzar por la meta del esprint intermedio Usarraga, inesperadamente, se hizo a un lado.

—¡Todo tuyo! —le gritó, mostrándole el dedo pulgar hacia arriba y una sonrisa rota.

Bernhard se enfrentó a los últimos veinte kilómetros acompañado por la voz de Buenafuente en el oído, que, a la vez que le jaleaba incansable, le anunciaba los segundos que iba perdiendo con respecto al pelotón. En algún momento se cansó de su «dale, que tú puedes» y «venga, campeón, con dos cojones» y se quitó el pinganillo. Si no podía preguntarle a Buenafuente cómo seguía

Mateo, de poco le servía escuchar sus berridos; tenía la suficiente motivación para llegar cuanto antes a la meta, solo o en mitad del pelotón. Ni tan siquiera sentía la necesidad de volver la vista y comprobar lo cerca que estaban de él. Solo quería preocuparse por continuar pedaleando pese al sufrimiento de su cuerpo; conseguir que las piernas se olvidaran del dolor y la fatiga, que no se detuvieran, que su corazón siguiera bombeando sangre con la misma fuerza.

Fueron los aficionados, apostados tras las vallas del último kilómetro, quienes con sus gritos le sacaron de su abstracción. La emoción en sus rostros, en sus voces y gestos de ánimo, el redoble sonoro de sus manos golpeando las vallas, le hicieron entender que estaba cerca de ganar la etapa. Casi con sorpresa, volvió el rostro y vio al pelotón a un centenar de metros, una masa vibrante y veloz de ciclistas con el equipo Lidl-Trek a la cabeza, amenazando con engullirle. Lejos de preocuparle, su cercanía le animó. Detrás de todos ellos debía de ir el coche del equipo, si es que no había tomado ya el desvío para los vehículos motorizados, y eso significaba que Mateo estaba llegando, que incluso podía estar esperándole al otro lado de la meta.

No supo qué fue lo que hizo que se levantara del sillín, si pensar en el reencuentro o su instinto de ganador que por fin tomaba el mando. A pesar del lastre que eran sus extenuados miembros, empujó los pedales con el exiguo remanente de fuerzas que le quedaban y una voluntad ciega y rabiosa. En los últimos metros, intuyendo la presencia de los otros ciclistas muy cerca, forzó la marcha sintiendo las sienes palpitar con cada violento latido, los pulmones arder a cada inspiración, los ojos anegados de lágrimas.

Cruzó la meta con la ovación de los aficionados clamando a su alrededor, tan extenuado que siquiera pudo levantar los brazos, como solían hacer los vencedores. Rendido sobre el manillar, incapaz de alzar la cabeza, apenas fue consciente de que Pedro, el joven auxiliar que tenía asignado, le salía al paso y que, agarrando la bicicleta por el sillín, le ayudaba a avanzar porque no le quedaban energías para empujar los pedales. No escuchó sus entusiastas felicitaciones, ni advirtió la llegada del resto de ciclistas del pelotón

que al pasar por su lado le daban la enhorabuena, solo fue capaz de restregarse los ojos con la manga del maillot y murmurar:

—Agua, *bitte*.

El joven auxiliar tuvo la habilidad de sacar un bote de la mochila que portaba sin dejar de empujarle hacia la zona donde la prensa aguardaba impaciente. Bernhard bebió la mitad del contenido de un par de tragos y el resto se lo echó por el casco y el rostro. Al ver que se le aproximaban fotógrafos y periodistas, agarró al joven por la camiseta y le suplicó:

—Sácame de aquí, por favor. Guíame hasta el autobús.

El joven siguió empujando la bici abriéndose paso entre aquellos que sacaban fotos e intentaban aproximar un micrófono al rostro de Bernhard.

—Pero has ganado —dijo mirándole de reojo, claramente sorprendido por su petición—. Te esperan en las carpas del podio para atender…

—Al autobús —le cortó.

—¿Te encuentras mal?

—Sí, me encuentro fatal —replicó.

Su tono fue tan vehemente y agresivo, que el joven cerró la boca y se preocupó solo de empujarle en la dirección adecuada.

CINCO

Llegaron en apenas un minuto a la zona que la organización había destinado para los equipos: un amplio aparcamiento reservado y aislado de los aficionados por vallas. El autobús y los coches de apoyo del Global-Ventura se hallaban aparcados en un lateral, bajo unos altos plátanos de sombra. Algunos de los miembros del cuerpo técnico que trasteaban junto al bus montando los rodillos, se les acercaron dando vítores y aplausos, expresando con felicitaciones y comentarios jocosos su propia alegría por el triunfo de Bernhard.

Carlos, el fisioterapeuta, fue quien puso un poco de paz entre los presentes.

—A ver, dejémosle respirar. —Se movió alrededor de Bernhard agitando las manos para apartar a sus compañeros—. Ya habrá tiempo de agasajarlo.

Cuando consiguió que la mayoría volviera a sus quehaceres, le ayudó a bajar de la bicicleta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó examinándolo con preocupación —. Deberías de estar soltando piernas en los rodillos de la zona de prensa. —Le retiró el casco cuando Bernhard soltó las correas que lo sujetaban a la barbilla—. ¿No te sientes bien?

—Dice que está fatal —intervino Pedro, arrepintiéndose al instante al sentir la mirada de reproche que le dirigió Bernhard.

—Ya se me ha pasado —afirmó.

Se dejó caer en la silla plegable que el auxiliar colocó presuroso junto a él. Descorrió la cremallera del maillot y con la ayuda de Pedro se quitó el elástico del sensor cardiaco y la petaca del pinganillo.

—Dame unas zapatillas —le pidió mientras se desabrochaba las botas. El joven sacó de su mochila unas deportivas que le ayudó a calzar porque apenas era capaz de doblarse hacia delante—. ¿Ha llegado el coche de Buenafuente?

Antes de que le respondieran, divisó a Jacinto en la puerta del autobús con una lata de refresco en la mano, y una cálida sensación de alivio se extendió por su pecho como un bálsamo.

—¿Dónde está Mateo? —inquirió.

—Ha tenido que abandonar —le explicó Carlos, que no dejaba de observarle como si creyera que de un momento a otro iba a desmayarse.

—Lo imaginaba, ¿pero dónde está?

—No nos han dicho a dónde le han llevado.

Aquella respuesta, y la expresión confusa en el rostro del fisio, provocaron que le diera un violento salto el corazón. Se levantó de golpe, tan rápido que por un momento se le oscureció la visión.

—Maier, con calma. —El fisio hizo el amago de sostenerlo—. ¿A dónde vas ahora?

—¡Jacinto! —llamó.

Esquivó sus manos y se dirigió hacia el chófer con paso inseguro. Carlos miró sorprendido al joven auxiliar.

—¿Qué le pasa?

Este, que sujetaba las botas de Bernhard como si tuviera miedo de perderlas, contestó con una enérgica sacudida de la cabeza.

Al escuchar su nombre, Jacinto se había quedado inmóvil en el primer escalón de la escalerilla del autobús.

—¡Felicidades, Maier! —Movió la lata en su dirección como si brindara—. Menuda carrera has hecho, fenómeno.

—¿Y Mateo?

La expresión bonachona del hombre se troncó en una menos alegre. Bajó del escalón para quedar a la altura del austriaco.

—Se lo ha llevado una ambulancia —explicó, y aquellas palabras dejaron a Bernhard clavado al suelo—. Al poco de irte perdió el conocimiento por unos minutos y los médicos decidieron trasladarlo al hospital. Velazco ha ido con él.

—Pero, Buenafuente…

Bernhard se inclinó hacia delante apoyando las manos en sus muslos. La mente se le llenó de imágenes que no quería que estuvieran allí y, como si se tratara de un mal presagio, de fragmentos de aquel libro que su hermana le había recomendado que se terminara porque era una historia que hablaba de que no siempre había segunda oportunidades, y que él, como un estúpido, había leído.

Respiró hondo varias veces tratando de llenar de aire unos pulmones que no le obedecían.

—Le dijo a Parisse que Mateo estaba bien.

—Y me apuesto lo que sea a que lo está. —Se encogió un poco de hombros quitándole importancia al asunto—. Ya sabes lo cagaos que son los médicos de las vueltas, ven que un ciclista se ha clavado una astilla y enseguida llaman a una ambulancia. Pero si quieres más información habla con Buenafuente, nada más bajarse del coche ha salido flechado para la zona de prensa. —Alzó una de sus peludas cejas con curiosidad—. Seguro que te está buscando.

Carlos se les acercó e inclinándose también un poco hacia delante, le puso la mano en el hombro.

—No te preocupes por Mateo —dijo—. De haber alguna circunstancia grave, nos habrían informado. ¿Te vas a subir a un rodillo o quieres que avise a un médico de la organización para que te eche un vistazo?

—Ya te he dicho que estoy bien —Bernhard le apartó la mano y se incorporó—¿A qué hospital se lo han llevado?

—A uno de Niza… —Jacinto se rascó entre el hirsuto pelo que le crecía en el mentón tratando de hacer memoria—. El Pasteur.

Se escucharon nuevos aplausos y felicitaciones. Bernhard echó un vistazo rápido y vio a Usarraga y Mulder que llegaban extenuados en compañía de un auxiliar.

—Ve con ellos. —Apartó a Carlos esbozando algo parecido a una sonrisa—. Seguro que te necesitan.

—Está bien. Pero al menos sube al autobús a descansar —le recomendó.

Esperó a que el fisio se alejara unos metros para decirle a Jacinto:

—Llévame al hospital.

El chófer parpadeó, confuso.

—Si acabas de decir que estás bien.

—Y lo estoy. Pero llévame al hospital.

—Pues no entiendo.

—*Scheiße!* —masculló, pasándose desesperado las manos por la cabeza.

—Y a todo esto, ¿no deberías estar dando una rueda de prensa? —Jacinto bebió de la lata contemplándolo con expresión desconfiada —. Lo digo porque es lo que hacen los ganadores de etapa nada más llegar, ¿no? —Alargó el cuello mirando en todas direcciones—. Es raro que Buenafuente no te haya venido a buscar soltando culebras por la boca.

Bernhard lo agarró por el brazo y tiró de él hacia la parte delantera del autobús, donde quedaban fuera de la vista del resto del equipo.

—¡Eh, eh! —protestó el chófer sacudiendo el brazo hasta que lo soltó—. Sin tocar, hombre, que no hace falta.

—Jacinto, tengo que saber cómo está Mateo.

—Pues llama a Velazco —dijo en un tono de contenida impaciencia—. Ya te he dicho que se fue en la ambulancia con él.

—Por favor, Jacinto.

—¡Qué no! —replicó molesto—. Paso de volver al coche que por hoy ya he tenido suficiente volante. Además… —le dedico un receloso vistazo—. No sé de qué va todo esto, pero seguro que si te llevo me meto en un jaleo.

—Yo asumo toda la responsabilidad.

Acompañó el movimiento negativo de su cabeza con un mohín despectivo, y Bernhard añadió:

—Te compensaré.

La expresión de su rostro se tornó aún más recelosa.

—¿Cómo?

Bernhard volvió a sostenerse apoyando las manos en los muslos. Sentía unas terribles nauseas sacudiéndole el estómago que no sabía si se las provocaba la preocupación que se había apoderado de él o más bien el agua que había bebido.

—No lo sé, pero te juro que lo haré.

Jacinto masculló algo entre dientes que sonó a «los ciclistas estáis pirados». Bebió lo que quedaba en la lata, la estrujó y la lanzó hacia una papelera que había a unos metros, golpeándola en un lateral en vez de colarla dentro.

—Anda, vamos —claudicó—. Pero me debes una y muy gorda.

SEIS

Nada más incorporarse a la autovía, sonó el móvil de Jacinto. Lo tenía en un soporte anclado al salpicadero del coche y, desde el asiento de atrás donde estaba tumbado, Bernhard pudo leer en la pantalla quién llamaba.

—No lo cojas —se apresuró a pedirle.

Jacinto le ignoró y pulsó en la pantalla con un dedo.

—¿Qué hay, jefe? —preguntó en un tono festivo.

La voz de Buenafuente llegó clara y adusta.

—¿Vas conduciendo?

—Voy, jefe, pero con el manos libres, no me eche la bronca.

—¿Está contigo Maier?

Jacinto desatendió un momento la carretera para poder mirarlo por encima del asiento. Bernhard se encogió de hombros y se cubrió el rostro con el antebrazo.

—Sí que está —respondió—. Hecho un guiñapo en el asiento de atrás.

—¿Me oyes, Maier?

—Te oigo —contestó, apretando más el brazo contra su rostro.

—¿Qué coño te pasa? —la voz del entrenador tronó en el habitáculo del coche por encima del sonido del tráfico—. ¿Te has vuelto loco de remate? Está toda la jodida vuelta revolucionada

porque al puñetero ganador de la etapa se lo ha tragado la tierra. ¡Vuelve ahora mismo, joder!

—No puedo.

—¡Que no puede, dice el tío! —Unos chasquidos interrumpieron la comunicación y, tras unos segundos, volvió a escucharse el vozarrón de Buenafuente—. La organización va a elevar una queja formal al equipo por no presentarte al podio y por dejar tirado a los periodistas y al gilipollas de un político de no sé dónde, que ha venido expresamente a hacerse la maldita foto estrechándole la mano al ganador. ¿Y dices que no puedes volver? Te juro que si te tuviera delante… —Resopló antes de añadir—: Jacinto, da la vuelta.

Bernhard se incorporó veloz y le puso la mano en el hombro al chófer, como si así pudiera evitar que cumpliera la orden.

—Dile a la organización que voy camino del hospital.

—¡Qué se lo van a creer!

—Es verdad, jefe —intervino Jacinto—. Vamos camino del Pasteur.

—¿Para qué coño vas al hospital? —preguntó el entrenador en un tono de voz solo un poco menos furibunda—. ¿Qué te pasa?

—Tú díselo. —Se coló entre los asientos y cortó la comunicación —. No lo vuelvas a coger, por favor —le pidió al chófer, desplomándose de nuevo en los asientos de atrás.

—Se me va a caer el pelo por tu culpa —gruñó.

—No te preocupes. Te prometo que no dejaré que te responsabilicen de nada.

Intentó acomodar de nuevo en los asientos su maltrecho cuerpo. Los calambres que solían aparecer cuando no se descargaban las piernas en el rodillo habían comenzado a martirizarle y le resultaba difícil mantenerlas flexionadas

—Les diré que te amenacé para que me llevaras.

Jacinto soltó una carcajada que sacudió sus anchos hombros.

—¿En serio? ¿Con qué se supone que me has amenazado? ¿Con atropellarme con la bici? —Movió la cabeza, risueño—. Mejor búscate tú una buena historia para defender la tontada esta que estás haciendo.

Bernhard suspiró hondo. Aquello se le estaba yendo de las manos. No sabía cómo iba a salir del lío que él solo se había buscado, que excusa iba a dar para justificar todas las barbaridades que estaba haciendo, pero era incapaz de parar. La imagen de Mateo ingresado le provocaba un pánico visceral que le cegaba y le impedía pensar con claridad. No podía entender lo que estaba haciendo, entenderse a sí mismo. Él no era así, no era irreflexivo ni irracional, no perdía los nervios empujado por miedos infundados, al menos hasta que el chaval entró en su vida.

Sabía que Carlos tenía razón al decir que de haberle sucedido algo grave, ya les habrían informado; no era la primera vez que vivía una situación así con otros compañeros y por desgracia las malas noticias siempre llegaban pronto. Sin embargo, cada vez que intentaba convencerse de que el fisio estaba en lo cierto, una voz maligna le susurraba en el oído que Mateo podía encontrarse en aquellos momentos entre la vida y la muerte, que quizás nunca más volvería a escuchar su voz, a contemplar su sonrisa, a sostenerlo entre los brazos. Por culpa de esa maldita voz había preferido no llamar a Velazco y escabullirse dejando a todo el mundo en la estacada. Porque la ansiedad por verlo, la angustiosa necesidad de comprobar con sus ojos y no los de otros, de escuchar con sus propios oídos de labios de Mateo que estaba sano y salvo, hacía intolerable la espera.

—¿Cuánto falta para llegar?

Se encogió un poco sobre sí mismo al notar un escalofrío. El sudor se le había secado y su cuerpo reclamaba algo de calor.

—Un poco menos que la última vez que me lo preguntaste —le respondió en un tono rezongón.

—Jacinto…

—¡Yo qué sé! —Se ladeó hacia la pantalla del salpicadero para poder estudiar el GPS—. Diría que veinte minutos. —Al enderezarse golpeó con fuerza el volante haciendo sonar el claxon—. ¡Animal! —gritó, sacudiendo el puño hacia el parabrisas—. ¡Mira por dónde conduces, gabacho de mierda!

Bernhard se frotó el puente de la nariz con dos dedos rígidos; sin duda, la fama de loco al volante de aquel hombre era bien merecida.

Sonó de nuevo el móvil, provocándole un sobresalto.

—No lo cojas, por favor.

Jacinto miró la pantalla y soltó un resoplido.

—Ni se me ocurre. Es Velazco. Seguro que Buenafuente le ha ido ya con el cuento. Que no te engañe lo relajado que parece siempre, no veas como acojona el tío cuando te echa una bronca.

Bernhard suspiró y cerró los ojos.

—Gracias —musitó—. Por llevarme y… por no preguntarme por qué hago esto.

—No te pregunto porque ya me lo dijiste. Estas preocupado por Luna. —Lo miró un instante a través del espejo retrovisor—. Viendo las burradas que hacéis de meteros doscientos kilómetros entre pecho y espalda por que sí, los ciclistas no parecéis humanos. No está mal que de cuando en cuando se os note que lo sois. Además —sonrió de lado con aire malévolo—, tengo la cabeza entretenida pensando en cómo me vas a compensar.

SIETE

Las personas con las que se cruzó al entrar en el vestíbulo de urgencias le miraron con curiosidad; hubo incluso quien se apartó rápido a un lado para dejarlo pasar. No le resultó extraño; vestido aún con el maillot y el culote, y con el semblante demacrado que tenía que lucir, más de uno debía de pensar que acababa de caerse de la bicicleta y llegaba buscando atención médica.

Miró a su alrededor tratando de ubicar el mostrador de información en aquel espacio amplio y luminoso que apestaba a desinfectante hospitalario. En el lateral izquierdo había varias hileras de asientos, la mayoría ocupados por futuros pacientes y sus acompañantes. El mostrador se hallaba detrás, junto a unas puertas dobles que daban acceso al interior del hospital. Delante de esas puertas descubrió a Velazco hablando por teléfono. El director también lo vio y lo taladró con una pétrea mirada mientras Bernhard avanzaba apresurado en su dirección. Llegó a su altura justo cuando se guardaba el móvil en el bolsillo del pantalón con una gélida tranquilidad que nada bueno presagiaba.

—Lo sé, lo sé —se anticipó antes de que el otro hiciera siquiera ademán de abrir la boca—. Solo necesito saber cómo está. Dime solo eso y después podrás echarme la bronca, sancionarme, expulsarme del equipo, lo que quieras. Pero dime cómo está.

Esperó con el corazón latiéndole enloquecido los segundos que Velazco decidió estar en silencio observándolo con expresión displicente.

—Aún no hay parte médico oficial —dijo por fin en un tono pausado y sin inflexiones—, pero la doctora que lo atiende me ha comunicado que no sufre heridas de gravedad.

Bernhard sintió que el nudo en su pecho se aflojaba y soltó el aire que había estado conteniendo con un largo suspiro. Apoyó las manos en las caderas y se echó un poco hacia delante notando que todo el cansancio que había estado obviando se abatía de golpe sobre sus hombros.

—Ha perdido la conciencia en un par de ocasiones mientras veníamos de camino —continuó Velazco—. Piensan que el golpe le ha causado una conmoción leve y de ahí los desmayos. No hay indicios de fractura craneal ni hemorragias, pero le están haciendo pruebas para descartarlo. Por lo demás, contusiones y raspaduras.

Bernhard asintió despacio.

—Velazco, yo… —Desvió la vista, incapaz de mirarle a los ojos—. Quiero pedirte disculpas.

—No vamos a hablar aquí de tu absoluta falta de profesionalidad. —Sacó el móvil del bolsillo y comenzó a marcar un número—. Ahora te vuelves con el equipo. Esta noche discutiremos lo sucedido.

Bernhard no pudo reprimir el impulso de agarrarle el móvil.

—¡No puedo irme! —exclamó—. No voy a dejar a Mateo solo en estos momentos.

Velazco apartó la mano con un gesto rápido. La severidad de su rostro se acentuó y en su mirada hubo un destello de ira.

—¿Qué crees que hago aquí, Maier? Jamás he dejado que uno de mis ciclistas se enfrente a algo así solo. No voy a empezar con Mateo. Aquí no haces falta.

Se pasó la mano por los cabellos con desesperación.

—No lo entiendes.

—No, no lo entiendo —replicó en un tono bajo y firme—. Nadie entiende tu comportamiento. Dejas tirada a la organización, al equipo. Pones en peligro tu salud, tu continuidad en la vuelta viniendo hasta aquí sin recuperarte mínimamente del esfuerzo

titánico que has hecho hoy. ¿Y por qué? —Intentó cruzar su mirada con la de Bernhard sin conseguirlo—. No es una pregunta retórica. ¿Por qué esta obsesión con Mateo?

Otros miedos muy diferentes a los que había estado sintiendo, acudieron a su mente. Con aquella locura se había expuesto demasiado, y no solo él. Si el equipo comenzaba a hacerse demasiadas preguntas, alguien podría sospechar —y resultaba fácil hacerlo—, y los rumores correrían salpicando también a Mateo. Era el momento de agachar la cabeza y dar marcha atrás. De mantener la boca cerrada y dejar pasar la tormenta. Ya se le ocurriría alguna excusa, alguna verdad a medias como que todo se debía a que se sentía responsable de su caída.

Velazco lo contempló unos instantes con una expresión circunspecta y unos ojos cargados de decepción, a la espera de una respuesta a su pregunta que no llegó. Bernhard, impotente, se apartó unos pasos y le dio la espalda. El director terminó de marcar el número en el teléfono y se lo acercó a la oreja.

—¿Jacinto? —preguntó al escuchar que contestaban desde el otro lado—. ¿Dónde estás? —Asintió varias veces y añadió—: De acuerdo. Regresa a urgencias que tienes que recoger al Maier.

La réplica del chófer fue lo suficientemente chillona como para obligarle a retirar el móvil de su oído. Esperó unos segundos y volvió a hablarle en un sereno tono:

—Me da igual. Regresa.

Cortó la comunicación y sin dirigirle ni una mirada, se volvió hacia las puertas dobles con intención de marcharse.

Bernhard apretó los puños, instándose a no llamarlo, a no moverse. Tenía que parar de una vez con aquel despropósito. Mateo se encontraba bien, a salvo, en manos de quien mejor podía cuidarle. Y no estaba solo, Velazco no lo iba dejar solo. El director tenía razón, él no pintaba nada allí. Mateo no le necesitaba.

«No me necesita», comprendió, o más bien lo aceptó por fin. «Yo le necesito a él».

Con un par de rápidos pasos, se interpuso en el camino de Velazco.

—Déjame al menos verlo un momento —le pidió, y se avergonzó de lo suplicante que le sonó su propia voz en los oídos.

El director frunció en ceño no con malestar, sino más bien con cierta confusión.

—Está en observación. No se le puede visitar.

—Entonces, deja que me quede hasta que lo suban a planta.

—Maier —Sacudió la cabeza con los labios apretados—. La publicidad del podio está perdida, pero si te vas ahora, es posible que aún estemos a tiempo de calmar a la prensa y a los patrocinadores con un par de entrevistas en diferido.

Bernhard cerró los ojos tratando de reunir un poco de calma que le permitiera razonar con Velazco, encontrar un pretexto, una disculpa, algo con lo que poder convencerlo. El director contempló su expresión desolada, la forma en la que apretaba los puños y, perplejo, preguntó:

—¿Qué te está pasando? Tú no eres así. Jamás te he visto actuar en perjuicio de tus compañeros ni del equipo como haces ahora. Este comportamiento no tiene sentido ni justificación.

Bernhard entreabrió los párpados y al no poder sostenerle la mirada, mantuvo los ojos bajos. De repente sintió que ya no le quedaban fuerzas, que estaba demasiado agotado y asustado por demasiadas cosas, hastiado de tener miedo, furioso consigo mismo y con él mundo por tenerlo. De repente supo que solo importaba una cosa.

—No te quedes callado, Bern. Dime que te pasa. Explícamelo.

—Yo… —musitó. Clavó los dedos en sus caderas y se giró a un lado rehuyéndolo—. Cuando estábamos juntos en el equipo Grumman, en la cuarta etapa del Tour, lo dejaste todo para volar a España.

El semblante de Velazco cambió. Su expresión confusa se transformó en una que reflejaba con claridad su malestar.

—Mi esposa había tenido un accidente, ¿supongo que lo recuerdas?

—Sí —se apresuró a añadir mirándole a los ojos por primera vez —. Era tu mujer, tenías que estar con ella. Todo el equipo lo

comprendió, yo lo comprendí… —Inhaló como si fuera la última vez que el aire iba a entrar en sus pulmones—. Compréndelo tú ahora.

Velazco arrugó el ceño.

—¿Qué quieres decir con…?

Se quedó callado de golpe. Su ceño continuó fruncido y a sus ojos asomó una pregunta, una duda que poco a poco se fue diluyendo. Incómodo, miró el móvil que sostenía como si esperara encontrar algo que buscaba en su pantalla. Dio un paso a un lado y luego a otro, indeciso. Parecía no saber que hacer, ni a donde mirar, y mucho menos que decir. Se detuvo de nuevo ante Bernhard que, aunque enhiesto, parecía agazapado sobre sí mismo y, después de unos segundos de titubeo, metió la mano en el bolsillo de atrás de su pantalón y sacó una tarjeta plastificada con un cordón azul.

—No te dejarán ingresar al hospital sin un pase —le dijo, tendiéndosela.

Bernhard tardó unos segundos en entender lo que significaba que se la diese. La agarró y asintió, confuso y agradecido.

—En cuanto hables con él, te vuelves con el equipo —le advirtió.

Mientras el director se alejaba camino del mostrador de información, se quedó contemplando el pase que sostenía; acababa de pagar un alto precio por aquel trozo de papel.

De nuevo cruzó por su mente la reacción de Velazco, su incomodidad, su mirada esquiva e inquieta, los largos segundos que había permanecido en silencio, y sus propias palabras: «compréndelo tú ahora», que marcaban el inicio de un fin del que llevaba años escapando. Aceptó con una inesperada calma que ya no había marcha atrás para él, que solo le quedaba seguir hacia delante y asumir lo que tuviera que venir, pero sin arrastrar consigo a Mateo.

—Espera, espera… —Corrió hacia el director y le sujetó por el hombro—. Lo que te acabo de decir…

Velazco se giró y alzó una mano pidiéndole calma.

—Lo que me has dicho no es asunto mío.

—Mateo no corresponde mis sentimientos —se apresuró a decir, tan rápido que las palabras se le atropellaron en la boca—: No es

gay. ¿Entiendes? Yo… lo que siento por él no puede poner en peligro su carrera. No puedo permitir…

—Bern —le cortó con firmeza—. Tranquilízate. No acostumbro a meterme en la vida íntima de mis ciclistas, ya tengo bastante con la mía. Lo que sucede entre Mateo y tú no le incumbe a nadie más que a vosotros. Lo único que os pido es lo mismo que pido a todos mis ciclistas, que vuestros asuntos personales no interfieran con la marcha del equipo. —Hizo un gesto desganado con la mano—. Ya vamos tarde para eso, aunque supongo que puedo contar con que no se volverá a repetir.

El silencio tenso de Bernhard le hizo chasquear la lengua.

—¿Por qué sigues aquí parado? Tenemos prisa, ¿recuerdas? Ve a hablar con Mateo. Yo mientras voy a ver si con ayuda del hospital puedo arreglar tu desaguisado.

OCHO

Fragmento del podcast *Último kilómetro:* París-Niza 2024, 6º etapa (Sisteron → La Colle-sur-Loup).

Azonic: [tono de voz excitado] Espera que te hago un resumen. Le llevaba al pelotón casi quince minutos de ventaja. Pierde siete por prestarle ayuda a un compañero. Alcanza al grupo de cabeza. Releva a Parisse que con una «pájara» monumental ni se sostiene en la bicicleta. Se hace veinte kilómetros en solitario. Gana la etapa sacándole diez segundos de diferencia al pelotón. ¿Y tú dices que la cagó?

Cervélo: ¡Precisamente! El tío se monta el etapón de su vida, ¿para qué? Ni podio, ni prensa, ni aficionados. Todo el mundo esperándolo y él desaparecido. Ha dejado con el culo al aire a su equipo y en evidencia a la organización.

Azonic: ¿Pero es que no has escuchado el parte médico? El propio coche de equipo lo ha tenido que llevar al hospital porque sufría un cansancio extremo, lo cual, viéndole subir el Côte de La Colle-sur-Loup, no me extraña.

Cervélo: A mí ese parte médico me da mosqueo. No me termina de convencer.

Azonic: Cervélo viendo conspiraciones, ¡qué novedad! A la organización sí que le ha convencido.

Cervélo: Yo tengo mi propia teoría, ¿quieres oírla?

Azonic: [resoplido burlón] Por favor, no me dejes con la intriga. Ni a mí ni a los oyentes.

Cervélo: Creo que Maier pretendía protestar por algo. Ya sabes, mandarle un mensajito a su equipo, y el Global-Ventura ha intentado ocultarlo con la historia esa del hospital. Lo mismo no se quedó muy satisfecho con que le dieran el liderazgo a Parisse después del abandono de Otero.

Azonic: Y cuando gana la etapa y le demuestra al Global lo equivocado que estaba, decide no subirse al podio para reafirmar su cabreo.

Cervélo: Llámame loco…

Azonic: ¡Loco!

Cervélo, *Azonic*: [risas flojas]

Azonic: Pensemos con lógica. Aquí, quien más sale perdiendo haciendo eso es Maier. Además, no me parece propio de él. Mira que ha pasado por equipos que lo han puteado, el Bestas, el GTS, seguro que lo recuerdas, y ni críticas le he escuchado emitir contra ellos. Maier ha sido siempre un gran profesional.

Cervélo: Perdona que te diga que hoy no lo ha sido. ¿O lo de pararse en plena escapada no te ha parecido completamente inoportuno?

Azonic: ¡Venga, hombre! Tú, como yo, has visto la caída de Luna, que, por cierto, mira que estaba haciendo una estupenda vuelta. Una lástima [segundos de silencio] ¿Qué te estaba diciendo?

Cervélo: Abuelo, ¿se te olvidan las cosas? [risas] Las imágenes.

Azonic: ¡Ah, sí! Las imágenes ponen los pelos de punta, y eso que son a vista del pájaro. Me imagino a Maier presenciando esa caída en primera fila. Le tuvo que pasar por la mente lo peor.

Cervélo: De acuerdo. Pero una vez que llegaron los médicos, ¿qué pintaba allí? Dime, ¿qué pintaba? Si no llega a ser porque las cámaras lo captaron no me creo la escena que montó.

Azonic: Es posible que estuviera en shock por el susto.

Cervélo: ¿Qué dices? Como si fuera la primera vez que presencia la caída de un compañero. A mí me ha parecido algo muy sospechoso.

Azonic: ¿Sospechoso? [resoplido sarcástico] Ni que estuvieras investigando un crimen.

Cervélo: ¿Sabes qué te pasa? No le quieres poner pegas a Maier porque crees que es el que te va a librar de pagar la apuesta.

Azonic: No te pillo.

Cervélo: ¿Ya no te acuerdas? Te apostaste una cena conmigo a que el Global-Ventura subía a uno de los suyos al podio de Niza.

Azonic: ¡Ah, eso! Está claro que debo dar por perdida la apuesta. Las matemáticas son las que son. El Global no tiene manera de conseguir puntos suficientes para alcanzar un tercer puesto en la general. Se ha quedado con cuatro ciclistas y un Maier que, aunque mañana se presente en la línea de salida en condiciones, siempre ha sido un paquete en las contrarreloj. En la última jornada podrían intentar algo, pero es un llaneo y el equipo ya dejó claro el primer día de la vuelta que las etapas llanas no son lo suyo. Si se ponen las pilas, creo que podrían quedar entre los diez primeros en la general, que viendo su mala suerte en esta vuelta, se puede considerar todo un triunfo. Pero..

Cervélo: Claro, había un pero [risa burlona] ¿Qué te quieres sacar de la manga?

Azonic: De la manga nada. Soy un tipo con contactos y me han hecho llegar cierto rumor.

Cervélo: ¿Rumores? ¿Contactos? No me vaciles. Tu primo el becario de la federación no es ningún contacto.

Azonic: Escucha bien, tú y todos los oyentes. El Global-Ventura no va a conseguir puntos para subir al podio, pero tal vez para otra cosa sí. Cuando termine la vuelta, la UCI WorldTour podría dar una importante noticia relacionada con el Global con la que vamos a flipar.

Cervélo: Mira, don misterio, esto suena a uno de esos vaticinios tuyos que nunca se cumplen.

Azonic: Para nada. Fíjate si estoy seguro de lo que acabo de decir, que doblo nuestra apuesta. Si la UCI nos deja con la boca abierta cuando termine la vuelta, me invitas a comer en el AbaC.

Cervélo: Un momento, el AbaC son palabras mayores. ¿No está el cubierto a 150 pavos?

Azonic: ¿Hace o no?
Cervélo: [segundos de silencio] ¡Hace, joder!
[Sonido de manos chocando]

NUEVE

A la entrada del área de observación, una enfermera le cortó el paso y le exigió que esperara si quería información sobre Mateo Luna. Al cabo de unos minutos, una mujer pequeña y gruesa, vestida con una bata blanca, se asomó tras la puerta. Le miró directamente por encima de sus gafas, examinándolo de arriba abajo y preguntó:

—*Êtes-vous l'accompagnant de Mateo Luna?*[1]

Le enseñó el pase que llevaba colgado del cuello y la mujer, tras presentarse como la doctora Durand, pasó a explicarle de una forma apresurada e indiferente, sin dejar de consultar los papeles que sostenía, el estado de Mateo.

Bernhard tenía un poco oxidado el francés y la mujer gruñía más que hablaba, pero al final logró sacar en conclusión que las pruebas realizadas eran negativas, que el paciente había sido trasladado a la planta de traumatología, donde tendría que pasar la noche para supervisar su sueño, y que si no se producían cambios en su estado, sería dado de alta por la mañana. Antes de que pudiera agradecerle su información, la mujer se marchó.

Minutos después, tras un periplo por varias plantas de hospital que a Bernhard se le hizo eterno, localizó por fin el área de traumatología. Convencer al enfermero que quiso echarlo de que él era el acompañante de Mateo y no una visita fuera de horario, le supuso recurrir a la poca paciencia que le quedaba. El enfermero le

indicó la habitación, que estaba al final del pasillo, solo después de hacer hincapié varias veces en que el paciente tenía que descansar.

Bernhard encontró la puerta de la habitación cerrada y la abrió con precipitación, sin pensar siquiera en llamar antes. La estancia era pequeña, con una sola ventana por la que entraba una luz difusa, y estaba vacía. La decepción de no encontrar a Mateo le dejó un instante inmóvil, mirando perplejo a su alrededor.

Dispuestas en paralelo con el cabecero contra la pared había dos camas separadas por una cortina que en aquellos momentos estaba recogida. La que se hallaba más cerca de la ventana tenía las sábanas arrugadas y la almohada doblada en dos y apoyada en el cabecero. Se aproximó a ella y agarrado con ambas manos al piecero para poder sostenerse, la contempló asaltado por una agria mezcolanza de inquietud y desilusión, como si acabara de ganar una etapa y no hubiera nadie para recibirle.

Le entraron ganas de echarse a reír, aunque no le quedaban fuerzas para ello. Sí que había ganado una etapa, posiblemente la última de su vida, y ni siquiera se había parado a saborearlo, a disfrutar del placer de los elogios, de la atención del público y de la prensa, de ese minuto de gloria que era maravilloso y adictivo y durante el cual se podía llegar a creer que se era el rey del mundo. Se había perdido toda esa extraordinaria experiencia o más bien había escogido perdérsela, y lo más increíble era que no le importaba lo más mínimo, porque durante aquellas largas horas de angustia había descubierto que no valía la pena si no podía vivirla junto a Mateo.

A su espalda se escuchó el sonido de una cisterna. Antes de ser capaz de reaccionar y volverse, se abrió una puerta y pronunciaron su nombre:

—¿Bernhard?

Un Mateo despeinado y soñoliento, con el asombro pintado en su macilento rostro, le contemplaba desde la entrada del baño. Llevaba una bata hospitalaria de un celeste desvaído, al menos dos tallas mayor, que le llegaba por debajo de las rodillas, y empujaba un porta sueros del que colgaba una bolsa de líquido traslúcido, unida al dorso de su mano derecha por una vía intravenosa.

—¿Tú también te has caído? —le preguntó en un tono de voz que revelaba una repentina angustia—. ¿Estás herido? —Sus ojos se agrandaron llenos de miedo. Avanzó hacía él con un aspecto frágil y exhausto, que le robó el aliento a Bernhard, intentando apresurar el paso—. ¿Qué te has hecho?

Le sobrevino una sensación de vértigo tan vívida que creyó que el suelo se había abierto bajo sus pies. Todas las emociones que llevaba padeciendo durante horas, durante días, se le agolparon de súbito en el pecho con una dolorosa sacudida; las notó subir por su garganta convertidas en un gemido ronco que trató de ahogar y acudir a sus ojos amenazando con derramarse en forma de lágrimas. Le fallaron un poco las piernas y se sentó a medias en el filo del piecero cubriéndose el rostro con una mano poco firme.

—¡Bern! —se alarmó Mateo, deteniéndose muy cerca de él—. ¿Qué te pasa?

—No me he caído. —Negó con vehemencia sin apartar la mano —. Esa bolsa…

Confuso, Mateo miró la bolsa que colgaba del portasueros.

—Me encuentro bien, no tiene importancia. No tengo más que contusiones y un chichón. Esto es porque los análisis dicen que estoy bajo de electrolitos y deshidratado. —Algo de color acudió a sus mejillas cuando, un poco avergonzado, añadió—: No me he alimentado bien durante la etapa. Error de principiante.

—No es tu culpa —volvió a sacudir la cabeza—, sino mía. No debí echarte la bronca, te hice perder la concentración y tú…

Dejó las últimas palabras en el aire, frustrado. No era eso lo que quería decirle, lo que necesitaba desesperadamente decirle desde que le había visto.

—Pero… ¿Qué idiotez estás pensando? ¿Crees que me he caído por tu culpa? ¿No habrás venido hasta aquí porque te sientes…?

Bernhard se levantó de repente. Sus manos buscaron el rostro de Mateo, que se quedó paralizado por lo inesperado del gesto y, tomando sus mejillas con ternura, lo atrajo hasta que los labios de ambos se rozaron. El beso que depositó en ellos fue suave, casi un estremecimiento acompañado de un leve suspiro. Cerró los párpados y apoyó la frente en la de Mateo. Sus bocas quedaron muy cerca y

la de Mateo tembló empujada por unas palabras que no fue capaz de pronunciar.

—No sé cómo querer, Mateo —musitó—. Ni cómo dejar que me quieran.

—Bern…

Bernhard le posó el dedo pulgar en los labios y Mateo se quedó en silencio.

—No te mentía cuando te dije que no soy la persona que te mereces —confesó con una voz derrotada que sentía que escapaba de lo más profundo de su alma—. Yo no te merezco, Mateo. Te he hecho daño por mi propio egoísmo y cobardía. Porque es así como soy, un egoísta y un cobarde, alguien que lleva demasiado tiempo escondiéndose de sí mismo y de sus propios sentimientos porque me convencí de que el amor, el auténtico amor, el que podría llegar a sentir por otro hombre, no tenía cabida en mi vida, en la vida que había escogido, en la que deseaba y necesitaba vivir. Me he llevado tantos años huyendo del amor de otros, obligándome a ignorar sus sentimientos y los míos, tantos años, que había olvidado cómo se ama, qué se siente cuando amas. Y se siente miedo, Mateo, mucho miedo. —Sin llegar a abrazarlo, inclinó la cabeza y ocultó el rostro en la curva de su cuello—. Tengo miedo de esto que siento por ti, que desde que te conozco he tratado de hundir en lo profundo de mi corazón una y otra vez, y una y otra vez no ha dejado de salir a flote. Tengo miedo de quererte y de que tú no me quieras. Miedo de hacerte daño, de perderte. Tengo miedo de que este amor nos destruya a los dos.

Notó los dedos de Mateo acariciarle la nuca, detenerse en ella queriendo sostenerla mientras su otra mano le rodeaba la cintura cercando su cuerpo en un abrazo protector, y en ese instante tuvo la sensación de que por fin estaba donde debía estar, donde quería, donde llevaba mucho tiempo necesitando llegar, como un náufrago que, finalmente, lograra regresar a puerto.

—Yo también tengo miedo —le susurró Mateo en el oído—. Desde que me di cuenta de que me había enamorado de ti, tengo tus mismos miedos. Pero no quiero que esos temores nos separen, que nos roben la posibilidad de ser felices. No sé qué va a pasar,

Bern, con nuestros miedos, con nuestras dudas, no sé lo difícil que puede volverse el mundo a nuestro alrededor. Lo único que sé, lo único que me importa, es que te quiero —musitó—. Por favor, déjate querer por mí.

Bernhard sintió que se le estremecía el corazón y que una paz, ajena e insospechada, se apoderaba de su ser. Le rodeó despacio la espalda con los brazos y, frenando la acuciante necesidad de emplear sus últimas fuerzas en fundirse con él en un abrazo, lo atrajo con cuidado hacia su torso. A pesar de su gesto delicado, Mateo dejó escapar un lamento y el austriaco intentó apartarse de él.

—No me sueltes —le pidió Mateo sujetándolo, reteniéndolo con firmeza—. No me sueltes nunca.

Bernhard ahogó un murmullo incoherente contra su cuello y se dejó envolver por su cariño.

—¿Qué has dicho?

Alzó la cabeza y vio que Mateo tenía el rostro acalorado y una humedad prendida de las pestañas que lograba que sus ojos parecieran aún más hermosos.

—*Ich liebe dich* —repitió, dándose cuenta, con una agradable sensación de aturdimiento, que era la primera vez en su vida que pronunciaba esas palabras en voz alta.

—No sé alemán —dijo dibujando una sonrisa, mirándose en sus grises y empañados ojos.

Bernhard le besó despacio en los labios, saboreando la tersura de su piel.

—No te hace falta. Ya sabes lo que significa.

EPÍLOGO

Mateo se quedó parado delante de la puerta. Comprobó el número y resopló al ver que no se había equivocado de habitación.

—Vamos, hombre. —Su padre le dio una palmada amistosa entre los omóplatos—. No actúes como si fueras a entrar al matadero. Solo es una entrevista.

Le dedicó a su padre una mirada cargada de reproches, a la que Javier Luna respondió con una risotada.

—Nunca es solo una entrevista —refunfuñó.

—Es lo que tiene ser el campeón: hay que contentar a la prensa.

Mateo suspiró con resignación. No estaba allí para contentar a la prensa, la cual le traía sin cuidado desde hacía mucho tiempo, sino a los patrocinadores y al dueño del Global-Ventura, en contra de cuyas decisiones no se podía actuar. Al menos sabían lo mucho que le incomodaba aparecer ante las cámaras, participar en reportajes deportivos, en debates o anuncios fingiendo que no se moría de vergüenza, y por ser él, le otorgaban cierta manga ancha, aunque solo si no perjudicaba su interés.

Aquella iba a ser la primera entrevista que concedía a un programa de televisión tras su victoria en la Vuelta a España hacía casi dos semanas, el mismo tiempo que llevaba retrasándola, y que los patrocinadores consideraban que era más que suficiente para recuperarse del agotamiento físico y mental que había alegado con

intención de escaquearse. Al menos su padre había conseguido convencer a la productora de que la entrevista se llevara a cabo en Girona en vez de en Barcelona, y en la habitación de un hotel y no en su casa, como habían pretendido.

—La próxima vez te lo piensas y te dejas ganar —añadió Javier, con una expresión burlona que ensanchó su alargado rostro.

Antes de poder replicarle, la puerta se abrió de golpe y una mujer de mediana edad, ataviada con unos vaqueros y una sudadera, apareció en el umbral.

—Ya decía yo que había escuchado voces —comentó risueña adelantando una mano hacia Mateo, que se apresuró a estrecharla —. Señores Luna, encantada de conocerles —añadió al estrecharle también la mano a Javier—. Soy Teresa, la asistente de producción. Pueden llamarme Teté.

Se hizo a un lado y les animó a entrar con un gesto.

—Permítanme sus chaquetas —les dijo mientras cerraba la puerta.

Javier prefirió quedarse con la suya. Mateo se quitó su vieja cazadora de cuero y se la entregó. Con ella sobre el brazo, Teté se adelantó para guiarles al interior de la *suite*.

—Estamos felices de tenerles hoy aquí y muy, muy agradecidos de que el gran Mateo Luna nos conceda esta entrevista. Con lo poco que se prodiga usted con la prensa —Lo miró por encima del hombro con una expresión calculadora en sus ojos—, nos tenemos que considerar unos privilegiados, ¿verdad?

—No hace falta el usted —dijo Mateo, ignorando su intento de pulla—. Con Mateo está bien.

Se detuvieron al entrar en el salón, una estancia amplia y elegante decorada en tonos ocres, reconvertida en plató de televisión. Dos sofás, que debían haber estado ocupando el centro de la habitación, habían sido desplazados hacia un lateral dejando el lugar a sendas sillas con reposabrazos y tapizadas, y una mesa baja de cristal. Varios focos y dos cámaras sobre sus trípodes enfocaban el conjunto. En una mesa fuera de plano reposaban dos portátiles y el equipo de sonido, que estaba siendo manipulado por un técnico. Junto a ella habían montado un pequeño bufé del que daba buena

cuenta un hombre delgado, de cabellos castaños, rostro moreno y estatura media, que vestía con un cierto aire de falsa informalidad. Nada más advertir la presencia de Mateo y su padre, posó sobre un plato el cruasán que sostenía y apresurándose a limpiar sus manos y su boca con una servilleta, dijo:

—Gracias, Teté. Ya me ocupo yo.

La asistente les guiñó un ojo antes de marcharse, al tiempo que el hombre se aproximaba a ellos con la mano extendida y una espléndida sonrisa que dejó al descubierto sus blancos y alineados dientes.

—Buenos días y bienvenidos —saludó—. Soy Pablo Vesta, encantado. —Estrechó con firmeza la mano de Mateo y al tomar la de Javier, la retuvo unos instantes—. Nosotros nos conocemos de antes, ¿verdad?

Javier arrugó un poco los labios mientras asentía.

—En la Vuelta a Andalucía de… ¡No me lo digas! —le detuvo al verle abrir la boca—. Del 2021 Creo recordar que corrías con el Jumbo-Visma.

—Buena memoria —se alegró Pablo—. Tuvimos una conversación muy interesante sobre la UCI ProSeries. —Se volvió hacia Mateo sin perder su televisiva sonrisa—. En cambio, nosotros dos no hemos coincidido nunca.

—No, pero mientras estuviste en activo, seguí tu trayectoria.

Pablo ladeó un poco la cabeza con una mueca paternalista que incomodó a Mateo.

—No te miento —se sintió obligado a manifestar.

Y no lo hacía. Pablo Vesta había sido un prometedor corredor al final de la década de 2010, cuyos primeros triunfos llevaron su nombre de boca en boca hasta el punto de que muchos llegaron a señalarlo como el sucesor de Valverde. Tras su retirada en 2024, se había dedicado a participar como invitado o comentarista en la retransmisión de algunas vueltas, para terminar, no mucho tiempo después y tras demostrar un especial talento como comunicador, presentando su propio programa. Mateo, que siendo deportista, pero sobre todo gran aficionado, se había preocupado siempre de estar al día de las noticias y acontecimientos del mundo del ciclismo y del

devenir de sus principales protagonistas, había sido un testigo más de su auge y caída, y también de su exitoso resurgimiento.

Pablo se inclinó un poco hacia delante con la mano en el pecho, sin apartar sus ojos oscuros e inquisitivos de los de Mateo, quien de inmediato notó la familiar sensación de calor en las orejas.

—Me siento halagado. —Y rápidamente añadió señalando hacia el bufé—: ¿Os apetece tomar un refrigerio antes de la entrevista? ¿Café, té, un refresco?

—Yo me apunto a un dulce. —Javier examinó con ojos golosos la mesa—. Si me necesitas, Mati, estaré dando buena cuenta de esos cruasanes que llevan mi nombre. ¡Ah! Por cierto. —Puso su mano sobre el hombro de Pablo y, esbozando una sonrisa afilada, dijo—: Te recuerdo que las preguntas están pactadas.

La mueca complaciente en el rostro del presentador se acentuó mientras lo veía alejarse.

—Por supuesto. —Se volvió hacia Mateo y le hizo un gesto con la cabeza—. Nos sentamos y te cuento cómo tengo planteada la entrevista, ¿te parece?

Asintiendo, siguió a Pablo hasta el set y se acomodó en la silla que este le indicó. Mientras el presentador le explicaba los pormenores de la entrevista, explicación a la que no prestó excesiva atención, un técnico de sonido se ocupó de colocarles los micrófonos inalámbricos y una maquilladora de pasarle a ambos una esponja por el rostro para, según dijo: «quitarles los molestos brillos».

—Vamos a grabar con dos cámaras y luego montaremos la entrevista para ajustar el tiempo —comentó Pablo, que se había sentado al otro lado de la mesa de cristal y hablaba con la atención puesta en la *tablet* que manipulaba—. Lo que quiere decir que podemos parar todas las veces que desees. Tanto si necesitas un descanso, quieres un refrigerio o simplemente te has cansado de mis preguntas. —Al decir esto último, apartó la mirada de la *tablet* para dedicarle una mueca socarrona—. Es un secreto a voces que odias las entrevistas.

Mateo notó que las manos comenzaban a sudarle. Apoyó los codos en el reposabrazos y las enlazó a la altura de su estómago.

—A lo mejor esta no la odio —comentó, devolviéndole la sonrisa.

«No hay mejor defensa que un buen ataque», solía decir su padre. El problema estaba en que él, fuera de una competición ciclista, nunca sabía cómo atacar.

—Eso sería algo de lo que me gustaría presumir —replicó animado Pablo.

El presentador dedicó los siguientes minutos a coordinar desde su asiento el trabajo del personal del set. Siguiendo sus indicaciones, colocaron en la mesa una bandeja con una botella de agua y vasos; los técnicos ajustaron la dirección de los focos, midieron la intensidad de la luz, corrigieron la posición de las cámaras y revisaron el sonido.

Una vez concluidos los preparativos, el set quedó en silencio y se dio inicio a la grabación con la tradicional claqueta que Teté accionó delante del rostro de Pablo. Este, con una naturalidad y elocuencia que a Mateo le parecieron envidiables, saludó a la audiencia, comentó algunos detalles sobre el programa y, tras darle la bienvenida y agradecerle su participación en la entrevista, pasó a resumir su carrera deportiva por si, como comentó con algo de jovialidad, algún espectador despistado aún no conocía a Mateo Luna.

—Y para concluir tan excelente palmarés, llegamos al 2027 —comentó con su radiante sonrisa—. Un año que ningún aficionado al ciclismo, y entre ellos me incluyo yo, vamos a olvidar. El año del triplete. Tour, Giro, Vuelta a España. Sé que voy a pecar de falta de originalidad con mi primera pregunta, sin embargo, estoy obligado a hacértela: ¿qué se siente al ser el primer ciclista de la historia que se proclama campeón de las tres grandes vueltas en un mismo año?

Mateo sonrió con amabilidad. Pablo tenía razón, estaba siendo poco original. Desde hacía dos semanas, la pregunta que todo el mundo le hacía, fuera o no periodista, era la misma, y en cada ocasión solía pensar lo mismo:

«Lo que se siente cuando el sueño de un crío de diez años se hace realidad, no se puede explicar».

Al menos a él no sabía hacerlo. Le resultaba difícil compartir con un público anónimo unos sentimientos que consideraba tan íntimos. Por ello su respuesta siempre era un compendio de tópicos, las

acostumbradas frases que periodistas y aficionados esperaban escuchar. Se las había aprendido de memoria cuando ganó su primer Tour en el 2025, y repetido a la prensa tras subir al podio de la París-Niza, la Vuelta al País Vasco y todas las que vinieron después durante el 2026 y 2027. Las mismas frases que no dudó en soltarle a Pablo en aquel momento.

El presentador le escuchó con expresión atenta, fingiendo con bastante habilidad que sus palabras no le parecían manidas e impersonales. Le dejó hablar sin interrumpirle, cabeceando obsequioso, y cuando concluyó, pasó a hacerles las preguntas de rigor a las que Mateo contestó en la misma medida, con respuestas programadas que le hacían sentir cierta sensación de control.

De repente, en mitad de una de esas respuestas, se escuchó un sonoro repiqueteó que lo dejó mudo. De inmediato se le encendió el rostro y ante la mirada divertida de Pablo se manoseo el bolsillo de los vaqueros hasta que consiguió sacar el móvil.

—Cortamos un momento, compañeros —indicó el presentador.

—Lo siento muchísimo —se disculpó, mirando con horror la pantalla—. Se me olvidó ponerlo en silencio.

—Tranquilo —Pablo tomó la botella de agua y sirvió dos vasos—. Contesta si quieres, podemos hacer una pausa.

Mateo, aunque le escuchó hablar, no prestó atención a sus palabras. El mensaje que acababa de recibir era de Jon, un enlace a una noticia a continuación de un montón de emoticones de botellas de champán y manos dando aplausos. Leyó el titular y la alegría que sintió le hizo sonreír de oreja a oreja.

—Gracias —dijo distraído, mientras silenciaba el teléfono—. No hace falta.

Al alzar la vista advirtió que su padre se había colocado detrás de Pablo, junto al cámara y que, señalando su propio móvil, vocalizaba en silencio de forma exagerada. Mateo le mostró el dedo pulgar hacia arriba; aunque era incapaz de leer los labios, sabía lo que su padre quería comunicarle.

—Pues si por ti vale, por mí también —dijo Pablo—. Chicos, retomamos donde lo hemos dejado.

—Pablo, espera. —Teté se acercó al presentador con una *tablet* en las manos—. Mira esta noticia.

De un rápido vistazo, el presentador examinó la pantalla.

—¡Qué casualidad! —exclamó. Miró a Mateo y comentó en tono jovial—: ¿Qué te apuestas que sé lo que pone el mensaje que te han enviado?

—Nada, porque seguramente perdería. —Mateo volvió a guardarse el móvil en el bolsillo—. Las buenas noticias vuelan.

—¡Y que lo digas! —Le devolvió la *tablet* a Teté y con un leve movimiento de los dedos le indicó que se fuera—. Irene Pascual, flamante medalla de oro del Campeonato Mundial de Ruta sub-23. Felicidades, Mateo.

—¿Me felicitas a mí por su éxito? —preguntó, extrañado.

—Bueno, algo habrás tenido que ver en su entrenamiento. Irene es una de las alumnas destacadas de la Aktion Girona, tu escuela de ciclismo, ¿no es así?

Mateo negó con la cabeza sin perder la sonrisa.

—No se puede decir que Aktion Girona sea mía. Solo hice una aportación económica para su fundación. Quien ejerce de entrenador y director es Bernhard…

Se quedó callado de golpe al comprender la sutil maniobra de Pablo para empujarle a abrir una puerta a su vida privada que le constaba, el presentador sabía que prefería dejar cerrada. Era probable que hubiera estado esperando la oportunidad para dar la dentellada y la noticia del éxito de Irene se la había servido en bandeja.

Notó que su pierna derecha comenzaba a moverse rítmicamente y posó la mano en ella para mantenerla inmóvil. Pablo le observaba con el rostro un poco adelantado, expectante. Mateo se figuró que permanecería en silencio sin perder su talante amistoso, a la espera de que él terminara la frase y así lograr hincar el diente en el lugar que realmente le interesaba. Podía seguir su ejemplo, cerrar la boca hasta que comprendiera que de él no iba a sacar nada más o mandarlo a la mierda de forma elegante. Optó por lo último.

—Bernhard Maier es el director y entrenador de Aktion Girona —explicó con calma y una sonrisa menos amable en el rostro—. Y no

creo que aceptara tu felicitación si se la pudieras dar. Es de los que opina que la gloria se la lleva quien se la gana.

—Y estoy de acuerdo. —Asintió complacido—. Aunque ambos sabemos lo importante que puede ser para un ciclista estar respaldado por un buen preparador. ¿Qué opinión te merece Bernhard Maier como entrenador?

—Discúlpame, Pablo. —Mateo apretó un poco más la mano contra su rodilla—. Esa no es una de las preguntas pactadas para la entrevista.

El presentador miró a su alrededor con falsa sorpresa.

—No estamos grabando, es una simple charla fuera de cámara.

—Tú y yo sabemos que nunca se está del todo fuera de cámara.

Pablo le dedicó una media sonrisa y, por primera vez, le pareció que le miraba con sincera cordialidad.

—Como gustes. ¿Continuamos grabando?

—Si me permites, tomaré antes un poco de agua.

Mateo, todavía con el aguijón de los nervios en el estómago, se inclinó hacia la mesa para coger el vaso. Le resultaba difícil enfrentarse a ese tipo de encerronas, a pesar de llevar más de un año sufriéndolas, pero más todavía al hecho de que la presa, aun conociendo su negativa a responder preguntas sobre su vida privada o más bien, preguntas relacionadas con Bernhard Maier, siguiera intentándolo.

Hablar de la carrera de Bernhard como ciclista y entrenador no suponía un problema, de hecho, le encantaba hacerlo. El inconveniente estaba en que los periodistas sacaban a relucir los méritos del austriaco como excusa para husmear en la relación de ambos. Aunque había quien evitaba los rodeos y preguntaba directamente sin ningún tipo de respeto, como si el hecho de ser dos figuras públicas del deporte les diera derecho a inmiscuirse en los pormenores más íntimos de su vida como pareja. Todo aquello le molestaba y a veces conseguía sacarle de quicio a pesar de haber entendido desde un primer momento —ambos lo habían hecho—, que sería parte del precio a pagar por vivir su relación abiertamente.

Bebió un par de sorbos de agua, examinando de soslayo a Pablo, que parecía muy interesado en manipular el micrófono que tenía

prendido de la camisa.

Resultaba curioso que el hecho de haber tomado la que ahora consideraba la mejor decisión de sus vidas fuera en parte culpa de la prensa deportiva. Tal vez, si al periodista del L'Esportiu que redactó el artículo sobre su triunfo en la París-Niza de 2026, no se le hubiera ocurrido incluir en la entradilla aquel «¿Qué secreto nos oculta el ganador de la Carrera hacia el sol?», su relación aún seguiría siendo confidencial.

La frase no había sido más que un cebo para los lectores. El L'Esportiu no se había atrevido a dar directamente sonoridad a los rumores que ya circulaban, contentándose con mencionar de pasada el hecho de que Mateo Luna y el reconocido exciclista austriaco Bernhard Maier habían fundado una escuela de ciclismo y vivían en las instalaciones.

Sin embargo, a Bernhard el artículo lo había indignado y no tanto por la sutil insinuación de que podían ser pareja. Le parecía una absoluta falta de respeto y un sucio intento de restar valor al triunfo de Mateo, que bajo el titular «Luna se hace con el podio de la París-Niza», el periódico hubiera hecho aparecer aquella amarillista pregunta sobre secretos.

Mientras aún leía el artículo, se había puesto a despotricar en alemán sobre periodistas y periodismo basura. Mateo había esperado con calma a que se desinflara su arranque de ira, para dar su opinión:

—Ya contábamos con que esto sucedería cuando se supiera que vivimos bajo el mismo techo. Dar a entender que el motivo es logístico, porque hemos montado una escuela de ciclismo juntos, no es muy creíble.

Bernhard, que había estado deambulando por el despacho rumiando su malestar, se detuvo en seco y preguntó mirándole de soslayo:

—¿Te arrepientes?

—¿De haber montado Aktion Girona? —preguntó, apretando los labios para disimular la sonrisa burlona que había en ellos.

Bernhard se volvió hacia Mateo soltando un resoplido.

—De habernos ido a vivir juntos.

Le respondió agarrándolo por la camisa para poder atraerlo y besar sus labios con una pasión que no quiso refrenar y a la que Bernhard respondió con igual vehemencia. Durante unos minutos solo se preocuparon de robarle al otro el aliento y de manosearse con la destreza de quien conoce a la perfección el cuerpo ajeno.

Bernhard fue quien decidió controlar la situación.

—Puede entrar alguien —musitó en los labios de Mateo.

—Tal vez ha llegado el momento —dijo, sin querer soltarse de su cintura—. Tal vez deberíamos haberlo hecho ya.

Se miró en los ojos de Bernhard y vio en ellos que sabía bien a lo que se estaba refiriendo.

—Te lo he dicho muchas veces. —Sacudió la cabeza, molesto—. No pienso montar una rueda de prensa. ¿Acaso los heteros lo hacen? ¿Por qué somos los gais quienes tenemos que dar explicaciones sobre quiénes somos?

—Sabes que yo tampoco quiero eso. Lo que sí quiero es poder besarte en tu despacho sin preocuparme por las consecuencias de que alguien pueda vernos. Estoy cansado de seguir escondiéndome. De que tengamos que escondernos.

Bernhard cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Y qué hacemos?

Mateo le había ceñido con un poco más de fuerza la cintura y mordisqueado el mentón.

—Vivir nuestra vida —había susurrado antes de volverlo a besar.

Un mes después, durante la Vuelta al País Vasco, sin haberlo planeado, sucedió.

Bernhard, aprovechando una visita profesional a Pamplona, había decidido presentarse por sorpresa en Beasain, donde estaba previsto que terminara la segunda etapa de la vuelta. La casualidad quiso que Mateo fuera el ganador y que exultante cruzara una meta en la que no fue su auxiliar quien le recibió sino un Bernhard que irradiaba orgullo y felicidad. Cuando se abrazaron no les importó estar rodeados de periodistas y aficionados, de los miembros de la organización, solo se dejaron llevar y actuaron como sus corazones necesitaban.

Mateo dejó el vaso en la mesa y se quedó un instante contemplándolo, rememorando sin proponérselo aquellos días.

La foto de su apasionado beso había aparecido en todos los periódicos deportivos y en otros que nunca se habían preocupado por el ciclismo. En internet abundaron los memes, los montajes de video y las imitaciones, todo ello sazonado con comentarios tan dispares como innecesarios. Fue la comidilla en los seudoprogramas de debates matutinos de la televisión y emblema durante meses del activismo LGTBI+. A algunos les sirvió de excusa para proclamar el deterioro de los valores morales, la innecesaria exposición de los menores a comportamientos perniciosos y la obligación de preservar el deporte como baluarte de la auténtica masculinidad. Otros la usaron para denunciar las dificultades que muchos deportistas encontraban para expresar su orientación sin consecuencias. Mateo llegó a temer que esa foto, junto a los sentimientos encontrados que le provocaba, les perseguiría toda la vida. La realidad fue que un día, simplemente, dejó de ser noticia.

Bernhard afirmaba odiarla, aunque Mateo sabía que guardaba una copia en su ordenador personal, dentro de una carpeta con el nombre de *meins*. Su hermana Viktoria tenía la foto enmarcada encima de la repisa de la chimenea y, cada vez que iban a visitarla, Bernhard se encargaba de hacerla desaparecer con la excusa de que le incomodaba. En pocos minutos, Viktoria hacía aparecer una nueva en el mismo lugar, asegurando que a ella le encantaba porque era el beso más hermoso que había visto en su vida.

A Mateo también le gustaba a pesar de los problemas que había traído consigo. La mayoría habían sido intrascendentes y pasajeros, otros —que aunque esperados no por ello resultaron menos dolorosos—, amenazaron con arruinarles la vida. Primero fue la desbandada de alumnos de la Aktion Girona. Algunos padres de chicos adolescentes consideraron que un entrenador gay no era la mejor influencia para sus hijos y anularon de inmediato sus inscripciones, lo que casi lleva a la escuela a cerrar apenas seis meses después de su inauguración. Al mismo tiempo, los dos patrocinadores del Global-Ventura amenazaron con retirarse sin ambos no convocaban una rueda de prensa para desmentir su

relación y aclarar que el beso no había sido más que una muestra de afecto entre amigos sacada de contexto. Mateo no quería imaginar cómo podría haber terminado aquel ultimátum, de no ser porque Velazco amenazó con dimitir si obligaban a su mejor ciclista a participar en semejante esperpento, y el dueño del equipo, con más miedo de perder a su entrenador que a los patrocinadores, decidió plantarles cara. Aunque uno de ellos cumplió su amenaza, no tardó mucho en presentarse otro al que solo le interesaba la visibilidad que un equipo entre los primeros puestos de la UCI WorldTour, podía darle a su marca. La Aktion Girona también logró capear el temporal y en unos meses ingresaron nuevos alumnos, entre ellos Irene Pascual.

—¿En qué piensas?

La voz de Pablo le sacó de su ensimismamiento.

—¿Qué?

El presentador le observaba con curiosidad.

—Desde que has llegado te he notado muy tenso, a disgusto diría yo —le explicó en un tono afable que distaba mucho del acento de periodista televisivo que había utilizado hasta el momento—. En cambio, ahora tienes una expresión sosegada. Me preguntaba qué pensamientos han logrado que luzcas así.

Mateo se recostó en el respaldo de la silla, sintiéndose un poco avergonzado por distraerse y por ser tan fácil de leer.

—Pensaba en Irene —comentó alisándose un poco la camisa negra que vestía.

Pablo asintió esbozando esa media sonrisa que parecía tener programada.

—¿Continuamos?

En un minuto retomaron las anodinas pregunta y respuestas, y Mateo comenzó a impacientarse. En varias ocasiones consultó con disimulo la hora en su reloj de pulsera. Tenía ganas de volver a casa, las había tenido desde que se montó en el Uber para trasladarse hasta Girona, pero ahora solo pensaba en regresar lo antes posible para poder celebrar junto a Bernhard el triunfo de Irene.

Tal vez Pablo, que le había dado la impresión de ser bastante perspicaz, intuyó sus prisas, porque antes de lo que había pensado

decidió concluir con la entrevista.

—Una última pregunta, Mateo. Corren rumores de que tienes previsto cambiar de equipo, ¿alguna primicia al respecto?

Aquello sí que le tomó por sorpresa.

—¿Rumores?

—A final de año termina tu contrato con el Global. Para algunos, tres años en el mismo equipo serían muchos, y estoy seguro de que tienes ofertas fabulosas de los mejores de la UCI WorldTour…

—Formo parte del mejor equipo de la UCI WorldTour —le interrumpió Mateo con sequedad.

Pocas cosas conseguían hacer que su timidez quedara en un segundo plano frente a su enojo, que menospreciaran al Global era una de esas pocas.

El equipo, desde su subida de categoría poco ortodoxa tras la París-Niza del 2024, había tenido que soportar el desdén y las críticas de la presa y de otros equipos; lo habitual era que se cuestionaran sus méritos, que se criticaran sus decisiones y se pusiera en tela de juicio sus logros. Todo aquello enfurecía a Mateo, que no solo sentía lealtad hacia el Global, sino también agradecimiento.

Desde el día en que Bernhard renunció a subir a un podio como ganador para poder visitar a un compañero hospitalizado por una caída, la mayor parte de los miembros del equipo tuvieron sus sospechas. ¿Qué ciclista haría algo semejante si sus razones no nacieran del corazón? Tuvieran o no la certeza o solo la intuición, nunca nadie aludió al tema. No hubo críticas, ni comentarios, ni suspicacias, al menos en público, tampoco nadie actuó con ellos de forma diferente. Solo cuando se tomó la foto del beso y el posicionamiento de los patrocinadores puso en peligro la continuidad del equipo, surgieron voces discordantes. Algunos prefirieron rescindir sus contratos antes de verse arrastrados por la polémica, alegando que una cosa era convivir con los rumores y otra muy diferente pertenecer a un equipo donde uno de los ciclistas era abiertamente gay. Mateo se había sentido tan abrumado por la culpabilidad, que se planteó seriamente renunciar también para librar al equipo del problema que había provocado, idea que

Buenafuente le quitó de la cabeza montándole una sonora bronca. Lo que no consiguió el entrenador borrar de su corazón fue la tristeza y la decepción que sufrió por aquellos compañeros que prefirieron marcharse.

—¡A la mierda con ellos! —había exclamado Parisse en perfecto castellano cuando se supo quien abandonaba—. No necesitamos morralla, *ragazzo.*

A Mateo le había avergonzado un poco pensar como Parisse, pero una vez que las aguas regresaron a su cauce y el Global se recompuso, supo o más bien sintió, que el hecho de que ya no hubiera un secreto flotando en el aire, había conseguido que los lazos que ya existían entre los miembros del equipo que prefirieron quedarse, se estrecharan.

—Eso de que el Global es el mejor, no deja de ser una opinión —comentó Pablo un tanto sarcástico.

—Es un hecho —replicó resuelto—. ¿Qué equipo actual de la UCI WorldTour ha conseguido en un año las tres grandes vueltas?

—Técnicamente el ganador eres…

—Tú has sido ciclista, Pablo —le interrumpió—. Sabes como yo, que sin un buen equipo un ciclista no obtiene victorias.

—Entiendo, entonces, que el rumor es falso.

—Así es. Me quedaré en el Global mientras el equipo quiera.

—Pues sinceramente, Mateo… —Asintió despacio, contemplándolo con simpatía—, me alegro por ti.

Mateo no supo si darles las gracias. Pablo se adelantó dándoselas a él por la entrevista y despidiendo a la audiencia, emplazándolos para la siguiente entrega del programa. Se quedaron ambos en silencio unos segundos hasta que el presentador anunció en voz alta:

—¡Hemos terminado por hoy! ¡Muchas gracias!

Inmediatamente, el tranquilo set se llenó de vida. Un técnico se aproximó a Mateo para retirarle el micrófono mientras Pablo se quitaba el suyo, y las cámaras y focos comenzaron a ser desmontados.

—¡Magnifica entrevista! —Javier se les acercó móvil en mano—. Muchas gracias, Pablo. Seguro que hacéis un montaje estupendo. —

Le tendió la mano al presentador—. Encantado de haberte visto de nuevo.

—¿No queréis tomar algo antes de iros? —preguntó estrechándosela—. Podríamos bajar al bar del hotel.

—Lo lamento, otra vez será. —Javier se dirigió hacia la puerta—. Mati, he llamado a un Uber. Voy bajando para esperarlo.

—¿No puedo convencerte? —insistió Pablo.

—Te lo agradezco, pero no debo entretenerme —explicó.

Teté se aproximó con la cazadora de cuero de Mateo y al querer ayudarlo a ponérsela, el presentador se la quitó de las manos.

—Déjame acompañarte —dijo.

Posó la mano en su hombro y lo dirigió con amabilidad hacia la salida. Una vez ante la puerta, se situó a su espalda sujetando la cazadora; cuando Mateo metió un brazo, se inclinó hacia él para hablarle.

—Quería comentarte algo en privado.

Se giró hacia Pablo colocándose bien la prenda y tratando de disimular su desconcierto. Percibió un rastro de nerviosismo en sus ojos y le pareció que el presentador había perdido un poco de su aplomo.

—No iba a ser yo el encargado de entrevistarte —Miró a su alrededor como si quisiera asegurarse de que nadie podía oírlos—. Ahora mismo tendría que estar en Londres con una retransmisión deportiva. Pero me debían un par de favores y los utilicé para conseguir ser tu entrevistador.

Mateo se subió despacio la cremallera sin saber muy bien si tenía que decir algo o esperar a que continuara.

—Quería tener la oportunidad de estrecharte la mano y darte las gracias —le explicó, al cabo de unos segundos.

—¿A mí? —se extrañó—. ¿Las gracias por la entrevista?

—Por tener el valor… —Pablo se detuvo a tomar aire— el valor que otros no tuvimos para abrir el camino.

Mateo tardó unos segundos en comprender el significado correcto de sus palabras, y al hacerlo, sintió que se le calentaban un poco las mejillas. Aquella revelación le resultó tan inesperada, la situación en sí lo era tanto, que no supo cómo reaccionar. Qué podía

hacer o decir en ese instante precisamente él —para quien abrirse a extraños era tan difícil— que no sonara insustancial o una excusa barata para escapar de aquella tesitura.

Advirtió que la máscara de presentador se había caído del rostro de Pablo, y que en su lugar solo quedaba un semblante fatigado y unos ojos tristes, y se instó a responderle, porque era capaz de entender con toda claridad el enorme esfuerzo emocional que Pablo acababa de realizar, los sentimientos que en aquellos momentos debía de estar tratando de sobrellevar.

—No fue valor. —Un poco inseguro alargó la mano mirándolo a los ojos con timidez, y Pablo se la estrechó—. Fue amor. El de mi familia y amigos, el de mi equipo. Fue el amor de Bernhard. Hay momentos en la vida por los que no se puede pasar solo y el valor para enfrentarlos te lo dan aquellos que te quieren. No busques valor, Pablo. Encuentra amor.

Sus manos permanecieron estrechadas unos segundos hasta que Pablo, con una tierna sonrisa que iluminó su rostro, volvió a decir:

—Gracias.

❂

Javier le esperaba en la entrada del hotel junto a un Uber estacionado. Al verlo llegar, frunció un poco el entrecejo.

—¿Estás bien? —le preguntó examinando su rostro—. ¿Pablo ha intentado volver a sonsacarte sobre Bernhard?

Mateo negó con una sonrisa.

—Tranquilo, está todo bien. Solo sigo un poco tenso por la entrevista. Ya sabes que me cuesta sacudirme de encima la incomodidad.

—Yo te he visto desenvolverte bien. —Abrió la puerta del coche —. Diría que cada vez se te da mejor.

—Papá, por favor —protestó, dejando escapar un resoplido divertido—. Qué mentira más descarada.

Se abrazaron entre risas y se besaron en las mejillas. Una vez que Mateo se hubo sentado en el asiento de atrás del vehículo,

Javier cerró la puerta y se asomó por la ventanilla.

—Acuérdate de que la fiesta es este sábado. Sed puntuales, que ya sabes que tu madre se mosquea.

—¿Fiesta? —Mateo le dedicó una mirada de reproche—. Te dije que organizaras algo íntimo.

—Y lo va a ser. Los íntimos, tú y Bernhard, aunque por todo lo alto. No voy a desaprovechar la oportunidad de celebrar que mi hijo ha hecho historia en el ciclismo mundial. ¡Una cosa! —le cortó al ver que pretendía protestar—. ¿Os ocupáis vosotros de recoger a las chicas y a Jon?

Mateo asintió con aire resignado.

—Sí, no te preocupes, ya quedé con ellos en que pasaríamos a recogerlos de camino.

—Pero hacedlo con tiempo para no llegar tarde.

—Qué sí, no seas pesado.

Javier le dio una cachetada cariñosa y le indicó al conductor del Uber que arrancara. Cuando el vehículo se hubo puesto en marcha, el chófer miró a Mateo a través del espejo retrovisor.

—Buenas tardes. El destino es Santa Coloma de Farnes, ¿verdad? ¿Quiere que le lleve por alguna ruta en particular?

—La más rápida, gracias.

Sacó el móvil del bolsillo y tras activar el sonido, consultó los mensajes. Tenía más de quince; la mayoría le anunciaban el triunfo de Irene Pascual y algunos le felicitaban también por la relación de la Aktion Girona con la corredora. Le envió un mensaje a la joven dándole la enhorabuena y de inmediato recibió otro en el que Irene le decía que lo llamaría esa noche y le enviaba un beso en forma de emoticono.

Le caía bien aquella chica. Le gustaba sobre todo porque poseía una personalidad extrovertida y simpática. También era terca como una mula y tan decidida que a veces asustaba, y no tenía lo que Bernhard llamaba «filtro mental», por lo que solía soltar todo lo que se le pasaba por la cabeza. Como la vez que en mitad de una charla motivadora presidida por el propio Bernhard, contó que su madre la había inscrito en aquella escuela porque prefería como entrenador

para su hija a un hombre gay. Cada vez que intentaba imaginar la cara que debía haber puesto Bernhard, se le escapaba la risa.

Sintiéndose cansado, se recostó hacia la ventanilla para poder observar las calles de Girona por las que transitaban, iluminadas ya por las luces de las farolas. Poco antes de salir a la autovía sonó el móvil, un tono que recordaba al timbre de una bicicleta y que tenía asignado a los mensajes de Bernhard.

«¿Qué tal va todo?», le preguntaba. «¿Has terminado la entrevista? Te echo de menos».

«Voy de camino. Ya no tardo».

«Sube al despacho cuando llegues».

Mateo le envió el emoticono del dedo pulgar hacia arriba y las siglas «ILD» y Bernhard le respondió con su habitual «No tanto como yo».

Después de leerlo se guardó el móvil con una bobalicona sonrisa en los labios. Recordaba la primera vez que Bernhard le había enviado un mensaje con «ILD» y la de vueltas que le había tenido que dar a las siglas en la cabeza para entender lo que significaban. Había sido más sencillo la primera vez que escuchó de sus labios la frase completa: *Ich liebe dich.* En aquella ocasión tuvo que conformarse con intuir su significado porque, como descubrió no mucho después, a Bernhard le daba vergüenza decirle en español que lo amaba.

Cerró los ojos y respiró hondo. Si pensaba en aquel momento del que habían transcurrido ya más de tres años, tenía la sensación de que apenas acababa de suceder. El tiempo había avanzado tan rápido que a veces, pese a las dificultades sufridas, le parecía estar viviendo un sueño: su carrera ciclista, la carrera de Bernhard como entrenador, su feliz vida en pareja. En ocasiones le asaltaban las inseguridades y se hacía la aterradora pregunta de qué habría pasado, si ellos habrían llegado a estar juntos alguna vez de no haberse salido en aquella curva de la París-Niza. Quizás, si aquel muro no se hubiera cruzado en su vida, Bernhard jamás habría sido capaz de enfrentar sus sentimientos ni de reunir el valor para deshacerse de sus miedos y arriesgarse a amar y que él le amara. Y él mismo, decidido a no sufrir, a no romperse por un amor no

correspondido, tal vez se habría alejado definitivamente del hombre de su vida.

Valeria, siempre tan romántica, acostumbraba a decir que un amor como el que ambos se profesaban no se podía ignorar, ni enterrar, ni olvidar, que, como dos imanes, tarde o temprano habrían vuelto a unirse.

«Seguro que en un cuarto oscuro», añadía Jon cada vez que la escuchaba contar lo de los imanes, principalmente para fastidiarla a ella y a Bernhard.

Jacinto también tenía su versión de la historia, que consistía en que, de no ser por él, ellos no estarían juntos, y en las ocasiones en que el Global festejaba algún triunfo y al chófer se le iba la mano con las cervezas, solía mencionarlo. Si Bernhard estaba presente, les echaba el brazo por encima a los dos y, en plena exaltación etílica de la amistad, les recordaba que el austriaco aún le debía el favor de haberlo llevado en el coche.

—Estamos llegando a Santa Coloma —le informó el conductor del Uber, sacándolo de su ensimismamiento—. ¿En qué dirección le dejo?

—Yo le indico, no se preocupe.

Le guió por unas calles que después de dos años ya le eran cotidianas, hasta el antiguo polideportivo del pueblo, reconvertido en la Escuela Ciclista Aktion Girona. Las instalaciones eran antiguas pero baratas, el Ayuntamiento, que como todos los de la zona tenía predisposición a favorecer cualquier iniciativa relacionada con el ciclismo, se las había alquilado por diez años a un buen precio. Sin embargo, había sido necesario una importante inyección de capital para trasformar todo el complejo en una escuela moderna donde jóvenes promesas del ciclismo pudieran formarse. Una inversión que habría sido imposible si familiares y amigos no hubieran accedido a participar en el proyecto.

El chófer estacionó justo delante de la entrada. Mateo le agradeció el trayecto, bajó del vehículo y se quedó inmóvil en la acera ante la corta escalera que subía a la puerta principal, contemplando la fachada de dos plantas iluminada por varios focos. En grandes letras se podía leer el nombre de la escuela acompañado

por un logotipo de aspecto minimalista que, con un juego visual de líneas y curvas, representaba a dos ciclistas pedaleando.

Aquel era otro sueño cumplido, un sueño compartido que había comenzado a fraguarse a finales del 2024, cuando Bernhard, tras la buena temporada realizada con el Global-Ventura, decidió que era el momento de valorar su retirada del ciclismo.

—Siempre es mejor irse por decisión propia y no porque el peso de los años y los fracasos te obligan —había afirmado—. Deja mejor sabor de boca.

En un principio, Mateo se había mostrado firmemente en contra de aquella posibilidad. Trató de hacerle ver que, como profesional, aún le quedaban dos o tres años buenos y que merecía la pena aprovecharlos; que una decisión así, en aquel momento de éxitos, era precipitada e innecesaria.

Sus argumentos, repetidos cada vez que tenía oportunidad, no hicieron mella en Bernhard y en las vacaciones de Navidad le anunció que no renovaría con el Global. Aquella revelación dio lugar a una tremenda discusión, solo comparable con la que habían tenido en el hospital de Niza cuando Velazco, no sin cierto interés en fastidiar a Bernhard, le contó que este había ganado la etapa y dejado vacante el podio por ir a verlo.

A Mateo le costó el resto de las vacaciones, y varias discusiones más, entender que el egoísmo era el motivo por el cual se enfrentaba a la decisión de Bernhard: no quería renunciar a él como compañero de equipo. La idea de no volver a correr a su lado en una vuelta, de no disfrutar del ciclismo en su compañía, le hacía sentir como si le estuvieran arrebatando una parte de la felicidad que suponía competir. Que Bernhard le hablara del proyecto que tenía en mente como algo que esperaba que ambos pudieran poner en marcha juntos, de cómo la posibilidad de llevarlo a cabo había conseguido que volviera a ilusionarse por el ciclismo, fue determinante para que aceptara con mejor actitud su renuncia.

—Voy a convertirme en adiestrador de pirañas —le había dicho, y la expresión de su rostro ante semejante afirmación debió de parecerle muy divertida, porque tardó un buen rato en dejar de reír

—. Es broma —terminó por aclararle, como si realmente fuera necesario—. Quiero entrenar a jóvenes ciclistas.

Seguía sin entender muy bien aquella broma, aunque suponía que era el motivo por el cual Bernhard, cuando se cabreaba con sus alumnos, los llamara «*böse kleine Piranhas*[1]».

Vio luz en una de las ventanas de la segunda planta, la del despacho de Bernhard, y supuso que aún se encontraba en él. Rodeando el edificio por el lateral, se dirigió a la puerta que daba acceso al pequeño apartamento en el que vivían y que con anterioridad había funcionado como uno de los almacenes del polideportivo. No era gran cosa: un salón con cocina que rara vez estaba ordenado, un cuarto de baño y un dormitorio, un pequeño rincón en el mundo que ambos habían convertido en un hogar acogedor, un lugar al que siempre regresar.

Abrió con su propia llave y entró encendiendo la luz. Se quitó con gesto cansado la cazadora y la dejó colgada en el perchero. Atravesó el salón y salió del apartamento por la puerta que daba a las instalaciones. La escalera metálica por la que ascendió estaba iluminada con la claridad que penetraba desde el exterior a través unos grandes ventanales verticales. Se detuvo ante una puerta entreabierta, llamó con un par de toques y asomó la cabeza.

La estancia era un despacho pequeño con poco mobiliario. En sus paredes había un gran número de fotos enmarcadas que eran un muestrario de compañeros y amigos, de instantes tomados en mitad de las carreras, de podios y triunfos. La penumbra de la estancia, difuminada apenas por la lampara del escritorio tras el que se sentaba Bernhard, no le permitía distinguirlas con claridad, aunque no hacía falta, conocía bien las alegrías que representaban.

—Te veo tan atareado que no sé si molestarte con mi presencia —comentó Mateo.

Bernhard trabajaba ante un portátil, tecleando con rapidez, rodeado de un caos de gruesas carpetas abarrotadas de papeles, de libros y revistas amontonadas, de objetos tan dispares como una biela de bicicleta, una maceta sin planta y un Playmobil vestido de ciclista montado en una bici.

El austriaco le miró por encima de la pantalla del portátil arrugando un poco el entrecejo.

—Entra. No me hagas ir a por ti.

Mateo entró disimulando una sonrisa, tentado por unos instantes de obligarlo a perseguirle hasta la cama. Cerró la puerta a su espalda y avanzó despacio hacia el escritorio.

—¿Te has enterado de lo de Irene?

—Lo he visto en directo —respondió Bernhard, de nuevo con la vista en la pantalla.

—¿Y qué tal ha sido la carrera?

Bernhard soltó un resoplido de satisfacción y sus ojos destellaron.

—Magnífica.

Se detuvo junto al escritorio y se sentó en una esquina con los brazos cruzados, deleitándose con la bella expresión de orgullo en el rostro del austriaco.

—¿Has hablado con ella?

—Con su madre. Pero no se le entendía nada, no hacía más que llorar y reír a la vez. Esperaré a mañana para llamarla, estará menos liada.

Mateo consultó la hora en la pantalla del portátil.

—¿Se ha ido ya todo el mundo? —preguntó.

—Mejor que lo hayan hecho. Si alguien aparece por aquí con otro problema —señaló con el pulgar la ventana que tenía a su espalda —, lo tiro de cabeza.

Mateo le colocó las manos en los hombros y empujó para que la silla en la que Bernhard estaba sentado se desplazara sobre sus ruedas separándose de la mesa. Sin prisas y ante la mirada suspicaz del austriaco, levantó una pierna y se sentó a horcajadas sobre sus muslos.

—¿De verdad me has echado de menos? —preguntó con voz melosa.

Bernhard le rodeó la cintura con los brazos y lo atrajo con delicadeza, alzando el rostro para poder mirarle a los ojos.

—Solo tu cuerpo.

—Eso suena excitante —afirmó en un tono bajo y sugerente, apoyando las manos en el respaldo de la silla, una a cada lado del rostro de Bernhard.

—Te veo de buen humor. —Alzo una ceja con expresión maliciosa —. ¿Tan bien ha ido la entrevista?

—Ni bien ni mal, ha sido lo mismo de siempre. ¿Recuerdas a Pablo Vesta?

Bernhard asintió mientras recorría con el dedo índice los botones de la camisa de Mateo.

—Corrió con el Jumbo-Visma y el Astana. No era un mal ciclista. A veces veo su programa, lo presenta con un periodista que trabajó para el Marca. ¿Te ha entrevistado él?

—Sí. Es gay.

El dedo de Bernhard, que había llegado hasta el cinturón, se detuvo.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió con curiosidad.

—No me lo ha dicho de forma literal, pero lo ha insinuado.

La mirada gris de Bernhard se tornó afilada.

—¿Pretendía ligar contigo?

—No, hombre. —Mateo rió con los labios apretados. Le acarició con la yema de los dedos la corta barba del mentón, disfrutando del agradable cosquilleo del recio vello—. No seas celoso.

Abrió mucho los párpados como si se sintiera ofendido.

—Yo no soy celoso.

—No claro. Por eso gruñes en alemán cada vez que Jon y yo salimos juntos.

—Eso es porque Jon es idiota y siempre termina enredándote en alguna estupidez. —Comenzó a desabrochar despacio la hebilla del cinturón de Mateo—. ¿A qué ha venido entonces que ese Pablo te dijera que es gay?

—Si he interpretado bien sus palabras, creo que piensa que hicimos algo bueno por los ciclistas gais al salir del armario.

—Sí, algo muy bueno —ironizó—. La sociedad acogió tan bien la noticia que me sorprende que no haya todos los días un deportista en la televisión anunciando que es gay o lesbiana.

Mateo se quedó en silencio unos segundos, con la vista en la ventana, rumiando esa duda que tan a menudo le asaltaba.

—¿Qué? —preguntó Bernhard, inclinando un poco la cabeza a un lado con curiosidad.

—Si pudieras volver atrás en el tiempo sabiendo lo que sabes ahora… —Bajó los ojos buscando los del austriaco—, ¿cambiarias algo?

—¿Me preguntas si me arrepiento de todo lo que hemos vivido hasta llegar aquí?

Mateo le acarició los cabellos, algo largos para lo que acostumbraba a lucir, mientras esperaba su respuesta.

—Solo me arrepiento de no haberte llevado conmigo aquella noche en Berlín.

Sintió sus palabras como una caricia en el corazón y esbozó una sonrisa entre divertida y tímida.

—¿Por qué? ¿Acaso fue en el Prinzknecht donde te enamoraste de mí? ¿Amor a primera vista?

Bernhard torció la boca en un gesto lascivo y con un leve movimiento de los dedos desabrochó el botón del pantalón de Mateo.

—Más bien fue amor a primera paja.

Mateo soltó una sonora carcajada que hizo temblar sus hombros.

—No, en serio —Se acercó a su rostro, lo suficiente para que sus narices se rozaran—. ¿Cuándo te enamoraste de mí?

—¿Cómo se puede saber eso? —Bajó la cremallera de la bragueta sin prisas y sin apartar los ojos de los de Mateo—. ¿Acaso tú lo sabes?

—Sé cuándo me di cuenta.

Bernhard tiró un poco de la camisa para sacar los faldones y colar la mano por debajo. Mateo notó, con un escalofrío de placer, la cálida caricia de sus dedos en la piel de la cintura.

—¿Y cuándo fue?

Apoyó la frente en la de Bernhard y entornó los párpados.

—La última mañana en Palma, cuando nos despertamos juntos. Te lo habría dicho si no te hubieras comportado como un idiota.

—Yo lo supe antes. —Lo atrajo un poco más hasta conseguir que sus duros miembros se rozaran—. Te gano, chaval.

Mateo, con un leve jadeo, movió las caderas intensificando el contacto.

—Mentiroso.

—En Escorca, cuando nos abrazamos. —Con la mano libre, acarició el cuello de Mateo enredando los dedos en los cabellos de su nuca—. Fue el momento en el que comencé a intentar autoconvencerme de que no me había enamorado de ti.

Aquellas palabras le enternecieron, le hicieron recordar la mucho que ambos habían sufrido hasta lograr comprender y aceptar lo que estaban sintiendo el uno por el otro. Se inclinó sobre sus labios para poder besarlo emitiendo un leve suspiro.

—Siempre te gano —musitó Bernhard cerrando los párpados.

—¿Qué? —Se enderezó de golpe con expresión asombrada—. No es verdad. Siempre te gano yo. Sin ir más lejos te gané en Escorca.

Bernhard abrió un ojo.

—Eso nunca quedó muy claro. —Abrió el otro y en su semblante se dibujó una sonrisa ladina—. Y afirmar que siempre me ganas tú… ¿No te parece un poco exagerado? En la sexta etapa de la París-Niza te gané yo.

—¡Serás…! —exclamó Mateo, separando los brazos indignado—. ¡Me abrí la cabeza contra un muro!

—No exageres. Solo fue un chichón.

—Pues tú bien que te asustaste —le recordó con sorna.

—De acuerdo. Resolvamos este tema como buenos deportistas. Vamos mañana hasta Camprodon y subimos el Vallter. ¿Te parece?

—Me parece perfecto —aceptó Mateo.

Volvió a inclinarse buscando su boca, acariciando sus cabellos con ambas manos, sintiéndose ya vencedor en Vallter y en aquel despacho.

—Quien llegue primero, tendrá derecho a atar al otro a la cama —añadió Bernhard en un susurro cargado de malicia mientras sumergía la mano bajo el pantalón buscando sus nalgas.

Mateo se detuvo un segundo, como si necesitara pensar su propuesta.

—Trato hecho —musitó, con los labios acariciando los de Bernhard y las mejillas encendidas.

Y mientras se abandonaba a unos besos profundos y húmedos y a las lentas caricias que le desnudaban, se preguntó cómo iba a dejarse ganar en Vallter sin que Bernhard se diera cuenta.

AGRADECIMIENTOS

No me cabe duda de que en más de una ocasión habréis leído o escuchado decir a una autora que el oficio literario es solitario, una afirmación que no negaré que es muy cierta, aunque hasta cierto punto. Es verdad que, tanto si escribes en la soledad de un despacho o mientras garabateas en un cuaderno esperando turno en la consulta del médico rodeada de pacientes griposos, estás sola ante la historia, ante tus personajes, ante las inseguridades que rara vez cejan en su empeño de amargarte la existencia. Sin embargo, también es cierto que esa soledad no es absoluta, al menos en mi caso, porque quienes me leéis estáis siempre presentes: con vuestra paciencia y comprensión, con vuestro apoyo. Estáis ahí, no solo esperando a leer mis libros, sino también dispuestas a prestarme vuestra ayuda cuando lo necesito.

Por ello, aprovecho este momento para daros mi sincero agradecimiento a todas y todos los que, de nuevo, habéis llegado hasta estas palabras. También le doy las gracias a Hermione Drake y Encarni Monge, que dedicaron su tiempo a corregir mi siempre defectuosa ortografía; a Irene Rodríguez por su necesaria ayuda con las frases en alemán del mal hablado de Bernhard Maier; a Laura S.B. por el maravilloso arte de este libro y el regalo de su amistad, y en especial, gracias a Juan Carlos, quien además de otras muchísimas cosas me ha enseñado a apreciar el deporte del ciclismo.

UN POCO DE NUT

La persona tras el seudónimo de Nut nació en Andalucía allá por los setenta. Comenzó a trasladar al papel las historias que le rondaban por la cabeza con once años, cuando le regalaron una máquina de escribir de la marca Olivetti, color verde metalizado. Escribía lo que le apetecía leer y rara vez terminaba lo que empezaba, hasta que, décadas después, publicó la saga *Juegos de Seducción*, compuesta por tres de sus libros más vendidos. Con esta serie se inició en el romance gay —hoy por hoy, su género predilecto— y en las historias con representación LGTBI.

Ha autopublicado novelas contemporáneas, de fantasía, *retelling*, *steampunk* y misterio. Sus obras más populares son *Océanos de sangre*, *En busca de la Bella Durmiente*, *Balada de amor para un soldado, Cuando Jude encontró a Dave y Cuatro amigos*.

Suscríbete a su *newsletter* aquí:

También puedes seguirla en sus redes sociales y en su página de autora en Amazon:


bitly



OTROS TÍTULO PUBLICADOS

Saga Juegos:
Juegos de seducción 1 y 2
Juegos de Amor

De amor y otros pecados
En busca de la Bella Durmiente
Océanos de sangre
Balada de amor para un soldado
Ese deliro llamado amor
A través del tiempo
Cuando Jude encontró a Dave
El secreto del Bella Calypso
Cuatro amigos
Carrera hacia el sol

NOTAS

DOS

1 ¿Quieres una cerveza?
2 Ven aquí, guapo, te invito
3 Deja tu vaso aquí
4 No alemán hablar
5 ¡Qué más da!

UNO

1 Centro de alto rendimiento
2 Centro especializado de alto rendimiento

DOS

1 Expresión ciclista que significa que quien te precede te lleva al límite, sin aíre

CUATRO

1 ¡Mierda!

UNO

1 ¡Qué desgraciado! Cómo se pasa

TRES

1 Por el amor de Dios, ¿qué has hecho?

2 Has perdido el juicio

3 Ni una vez más

CINCO

1 Ha sido un asco. Mejor me hubiera quedado en la cama rascándome las pelotas

2 Me gusta el chico nuevo

3 A mí también

UNO

1 ¿Dónde está el fuego?

DOS

1 ¡No te preocupes, Mateo!

2 No ha sido para tanto. Come tranquilo, muchacho.

CUATRO

1 ¡Bravo, Bernhard, lo hiciste muy bien!

2 Toda desgracia tiene su lado bueno

UNO

1 Plato típico mallorquín que consiste en una mezcla de diferentes tapas tradicionales mallorquinas, servidas juntas en un mismo plato.

2 ¿A quién le importa?

3 Blanco pero escultural

4 ¿Pero qué cosa estás diciendo?

5 ¿No bebes alcohol?

6 La juventud de hoy está arruinada

7 Novela de Patricia Nell Warren publicada en 1974

TRES

1 Los terceros en la clasificación general

2 ¡Por qué poco!

3 ¿En serio?

4 ¿Eso es todo?

5 ¡A la mierda, Fontanilla!

6 Claro que sí, muchacho, ganaremos

CINCO

1 Es demasiado bueno

2 Espera…

3 Te estaría haciendo el amor toda la vida

UNO

1 ¡Hijo de puta!

2 Cabrón

UNO

1 Estos te van a gustar. Directamente desde Italia, un auténtico bocado digno del cardenal

2 Para ti no tengo, lo siento. El muchacho está en edad de crecer

3 Todo lo que viene de Italia está sobrevalorado

4 Venga, vamos

5 Otero espera ahí delante

CINCO

1 Buen trabajo, amigo

2 ¡Por vosotros!

3 ¡Maldita sea!

4 ¡Ya me gustaría!

5 Estiremos las piernas un rato

SEIS

1 ¿Qué sucede hoy contigo?

2 ¿Qué estás tramando?

3 ¡Vale!

DOS

1 Tocar con la rueda delantera de la bicicleta la trasera de otro ciclista, con el consiguiente riesgo de caída

TRES

1 ¡Por Dios!

CUATRO

1 ¿Tú estás fuerte?

2 Sigue tú

NUEVE

1 ¿Es usted el acompañante de Mateo Luna?

EPÍLOGO

1 Pequeñas pirañas malvadas